Bluebells

Francisca Solar

Planeta

Bluebells

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2023, Francisca Solar
Derechos exclusivos de edición
© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

1ª edición: enero de 2023

Diseño de portada: Catalina Chung
Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

ISBN digital: 978-956-408-287-5

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com

Francisca Solar

Bluebells

Hyacinthoides non-scripta

Planeta

«—¡Mire, señorita! —exclamé, señalando un rincón bajo las raíces de un árbol retorcido—. El invierno aún no ha llegado. Ahí hay una florecita, el último capullo de la multitud de *bluebells* que en julio cubrieron las praderas como una nube de color violáceo. ¿Quiere usted cogerla para llevarla a su padre?

Cathy miró mucho rato la solitaria flor que temblaba en su refugio terrenal, y finalmente respondió:

—No, no la tocaré. Pero luce melancólica, ¿no es así, Ellen?».

EMILY BRONTË, *Cumbres borrascosas*

«El señor Weston llevaba un ramito de preciosas *bluebells* en la mano, las que me ofreció con una sonrisa, comentando que, aunque me había visto tan poco en los dos últimos meses, no había olvidado que se contaban entre mis flores favoritas».

ANNE BRONTË, *Agnes Grey*

23 de julio de 1834

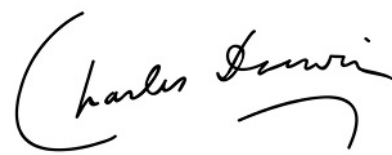
Durante la noche el Beagle *echa el ancla en la bahía de Valparaíso, principal puerto de Chile. Al amanecer nos encontramos en cubierta. Acabamos de abandonar Tierra del Fuego; ¡qué cambio! ¡Qué delicioso nos parece todo esto aquí: tan transparente es la atmósfera, tan puro y azul es el cielo, tanto brilla el sol, tanta vida parece rebosar la naturaleza!*

Hacia el nordeste hay una vista espléndida de los Andes. Qué admirable espectáculo el de esas montañas que se destacan sobre el azul del cielo y cuyos colores revisten los más vivos matices en el momento en que el sol se pone en el Pacífico.

Doy largos paseos por los alrededores de la ciudad, buscando objetos interesantes desde el punto de vista de la historia natural. ¡Qué admirable país para recorrer a pie! ¡Qué espléndidas flores!

Como en todos los países secos, hasta los zarzales son especialmente olorosos; nada más que de atravesarlos queda el traje perfumado. Yo no cesaba de extasiarme cada día viendo que hacía mejor tiempo que la víspera.

¡Qué enorme diferencia aporta un hermoso clima en la felicidad de la vida!



I

23 de julio de 1834
Oficinas consulares, calle Esmeralda, Valparaíso

Laura Villa-Smith había entregado su carta de recomendación al joven secretario del cónsul francés hacía al menos cuarenta minutos. Veía al muchacho entrar y salir de oficinas conectadas por grandes puertas de vidrios biselados, frunciendo el ceño y agitando el papel en su mano con incomodidad, como si necesitase un diccionario para entenderlo. Cuchicheaba con otros dependientes y, después de un momento de silencio, regresaba al salón de espera para hacer a Laura las mismas dos preguntas cada vez. Luego volvía a perderse tras las puertas y los susurros. Era un funcionario chileno, no había duda por el sonsonete de su acento, pero también era indudable que provenía de alguna rica familia inmigrante con vacantes aseguradas en cualquier oficina de cooperación europea. Nadie tan inexperto podría ser secretario general del cónsul de Francia en el puerto de Valparaíso, el más importante de Chile, a menos que tuviese el apellido adecuado.

Y ahí venía otra vez.

—Entonces... —comenzó a reiterar, golpeando el papel con un nudillo y sin detenerse en el gesto cansado de Laura— aquí dice que usted es parte de la tripulación del HMS *Beagle*, el cual acaba de recalar...

—Así es.

—Parte de la tripulación *profesional*...

—Es correcto.

Observó nuevamente la carta, sin leerla realmente, y con la misma incredulidad la miró a ella sin pestañear, deslizando los ojos a través de su sombrero *poke* de paja trenzada, su sencillo vestido de lino grueso con pelerina y botas de puntas gastadas.

—¿Una mujer?

Ella suspiró y bajó los hombros, sin soltar su bolso de viaje.

—Tal como le he mencionado, en lo único que el cónsul debe reparar es en las firmas del capitán Robert Fitz-Roy, comandante de la Marina Real Británica, y del señor Charles Darwin, jefe de la expedición científica. Ambos describen con detalle mis servicios y el buen desempeño de mis habilidades. Tengo plena confianza en que tanto el cónsul como *monsieur* Gay sabrán valorar mi experiencia para algún puesto temporal.

El tipo realizó nuevamente ese gesto de desprecio que ya se había hecho hábito y volvió a una de las oficinas arrastrando los pies. Entonces Laura echó su cabeza hacia atrás, inspirando profundo para no caer derrotada ante tal desasosiego.

Miró hacia el sillón de la sala de espera, pero decidió no seguir ahí. Necesitaba respirar. Afuera, en el amplio pasillo que conectaba las oficinas consulares de Gran Bretaña, Prusia, Portugal y Francia, había un hermoso *bow-window* —muestra inequívoca de la influencia británica en la arquitectura local — y quería aprovechar la luz de la tarde. Estaba segura de que si el secretario necesitase preguntarle exactamente lo mismo por enésima vez, le tomaría treinta segundos encontrarla.

Salió y se sentó en una silla junto a la cornisa interna del ventanal. Desanudó la cinta bajo su mentón, se quitó el sombrero y cerró los ojos. Por las débiles notas cítricas que se inmiscuían en el aire limpio creyó identificar *Peumus boldus* en las cercanías. Era un árbol endémico chileno, por lo que jamás lo había visto más allá de las ilustraciones en el libro del abate Juan Ignacio Molina. ¿Será tan alto como lo describen? ¿Estaría la suerte a su favor para encontrar ejemplares macho y hembra? Especies dioicas como el boldo eran siempre atractivas de analizar y...

Sacudió la cabeza, a riesgo de que se desordenasen (aún más) los rizos en su coronilla. Tenía que enfocarse; ya habría tiempo para caminar por la campiña y corroborar su olfato. Debía recordar continuamente que no podía iniciar nuevos trabajos mientras tuviese otros pendientes, pero en cada puerto había algún nuevo arbusto, fruto o flor que los británicos conocían únicamente a través de añosos libros extranjeros y el análisis vivencial poseía un extraordinario nivel de seducción, difícil de eludir. Ni qué decir si el universo les ponía en el camino una especie que no remitía a ningún taxón o basónimo antes declarado... Ese descubrimiento lograba transformar a serios científicos en niños con sonrisa de Navidad y, gracias a la expedición consentida por Su Majestad el rey William, Laura ya tenía dos o tres de esas experiencias en el cuerpo. Sentía electricidad en sus pies solo de recordarlo.

Abrió discretamente su bolso —manipular pertenencias femeninas en espacios públicos se consideraba de pésimo gusto, aunque ella desatendía el porqué de tanta alharaca— y extrajo su portafolio de papel de cáñamo forrado en cuero. Luego estiró su estuche de herramientas sobre la cornisa, un bulto también de cuero que, al desenrollarse, exhibía cada lápiz y pincel en su propio diminuto compartimento. Tamborileó sus dedos en el aire mientras observaba las tres tonalidades de verde de sus crayones Lemercier hasta que escogió uno. El más oscuro. Lo tomó por el borde de papel encerado —manipular un crayón *desnudo* dejaba manchones en la piel que no desaparecían en días— y se inclinó hacia la doble página abierta sobre su falda, donde una planta de hojas largas figuraba a medio pintar.

Laura se mordió un poco los labios al comenzar a deslizar el trozo aceitoso sobre el papel. Dibujar la llenaba de energía, pero colorear calmaba sus nervios. No quería mirar hacia la puerta del consulado francés cada dos minutos, como si

toda su vida dependiese de ello... aunque, bueno, algo había de verdad en eso y se le revolvía el estómago al pensarlo.

El naturalista francés Claude Gay era su única salvación. Si él no la contrataba, la continuidad de Laura en el *Beagle* estaba en peligro.

Avecindado hace poco en Sudamérica y recientemente contratado por el Estado chileno, se le había encomendado investigar y elaborar una exhaustiva historia natural del país. Chile llevaba apenas un par de décadas armándose con mucha voluntad y pocos recursos, todavía con las esquirlas frescas de la guerra de independencia en su bandera libre, y en ese complejo proceso la asistencia extranjera era ineludible, sobre todo de profesionales de cierta especificidad, que escaseaban en esta parte del continente. Británicos, franceses y prusianos eran los más convocados, la mayoría en labores de ingeniería, medicina y comercio, pero también hubo espacio para naturalistas. Era una suerte que en una república tan joven sus autoridades comprendiesen la necesidad de conocer científicamente su extenso territorio, y por razones tan diversas como registrar las distintas zonas climáticas, producir mapas medianamente certeros o conducir estudios geológicos que les permitiesen hacer un uso más eficiente de los minerales. Asimismo, se requería la descripción y categorización de cada animal nativo, cada vegetal endémico, cada flor... empresa para la que *monsieur* Gay precisaría de muchos ayudantes. Entre ellos, una ilustradora botánica trilingüe sería especialmente valiosa, o al menos esa era la apuesta del naturalista británico Charles Darwin, jefe directo de Laura en el HMS *Beagle*.

Antes de que se despidiesen y separasen en el muelle fiscal —Darwin comenzaría una anhelada expedición por tierra hasta Mendoza, acompañado solamente de uno de sus asistentes, esperando regresar para fines de octubre—, él había advertido a Laura que dar con el paradero de Gay no sería el verdadero desafío. Estaba optimista respecto de aquello, ya que le constaba que el francés estaría en las cercanías de Valparaíso para esas fechas. Lograr el cometido tendría, según Darwin, otros tres más grandes escollos: que Gay aceptara contratarla por un único lapso de tres meses, que aceptara pagarle la no módica suma de treinta libras esterlinas y, finalmente, que la aceptase en su equipo, aunque fuese mujer.

En su infinita generosidad y espíritu revolucionario, el señor Darwin listaba el "ser mujer" como el último de los obstáculos. Bien sabía Laura que, en el mundo real, ese era, sin duda, el primero.

—Es una flor muy bonita —pronunció una voz dulce sobre su hombro.

Laura saltó del susto y casi se le escapó el crayón de las manos. Al voltear se encontró con una niña de unos diez años, de cabello castaño lacio, ojos muy azules y tez pálida, sonriéndole mientras balanceaba su vestido de tul y delantal rosa. Junto a ella, otra niña de idénticas características estiraba el cuello para husmear el portafolio.

—Lo es —respondió Laura, tensa por la aparición repentina, aunque logró esbozar una sonrisa cálida—, pero es una flor letal.

—¿Qué significa "letal"? —preguntó la otra, a todas luces hermana de la primera.

—Que si ingieres sus hojas, tallos o pétalos, podrías morir.

Sus gestos de asombro le recordaron a Laura cuánto le divertía la ingenuidad infantil, así como su curiosidad infinita, pero ese asombro pronto se transformó en rostros preocupados, hasta sombríos.

—Pero no se preocupen —añadió ella de inmediato—, pues a conejos, caballos y vacas en general no les apetece. Es una planta muy amarga. Se utiliza más bien en ceremonias indígenas. Hace unas semanas conocí a miembros de una tribu local, los aónikenk, quienes se especializan en la preparación de un concentrado de esta flor para un ritual muy interesante, el *Jamenke-kaañi*, el cual consiste en...

—¿Y usted ha dibujado todo eso? —la interrumpió la primera niña mientras apuntaba al portafolio, recuperando la tranquilidad después de escuchar ese "no se preocupen" e ignorando todo lo demás.

Laura archivó su magnífica historia sobre curanderos patagones en un cajón de su mente, suspiró y sonrió como si nada.

—Así es. Es mi oficio.

—Padre habría dicho que usted tiene *talento* —dijo su hermana modulando muy bien la última palabra, como si la hubiese aprendido hace poco—. A mí también me gustan sus dibujos.

—Muchas gracias —respondió Laura, sinceramente feliz por el reconocimiento espontáneo—. A mí me gusta tu lazo...

La niña llevó una mano a su cabeza, tocando su accesorio. Su acompañante llevaba uno igual.

—Nos hubiese gustado un color diferente.

—¿No les gusta el rosa?

—Sí, pero queríamos que fuese negro —explicó, encogiéndose de hombros.

Laura demoró un segundo en asimilar.

—No es un color muy usual en la vestimenta infantil...

—Pero madre lo usa y a nosotras no se nos permite.

Les sonrió con los labios pegados, incómoda, como solía hacer cuando su mente iba más rápido que su capacidad de verborrea. Pensaba que hace un buen tiempo no se topaba con hermanas gemelas, un misterio hermoso de la reproducción humana. Esperaba que algún día se descubriera el mecanismo exacto por el cual ocurría tal milagro. También pensaba en cómo es que dos niñas tan evidentemente europeas hablaban castellano con la naturalidad de un sudamericano, y por cuál triste razón podrían querer vestirse de luto...

—*Filles, s'il vous plaît. Ne dérangez pas la dame.*

Una mujer muy alta se acercó a ellas con apremio. Su advertencia, aunque en francés, traslucía un marcado acento chileno. Laura adivinó cuál era su ocupación tan solo por el distintivo detalle de que llevara una ruidosa *châtelaine* al cinto. También usaba unas gafas de medialuna en la punta de la nariz, sujetadas por una cadenilla finísima que rodeaba su cuello. El cristal derecho tenía una fisura.

Con gran agilidad, Laura guardó el crayón, dejó su portafolio sobre la silla y reubicó su sombrero sobre sus rizos, aunque dejó sueltas las cintas de amarre.

—No me han molestado, no se preocupe —le aseguró Laura tras una breve reverencia.

La recién llegada hizo un gesto de sorpresa.

—¿Habla usted castellano?

—Igual que usted.

—Disculpe mi confusión... Creí verla salir del consulado francés. A este edificio suelen apersonarse únicamente extranjeros.

—Estoy en el edificio correcto, entonces —sonrió la joven—. Mi barco llegó hace apenas unas horas. Es mi primera vez en Valparaíso.

La chilena tensó las cejas.

—Discúlpeme otra vez, no logro descifrar su acento...

—Llevar mucho tiempo fuera de casa tiene consecuencias —bromeó—. Mi nombre es Laura Villa-Smith. Y usted es...

—Oh, por supuesto, qué descuido. Fontanarrosa, Marta Fontanarrosa —pronunció con un leve movimiento de cabeza que no distinguía entre la culpa y una clásica reverencia. Luego se irguió entre las niñas y movió sus manos hacia ellas—. Le presento a lady Alisa y lady Fedora Rothschild.

Ellas tomaron las puntas de sus vestidos y se inclinaron. Laura les respondió con otra inclinación.

—Encantada de conocerlas.

—"Villa" —retomó la señora Fontanarrosa—. Es española, entonces.

—Padre español, madre inglesa —acotó Laura.

La sorpresa de la mujer pasó a expectación.

—¿Es usted ciudadana británica?

—Así es.

Laura notó en sus tres interlocutoras una creciente alegría y eso comenzaba a preocuparla. No estaba segura de si estaba frente a una amabilidad genuina o carantoña.

—¿De casualidad está usted buscando empleo?

—De hecho, sí —suspiró la ilustradora, recordando de golpe sus vicisitudes —. He venido al consulado justamente para intentar ubicar a...

Las niñas saltaron. La señora Fontanarrosa juntó las manos a la altura del pecho, como si hubiese recibido la mejor noticia del año. Laura no movió ni un músculo.

—¿No es magnífico? —exclamó la mujer con una mezcla improbable de ansiedad y alivio, ahora retrocediendo tres pasos para observar a la joven de arriba abajo con mayor detalle. No había mucha elegancia ni modernidad en su vestir, carecía de guantes o zapatos apropiados, pero al menos se veía aseada y ordenada—. ¿Ha sido instruida en algún conocimiento?

Por el tono utilizado, Laura entendió esa pregunta más bien como un ruego, y eso la dejó más confundida aún. Antes de que se animase a responder, Fedora apuntó al portafolio en la silla.

—Es una artista.

La señora Fontanarrosa observó desde lejos las páginas abiertas, que recibían de lleno la luz del atardecer. La ilustración sin terminar mostraba una flor

rosácea en racimo al final de una rama con hojas opuestas, gruesas, de contorno lanceolado y color verde intenso, cada una con un nervio blanquecino bien marcado. En cada parte distintiva de la planta había un número. Abajo, en una cuidada caligrafía cursiva, podía leerse "*Nerium oleander*", y, a su lado, en manuscrita recta, "Adelfa".

El entusiasmo crecía.

—¿Una artista? ¿O es usted científica?

—Soy ambas —respondió Laura, reticente, pero al mismo tiempo con gran curiosidad por haber atraído sin querer la atención de esa pequeña audiencia respecto de su trabajo—. Pertenezco al equipo naturalista a bordo del HMS *Beagle.* Hemos recorrido toda la costa chilena desde Tierra del Fuego.

No solía recibir esas muestras de interés de completos desconocidos, menos si iban acompañadas de alabanzas. Salvo su padre, no recordaba la última vez que alguien la había llamado "artista". Muchas veces a través de los años había aceptado como norma las miradas displicentes de caballeros y damas, aludiendo a que el portafolio de una ilustradora no era digno de analizar. Incluso las personas comunes, aun viendo el despliegue de sus herramientas y en plena faena en campo abierto, no hacían preguntas; una mujer dibujando era un juego, un pasatiempo. Un hombre dibujando era un trabajo serio. Ese había sido el argumento oficial y frase literal de la Academia Real de las Artes en su última carta de rechazo.

Laura levantó el portafolio y lo acercó a la señora Fontanarrosa, dejando que ella pasara algunas páginas. Vio muestras variadas de hojas, tallos y frutos diseccionados con gran detalle, arbustos exóticos, intrincadas denominaciones en latín...

—Nunca había conocido a una mujer científica —confesó la chilena, con un tinte de admiración en su voz que enrojeció las mejillas de Laura en un segundo —. Debe de ser muy inteligente.

—Me honra, pero ¿qué es exactamente lo que...?

—¿Tiene alguna experiencia en trato con infantes?

—Ehh... Algo, sí, pero...

—Sin duda una mujer tan preparada como usted cuenta con algún respaldo, digamos, una carta o credencial de labor anterior...

—Sí, por supuesto, y ya la he presentado al cóns...

—Se desenvuelve muy bien en castellano, evidentemente en inglés, y he notado que comprendió a la perfección cuando me dirigí a usted en francés. Fantásticamente adecuado. ¿Alguna otra lengua romance o germánica que domine?

—Ninguna otra —respondió, al tiempo que cerraba su portafolio y lo guardaba en su bolso de viaje—. Parte de la gracia de la ilustración es que no requiere dominio de lengua alguna para comprenderla. Está al alcance de la percepción de cualquiera. Difumina las fronteras de países y clases sociales entre las personas.

El tono de la joven se enserió un ápice, porque tanta verdad lo ameritaba. La chilena asintió y la miró con repentino aprecio.

—No veo anillo de compromiso, pero tampoco doncella que la acompañe. ¿Es usted casada?

Laura abrió la boca por la sorpresa y luego no pudo evitar una risita. Le parecía tan jocosa como improbable la imagen de una mujer como ella rodeada de pretendientes.

—No viajo con doncella pues ya no estoy en edad de necesitarla —dijo, sin revelar exactamente a qué edad se refería, pues su mandato interno de honestidad podía convivir con un poco de vanidad—. Sé cuidarme muy bien sola.

—¿Le apetecen las manzanas? —interrumpió Fedora, con el mentón alzado y sus grandes ojos azules expectantes a la respuesta—. ¿Y frutillas? En nuestra hacienda crecen las mejores de la región... Eso dice el señor Bahamondes...

—Frutillas... ajá, *Fragaria chiloensis*... Aún no he tenido el placer de...

—La señorita Villa-Smith es linda —concluyó Alisa dando pequeños saltos, aunque sin despegar realmente sus zapatos del piso—. ¡A madre le gustará!

La ilustradora pestañeó varias veces, escudriñando los rostros frente a sí, tratando de entender qué diablos estaba sucediendo. Hasta que no se contuvo más.

—Espero perdone mi atrevimiento, pero siento como si hubiese respondido a una entrevista.

La risueña ama de llaves oriunda de la localidad de Doñihue, Marta Eugenia Fontanarrosa, sonrió ampliamente.

—Exactamente. Eso es lo que hizo.

Laura no emitió sonido por algunos segundos, que se le hicieron eternos. El movimiento en las oficinas era mínimo y reinaba en el pasillo ese particular rumor casi imperceptible del oleaje de la costa pacífica a pocas cuadras.

¿Estaba siendo víctima de una broma? No podía ser.

—No entiendo. ¿Está ofreciéndome empleo? —moduló por fin, arrugando el entrecejo.

—Y espero, divina providencia mediante, que usted acepte —afirmó la chilena con ilusión. Antes de proseguir se dirigió a las niñas—. Alisa, Fedora, regresen por favor a la sala de espera. Su madre saldrá en cualquier momento de su cita y querrá verlas ahí.

—Sí, señora Fontanarrosa —dijeron al unísono—. Hasta pronto, señorita Villa-Smith —se inclinaron, y luego corrieron pasillo abajo hasta la puerta del consulado británico. Laura les sonrió de vuelta con alegría.

Holy Newton! Era su día de suerte...

—Es en extremo inusual encontrar a alguien que requiera de mis servicios —se ilusionó también Laura, retomando ansiosa la conversación y permitiéndose el entusiasmo—. La ilustración botánica es un oficio muy específico y no siempre se...

—No, no. No es eso lo que requiero de usted, o al menos no directamente —la detuvo la chilena con un evidente cambio de tono—. Quisiera ofrecerle un puesto de institutriz.

... pero nadie tiene *tanta* suerte.

—Oh —exhaló la joven británica, luchando con todas sus fuerzas para que su desencanto no fuese tan evidente. En cualquier caso, la señora Fontanarrosa estaba más concentrada en sus propios problemas. Había desaparecido hasta su sonrisa.

—Seré más enfática: estamos en la *urgente necesidad* de una institutriz y no hemos podido llenar la vacante —confesó, ya sin ocultar la angustia en su mirada—. Nuestra tutora anterior, la señora Díaz, ha renunciado hace poco y las niñas quedaron en desamparo. En esta familia se sale de una tragedia para entrar a otra.

—Creí comprender que alguien ha fallecido —dijo Laura, bajando la voz en señal de respeto.

—¿Cómo lo sabe?

—Las niñas mencionaron que deseaban vestir de negro como su madre.

La señora Fontanarrosa suspiró y asintió con la cabeza gacha.

—El barón Rothschild —confirmó, mirando de reojo sobre su hombro para asegurarse de que estaban solas—. Murió hace casi tres meses.

—Lo siento mucho...

—La neumonía se lo ha llevado —se persignó, triste—. Pérdida calamitosa. Aún nos cuesta creerlo. Ha sido muy duro para todos en la hacienda, en especial para la baronesa. Muy repentino. Era un hombre amado. No conocerá nunca persona más afable que lord Craig Rothschild.

—Mientras más amado, más difícil será poner fin al duelo —empatizó Laura. Ella, por experiencia propia, lo sabía mejor que nadie—. Esos vacíos son difíciles de llenar.

—No en este caso —le aseguró la chilena, con el mentón débil, pero buscando su mirada—. El nuevo barón ya está en camino.

Los títulos nobiliarios era todo un mundo paralelo que, en general, a Laura la tenía sin cuidado, pero debía aceptar que era un sistema maquiavélico y aceitado de escalafones para asegurar que nunca existiesen vacíos de poder en el mismo estrecho círculo de iguales. Poco importaba la persona tras la etiqueta. A rey muerto, rey puesto.

Imaginó la presión que sentía la señora Fontanarrosa por mantener todo andando y que no se notaran grietas en la administración de la casa. No había tiempo para detenerse a llorar.

—La población aquí en Valparaíso aún es pequeña y quizá por eso no han dado con el perfil adecuado...

—Me es imposible contratar a una educadora chilena, me temo.

Laura prefirió no preguntar por qué.

—¿Y ya consideró extender la búsqueda hacia la capital? —sugirió Laura, en un tono suave y cuasiinocente, pero que no pasaría inadvertido.

La chilena bajó los hombros.

—¿No le interesa el puesto? —le preguntó, más triste que hace dos minutos.

—No es eso —negó Laura, y entonces decidió, con el dolor de su alma, mentir—. Es que ya he conseguido otro empleo.

Apretó los dientes. No estaba orgullosa. Pudo escuchar en su interior la voz

de su padre regañándola, pero no tenía opción. No podía aceptar la propuesta de esa amable chilena, si bien nada tenía que ver con la naturaleza misma del trabajo ofrecido o con el hecho de que no hubiese mucha vinculación con sus habilidades más desarrolladas. Trabajo es trabajo y siempre es digno; en cualquier otra circunstancia lo habría tomado sin dudar. El problema era uno y uno solo: el salario.

Su madre, institutriz con décadas de experiencia, jamás había recibido más de seis libras al mes, y eso que su empleador era un aristócrata muy generoso y sensato. Simplemente, los servicios educativos en cualquier lugar del mundo no se consideraban de igual valía que la *expertise* en leyes, enfermedades o barcos, sin contar con que los beneficios colaterales —vivir y comer en la casa del patrón, por ejemplo— nunca se daban por sentados, sino que se restaban de la paga mensual. Instruir niños era un oficio noble pero escuálido en retribución metálica y ese era, lamentablemente, el más apremiante objetivo de Laura en el futuro inmediato.

Unas malditas treinta libras.

—Creí que recién había comenzado su búsqueda...

—He entregado todos mis antecedentes al cónsul Gauthier hace unos minutos —le explicó, y eso era cierto—. Ahora estoy justamente a la espera de que sea confirmada mi incorporación al equipo del naturalista Claude Gay.

Pero eso no lo era. Era más bien la verbalización de un deseo. Una expectativa que pendía de un hilo. Como fuera, prefería estirar la veracidad de los hechos antes de cometer el cuestionable y muy malagradecido acto de rechazar un trabajo por su paga.

—Me he ilusionado en vano. Le pido disculpas.

—Discúlpeme usted a mí —se lamentó Laura. La señora Fontanarrosa asintió levemente, cordial, lo que hacía que la británica se sintiese aún más culpable—. Piense que igualmente no le habría sido de mucha utilidad. Me quedaré en Valparaíso poco más de tres meses y retomaré mis labores en el *Beagle* a principios de noviembre.

—Eso no habría sido problema, para nada. Yo tampoco podría asegurarle algo más que un puesto temporal. La baronesa tiene planes bien particulares respecto del futuro de las niñas, además de que no sabemos cuáles serán las directrices del nuevo barón... Bien podría querer venderlo todo y regresar a Inglaterra, tal vez quedarse en Chile... Buscamos llenar el puesto para hacer frente a lo inmediato, aunque no es lord John quien me preocupa —le confidenció, prosiguiendo en un murmullo—, sino su madre, lady Blais-Rothschild.

—¿Qué sucede con ella?

—Tiene un carácter muy... especial. Revisará cada esquina de la hacienda, lo preveo. Nunca estaremos lo suficientemente listos, es muy exigente. Jamás aceptaría que sus nietas estén desprovistas de institutriz o, que Dios no lo permita, estar al cuidado de una tutora que no sea británica, por ejemplo. Culpará de ello a la baronesa, y ella ya tiene suficiente dolor a cuestas.

Laura agradeció en silencio la confianza que esa mujer depositaba en ella,

aun cuando no se conocían. La pobre ama de llaves debía de estar realmente atorada de angustia como para desahogarse con una desconocida de manera tan directa.

—De verdad lamento no haber sido de ayuda —le dijo Laura, sin poder esbozar una sonrisa—. Espero que encuentre muy pronto a la persona que busca.

—Lo espero también. Ya estamos contra el tiempo y...

—*Listen to me! PLEASE!*

El grito venía desde la oficina del cónsul británico. La señora Fontanarrosa giró y corrió de inmediato, y cinco segundos después Laura corrió tras ella. No supo por qué. Nada de lo que ahí ocurriera podría ser de su incumbencia y aun así sus pies se movieron, su cuerpo insistió en la dirección y su mente se calló para no pensar.

Al cruzar la puerta, la ilustradora se encontró con Alisa y Fedora arremolinadas tras el sillón, la señora Fontanarrosa de rodillas en el suelo y un muy joven dependiente petrificado en la esquina con el rostro aterrado. Acostada sobre la alfombra, una mujer muy pálida de elegante vestido y tocado de perlas trataba de recuperar el aire. Parecía a punto de desmayarse. Tenía su mano derecha sobre su frente, mientras con la izquierda sostenía su vientre abultado.

Vestía de negro.

—¡Agua! —pidió el ama de llaves al muchacho—. ¡Agua con miel!

—No, no se vaya —rogó la mujer embarazada, alzando su brazo—. ¡Tiene que escucharme! ¡Se lo pido!

—Por favor, baronesa, ya le he explicado —se defendió él, muy nervioso, sin atreverse a acercarse un centímetro hacia ella—. Cuando el cónsul Walpole regrese, le notificaremos de su petición y entonces quizá...

—¡Debe ayudarme ahora! —rogó otra vez, con el rostro marcado por las lágrimas.

La señora Fontanarrosa la tomó del cuello para que se reincorporase un poco e intentó arrullarla como a un niño.

—¿Y el agua? —mandó al dependiente, quien por fin movió los pies—. ¡Vaya por ella, YA!

Sentirse inútil en un momento de crisis era la peor sensación del mundo, así que Laura decidió pronto que su lugar de acción estaba con las niñas. Se acercó a ellas, quienes lloraban silenciosamente por la escena, y ambas abrazaron a la joven, escondiendo sus rostros en su vestido. Desde el otro lado de la sala de espera, la vetusta chilena la miró y moduló un “gracias” lleno de conmoción. La británica no sabía qué diablos estaba sucediendo, pero no había duda de que la baronesa Rothschild estaba ahí por un motivo muchísimo más importante que encontrar a una simple institutriz.

—¿Señorita Villa-Smith? ¿Señorita Villa-Smith?

Gracias a que la puerta quedó abierta, pudo escuchar con claridad la voz que la llamaba desde el pasillo. El corazón le dio un vuelco.

Deshizo el abrazo de las niñas, les prometió que regresaría pronto y, pidiendo ayuda una vez más a las gastadas suelas de sus botines de cuero, se

apresuró hasta el umbral de la oficina francesa. El secretario del cónsul parecía fastidiado por los treinta segundos que debió esperar, al tiempo que ella lucía contrariada por haber corrido y no caminado lentamente, como el manual de decoro se lo exigía.

—Aquí estoy —dijo Laura, recuperando el aliento—. ¿Ya hay novedad? ¿Cuándo podré ver a *monsieur* Gay?

Él le devolvió la carta.

—El cónsul Gauthier manda a decir que valora su ímpetu y le desea suerte en sus distracciones.

La joven no se movió. No pestañeó.

—Disculpe, creo que no he comprendido...

Él se fastidió el doble.

—Le pido que por favor se retire para que así yo pueda continuar con mis labores.

Laura seguía sin moverse.

—¿Quiere decir que no se considerará mi petición?

—No podemos molestar a Claude Gay con este tipo de nimiedades. Él es una eminencia y un servidor del Estado chileno.

—Lo que menos quiero es molestarlo. Al contrario, ¡estoy aquí para ofrecerle mi ayuda!

El tipo llevó una mano a su boca para esconder la risa.

—Estamos seguros de que ya cuenta con suficientes expertos a su disposición.

—En cuanto a ilustración botánica nunca son suficientes —explicó ella, ansiosa—. En el *Beagle* somos tres personas dibujando y aun así no damos abasto para...

—Apreciamos su interés. Quizá pueda volver a intentarlo más adelante.

—Pero el empleo lo necesito *ahora* —insistió—. ¿Seguro que el cónsul revisó bien la carta? ¿La firma del señor Charles Darwin?

—Se consideraron todos sus antecedentes, señorita. La decisión es que *monsieur* Gay no necesita de sus servicios.

—¡Pero eso debe decidirlo él! —exclamó, desolada. Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Estoy segura de que él querría evaluar mi trabajo en primera instancia, y solo entonces...

El secretario se cruzó de brazos. Había perdido la paciencia.

—Escúcheme. Debería agradecer que no haya sido el cónsul mismo quien la ponga en su lugar. Ha sido benevolente. Muchos considerarían que lo que ha hecho usted hoy aquí es una imprudencia, al menos una desfachatez.

—¿Es una... *desfachatez*... buscar empleo? —se defendió ella con un hilo de voz, sintiendo sus palpitaciones golpeándole el pecho.

—Lo es si insiste en un rol que no le corresponde —cerró, y luego, incómodo por el inminente llanto que presenciaría, prefirió escapar—, así que guarde silencio, obedezca y retírese. Considere esto como un favor. Le hemos ahorrado un desagradable rechazo.

Al dejarla sola en el pasillo, Laura bajó el mentón y tres o más goterones cayeron sobre la carta que aún sostenía en sus manos temblorosas. Las lágrimas

desordenaron la tinta de la elegante letra manuscrita de Darwin, justo en la parte donde decía “extraordinaria memoria visual”, “hábil intérprete con el trazo” y “recomendada adición a cualquier equipo naturalista”...

Se le cerró la garganta. Sintió miedo.

Recordó las ilusiones de su padre y las expectativas de su madre, quien había dispuesto de todos sus ahorros antes de morir para que su hija pudiese integrarse a una vanguardista expedición. Recordó que no había comido en todo el día, pues gastó su último chelín en la carreta que la trajo desde el muelle hasta calle Esperanza. Recordó la angustia en su estómago cuando el capitán Fitz-Roy, hacía unas semanas, comunicó que la impensada extensión del viaje había agotado los últimos recursos disponibles y eso significaba, sin excepciones de ningún tipo, que todos los científicos a bordo debían volver a costear su plaza en el *Beagle* si querían continuar. Salvo un par de asistentes de segundo rango, todos los profesionales de las distintas ramas tenían reservas propias o familiares a las que recurrir en caso de emergencia. Todos, salvo ella.

Casi tres años después de zarpar desde Plymouth, tres años de la más increíble travesía, ese no podía ser el fin... ¿o sí? Arrugó lentamente la carta de recomendación y la encerró en su puño. ¿Cómo diablos iba a conseguir treinta libras en tres meses?

Algunos susurros despertaron sus sentidos. Susurros al final del pasillo.

Levantó la mirada. Se secó la cara de un manotazo. Tomó el borde de su vestido, acortó en zancadas su distancia hasta el ventanal y asió como pudo su bolso de viaje. Entonces corrió.

En la sala de espera del consulado británico, la baronesa viuda Karina Rothschild tomaba agua con miel a pequeños sorbos, sentada en el sillón con sus hijas abrazándola a cada lado. Más cerca de la puerta de salida, el dependiente y la señora Fontanarrosa parecían haber concluido una fuerte discusión, pues él terminó asintiendo de mala gana y perdiéndose de vuelta a su oficina. En ese minuto entró Laura.

En un gesto al borde de lo impropio, pero ya sin mucho que perder, Laura Villa-Smith tomó el hombro de la chilena para hacerla voltear. Ella se sorprendió.

—Treinta libras —pronunció la joven, sin respirar.

—¿Qué dice?

—Aceptaré su propuesta por treinta libras.

El ama de llaves notó que la británica había estado llorando.

—¡Treinta! —exclamó, abriendo los ojos al máximo—. Es imposible.

Laura se sentía avergonzada, pero no se detuvo.

—Sé que es mucho, pero es exactamente lo que necesito para continuar mi viaje, ni un penique más —le aseguró, lo más convincente que logró sonar—. Seré un ejemplo de institutriz. Seguiré sus instrucciones al pie de la letra y podrá contar conmigo en cualquier tarea que requiera. Obtendrá en mí a una aliada.

Si algo Laura sabía muy bien es que en las casas británicas el salario del personal de servicio lo administraba el mayordomo o, en su defecto, el ama de llaves, quienes para efectos prácticos eran la misma autoridad invisible. Si el

ama acordaba un monto, su palabra era ley.

Marta Fontanarrosa lo pensó un minuto, nerviosa, moviendo las llaves que colgaban de su *châtelaine* en un acto reflejo. Miró a lo lejos a su patrona, quien parecía somnolienta y con la mirada perdida.

Finalmente asintió.

—Estamos desesperados, no lo negaré. La baronesa seguro entenderá —suspiró. Tomó entre sus manos el rostro hinchado de Laura y le sonrió—. Bienvenida a la Hacienda Bluebells.

La ilustradora le sonrió de vuelta, derramando su última lágrima. Quizá sí era, después de todo, su día de suerte.

II

8 de octubre de 1834
Goleta Fourth of July*, costa norte de Chile*

Beckett golpeó la puerta suavemente y entró sin esperar autorización, como solía hacerlo. Dentro del camarote de John Rothschild flotaba un extraño menjunje de lavanda, paprika y calcetines húmedos. Acostado en la litera inferior, sostenía con su mano derecha un pequeño libro a la altura de sus ojos, mientras sus queridos perros, dos enormes bullmastiff, descansaban en una alfombrilla a sus pies. A falta de ventana y luz natural, una lámpara de Argand iluminaba débilmente desde una silla contigua.

—¿Alguna vez has leído sobre Pompeya, Beckett?

—Nunca, milord.

—Es una historia sorprendente —continuó, sin despegar la vista de su lectura. Era una novela recién estrenada que logró conseguir en Hatchard's antes de emprender el viaje a Chile: *Los últimos días de Pompeya*, de Edward Bulwer-Lytton—. En este libro lord Bulwer imagina algunas situaciones que sucedieron previo a la erupción del volcán Vesubio, el que arrasó por completo con la ciudad... —explicó. Entonces soltó el libro sobre su pecho—. Qué buen momento escogí para leer sobre desastres naturales.

Beckett respondió a la ironía subiendo las cejas.

—Si estuviésemos siempre pendientes del "buen momento" para hacer algo, milord, probablemente nunca haríamos nada.

John volteó hacia él con un gesto de aprecio. Luego exhaló, cansado.

—Cada vez que dices "milord" en lugar de "señor" añades una cana a tus patillas.

El *valet* hizo una mueca. Uno de los perros se acercó lentamente y él lo acarició tras las orejas.

—Las palabras a veces son solo eso, palabras —mencionó el viejo—. Si "milord" significase algo para usted, no se tomaría la molestia de lavar sus propios calcetines.

Apuntó a los dos largos trozos de tela colgados de una rejilla. John le dedicó una sonrisa inocente.

—El hedor que emanaban era indescriptible, así que no iba a permitir que realizaras ese trabajo forzoso. Todos tenemos límites.

—Qué haría yo sin su infinita generosidad, milord.

—Puedes volver a decir "señor" en cualquier momento, ¿eh? Cuando quieras. O solo *John*, como cuando no hay nadie más.

El *valet* enderezó su postura y juntó las manos tras su espalda.

—Lamento ser yo quien deba recordarle a cada minuto su nuevo título, *barón Rothschild*.

El aludido perdió el ánimo de golpe.

—Me recuerda que mi hermano está muerto.

Beckett no dijo nada y bajó la mirada. El joven noble entendió de inmediato qué tan brusco había sido y se arrepintió, pero tampoco supo qué decir. Reconocía estar hipersensible desde que había recibido las malas noticias sobre Craig y no sabía cómo diablos recuperar su centro.

Cerró el libro sin marcar la página. No importaba mucho, pues intentaría leerlo desde el inicio más tarde. Ya lo había intentado seis veces a lo largo del viaje, y no es que la historia no lo convenciera, sino que su envidiable concentración se había debilitado como álamo en invierno. Estaban por cumplirse casi cuatro meses desde que dejaron Inglaterra con dirección a Chile, y a riesgo del cliché, se sentía eterno. Después de dos barcos distintos, viajes por tierra y temperaturas diversas, le hubiese gustado que alguien le advirtiera cómo todo a su alrededor, más temprano que tarde, se volvería enfermizamente tedioso y repetitivo. Aunque quizá la tristeza convertía en hastío cualquier aventura. Únicamente sus libros le permitían escapar de tanto en tanto a entornos que protegiesen su sanidad mental, aun cuando no lograse terminar ninguno y eso significase atestiguar, una y otra vez, la tragedia de una pareja de la antigua Roma tratando de escapar de imparables ríos de lava...

Bueno, no solo sus libros. También sus perros.

John regresó su conciencia al momento actual gracias a que Cinnamon comenzó a lamerle la mano. Solía hacer eso cuando buscaba que su amo le prestase atención. Era una hembra bullmastiff de pelaje beige y postura imponente, pero de temperamento suave como un conejo. Un tanto más arisco era Clove, macho de pelaje oscuro y atigrado, pero su lealtad y sentido de protección eran infranqueables. Ambos eran tan o más inteligentes que cualquier ser humano y Beckett solía llamarlos *los profesionales*, pues cumplían labores muy específicas en los negocios de John...

—¿Quiere que asee la habitación, milord?

El menor de los hermanos Rothschild miró a su alrededor. Su camarote era un espacio tan oscuro y reducido que asfixiaba, como era de esperarse en una goleta de modesto tonelaje, y aunque él no se había quejado en ningún minuto, a juzgar por las muecas de Beckett requería de una limpieza y ventilación urgentes. John acusó recibo y se reincorporó, buscando a tientas sus botas. Cinnamon le trajo una; Clove, la otra.

—Estaremos a babor estirando las piernas —le avisó, acomodando su camisa dentro del pantalón y estirando su chaquetilla bordada. También reacomodó la cinta negra anudada en su brazo derecho, signo de nobleza en luto.

—En realidad debería dirigirse a popa —dijo el *valet*, arrugando la frente—. Su madre lo ha mandado llamar.

Oh, genial. Lo que necesitaba para terminar de arruinar su tarde.

Respiró profundo, resignado, y puso un pie en el pasillo. Lo pensó mejor y retrocedió.

—¿Eh, Beckett?

—Sí, milord...

—Lo siento.

El viejo Reuben Beckett subió la mirada y se encontró con los mismos ojos pardos y bienintencionados que había tenido el privilegio de criar desde hacía treinta años.

Le sonrió.

—Lo sé.

A medida que el pasillo lo acercaba a la escotilla de salida a cubierta, John iba sintiendo el alza de temperatura. Afuera brillaban rayos anaranjados entre las nubes, sin rastro de próxima lluvia. No se acostumbraría nunca al vaivén de los navíos ni a las náuseas, pero sí echaría de menos esas vistas del atardecer desde el océano Pacífico. También echaría de menos la particular quietud de una tripulación reducida. Entre capitán, contramaestre, marineros y grumetes no sumaban ni quince personas, y a veces pasaban horas sin que se topase con alguno. John apreciaba mucho el no ser obligado a socializar, aunque prefería una abrumadora cena con desconocidos que una conversación a solas con alguien supuestamente familiar.

Con su madre, por ejemplo.

La única habitación con ventana y luz natural en la goleta *Cuatro de Julio* era la del capitán chileno Tomás Silveiro. Por ser este un caso urgente de transporte para personas "muy distinguidas" —esa había sido la instrucción del señor William Wheelwright, dueño del barco—, se había cedido el mejor camarote a su progenitora. Ella ni siquiera dio las gracias, pues consideraba que el capitán cumplía con su deber al reconocerse como una clase inferior. Junto a sus ridículas exigencias como tres comidas diarias o el continuo alegato —en perfecto castellano— de que jamás habría subido a un "cajón de manzanas como este" si no estuviese obligada, John ya se había hecho el hábito de pasearse por cubierta a la hora de los cigarrillos para disculparse con los marinos en nombre de su familia. El viaje en sí ya había sido horriblemente agotador; viajar con lady Brigitte era una tortura.

Bajó por la escalerilla hasta la habitación del capitán. Se paró junto a la puerta, cerró los ojos y trató de relajarse. Entonces tocó dos veces. Y escuchó:

—Deja a tus bestias afuera.

John suspiró. Giró sobre sus talones e inclinó la cabeza hacia Cinnamon y Clove, quienes, perfectamente sentados frente a él, esperaban instrucciones. Al oír la voz de lady Brigitte a través de la puerta, Clove hizo un leve gruñido.

—*I know, I know* —le habló John, dulce—. No te cae bien, a mí tampoco. Por eso es *mi* responsabilidad entrar ahí y sufrir por los dos —bromeó mientras Clove bufó, agitando sus grandes mofletes; Cinnamon movía la cola—. Tú tampoco puedes entrar, *Cinny*. Pero no se preocupen, será breve —entonces sacó de su bolsillo un poco de carne seca de caballo y le dio a ambos un pequeño

bocado, luego les acarició la coronilla—. Vuelvan donde Beckett y espérenme ahí. *Go now.*

Los vio subir la escalerilla y salir a cubierta. Cuando ya no escuchó más sus uñas sobre la madera, volteó otra vez y empujó la puerta.

De espalda al ventanal de marco cuadriculado y con la luz delineando su silueta, lady Brigitte Blais-Rothschild —ella había decidido recuperar su apellido de soltera cuando se casó Craig, su primogénito, tradición que buscaba evitar confusiones nominativas entre suegras y nueras, ambas "baronesas Rothschild" en ese caso— se encontró con la mirada de su hijo menor, pero no se movió. Su postura muy rígida de hombros y mentón, vestigios de una educación demasiado severa, contrastaba con su vestido de escote recto, hombros cubiertos por encaje y mangas englobadas. Relucían anillos de oro en casi todos sus dedos y una diadema sobre la coronilla, de donde comenzaban gruesos bucles grises que caían sobre sus orejas. Era una elegancia absolutamente innecesaria y hasta incómoda en ese contexto, pensaba John, pero no tenía el sentido común a su favor: vivir en el campo le permitía escoger una vestimenta cómoda y poco fiel a las modas o protocolos, sin consecuencias. No era él quien tenía las credenciales más apropiadas para decirle a otra persona cómo vestir.

—Madre —saludó, inclinando la cabeza. Luego movió el cuerpo en dirección al capitán, a quien también saludó con la cabeza, pero agregó una sonrisa—. Capitán Silveiro, buenas tardes.

—Lord Rothschild, buenas tardes —se inclinó él, también de pronto muy alegre de que hubiese alguien más en la habitación—. Estaba comentándole a lady Brigitte que arribaremos a Valparaíso en dos noches. No esperamos mayores contratiempos.

—Excelentes noticias —celebró John, ansioso por poner los pies en tierra firme—. ¿No es maravilloso, madre?

—Llegar en el tiempo prometido es lo mínimo esperable cuando se paga una considerable suma por el servicio.

John arrugó un ojo. Siendo estrictos, ellos no habían pagado ni un penique. El viaje completo desde el istmo de Panamá estaba siendo costeado por el señor Wheelwright, socio y amigo de Craig en Chile. En su carta les aseguraba que era lo mínimo que podía hacer, dadas las trágicas circunstancias.

—Los dejo —pronunció el capitán y, luego de las reverencias de rigor, salió rápidamente del camarote. Casi huyendo.

John refrenó sus ganas de seguirlo.

—¿Y Penny? —preguntó él. Su madre había insistido en viajar con una criada y escogió a la más joven e inexperta de su *staff* en Londres. Quizá pensó que se quejaría menos. John estaba seguro de que si la pobre muchacha apenas abría la boca era simplemente porque el pánico a su patrona se lo impedía.

—Mis huevos no venían bien cocidos. La envié a hervirlos otra vez.

"Disculparse con Penny", agregó John a su lista mental de pendientes.

Apartó una silla y se sentó sin apuro. En unos minutos comenzaría a oscurecer, así que estiró el brazo y comprobó que la lámpara de Argand tuviese suficiente aceite. Luego tomó una varilla y la encendió en el pequeño brasero de

la esquina. Quitó el tubo de vidrio, prendió la mecha y la cubrió con cuidado. Debía apagar la varilla en su mano, pero siempre se quedaba admirando la llama unos segundos más...

—¿Pretendes incendiar el barco?

John enderezó la espalda y sopló la punta de la varilla. Suspiró. Era inútil intentar eludir la incomodidad.

—Entendido. Dejaré que Penny se encargue de estas tareas...

—Llevas mucho tiempo malacostumbrando a tus criados —espetó, agria—, haciendo tú lo que es responsabilidad de ellos. Por eso no puedes evitar estos comportamientos torcidos. Sé que no dejas que nadie más alimente a tus perros. ¡Habráse visto! ¿También vacías tu propia bacinilla? ¿Conduces tu propio carruaje?

"En ocasiones", pensó, pero claramente no lo aceptaría a viva voz o la furia de su progenitora sí que podría dejar el barco en cenizas.

—Hay ciertas labores que no delego, pues soy un perfeccionista —mintió, pero era un argumento que sonaba muy bien. Ella no le creyó, por cierto.

—Sin buenos ejemplos para corregir sus desviaciones, tus sirvientes se volverán lánguidos, perezosos y malagradecidos —auguró—. Si vivieses en Londres nada de esto pasaría. El campo siempre es una pésima elección. ¡Siempre!

No era la primera vez que John escuchaba esa perorata y por supuesto que no sería la última. Era parte del discurso de su madre incluso desde antes de que él naciera. Su padre, Rupert, noveno barón Rothschild, era un hombre sencillo a pesar de su gran fortuna y aborrecía la vorágine de Londres. Erigida en el siglo XVII, su mansión familiar estaba en Faringdon, en el condado de Oxfordshire, y desde ahí administraba todas sus propiedades e inversiones en Gran Bretaña. Tras aceptar el matrimonio concertado por su propio padre con la hija del conde Blais —familia francesa económicamente arruinada, pero con antepasados de rango mayor—, Rupert decidió, sin sorpresa para nadie, que seguiría viviendo en el campo y solo pisaría la capital cuando fuese estrictamente necesario. Lady Brigitte, acostumbrada a los grandes bailes, lujos y agitada vida social, tomó aquello casi como una sentencia de muerte. Intentó persuadir a su esposo de trasladar la casa principal a Londres, pero nunca lo logró. Resistió el ostracismo hasta el nacimiento de su segundo hijo, John, y dejándolo en los brazos de una nodriza, tomó sus cosas y se marchó. Lord Rupert crio por sí solo y con la ayuda de sus sirvientes a sus dos hijos hasta el día de su muerte, ocho años después. En el intertanto, compró a su esposa una gran mansión en el sector de Mayfair, desvió flujos para mantener su vida ostentosa y así evitar habladurías sobre el quiebre, pero nada la convenció de regresar. Craig y John se acostumbraron a verla únicamente en algunas fechas, nunca en cumpleaños o navidades, aunque sí en ceremonias de exhibición pública como el término de año académico en Oxford (donde ambos estudiaban Humanidades) o el baile de inicio de temporada en Londres.

Para los hermanos Rothschild, su madre era una desconocida.

Cuando Craig cumplió veintiún años, se casó y partió a Chile, mientras John

se mantuvo en Faringdon, tal como su herencia lo estipulaba. En el testamento su padre había dividido la fortuna: un tercio sería para John, incluida la extensa propiedad donde se ubicaba la mansión familiar y una docena de inquilinos en diversos lotes, y todo lo demás sería propiedad de Craig, el primero en la sucesión, si bien la administración de los bienes recaería en lady Brigitte hasta que él cumpliese la mayoría de edad. Un día después de su cumpleaños, Craig reclamó su derecho y se marchó de Inglaterra, moviendo casi toda su fortuna a una joven república en Sudamérica. Su madre jamás lo perdonó por eso.

Por eso y por la mujer que escogió por esposa.

—Viviré en mi preciado campo hasta mi último día, madre —le respondió, tranquilo, sin ánimo de pelear— y nos dirigimos también al campo. Has tenido cuatro meses para hacerte a la idea...

La aristócrata hizo un gesto de suplicio con una mano en la frente.

—Esa obsesión tuya y de tu hermano por la maleza y las vacas...

—En realidad es más por el aire limpio y la quietud...

—Y en Chile, ¡una tierra de salvajes! —añadió, malhumorada—. Solo un montón de bárbaros podrían despreciar las obvias bondades de permanecer bajo la corona española. *Independientes*, ¡ja! ¡Ilusos!

John se encogió de hombros.

—No creo tener el conocimiento suficiente como para opinar sobre conflictos internacionales.

—No es necesaria gran inteligencia para percatarse de lo evidente. ¡Un país sin nobleza es una abominación!

Él recordaba perfectamente una de las últimas conversaciones con su hermano antes de partir a Sudamérica, en la que este le comentaba con felicidad el dichoso decreto firmado por el entonces director supremo de Chile, Bernardo O'Higgins, el cual abolía los títulos nobiliarios locales. Una república sin nobleza era un país que no solo profundizaba la independencia respecto de sus colonizadores, sino que además apostaba por el mérito propio de cada hombre en su porvenir. Aunque los extranjeros gozaban de algunas excepcionalidades, sobre todo aquellos que aportaban con su capital al progreso de la nación, a Craig le entusiasmaba que para el Estado de Chile ser *barón* no tuviese más peso que cualquier apellido. Era algo así como vivir una utopía.

—Craig estaba cómodo con ello. Me dijo que así podía establecer negocios y amistades como alguien más normal.

—¡Normal! —exclamó lady Brigitte, como si hubiese escuchado un insulto—. ¡Ningún Rothschild es una persona *normal*! No permitiré esa degradación en mi presencia.

—En cualquier caso, dudo que *sufras* algún desaire en Valparaíso. Hay varias familias nobles en el puerto, británicas en su mayoría, con las que podrás interactuar...

—Lo sé, Dios me ampare —exhaló—, y ya tengo una lista detallada para organizar mi ronda de visitas. También de las familias más ricas. La aristocracia solo por fortuna es muy moderna para mi gusto, pero estoy dispuesta a tolerarla. Tu hermano estaba invirtiendo en proyectos con gente muy poderosa y quizá

acceda a tomar el té con ellos.

John bajó los hombros. Al final del día, para su madre, dinero es dinero, no importa de dónde venga. Por eso no demoró en aceptar que el señor William Wheelwright pagase parte del viaje, un norteamericano sin título, pero con mucho poder económico y político en la región, quien había involucrado a Craig en una vanguardista inversión sobre barcos a vapor a la que aún había que afinar muchos detalles y que, por tanto, necesitaba de forma urgente la firma del nuevo barón.

—Yo *debo* tomar el té con ellos —se resignó John.

—Y bien que te servirá el cambio de amistades. Aprenderás por fin sobre verdaderos negocios.

—Mis negocios ya son verdaderos...

—Diminutos, insignificantes. ¿Cuánto has hecho crecer la fortuna que te dejó tu padre? Prácticamente nada. Un hombre sin ambición es una pérdida de tiempo.

John estaba seguro de que su madre no sabía su fecha de cumpleaños, ni sus autores favoritos o siquiera el nombre de sus perros, pero vigilaba muy atenta sus flujos financieros, ya que su contador tenía su oficina en Londres y no era muy discreto. Por lo demás, pocos incautos se atreverían a negarle información a lady Brigitte Blais-Rothschild.

Lo que su madre consideraba diminuto, para John era más que suficiente para ser feliz. Tenía su propia flota de importación y distribución de alimentos en Gran Bretaña, con clientes regulares en los principales puertos y contratos preferentes con diversos proveedores extranjeros gracias a su dominio de varios idiomas. Compraba aceite de oliva a italianos, tabaco a portugueses, cacao y vainilla a españoles... Hace poco había probado con piñas brasileñas y tuvieron gran éxito en algunos restaurantes en Londres y Glasgow, así como con azúcar y maní, el que encargaba por decenas de kilos desde Jamaica. Regularizando ese acuerdo fue como conoció a Thomas Cochrane, un oficial de Marina apostado en la estación de las Indias Occidentales Británicas que años antes había sido un gran propulsor de la causa independentista en Sudamérica. Conversar con el oficial Cochrane sobre su cariño por Chile y su gente le confirmaba a John que su hermano había tomado una buena decisión al emigrar.

Si lady Brigitte se veía obligada a hablar de su segundo hijo, declaraba que era un "prominente empresario del rubro culinario", pero John no necesitaba esos aspavientos. No era un hombre ambicioso, lo admitía; su pequeña fortuna no había crecido demasiado en la última década, más que nada porque no acumulaba las utilidades sino que las reinvertía, mejorando los jornales de sus trabajadores una vez al año y manteniendo a sus botes y goletas con equipamiento al día. También se daba el lujo de rechazar transacciones si el trato no le parecía honesto, ya que él mismo supervisaba la mayoría de los embarques. En eso la asistencia de sus *profesionales*, Cinnamon y Clove, era clave. Sus bullmastiff no solo eran conocidos en el círculo de comerciantes por su intimidante presencia, sino también por la agudeza de sus olfatos y la lucidez de su intuición. Habían sido adiestrados para detectar cualquier tipo de

particularidad en las cargas y cada uno con su especialidad: mientras Cinnamon era experta en alimentos descompuestos (harina de trigo con hongos, bananas demasiado maduras o piñas podridas que en revisión superficial pasaban desapercibidas), Clove era infalible en potenciales fraudes de cargas cambiadas. Inspeccionaba los pedidos de calabacines (una vez en Aberdeen los franceses abultaron las cajas con pepinos de agua), los de brócoli (los mercaderes de las Antillas ya lo habían intentado engañar con coliflor dos veces en Harwich), los de arvejas, que a veces se confundían con habichuelas, o peor, los sacos de acelga abultados con hojas de ruibarbo, las cuales eran conocidas por sus propiedades venenosas. Básicamente, Clove distinguía el cilantro del perejil mejor que cualquier abuela y, si encontraba alguna irregularidad, le gruñía al culpable para marcarlo. Si el susodicho intentaba escapar, se abalanzaba rápidamente sobre él y lo inmovilizaba con sus sesenta kilos de peso, ladrando sin parar hasta que John diese cuenta de la situación a los guardias de aduana. Nunca había dejado a nadie sangrando, pero sí con unos cuantos moretones...

—Beckett mencionó que me mandaste llamar —dijo por fin John, deseoso de salir de ahí y regresar a alguna actividad más feliz—. Pues aquí estoy. ¿Qué necesitas?

—No creas ni por un segundo que permitiré que desposes a Karina Bolkonsky.

En sus momentos confidentes con Beckett, que eran muchos, solían decir que lady Brigitte sufría de "incontinencia verbal". No había ningún filtro entre lo que la mujer pensaba y lo que decía. Si tuviese solo comentarios amables o constructivos que compartir, quizá no molestaría a nadie, pero su pesarosa negatividad la convertía en una compañía irritante para la mayoría. Su rimbombante apellido y antepasados monárquicos la habían salvado de varias bochornosas situaciones, pues su usual impertinencia sería un pecado en la boca de cualquier otro mortal...

... como llamar por su nombre de soltera a la actual baronesa de la casa Rothschild, a quien maldijo desde el momento en que la conoció.

—Madre, cómo es que...

—Lo estabas considerando, ¿no?

John se revolvió en su asiento. Sintió sus mejillas calientes.

—Sí, así es —aceptó sin más—. ¿No es eso acaso lo correcto de hacer?

—Gracias a Dios estoy yo aquí para decirte qué es lo correcto.

Bajo el chal que tenía sobre las piernas, lady Brigitte sacó una carta de papel amarillento. El sello de lacre estaba roto. La tomó con dos dedos y la extendió hacia John, quien estiró su brazo para recibirla. A la luz de la lámpara leyó el remitente: coronel J. D. Walpole, cónsul de Gran Bretaña en Chile.

No quería preguntarle qué significaba.

No tendría que hacerlo.

—Esa es la carta en la que se me comunicó la muerte de Craig.

John fijó la vista en el sobre, consciente por primera vez de que esa fatídica noticia tenía forma física, tangible. La sujetaba ahora entre los dedos. Las palabras ahí contenidas habían llegado a su oído como parafraseos y eso le

bastaba. No creía ser capaz de leer el anuncio de forma directa. Se le rompería el corazón otra vez.

—¿Quieres que la lea? —preguntó, sombrío.

—Es tu decisión —concedió ella—. No hay nada ahí que no te haya transmitido ya... Salvo un detalle.

Su hijo menor levantó la mirada tan rápido que temió marearse.

—¿Qué?

—Puedes leer si así lo prefieres...

—¿Me ocultaste algo? —la encaró, sin negar su molestia, levantándose y apretando la carta en su puño. Ella no cambió su actitud.

—Por tu bien, sí —confesó, impávida—, pero ya que estamos por arribar a destino, debes saberlo.

Usando esos segundos de *shock* a su favor, John repasó mentalmente qué es lo que sí sabía: que Craig había fallecido a comienzos del mes de mayo a causa de un brote de neumonía, que su esposa e hijas estaban sanas y a salvo, y que era importante que el siguiente en el linaje se presentara lo antes posible en Valparaíso, pues había un par de inversiones inconclusas del fallecido barón que requerían atención urgente. De ahí que la noticia la recibiera lady Brigitte de puño y letra del cónsul.

Eso es lo que sabía. ¿Qué es lo que no?

—¿Qué más podría...?

—Karina estaba embarazada.

John recibió ese pequeño golpe de tristeza como si fuese suyo y volvió a sentarse. Era un tema doloroso. Cuánto había sufrido su hermano en ese aspecto a lo largo de los años... Tras el nacimiento de las mellizas Alisa y Fedora, intentaron tener más hijos, pero solo encontraron pérdidas. Cinco en total. Su hermano ya le había confesado en una de sus últimas cartas que habían perdido la fe.

Pero entonces...

—"Estaba" —repitió John, atento—. Dijiste "estaba". ¿Cómo sabes que perdió al bebé? ¿Lo dice el cónsul?

—Otra pérdida es lo más probable.

—¿Eso consta en la carta?

En lugar de seguir discutiendo a ciegas, había una solución más rápida. Tembló con el documento en la mano, se armó de valor y abrió el sobre. Era una sola hoja y de párrafos breves. Sus ojos obviaron algunas palabras, pero al encontrar la denominación "baronesa", se detuvo.

"...y atendiendo el delicado estado de la baronesa, en recientes vías de su tercer hijo, la presencia de su familia directa será un bálsamo en tan aciaga tribulación".

—Pero aquí nada se habla sobre pérdidas....

—No tiene caso alimentar ilusiones —continuó ella—. Han pasado cuatro meses desde esa carta... Sabes perfectamente que es improbable que ese embarazo haya avanzado.

—Improbable, pero no imposible —se animó él, conmovido. No perdería la esperanza tan fácil.

—Oh, basta, John —se exasperó lady Brigitte, levantando la voz—. Sé que no estás a la altura de una baronía y tampoco es que te interese particularmente, pero no permitiré que te cases con una mujer defectuosa que no puede producir un heredero.

Escuchar a su madre renegar de una tradición centenaria que era ampliamente avalada por la nobleza —que una viuda desposara al hermano de su marido fallecido, si él estaba disponible, para así mantener el apellido y las conexiones— era muy curioso, pero no del todo sorprendente. No era la tradición en sí lo que ella desaprobaba sino a la mujer en cuestión.

Karina Bolkonsky.

Era una belleza sublime que John recordaba muy bien y que su hermano presentó con orgullo unas semanas antes de su cumpleaños número veintiuno, en pleno baile de temporada, en abril de 1824. Craig había estado de viaje por casi un año a través de Europa, y en ese día de reencuentro comunicó a viva voz tres grandes novedades: se había enamorado, se había casado en Rusia y su esposa estaba embarazada. Compartió las buenas nuevas con toda naturalidad frente a las familias más relevantes y pudientes de la capital, y lo que para él significaba felicidad, para otros era escándalo, partiendo por el hecho de que la chica en cuestión era una simple plebeya. Las habladurías apuntaban a que la rusa era una oportunista y quizá se había embarazado para obligar al barón al matrimonio. De verdadero y ardiente amor, nada. No era algo posible. Lady Brigitte terminó el baile abruptamente, desfigurada de vergüenza, y cuando ya el último invitado se había ido, gritó a Craig que ese espectáculo se transformaría en su ruina social, que seguramente él lo había hecho a propósito para desprestigiarla, y que lo odiaba, y odiaba a su ordinaria esposa y odiaría a esa criatura que estaba por nacer.

John recordaba la desolación en los ojos de Craig, pero también su determinación posterior. Porque faltaba algo por decir.

El décimo barón de la casa Rothschild cumpliría la mayoría de edad en cuestión de días, y eso significaba que por ley toda la administración de los bienes familiares se convertía en su responsabilidad. Su madre se quedaba inmediatamente sin un centavo a menos que Craig se lo proveyera. Ella, en su furia repentina, lo había olvidado. Pero él no.

Esa noche del 23 de abril, la última noche que lady Brigitte vio a Craig, él anunció su más importante decisión: liquidaría todas las posesiones de la baronía y se llevaría el capital a Sudamérica. Se radicaría con su esposa en Chile, una naciente república con mucho potencial y que otros visionarios extranjeros ya tenían en la mira. Expertos decían que la libertad de comercio decretada tras su independencia era una ventaja incomparable para los británicos y que Valparaíso se convertiría pronto en el puerto principal del Pacífico. Karina había animado a su marido a considerar la aventura.

Al firmar los documentos para dejar un tercio de la fortuna a John, tal como su padre lo había establecido, Craig acordó una manutención de 500 libras anuales para su madre, lo que era una cantidad irrisoria para lo que ella estaba acostumbrada. La mujer lo tomó como una humillación y culpó a Karina por

ello. Él le permitió quedarse en la mansión de Mayfair, la única propiedad que mantendría en Inglaterra. Y se marcharon para nunca regresar.

—No es de tu incumbencia con quién decida casarme o no —respondió John, molesto, descolocado tras escuchar el adjetivo "defectuosa".

—No me cabe duda de que intentará seducirte. Sin mi presencia en la hacienda quizá lo habría conseguido. Será sobre mi cadáver.

—Y si así fuera, es mi decisión...

—Es *mi* familia, *mi* reputación —le enrostró, golpeándose el pecho con su mano derecha—. Todo lo que hagas me concierne y afecta. No harás nada sin que yo lo apruebe.

—Repentinamente mi vida es de gran interés para ti, ¿no?

Lady Brigitte hizo una mueca de desprecio.

—Tienes un linaje que continuar —le recordó, áspera—. Esa es tu responsabilidad ahora. ¿Planeas echarla a la suerte con una mujercita de malos genes y salud incompatible?

No había un ápice de agresividad en el cuerpo de John Rothschild, algunos consideraban que aquello era un defecto, pero había momentos, contados momentos, en que una extraña fuerza paralizaba sus pensamientos, pero no sus músculos, instándolo a apretar los puños y rechinar los dientes...

Ella aprovechó la grieta en el silencio.

—La decisión práctica que debiste tomar hace años, y no quisiste, tendrás que tomarla ahora. Y yo me ocuparé de ello.

—¿Vas a conseguirme una esposa?

—Así es —respondió, inmune al sarcasmo—, y tendrá lo que se requiere de una verdadera baronesa. Doy mi palabra.

Y era cierto. Ya había hecho una lista de potenciales prospectos entre las familias aristocráticas avecindadas en Valparaíso. Se pondría a la labor apenas llegasen a puerto.

John bajó la cabeza con una impotencia amarga en el paladar. No había caso en discutir. Aunque su madre aborreciera la idea, él mantendría a Karina como opción en su mente, ya tendría tiempo de decidir, pero estaba muy claro que todo este asunto se transformaría en su peor dolor de cabeza, peor que ese larguísimo viaje de Inglaterra a Chile...

—¿Milady?

Una voz dulce quebró el ambiente. Tras la puerta, Penny estaba insegura de si tocar o entrar, pero más miedo tenía de no cumplir las expectativas: en sus manos tenía dos huevos cocidos que ya comenzaban a enfriarse.

John se levantó y no se despidió. Abrió la puerta, sonrió incómodo a la criada y pasó por su lado. Ella hizo una reverencia y eligió no moverse hasta que el barón subiese la escalerilla hacia la cubierta.

Entonces él regresó sobre sus pies. Faltaba algo importante.

—Discúlpanos, Penny.

Ella lo miró confundida.

—¿Disculparlo por qué, milord?

—Por todo lo que ha pasado y pasará.

Ese día, ocho de octubre, y sin saberlo, el undécimo barón Rothschild creó un vaticinio.

III

10 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Bajar del barco ya se sentía como un milagro, pero una hora después, cuando John miró por la ventanilla del carruaje y detectó el letrero "Bluebells" a corta distancia, el milagro se transformó en alivio. Expectación y alivio. Jamás antes había estado en territorio chileno, menos en esas específicas hectáreas, pero tan solo al traspasar el perímetro de la gran reja de fierro forjado entre paredes de adobe se le llenó el pecho de agradecimiento. En algún lugar del alma guardaba la culpa de no haber viajado antes, de no haber abrazado a su hermano lo suficiente, de no haberle escrito lo suficiente, aun cuando obtenían noticias del otro cada dos o tres meses, lo más rápido que podía ofrecer el Royal Mail. En su última carta, fechada en febrero de ese año, Craig le rogaba que no le diera más excusas y fuese a verlo en Navidad. Para presionarlo, le detallaba una lista larga y específica de cosas que debía traer a Chile, ya sea porque en Sudamérica no había cómo conseguirlas o porque eran regalos especiales para personas muy especiales...

Excusas. John era experto en ellas. Por supuesto que deseaba ver a Craig, pero la sola idea de pasar meses en altamar en un barco con decenas de pasajeros le parecía una tortura insufrible, sin contar con que, en su cabeza, su saludable y enérgico hermano mayor no dejaría este mundo antes de los ochenta o noventa años. Había mucho tiempo por delante. Eso solía decirse a sí mismo, eligiendo en la tienda del pueblo una nueva novela que leería bajo la tranquilidad de su sauce favorito en Faringdon. "El polvo de libros es infiel por naturaleza", opinaba Beckett, apuntando a que la ficción no sería un lugar seguro para siempre. John jamás imaginó que esa advertencia se cumpliría tan pronto.

—*Welcome milord, milady.*

El lacayo que apareció para abrir la puerta del carruaje no tendría más de quince años. Su saludo en inglés, con fuerte acento chileno y probablemente mil veces ensayado, hizo a John sonreír. Lady Brigitte tomó su mano para bajar y luego lo ignoró por completo, caminando nerviosa hacia las carretas posteriores. Por su lado, el británico puso un pie en la escalerilla e inspiró profundo antes de tocar tierra. Quiso imaginar la primera vez que Craig hizo lo mismo y que, quizás, había llegado a la misma conclusión: después de respirar ese aire a mar y

zarzamoras bajo un sol tan cálido, quién diablos querría regresar a Londres.

—Cuidado abajo, lord Rothschild —le habló el cochero, indicando un charco de barro en el que John caería sin remedio si no miraba bien por dónde pisaba.

El británico sonrió y terminó de bajar del carruaje con la vista en sus botas.

—Muchas gracias... ¿Cuál es su nombre? —inquirió John. El cochero demoró un segundo en responder, ya que no estaba acostumbrado a que *otro* noble se preocupara del nombre de un criado. Otro, porque el único de quien conocía y esperaba ese nivel de deferencia era del fallecido barón Craig.

—Nicomedes, milord —contestó él, haciendo un gesto con su sombrero de copa.

—Gracias, Nicomedes. Y también gracias a ustedes —añadió, acercándose al primer caballo a su izquierda, cogiendo el extremo de la rienda que conectaba con la muserola y acariciándole luego el pelaje.

El cochero se percató de que el británico actuaba con confianza y de la forma correcta para que el equino no se sobresaltara, como si tuviese mucha experiencia en el asunto.

—¿Le gustan los caballos?

—Los animales en general —respondió él—. ¿Cómo se llaman?

Nicomedes levantó la barbilla y se irguió.

—Le presento a la princesa Ana Cunigunda de Sajonia y a la princesa Olga Carolingia de Borbón.

John abrió la boca para reírse, pero luego consideró que quizá sería impropio.

—Qué nombres tan... distinguidos.

—Ellas creen que son de la realeza, quién soy yo para contradecirlas —sonrió el cochero, y ambos rieron entre dientes.

—Un honor contar con sus servicios, señoritas.

La primera yegua relinchó suavemente. John acercó su frente al grueso cuello del animal y se quedó un segundo ahí. Entonces Nicomedes se preocupó.

—¿Se encuentra bien, milord?

—Me encuentro bien —repitió John, aún con los ojos cerrados. Luego se echó hacia atrás—. Nicomedes, por favor, pida a los lacayos que distingan una caja con los bordes pintados de rojo entre el resto del equipaje. Que la lleven cuanto antes al patio de servicio, pues reuniré a todo el personal ahí en algunos minutos. Después de dejar a tus chicas en el establo, dirígete hacia allá.

—Como ordene —respondió, otra vez con un gesto de su sombrero y apurándose en tomar las riendas.

Cuando se alejó, John tomó un segundo más para sí e inspiró profundo. Había tanto de lo que ocuparse y no sabía por dónde empezar... Hasta que subió la mirada.

Podía empezar por sentirse en casa.

La fachada de la casona no se parecía en nada a otras que habían vislumbrado en el camino hasta ahí. La arquitectura chilena aún no abandonaba del todo lo puramente colonial y edificaba, en su mayoría, casas de un piso con muros de adobe blanqueado y techos de teja de arcilla. La que John tenía

enfrente era, sin dudar, una *country house* británica, si bien erigida a miles de kilómetros de distancia, en pequeña escala y despojada intencionalmente de majestuosidad para armonizar con el paisaje. De solo dos pisos, pero de grandes ventanales y marcos tallados en madera, tenía un ala central y dos laterales, la del norte terminando en un solárium completamente vidriado. No podía verlo desde ahí, pero podía adivinar que, si había un balcón, este daba al jardín principal con una fuente de piedra en medio, y que al menos uno de los salones tendría doble altura y redondeadas cornisas de yeso. Lo sabía porque Craig había planeado su casa ideal en su mente desde los seis años. La había soñado despierto y había compartido ese sueño con su hermano. Y luego, ya en Chile, compró una quinta de recreo al regidor de Valparaíso, Santiago Polanco, en el cerro llamado De las Frites, si bien en el vernáculo común era mejor conocido como cerro Polanco. Craig mismo había preparado los planos con un calculista de Oxford y supervisado las obras, que se extendieron por más un año. Mientras tanto, con Karina y las niñas recién nacidas arrendaron una modesta casa en el sector de El Almendral, esperando pacientemente cada embarque con la madera, piedra, mármol y otros materiales que necesitaban, provenientes de Francia, Gran Bretaña e Italia. Valía la pena. La colonia inglesa residente intentaba mantener algunas de sus tradiciones a como diera lugar en este nuevo mundo, y eso incluía, por supuesto, su visión de la arquitectura. También ciertas denominaciones. No era la hacienda *Bluebells* por azar.

Sí, comenzaba a sentirse en casa. No en la suya, en la de su hermano, pero para él bien valía lo mismo.

—Sea muy bienvenido a Chile, lord Rothschild —pronunció alguien a su espalda.

Él volteó de inmediato. Una mujer de vestido oscuro y *châtelaine* hacía una profunda reverencia hacia él. Beckett y Penny estaban a su lado.

—Milord, le presento a Marta Fontanarrosa, su ama de llaves —habló Beckett.

—Un gusto, señora Fontanarrosa —se inclinó.

—No sabe lo feliz que nos hace tenerlo por fin en casa. Espero que el viaje no haya sido muy extenuante.

—Agradezco sus buenos deseos —dijo John, devolviéndole la cortesía con una inclinación de cabeza—, pero fue un viaje horrible y muy fatigoso. Aunque el buen clima de Valparaíso ha mejorado mi ánimo, debo confesar. Sé que podré contar con usted para que los próximos días de transición sean apacibles para todos los involucrados.

La chilena no estaba preparada para tanta amabilidad y eso alivió en parte sus nervios. Lo observó tan detallada y discretamente como pudo, notando que el parecido físico con su hermano era innegable, hasta en el tono de voz. La mayor diferencia estaba en la contextura, pues Craig era muy corpulento en comparación a la delgadez más atlética de John, pero ambos compartían una curiosa decisión sobre el vello facial: mantenerlo. La costumbre entre los caballeros de relativa juventud era llevar el mentón perfectamente afeitado, donde la única indulgencia era dejar el grosor de patillas y cejas en disposición

natural. Sin embargo, y por un singular pacto de hermanos, Craig y John llevaban barba completa y recortada hasta la línea mandibular. La elección de vestimenta también llamó la atención de Marta, pues el nuevo barón prefería un *look* muy sencillo para lo que se esperaría de alguien de su rango: su corbata de nudo no era de seda sino de algodón, su chaquetilla no tenía bordados en metálico y no había reloj con cadenilla a la vista. Tampoco usaba sombrero, lo que era en extremo inusual. En cualquier caso, había algo muy distinguido en su sobriedad y la señora Fontanarrosa decidió que, con la poca información con que contaba, ya lo apreciaba.

—Puede contar con ello —le aseguró, apuntando luego con su brazo hacia la gran puerta de entrada—. Déjeme guiarlo por la casa. ¿Esperamos a lady Blais-Rothschild?

—Es una buena pregunta. ¿Dónde está mi madre? —preguntó a Penny.

La criada apartó la mirada, avergonzada, y Beckett respondió por ella. Apuntó con el mentón hacia la izquierda.

—Está gritándoles a los lacayos que no quiebren su vajilla —le dijo al oído.

Ambos desviaron la mirada hacia la fila de carretas con cajas y sacos de diferentes tamaños, donde media docena de lacayos trabajaban para descargar lo antes posible. Frente a una de ellas, el vestido abultado, sombrero con plumas y voz estridente de lady Brigitte era difícil de confundir, más si insistía en dar instrucciones en inglés a criados que no dominaban el idioma. La aristócrata había exigido transportar a Chile varios baúles con diversas pertenencias y no confiaba "en las manos de estos torpes indios".

Las disculpas serán incesantes por meses, pensó John, cansado.

—Ella nos alcanzará —resolvió—. Por favor, continúe, señora Fontanarrosa. Nosotros la seguimos.

Junto a la puerta lo esperaba una hilera de mujeres en orden de rango ascendente. En la hacienda de su hermano no había mayordomo, el ama de llaves era la máxima autoridad, y los pocos hombres en servicio estaban o en rangos muy inferiores —como lacayos o mozos de cuadra— o en labores que no formaban parte de los saludos protocolares, como los encargados de animales o jardines.

Realizaron una reverencia al unísono cuando el barón ya estaba lo suficientemente cerca, y permanecieron así, inclinadas con la vista baja, hasta que él les permitiese regresar a su postura original. Craig nunca fomentó esos gestos tan anticuados de sumisión, pero como ellas desconocían cuáles serían las preferencias del nuevo barón, no podían tentar a la suerte.

—Por favor —dijo John con voz preocupada, haciendo un gesto con sus manos para que se levantaran—, no es necesario.

Mientras se reincorporaban, algunas compartieron una sonrisa cómplice.

—Entonces, comencemos por el hall. Verá que los tapices han sido recientemente renovados y...

El ama de llaves había seguido caminando sin percatarse de que John no se había movido de su sitio junto al personal. Tuvo que regresar con apremio.

—¿Milord?

—Creo que han faltado algunas presentaciones —señaló él.

La chilena se ruborizó y disculpó varias veces antes de proseguir. En su defensa, no era usual que al dueño de casa le interesasen esas minucias.

—Por supuesto. Milord, le presento a... Etelvina y Virginia, doncellas de mano —indicó, y ellas volvieron a inclinarse—; la señora Carrasco, nuestra cocinera; la señorita Lau...

—*Uncle John, uncle John!*

Dos niñas vestidas y peinadas iguales aparecieron intempestivamente desde la entrada. Llevaban el pelo lacio recogido en un medio moño y zapatillas de satín. Al quedar frente al británico, hicieron una reverencia y él sintió el impulso de abrazarlas, pero se refrenó. Podría hacerlo después, en privado.

—Alisa, Fedora —se alegró—, ¿o Fedora y Alisa?

Ellas rieron.

—Yo soy Alisa y soy un poco más alta, porque soy la mayor.

—Precisa distinción, gracias.

Fedora, balanceándose con las manos tras la espalda, arrugó el entrecejo al mirarlo.

—Te pareces a padre.

A John se le encogió el estómago.

—¿Tú crees?

Ambas asintieron.

—¿Has traído obsequios?

—Por supuesto que sí —ahora rio él—. Si me dan un minuto, les mostraré todo pronto. Ah, pero en lo inmediato... mmm...

Lord Rothschild miró en todas direcciones, buscando entre las piernas de los lacayos que iban y venían, hasta que prefirió otra estrategia. Acercó su mano derecha a su boca y, con sus dedos pulgar e índice, silbó fuerte.

Las orejas de Cinnamon y Clove aparecieron entre las cajas de una de las carretas. Al llamado del amo, bajaron inmediatamente y corrieron hasta él, lo que en su contexto rutinario era una imagen inocua, pero en un lugar donde no los conocían, dos perros de enorme complexión semejaban una amenaza de la que había que huir. Virginia gritó y se escondió detrás de Etelvina, mientras que la señora Carrasco no esperó explicaciones y corrió dentro de la casa.

Beckett aguantó la risa. Las niñas aplaudieron.

—No, no se preocupen. No les harán ningún daño —las calmó John, genuinamente preocupado e internamente divertido. Al llegar, cada bullmastiff se sentó y tomó posición a un costado del barón—. Les presento a Cinnamon y a Clove.

Laura, quien hasta ahora no había emitido sonido ni opinión, ladeó la cabeza.

—*Canela* —tradujo, mirando a Cinny—, *Clavo de olor* —dijo, apuntando a Clove. Entonces subió la mirada hacia John—. Como usted es blanco y británico, podría ser el té con leche.

Lord Rothschild reaccionó ante la broma —o perspicacia— de la joven con un gesto curioso.

—Y usted es...

—La señorita Laura Villa-Smith, nuestra institutriz —se apuró en aclarar el ama de llaves, algo nerviosa.

Laura entendió que quizá había hecho algo imprudente y, sin chistar, hizo una reverencia y evitó la mirada inquisitiva de la señora Fontanarrosa.

John curvó una ceja.

—¿No es muy joven para ser institutriz?

—Ya no soy *muy joven* para nada, pero aprecio el cumplido —sonrió—. En realidad, soy ilustradora botánica. Llegué en el HMS *Beagle,* quizá lo vio anclado en la bahía.

—Es nuestra institutriz temporal, milord —explicó el ama de llaves, buscando salir del paso—. Si desea le explicaré la situación con detalle más tarde.

—Pensé que todo el personal de servicio era chileno —comentó, curioso—. ¿Es usted británica?

—Sí, milord.

—Gracias a Dios. Una queja menos de mi madre.

Beckett carraspeó.

—Y ahí viene.

Por el rabillo del ojo, John detectó que, efectivamente, su progenitora se acercaba a paso firme desde el sector de las carretas... Señal clara de que era momento de moverse.

—Quisiera reunir al personal en el patio de servicio —comunicó él, mirando a Laura más detenidamente, y luego al resto—. Por favor, avísenles a todos, que no falte nadie.

—Sí, milord —contestaron ellas, inclinándose.

—Señora Fontanarrosa, guíeme.

—Por supuesto —dijo ella, feliz de volver a ser útil.

En contraste con muchas mansiones británicas clásicas, a veces oscuras y hasta lúgubres, esta dejaba entrar la luz por todas las esquinas. El vestíbulo de doble altura conectaba de frente con el salón principal y sus ventanales estaban abiertos de par en par, por lo que desde ahí podía verse parte del jardín. A la derecha había una amplia escalera de madera terciada con pasamanos tallado y que de seguro conducía a las habitaciones del segundo piso, pensó John, pues las niñas corrieron hacia allá. Sin embargo, el ama de llaves pidió a los recién llegados que la siguieran hacia la izquierda.

Justo en la esquina, en un perchero de fierro, había un grueso abrigo negro y un sombrero de copa. John tuvo el impulso de detenerse.

—¿Hay alguien más en la casa?

La señora Fontanarrosa no retrocedió. En su sitio, se persignó.

—No, milord. Es el abrigo de lord Craig —explicó—. Lleva meses ahí. La baronesa no ha querido que lo quitemos o guardemos. No sabemos qué hacer. Esperábamos que usted nos diera alguna instrucción.

John tocó el abrigo y apretó la tela entre los dedos. Olía a tabaco.

No dijo nada, pues no tenía una respuesta. Solo hizo un gesto para que

siguiesen caminando por la casa.

A través de un pabellón de espejos de marco dorado y óleos rupestres llegarían al sector de servicio, el cual estaba separado del resto de la casa por una mampara de vidrio de dos hojas. Ahí había otra escalera, conducente a las recámaras de los criados, y un umbral de arco que daba pie a una luminosa cocina con ventanales de marco cuadriculado. John se detuvo un segundo para admirar esa modernidad, pues las cocinas inglesas solían adecuarse en cuartos subterráneos no muy acogedores. Desafiar esa regla también era parte de los deseos de Craig que había logrado convertir en realidad. Destacaba al fondo un robusto fogón de hierro forjado con cubierta de cobre, un gran mesón de tablones en el centro, cacerolas de greda y hojalata, y decenas de adminículos culinarios de paja y madera colgando sobre sus cabezas...

Cruzando la cocina llegaron al patio de servicio, un pedacito de jardín con dos manzanos y una higuera, cercado por una construcción liviana donde se emplazaba la lavandería. Cinny y Clove eran los más contentos de estar ahí, restregando sus lomos en el césped.

También contenta, pero más bien expectante, estaba la veintena de criados agrupados. El ama de llaves aprovechó para presentar a Beckett y Penny al resto del *staff,* intercambiando saludos en castellano e inglés.

—¿Sus perros comen gallinas, lord Rothschild?

Un sirviente alto, calvo y de mirada dulce hizo la pregunta. No vestía uniforme, sino ropajes de trabajo de campo. John se quedó al borde del ventanal, donde podía verlos a todos desde un peldaño de altura.

—No, pero yo no los tentaría —respondió él—. Por favor, añada doble protección a los gallineros y a las bodegas, señor...

—Bahamondes, milord —se presentó, inclinándose—. Como usted guste. Tenemos gallinas, pavos, cerdos y vacas para la cocina. A lord Craig no le gustaba comer vacuno, pero puedo faenar uno para usted.

—No, no, no —negó, enfático—. En Bluebells seguiremos respetando a las vacas. Con aprovechar su leche es suficiente.

—¿Es por alguna costumbre religiosa? —preguntó Virginia. La señora Fontanarrosa la golpeó suavemente en el brazo, regañándola por hacer preguntas indiscretas. A John no le molestó.

—Es por una costumbre infantil —explicó—. En Faringdon nuestras primeras mascotas fueron vacas. Me cuesta trabajo pensarlas en mi plato.

John no era estrictamente vegetariano, pero evitaba consumir algunas carnes, como vacuno, equino y porcino. Sentía una compasión y respeto por esos animales muy difícil de explicar. Por las miradas furtivas que los criados intercambiaron, no todos estaban de acuerdo en desaprovechar un delicioso filete de ternero, pero esta era una ligera excentricidad comparada con otras de la nobleza.

Comparado con la *cerusa veneciana*, por ejemplo, que formaba parte de la rutina diaria de belleza de lady Brigitte y que, por supuesto, había traído por decenas frascos desde Londres. Era maquillaje blanco con plomo, popularizado desde el siglo XVI por la reina Isabel I para cubrir sus cicatrices de viruela y que

luego se extendió entre la clase alta, pues la elegancia se asociaba a la palidez. Fue de las primeras cosas que la aristócrata revisó en sus baúles al llegar y persiguió al lacayo que los guardaría en la bodega, lo que la llevó sin querer hasta el patio de servicio.

—¿Qué hacen aquí, ignorando sus labores? —exclamó ella, logrando que todos voltearan asustados. La reverenciaron de inmediato.

John resopló desde su sitio, cansado.

—Les presento a mi madre, lady Brigitte Blais-Rothschild —dijo, y luego explicó—: Están ignorando brevemente sus labores porque *yo* se los pedí. Puedes quedarte si quieres.

—¿Quedarme a qué?

Por la misma puertecilla por la que lady Brigitte había aparecido y que conectaba el patio con el establo y las bodegas, se asomó Nicomedes. Con la ayuda de un lacayo, traían una caja de madera con bordes rojos.

El barón se alegró. La dejaron a sus pies y retrocedieron para integrarse al grupo. John se acuclilló para liberar el anclaje de hierro, abrió la tapa y se aseguró de que el contenido estuviese en buenas condiciones. Sonrió otra vez y se levantó.

—Argh —se quejó la vetusta, frunciendo la boca al reconocer la caja—. El "encargo" de Craig.

John ignoró su desdén y mantuvo el buen ánimo. Carraspeó para que las miradas confluyeran en él y los murmullos se silenciaron.

—Buenos días a todos. Sé que nuestra llegada les plantea muchísimo trabajo, así que les agradezco que se hayan reunido aquí y me den diez minutos de su tiempo. He traído algo para ustedes.

Los rostros de confusión y sorpresa no se hicieron esperar.

—¿Para la casa?

—¿Para las niñas?

—No — insistió John—: para *ustedes*.

Ahora los murmullos se dividían entre el entusiasmo y el escepticismo.

—¿Son nuevos deberes?

—Son regalos —explicó él, poniendo sus manos en la cintura—. En su última carta, mi hermano me pidió que consiguiese algunas cosas que, creo, tienen más valor sentimental que material —dijo, bajando la mirada. No quería que se quebrara su voz—. Seguí sus instrucciones al pie de la letra. Este era su deseo. Permítanme cumplirlo.

Virginia, con el mentón tembloroso, se aferró al brazo de Laura. Los rodeó la tristeza, pero también la alegría, si es que esa opuesta combinación era posible. La ilustradora no había podido conocer a lord Craig, pero en diversas reacciones, antes y ahora, pudo comprobar lo amado que era.

Y que, al parecer, su hermano menor seguía el mismo camino.

—Señor Bahamondes, empecemos con usted.

John le hizo un gesto para que se acercara y los otros le abrieron paso. Volteó hacia la caja, sacó un objeto alargado y lo tomó con cuidado.

—Craig quería que usted tuviese esto —le dijo, extendiéndole un cuchillo

grande envuelto en una funda de cuero—. Sé que se encarga del matadero, pero que no cuenta con las mejores herramientas. Este es un ejemplar de la cuchillería Wüsthof, en Alemania —explicó, ante los ojos anonadados del hombre y la expectación del resto—. No tendrá que afilarlo en diez años.

Eugenio Bahamondes estiró sus manos con las palmas hacia arriba y recibió el regalo sin poder creer lo que veía. Pasaron segundos hasta que se encontró con la mirada del barón.

—Es como si fuese Navidad —atinó a decir, y sus compañeros rieron bajito. Lady Brigitte entornó los ojos.

John le tomó el hombro.

—Feliz Navidad, entonces —sonrió.

El hombre regresó a su sitio y los criados se arremolinaron a su alrededor para observar de cerca ese regalo grandioso. Solo se callaron cuando John carraspeó.

—Tengo también aquí un par de botas de la zapatería Howell —anunció, levantándolas en el aire. Arrugó la frente mientras intentaba recordar el nombre del destinatario—. Son para don Marco Antonio Pereyra, si es que nos acompaña hoy.

—¡Estoy, estoy! —exclamó desde lejos. Tenía el mismo gesto de sorpresa que su compañero y hasta de reticencia sobre acercarse o no. Los otros lo alentaron. Cuando estuvo a centímetros de su nuevo patrón, se quitó la boina y pasó las manos por su camisa, intentando lucir más presentable.

—Ajá. Usted se encarga del campo y las plantaciones en general, ¿no? —preguntó. El viejo asintió con fuerza—. Tiene un trabajo muy importante. Craig también lo creía. Me pidió que le trajese botas nuevas, porque sabe que las suyas suelen deteriorarse muy rápido. Además, estas son muy gruesas y resisten mejor los cambios de temperatura.

En un acto reflejo, el señor Pereyra bajó la vista a sus zapatos y sintió vergüenza. En efecto, ya estaban mil veces remendados y no durarían otra temporada.

—Es mucha generosidad, milord —se complicó el campesino, inseguro de aceptar.

—*Too much* —coincidió lady Brigitte, no entendiendo por qué su fallecido hijo se había tomado tantas molestias por un par de sirvientes.

John dio tres pasos hacia él y le habló más de cerca.

—Piénselo de esta manera: si usted tiene mejores herramientas para hacer su trabajo, lo hará aún mejor y todos nos beneficiamos —le explicó. Más atrás, el señor Bahamondes movía la cabeza para confirmar, mostrando su reciente regalo.

Eso pareció motivar a Pereyra. Le sacó una sonrisa.

—Hay días en que no he podido apartar el heno húmedo sino hasta que se secan los charcos —aceptó, incómodo, mirando otra vez sus precarios zapatos—, o aún no puedo quemar los fardos de ortiga y cicuta que segamos de los pastizales... Ahí siguen, apilados afuera del establo. La señora Fontanarrosa dijo que se me derretirían los pies.

El grupo volvió a reír en voz baja. John lo miró con amabilidad.

—Pues va en mi directa conveniencia que usted conserve todos sus dedos —sonrió, entregándole las botas. El señor Pereyra las recibió a la altura del pecho.

—Revisaré todo lo pendiente esta misma tarde, se lo prometo —dijo, emocionado.

John se alegró, al tiempo que su madre les dedicaba un sonido gutural de aburrimiento.

—Creo que ya he visto suficiente —declaró, desdeñosa—. Iré a seguir revisando que mis pertenencias no hayan sido aniquiladas por sus torpezas.

Y dando media vuelta, se perdió tras la puertecilla que daba a las bodegas. Nadie la extrañaría.

—Veamos, quién sigue... —murmuró el barón, escogiendo lo próximo que sacaría de la caja—. ¿Señora Carrasco?

Junto al señor Bahamondes, una mujer en sus sesenta y de delantal oscuro levantó su mano.

—Hortensia Carrasco, milord.

—Nuestra cocinera. Ha prestado servicio en la hacienda desde su primer día, si mi información es correcta —quiso confirmar, con una pizca más de interés. Ella asintió y él se alegró—. Me pone feliz conocerla. En estos días la molestaré bastante con algunas preguntas. Mientras tanto... —alzó un libro de hojas gruesas en empaste de cartón— creo que podría interesarle este recetario francés.

Emocionada, juntó las palmas de sus manos en un aplauso ahogado. Luego recibió el libro y acarició las letras en relieve de la cubierta.

—¿Qué dice? —le preguntó a Laura, quien estaba lo suficientemente cerca. Estiró el cuello para mirar.

—*L'art de la cuisine française* de Marie-Antoine Carême —leyó—. "El arte de la cocina francesa".

Hortensia se emocionó aún más y el británico parecía satisfecho.

—Craig mencionó que usted deseaba conocer más sobre platillos franceses. Pues bien, el señor Carême es un chef reputado, seguro podrá aprender de él. Lamento no haber conseguido un ejemplar en castellano.

—No habría hecho ninguna diferencia, no se preocupe —le respondió con naturalidad, aún sonriendo, pero ante el gesto embrollado de su patrón, decidió añadir—. No sé leer, milord.

John ocultó su sorpresa, también un poco de vergüenza. Ella hacía bien en recordarle que estaba en un pequeño país de Sudamérica, ya no en Inglaterra, por lo que era perfectamente esperable —incluso socialmente preferible— que el personal de servicio fuese, en su mayoría, analfabeto. No es que en la isla europea la clase trabajadora tuviese amplio acceso a la formación primaria, aún había muchas barreras, pero era usual que hasta los lacayos supiesen al menos leer y escribir. En un Estado emergente como Chile, el que hacía un par de décadas no era más que una colonia, todavía no se alcanzaba ciertos mínimos.

—Discúlpeme, señora Carrasco. Craig me pidió explícitamente un recetario,

entonces no se me ocurrió pensar que...

—Lo leeremos juntas y traduciré para usted —le prometió la señora Fontanarrosa, interrumpiendo sutilmente al barón para evitar ahondar en el asunto. En cualquier caso, la cocinera parecía ajena a la preocupación del británico. Estaba a punto de llorar de felicidad.

—Dios bendiga a lord Craig. Y a usted, milord.

John movió la cabeza, suspiró y sonrió.

Luego se aclaró la garganta.

—¿Etelvina?

Alguien empujó levemente a una criada bajita y regordeta.

—Aquí estoy, señor.

—*Lord Rothschild* —la corrigió la señora Fontanarrosa, apretando los dientes.

—No hay problema, entiendo que es difícil acostumbrarse —la disculpó John. La criada igualmente se sintió algo avergonzada, así que el británico se sintió con la responsabilidad de subirle el ánimo—. Es muy curioso lo que Craig me pidió para usted, así que espero que pueda explicarme su importancia —le pidió, extendiéndole una pequeña caja de madera que en una barroca ilustración rezaba "Promethean", y que de pronto atrajo la atención de Cinnamon—: Fósforos.

Todos rieron. John permitió que *Cinny* olfateara la caja para asegurarse de que su contenido era inofensivo, y luego alzó las cejas, esperando que alguien compartiera el chiste.

Virginia se adelantó.

—Hace un tiempo Etelvina tuvo un... *accidente* encendiendo el brasero en la habitación del barón —recordó, conteniendo una carcajada—. Los trapos con alcohol son difíciles de manejar...

Etelvina se llevó una mano al flequillo que asomaba bajo su gorro blanco, el que alguna vez terminó completamente chamuscado, y John entendió.

—Pensé que lord Rothschild me despediría, pero en lugar de eso prometió que un día traería algo llamado *fósforos* a la hacienda, una forma más fácil de encender fuego y de... proteger peinados —terminó, resignada a una sonrisa.

—Pues espero, entonces, que le sean de mucha utilidad.

—¿Y cómo se usan?

—Con los dientes —contestó John, sincero, pero volvió a generar una risotada general—. Más cerca del atardecer, búsqueme y le enseñaré la forma correcta de manipularlos.

—Gracias, milord —respondió ella, envolviendo la cajita en sus manos como si fuese una pieza de joyería.

—Y hablando de modernidades... —retomó John, escarbando otra vez en la caja de madera para extraer una bolsa alargada de seda—. Esto es para usted, señora Fontanarrosa.

El ama de llaves se llevó una mano al pecho, muy sorprendida.

—¿Para mí, milord?

—Ajá, para usted, algo que me costó bastante conseguir, pero creo que valdrá las penas —le explicó, entregándole la bolsa—. Se llaman *lentes bifocales*.

—¿Qué es eso?

La mujer desató la cinta que anudaba el extremo de la bolsa y extrajo con delicadeza su contenido. Lo sostuvo en el aire y todos miraron el objeto con estupor. Las gafas de patillas, si bien se comercializaban hace cincuenta años, aún no eran suficientemente populares... mucho menos unas cuyas lentes estuviesen partidas por la mitad.

A John le divirtió la escena. Pidió a doña Marta las gafas de vuelta para explicarle mejor.

—Craig me avisó que sus lentillas se habían quebrajado —señaló él, y ella inmediatamente se llevó una mano a las lentillas de medialuna que se balanceaban en la punta de su nariz, como si quisiera ocultar la fisura—. Me pidió que le consiguiera unas nuevas, pero le traje algo mejor. Si se fija, los bifocales son lentes divididas horizontalmente, pues sirven a dos objetivos. Con la mitad inferior podrá leer y ver objetos de cerca, con la mitad superior podrá ver de lejos.

—Eso es magia —se sorprendió ella, apresurándose a quitarse sus lentillas rotas para probar la montura de las nuevas.

—Las inventó un norteamericano muy ilustre, don Benjamin Franklin...

—¡*Mister* Franklin! —exclamó Laura. John levantó una ceja.

—¿Lo conoce?

—Por supuesto. Fue el primero en describir con detalle la llamada *corriente del Golfo*. Nuestros hidrógrafos lo citan constantemente.

—¿Sus *hidro*...? —comenzó, pero no era el lugar para interrogarla sobre cuestiones tan técnicas—. No importa, ya me explicará.

—Además es un conocido abolicionista —agregó ella, ilusionada.

—¿Qué significa eso? —susurró Etelvina.

—Que promueve el fin de la esclavitud.

—Oh —exclamaron varios, y eso hizo que la señora Fontanarrosa apreciara aún más su intempestivo obsequio.

—Llevaré con mucho gusto las gafas de *mister* Franklin —agradeció ella, emocionada, con las gafas ya instaladas sobre su tabique y mirando en todas direcciones comprobando lo que el barón le había dicho.

Durante los siguientes minutos, John siguió repartiendo regalos entre los criados, entre los que se contaban cintas para el cabello, botones de cobre, un caballo de juguete, un grabado del rey William...

Entonces se detuvo en Laura.

—Lamento no tener nada para usted.

Eso era una verdad a medias.

Era cierto que Craig no había mencionado a ninguna Laura Villa-Smith en su carta, y era de toda lógica, pues aún no la conocía. A quien sí había mencionado era a Marcela Díaz Núñez, la institutriz anterior, y su hermano había pedido un especial juego de pluma y tinta para ella. Su intuición conducía a John a guardar ese regalo y darlo a su verdadera dueña en cuanto pudiese, en lugar de reasignarlo a la mujer que había tomado su lugar en la hacienda.

La ilustradora devenida en institutriz sonrió con los labios pegados.

—Por el aroma que proviene de la bodega, apostaría a que usted trajo té inglés. Si me permite retirar algunos gramos, será una gran Navidad para mí.

Él aceptó.

—Por supuesto, recoja cuanto quiera, usted y todos. Pero vaya un consejo amistoso: aléjense del té herbal de mi madre, pues ella no comparte con nadie —les advirtió, incómodo—. Penny podrá decirles cuál es la caja incorrecta.

Escuchó numerosos "muchas gracias" en variados tonos y volúmenes. Paseó la vista por toda su audiencia, satisfecho, y volvió a pedir su atención.

—Mi hermano los estimaba mucho, a todos —dijo en voz alta—. Me compartía algunas anécdotas con ustedes en sus cartas. Valoraba su servicio y compromiso. No estoy aquí para reemplazarlo —afirmó, y aunque su intención era loable, reemplazar a su hermano es justamente lo que estaba haciendo—, sino para continuar su legado. Sepan que pueden recurrir a mí con cualquier duda o requerimiento, mi despacho estará siempre abierto. Y sobre el abrigo de Craig —apuntó, logrando atraer todas las miradas—, mi deseo es que siga donde está.

No quería, pero no pudo evitar que se le llenaran los ojos de lágrimas. Haría un gran esfuerzo para no derramar ninguna, pero su *staff* notó su emoción y se emocionaron con él. La señora Carrasco ocultó su cara tras un pañuelo y Virginia se arrimó al brazo de Etelvina. El resto compartió gestos tristes.

—No pudimos asistir a su funeral, pero queremos ir a presentarle nuestros respetos —habló Nicomedes, estrujando su sombrero de copa a la altura del pecho—. Creímos que lo sepultarían aquí, en su casa, pero nunca tuvimos noticia y, la baronesa, bueno...

—La baronesa no ha estado en condiciones de charlar o dar explicaciones a nadie —terminó la señora Fontanarrosa, comprensiva. Los demás asintieron.

John tomó nota mental.

—Averiguaré la localización de su tumba y se las comunicaré prontamente —se comprometió, sincero, pues él mismo tendría que hacer esa visita y no sabía si estaba listo para eso—. Serán dispensados de sus labores para el Día de los Fieles Difuntos, el dos de noviembre.

Sabía que Chile era un país católico, y aunque él había sido educado en el anglicanismo, había ciertas tradiciones compartidas, como honrar a los seres queridos fallecidos en los primeros días de noviembre. Dispensar a los criados un día completo generaría gritos y reprimendas de su madre, estaba seguro, pero ya se ocuparía de ello más cerca de la fecha.

Al ver que nadie se movía, recordó que ahora él daba las órdenes.

—Eso ha sido todo. Pueden regresar a sus labores. Muchas gracias.

De forma lenta y algo solemne, como saliendo de misa, el grupo se dispersó en varias direcciones, todos volviendo a susurrar "gracias, gracias" cuando pasaban junto al barón. Él les sonreía, inclinaba la cabeza, tocaba hombros y manos. Para los chilenos esa cercanía era una atónita novedad; para Beckett era la cotidianidad, pues era la misma actitud que veía todos los días en Faringdon. En el fondo, nunca dudó de él, pero le aliviaba saber que las buenas prácticas también podían importarse, como las bananas o los sombreros.

—¿Señora Fontanarrosa?

De pie en el umbral de la cocina, cuando ya casi no había nadie alrededor, John llamó al ama de llaves antes de que desapareciera tras la mampara de vidrio. Ella regresó enseguida.

—Si me permite preguntarle... ¿Dónde está la baronesa?

El gesto compungido de la señora Fontanarrosa ya le daba una pista. Desde que el carruaje se detuvo en la entrada y él puso un pie en la gravilla, la buscó con la mirada. Habría preguntado antes por Karina, pero no quería parecer demasiado ansioso ni menos tan demandante. Sin embargo, pasaban los minutos, los lacayos y los pasillos, y aún no había signos de ella.

—La baronesa Rothschild está indispuesta —le explicó—. Estoy segura de que le habría gustado recibirlo.

John dejó de respirar.

—Indispuesta... ¿por su embarazo?

—Indispuesta por melancolía, si me permite la honestidad —apuntó, triste también—. El doctor vino hace poco más de un mes y nos aseguró que madre y bebé se encuentran perfectamente. Aguardamos un feliz alumbramiento para fines de noviembre.

Sonrió tan amplio que le dolió la mandíbula, pero algo le apretó el pecho. Su corazón latía rápido. Tenía que hacer la pregunta.

—Craig... ¿Pudo Craig saberlo antes... antes de...?

Marta Fontanarrosa sonrió con él. Y asintió.

Las lágrimas que John había aguantado en la garganta ahora salieron sin más. Bajó la cabeza. Sabía que las debilidades en público ponían más incómodos a los demás antes que a él, así que giró su cuerpo hacia el ventanal, dando levemente la espalda a sus acompañantes.

—No se preocupe —dijo ella, conmovida—, pues entiendo que la baronesa estará presente para el almuerzo. A las doce.

—¿Y qué hora es, Beckett?

—Las nueve y cuarenta, milord —dijo, revisando el óvalo plateado que llevaba en su bolsillo.

John aclaró su garganta, pero no volteó. La luz le llegaba de lleno en su rostro.

—Si Craig quería estar solo, ¿a dónde iba?

El ama de llaves no tuvo que pensarlo.

—Al invernadero —respondió.

—Lléveme allá —pidió, suspirando luego—, y déjeme ahí.

IV

10 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

No tuvo que pasar más que un par de horas para que el veredicto entre los sirvientes fuese unánime: lady Blais-Rothschild y sus hijos eran agua y aceite.

La señora Fontanarrosa había advertido al personal con semanas de anticipación, lo que amortiguó en parte los episodios desagradables, pero debía aceptar que nada podía prepararlos para un cambio tan brutal en las dinámicas respecto a lo que habían vivido en la última década. Los criados en realidad eran *malcriados*, en palabras de la misma aristócrata, y ella colaboraría con *criarlos* como se debía.

No hubo lacayo que no recibiese un insulto o una reprimenda. Que eran muy torpes al manipular las cajas, que no eran lo suficientemente ágiles, que no entendían instrucciones, que pagarían de sus salarios por cualquier cosa que se dañase. El equipaje que correspondía a John era apenas unos cuantos baúles, viajó cuan ligero pudo, por lo que la gran mayoría de las cajas eran propiedad y capricho de lady Blais-Rothschild. Vestidos, joyas, vajilla, hierbas, cojines... hasta jabón, pues no confiaba que en Valparaíso la gente fuera lo suficientemente aseada. Los creía chapoteando en la bahía como única medida de higiene. Mencionó lo anterior al tiempo que inspeccionaba el cuarto de la bañera sobre el hombro de Etelvina, quien, por cierto ofendida pero sin demostrarlo, le agradeció su valioso aporte, guardando la barra en la cajonera donde había al menos otros seis tipos de jabón de Sevilla, todos encargados al extranjero por la baronesa...

Supervisó cada una de sus cajas apiladas en la bodega para cerciorarse de que ninguno de los criados abriese alguna y *robase* su contenido. Revisó cada centímetro de los cortinajes buscando motas de polvo, pasó su dedo enguantado por ventanas y cuadros, y exigió mover todos los muebles de su habitación asignada, pues había traído los suyos, partiendo por el colchón. Se rehusaba a dormir sobre un saco de lana de oveja usada por cualquier otro ser humano, aunque la señora Fontanarrosa le jurase mil veces que el que habían dispuesto para ella estaba recién confeccionado y traído desde Santiago. Ella lo desechó como basura y pidió instalar el suyo, el que además hubo que remendar secretamente pues, una esquina de la tela se había deshilachado en el viaje. ¿Y el colchón nuevo? Tuvo un desenlace jamás planeado: John pidió que lo dejasen

en la esquina del despacho de Craig —ahora suyo—, junto a la chimenea. Ahí dormirían, más cómodos que nunca, Cinny y Clove.

Su último escándalo, justo antes del almuerzo, tuvo que ver justamente con el despacho. Estaba cerrado con llave, y esa llave, por razones obvias, únicamente podía ser entregada al nuevo barón. Esa era la instrucción que seguía y defendía el ama de llaves. Aunque lady Brigitte exigía que la dejasen entrar, bramando dudosos argumentos —y otros comentarios que más bien sonaban a amenazas—, la señora Fontanarrosa no dio su brazo a torcer. Unos minutos antes de las doce, mientras afuera su madre ganaba un nuevo enemigo en Patricio Valdés, el joven jardinero, al discutir su elección de flores junto a la fuente de agua, dentro de la casa lord Rothschild agradecía (y se disculpaba) al ama de llaves por su templanza. Efectivamente, el despacho de Craig contenía documentos importantes y otros objetos que no podían tratarse a la ligera. Únicamente él tenía potestad de entrar, y eventualmente lady Karina, si ella así lo deseaba.

John la vio, por fin pasado el mediodía, sentada junto al *bow window* fuera del comedor.

Aun en esa postura, podía evidenciarse cuán espigada era, tan alta como Craig. Sus hijas habían heredado su tez pálida y ojos azules, aunque no su cabello rubio ni su diminuta nariz. Poseía un tipo de belleza difícil de esquivar, incluso enfundada en ese vestido de bordado grueso y negro riguroso, cubriendo desde su quijada hasta los nudillos. No llevaba joyas en su cabello o pecho, pero sí su anillo de compromiso en su mano izquierda, un cintillo de esmeraldas y diamantes que su esposo había hecho diseñar especialmente para ella. Habían decidido no usar el anillo de la familia Rothschild, un rubí central envuelto en oro de dieciocho quilates, y había estado durmiendo en su cajita de terciopelo en una de las gavetas del despacho por una década. Diez años hasta ahora, que brillaba en el dedo anular de su mano derecha. John lo consideró algo así como un signo de tregua hacia su suegra, o quizá de simple precaución, pues no quería que esa trivialidad se convirtiese en comidillo en su contra. No usarlo era algo así como un insulto al linaje. Ya tenía suficientes problemas como para sumar otro a su lista.

Con la vista fija en nada particular, formaba con sus manos un nido bajo su vientre muy abultado. John, conmocionado, creyó que no le saldría la voz.

—¿Karina?

Se irguió junto al marco de la puerta y le habló desde ahí. Era como si no se sintiese digno de acercarse demasiado. Ella subió la mirada con lentitud, y al encontrarse con el rostro del británico, sonrió tibiamente. Ojos pardos y rostro velludo, signos inequívocos de un Rothschild.

—Bienvenido, John. *Milord*.

El tic, tic, tic de algunas uñas en el piso de mármol se interpuso entre ambos. Clove primero y luego Cinnamon, se acercaron a la baronesa con la cabeza gacha. Era difícil ver a perros tan imponentes presentarse en postura de sumisión. Karina no hizo ningún gesto brusco y dejó que la olfatearan. Cinny acercó su nariz al vientre de la mujer, apoyando su cabeza luego en sus rodillas,

mientras Clove le lamía una mano y luego se recostaba a sus pies.

—Tus extraordinarios perros aduaneros, presumo —dijo ella en un pulido castellano, pero con evidente sonsonete ruso, acariciando el pelaje de Cinnamon mientras observaba al animal. Su voz era suave y cadenciosa, como si le doliese pronunciar cada sílaba.

—¿Los conoces?

—Craig los mencionó más de una vez —recordó.

John sonrió con ternura.

—Les caes bien.

Ella no levantó la mirada.

—Tengo entendido que ellos gustan de todo el mundo —sonrió más abiertamente—. Bueno, no de los embaucadores en los muelles... o de tu madre.

Él apretó los labios y asintió. Que las verdades sean dichas.

Si antes amaba a sus perros, ahora aún más por ayudarlo a manejar la obvia tensión que lo abrumaba.

—Me alegra mucho volver a verte —siguió ella, esta vez buscando sus ojos —. Solo habría deseado que fuese en otras circunstancias.

La primera y última vez que se encontraron, Karina estaba embarazada de sus mellizas. No sabía si era una linda o macabra coincidencia que ese fuese su estado ahora.

—También yo —dijo en voz baja—. Craig me había pedido que viniese en Navidad...

—Algo supe. Pero trajiste la Navidad a mi casa —pronunció, con más ánimo —. Los criados no hablan de otra cosa. Has sido muy generoso.

Él se encogió de hombros, incómodo.

—Hice lo que Craig me encomendó. Hacerle caso siempre fue mi mejor mérito.

La baronesa arrugó el mentón, de nuevo con la mirada perdida. Estiró su brazo y tomó un trozo del cortinaje. Era de un color vinoso con aplicaciones doradas.

—La señora Fontanarrosa insistió en lavar todos los tapices y cortinas de la casa antes de tu llegada. Di mi consentimiento, siempre y cuando no tocara este. Este aún huele a tabaco —dijo acercándose la tela al rostro y cerrando los ojos.

—También el abrigo de la entrada —recordó él.

Karina subió la mirada.

—¿Pediste que lo retiraran?

—Pedí que lo dejaran donde está, hasta que tú ordenes lo contrario.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Él temía llorar con ella. Clove y Cinny se inquietaron, así que John les ordenó buscar a las niñas y quedarse con ellas. Cuando los bullmastiff cruzaron el salón hacia el patio y se perdieron de vista, Karina volvió a hablar.

—Craig habló de ti.

John no estaba preparado.

—¿Cuándo?

—Cuando agonizaba, unas horas antes de morir.

Escuchando el relato que siguió, el británico sintió flaquear sus rodillas, porque sin pedir detalle alguno, Karina comenzó a dárselos. Días después seguiría rondando en su cabeza la terrible cronología de eventos: cómo a Craig lo pilló la lluvia en una cabalgata muy lejos de la hacienda, los campesinos que lo encontraron en la colina, la rapidez con la que empeoró y la habitación de servidumbre donde lo aislaron al comprobarse el diagnóstico de neumonía. Nadie podía verlo salvo dos novicias de las Hermanas de la Caridad que ayudaban en el hospital San José. Gritaba en sus peores momentos de fiebre, pero ni Karina ni las niñas podían acercarse. Con la ayuda del señor Wheelwright, consiguieron a un médico apostado en Santiago, pero al examinarlo llegó a la misma conclusión que cualquier otro: no aguantaría una semana más. Así fue como esa noche, y conociendo los riesgos, Karina burló la cuarentena y entró a verlo. Estaba lúcido. Pudo contarle que estaba embarazada y, abrazados, lloraron.

La encontraron en la madrugada. Él ya había muerto.

—Me dijo que tú nos cuidarías, a mí y a las niñas —moduló, algo ausente. En los ojos cansados y mejillas enrojecidas de su cuñada, John podía adivinar el llanto que aún no había cesado, y quizá no cesaría—. Que estaba seguro de ello.

—Él me conocía bien. Mejor que nadie.

—¿Aunque te casaras? —inquirió ella.

Se miraron.

—Aunque me casara —respondió él, sin titubear. Entonces se acercó y se acuclilló junto a ella, con los ojos acuosos—. Alisa, Fedora y tú estarán siempre bajo mi techo y mi protección. Por favor, nunca lo dudes.

Ella le tomó el rostro con su mano derecha. Le acarició la mejilla.

—No dudaría de tu palabra, no —pronunció—, pero cuando tu futura esposa llegue a tu vida, todo puede cambiar. Cambiará, inevitablemente. El futuro es incierto, más allá de tu bondad.

John no se movió.

—Quizá nunca me case —tentó él, atento a la reacción.

Ella retiró su mano.

—Oh, pero lo harás. Tienes que hacerlo —declaró, con seguridad y tristeza a la vez—. Un barón debe producir un hijo.

John podía esquivar esa realidad cuando la escuchaba de boca de su madre, incluso cuando la escuchaba de Beckett, pero era ineludible cuando se lo enrostraba alguien más.

Según las buenas prácticas de la sociedad británica, a sus treinta años ya debería estar casado, dando su soltería para los más diversos rumores. Si bien era cierto que no estaba en la obligación de desposar a nadie —la responsabilidad de mantener el linaje forzaba a Craig, el primogénito—, la ironía de su situación pesaba como un ladrillo en su espalda: John anhelaba una familia propia como cualquier otro hombre. Ese deseo, aún estoico en lo más profundo de su ser y resguardado del escrutinio social, es justamente lo que lo alentaba a asistir, cada año sin falta, al baile de inicio de temporada que organizaba su madre en Mayfair. Lady Brigitte solía decir que su segundo hijo

era tan iluso como una jovencita debutante, pues esperaba enamorarse a primera vista. Y era cierto: él creía que, tan solo al encontrarse con los ojos de la mujer correcta, lo sabría. En el pecho, en su estómago, lo sabría. Así le había sucedido a Craig. ¿Por qué no a él? El problema es que pasaban los bailes, pasaban los años, y ese anhelado encuentro de miradas jamás sucedía. Atendía con paciencia a toda madre casamentera y deambulaba por los salones con la esperanza intacta cada vez. Se obligaba a compartir limonadas y cuadrillas con una decena de caras nuevas cada vez, pero ninguna de esas jóvenes, ávidas por alardear de sus habilidades en el bordado o el piano, lograba atrapar su atención. Así, cada vez terminaba la noche con una extraña mezcla de confusión y desconsuelo, escalando en fuertes discusiones donde su madre perdía los estribos. Estaba cansada de que John nunca tomara la decisión práctica que la sociedad esperaba de él, considerando lo perjudicial que eso era para la reputación de los Rothschild.

John se negó por años a ese deslucido escenario, hasta que no tuvo más que reconocer que él era el problema. Creyó que, simple y tristemente, el amor no estaba en su destino, y al llegar cierto año ya ni siquiera se presentó a la apertura de temporada. No le vio el sentido. La soledad lo cobijó y se acostumbró a ella, defendió sus beneficios, encontró hasta placer en ella... pero ahora se volvía violentamente contra él, tal como Karina le recordaba: no solo heredaba un título, sino también la carga de continuar el linaje.

El nuevo barón Rothschild desvió su mirada hacia el vientre de Karina, y ella, al notarlo, pareció derrumbarse.

—Los doctores dicen que, sin importar qué ocurra, este será mi último embarazo —le confesó, sin poder mirar al británico a la cara—. Craig creía que sería un niño...

—Su heredero...

—Su heredero —repitió ella, sonriendo amargamente—, aunque eso ya no tenga importancia alguna.

Karina no lo notaría, pero a él le desconsolaba esa idea tanto como a ella. Odiaba las malditas reglas de la sucesión que impedían que sus hijas pudiesen heredar, o que dejan fuera de la línea directa a ese bebé que estaba por nacer, aun cuando resultase ser un niño. Ella tenía razón: ya no importaba, pues la ley era estricta. La sucesión es herencia viva, y recae en el hombre consanguíneo más cercano al barón en ejercicio al momento exacto de su muerte. John no tenía escapatoria.

—Me importa a mí —se defendió él, levantándose—, porque si es un niño, será mi heredero natural.

—Esa buena intención también cambiará, John —lo contradijo, sin la real intención de fastidiarlo, sino solo de traerlo a tierra— ... cuando tengas a tu primogénito en los brazos.

—Si es que llego a tenerlo...

La baronesa suspiró, cansada.

—John...

—Tienes razón, tienes razón —exhaló él, caminando unos pasos hasta el

umbral del comedor—. Es mi deber casarme, pero yo elijo con quién y por las razones que mejor estime.

Ella sabía lo que eso quería decir. Lo miró con ilusión.

Él sonrió a medias.

—Por ahora —moduló, apartando los ojos—, las niñas y yo agradecemos profundamente tu generosidad... Que aún nos permitas vivir en tu casa...

—Esta es *tu* casa —enfatizó, convencido—, tuya en todo aspecto que importe. Cuando revise los libros de crédito de Craig, cuando entienda bien los negocios que dejó inconclusos y cómo debería proceder, juntos tomaremos la determinación de qué hacer con Bluebells. Tú y yo. ¿De acuerdo?

Karina volvió a mirarlo con algo de ternura y escepticismo.

—Tú y yo... y tu madre —cerró, justo un segundo antes de que lady Brigitte apareciera en el pasillo.

La aristócrata había cambiado su vestido por uno más ostentoso que aquel con el que había arribado, de seda turquesa y trazos plateados con un largo medallón de dos giros. En la fiesta de algún palacio parisino habría encajado a la perfección, pero en ese lugar, entre otras dos personas sobriamente de luto, caía casi en el ridículo.

—¿Por qué no están sentados a la mesa? —preguntó, áspera—. Entiendo que el almuerzo ya está listo.

—También es un placer volver a verla, lady Blais-Rothschild —saludó Karina, haciendo una reverencia con una mano bajo su vientre.

Lady Brigitte la miró de arriba abajo con los labios fruncidos.

—Así que aún estás embarazada...

—Aún lo estoy.

"Ajá", resopló, sin mutar el gesto. John se incomodó.

—La baronesa me comentaba que...

—Deberíamos ofrecer un baile —interrumpió lady Brigitte, como si no hubiese oído más que alguna mosca pasar—. Así podemos recibir y conocer a la aristocracia apostada aquí. Tengo una lista detallada de posibles invitados. Debemos presentar al nuevo barón de la casa Rothschild y demostrar que todo está perfectamente bien.

John contó internamente hasta diez. Iba a responder que, lógicamente, los ánimos no estaban para fiesta de ningún tipo, pero Karina se le adelantó.

—En Valparaíso casi no hay bailes —señaló, en su usual tono suave para esconder su molestia—, pues los círculos acomodados aún son muy estrechos. Aquí se prefieren las *tertulias*.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó él.

—Sigue siendo una reunión social, pero sin la pomposidad ni la presión de los cortejos —explicó—. La música es incidental y acompaña la conversación, que es el centro de todo. A veces se discuten temas muy interesantes de relevancia social y política.

Él sonrió.

—Creo que ya me está gustando Chile.

—Pomposo o no, no me importa cómo se llame —intervino lady Brigitte,

para recordarles que seguía ahí—, pero debemos dar una señal.

—Está bien —cedió él, incapaz de pelear por algo tan nimio—, y para que cumpla con todos tus gustos y exigencias, puedes encargarte de los preparativos, madre. Prefiero que Karina no haga nada extenuante.

La noble francesa, británica por matrimonio, arrugó la nariz.

—Tus criadas me contaron que no te has sentido muy bien...

—Han sido meses difíciles —aceptó la baronesa, sombría.

—Entonces agradezco que te hayas levantado para recibirnos, querida, pero tal vez deberías permanecer en tu habitación durante los meses que quedan... —le sugirió, con una falsa calidez—. Bueno, en tu nueva habitación, claro está.

John desarmó su postura.

—Madre...

—Ya ordené que movieran sus cosas —avisó, altiva—. El cuarto principal le pertenece a John.

—¡Madre! —levantó la voz, algo infrecuente en él, pero cuando se enojaba de verdad...—. ¡No tienes derecho a hacer eso!

—Tengo el deber de hacerlo, porque tú no tienes los pantalones —espetó—. Con ese temperamento débil nunca harás lo que es necesario.

Él apretó los puños y se miró los zapatos con frustración, pero al notar que Karina intentaba levantarse, avanzó hasta ella y le ofreció su brazo. Ella lo tomó y luego lo miró con cariño.

—Lady Brigitte tiene razón. Eres el dueño de casa ahora. Es el proceder correcto.

—Claro que tengo razón —sonrió ella, satisfecha—. Cada mujer conoce su lugar, aunque alguien más tenga que mostrárselo.

De forma sutil y temerosa, Virginia asomó su rostro tras el umbral del comedor. Al encontrarse con los ojos de John, él hizo un gesto para que se acercase y asistiese a Karina. No se veía bien.

—Deberías comer algo...

—Se me ha quitado el apetito —susurró ella.

Lady Brigitte hizo una mueca de cansancio.

—Para que veas que no soy ningún monstruo, ordenaré a Penny que suba para ti un té herbal. Es de mi selección personal. Con suerte te ayudará con los nervios y así podrás dejar de tomar ese asqueroso mate americano.

No esperaría las gracias ni le interesaba recibirlas. Miró a su hijo y nuera con desprecio solapado, y entró al comedor.

Karina agradeció el apoyo de Virginia, quien la tomó firme desde el codo. John se apartó.

—Tu corazón débil es tu mejor atributo —le aseguró ella, mirándolo de cerca antes de irse—. Era también el mejor de Craig.

Comenzó a caminar en dirección a las escaleras y él la siguió con los ojos. Antes de que subiera el primer escalón, sintió la necesidad de preguntarle algo.

Era algo tonto. O quizá no.

—¿Sabes por qué Cinnamon y Clove poseen esos nombres?

Lady Karina, baronesa viuda de Rothschild, le sonrió con los labios pegados,

sin pensarlo demasiado.

— ¿Porque suena bien?

No se interesó realmente en saber si su respuesta se acercaba a la realidad. Le dio la espalda a John y subió junto a la criada. Tenía que encontrar su nueva habitación.

V

10 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Unos minutos antes de que Laura llegase al despacho, John entró ahí por primera vez.

Observó la llave en su mano por varios minutos hasta que se animó a introducirla en la cerradura y escuchar el *clic*. Abrió la puerta con lentitud, dejando que sus ojos se acostumbraran al tono anaranjado de la luz pasando por las cortinas de velo. Cinnamon, pegada a su pantalón, parecía esperar instrucciones, pero Clove fue proactivo. Olfateó el umbral y luego entró, pausado, observando cada esquina.

Al llegar hasta el *bergère* cerca de la ventana, encontró un periódico viejo y una pipa sobre el asiento. Había tabaco seco desperdigado sobre el papel. Tras inspeccionar unos segundos, Clove comenzó a mover la cola, contento.

—No, eso no es mío —lo corrigió John desde la puerta, suave, aún sin entrar —, pero te entiendo. Es como si lo fuera.

Puso un pie dentro, sobre la alfombra azulada de Anatolia, y luego otro, y otro, y la tristeza que temía que lo embargara no apareció. Estaba tranquilo. El aire algo denso de un cuarto que no se había abierto por meses le pareció reconfortante, adecuado. La energía de Craig estaba encapsulada ahí. Quizá una parte de su espíritu. Quizá, si cerraba los ojos y se concentraba, escucharía su vozarrón preguntándole qué habría esa noche para cenar, qué nuevo libro estaba leyendo, qué chisme sabroso se contaba de su aburrido pero querido pueblo de Faringdon...

Se sentó tras el escritorio con solemnidad y dejó encima su carpetín de cuero. Reconoció la contradicción del pudor al estar irrumpiendo en un lugar ajeno y, al mismo tiempo, el placer de rehabitar la intimidad de su hermano. Notó que sus plumas estaban ordenadas, pero el frasco de tinta había quedado abierto, secando irremediablemente su contenido. Seguro habría algún repuesto en uno de los cajones. Del resto había algunos papeles, impresos y manuscritos que tendría que inspeccionar más temprano que tarde. Hizo una pila con ellos y los dejó a un lado para hacer espacio.

Puso el carpetín frente a sí y, antes de abrirlo, suspiró. Aún no llevaba ni veinticuatro horas en Chile, pero sus responsabilidades nuevas se sentían como arrastrar un buey. Peor, dos bueyes, porque, antes de meter las narices en los

negocios de su hermano, tenía que revisar y firmar variados documentos sobre los suyos...

Todavía quedaban rayos del atardecer, pero pronto oscurecería. Revisó si la lámpara de aceite aún guardaba combustible, y sí, pero estaba cubierta de polvo. Tomó la manga de su camisa y la limpió, viendo su propio reflejo desfigurado en el cilindro de vidrio. También vio los libros a su espalda, y volteó.

De pared a pared, un librero perfecto con cientos de títulos. No pudo evitar sonreír, aunque se le cerrara la garganta.

—Habrías devorado *Los últimos días de Pompeya* —susurró al aire.

—Si le lee en voz alta, él estará encantado de escucharle.

Laura Villa-Smith estaba erguida en el umbral. Había trenzado su abundante y muy rizado cabello castaño hacia un lado, dejándolo caer sobre su hombro. Su vestido con chaquetilla de largas mangas lucía anticuado, quizá muy recto y sobrio para la moda voluminosa de 1834, pero eso le permitía moverse con más libertad y comodidad que cualquier mujer de su edad. Era de astutos sacrificar lo pequeño para lograr lo grandioso. Eso decía su madre.

John se levantó de la silla al escuchar su voz. Clove y Cinny se acercaron a olfatearla.

—¿Cómo sabe que me escuchará?

Ella se encogió levemente de hombros.

—Es lo que quiero creer —precisó—. A mamá le leo de química y astronomía, porque eran sus materias favoritas.

Él relajó el rostro.

—Craig disfrutaba las historias tenebrosas.

—Ya veo por qué podría interesarle una mortífera erupción volcánica.

El barón sonrió, bajando la mirada. Instintivamente, ordenó su cabello y alisó las mangas de su camisa. Mientras, Laura seguía en su sitio, acariciando por turnos a los bullmastiff. "Buenas tardes, *Caryophyllus aromaticus*. Cómo estás, *Cinnamomum verum*..."

—Por favor, pase —pidió John, haciendo un gesto con su brazo. Solo entonces ella avanzó, cruzando el umbral, curiosa por lo que había a su alrededor. Se detuvo frente al escritorio y puso sus manos tras su espalda.

—Es una hermosa colección de libros —dijo ella, apuntando con la nariz a la pared del fondo. Él estaba de acuerdo.

—¿Lee usted?

—Sí, muchísimo, pero no creo haber escuchado sobre *Los últimos días de Pompeya*...

—Es una novela de estreno. Dudo que llegue a este puerto en el tiempo próximo.

—Esa es la razón por la que no la conocía.

John no disimuló su sorpresa.

—¿No lee ficción?

—No particularmente, no —declaró, tranquila—. Todavía tengo mucho por aprender.

Se cruzó de brazos. Ahora se sentía ofendido.

—Es curioso que una institutriz declare que las historias ficticias no supongan aprendizaje alguno.

Ella se ruborizó levemente.

—Solo digo que no podría considerar a sir Walter Scott mientras aún haya algún ensayo de Lavoisier por leer.

—Ajá, es cierto —moduló él, en un tono levemente más seco, mientras volvía a sentarse en la silla de Craig y simulaba estar en perfecto control—. La señora Fontanarrosa me explicó bien. Dijo que es usted ilustradora botánica, que está contratada por el mismísimo rey William IV, y que pidió la suntuosa suma de treinta libras para aceptar el puesto de institutriz en esta hacienda.

No sabía si estaba molesto o curioso, pero al menos la situación había captado su atención, algo que no era muy habitual.

—Casi todo es cierto —respondió ella, tratando de regresar a la tranquilidad de la que gozaba hace treinta segundos.

—Ya me parecía que el asunto era muy descabellado. No posee ningún contrato, imagino...

—Oh no, esa parte es verdad —le aseguró, mientras él se acomodaba en la silla—. Simplemente no me ha contratado directamente Su Majestad, sino el jefe de la expedición. Por su venia mediante, todos en el *Beagle* servimos a la corona.

John frunció el ceño.

—Entonces... es usted científica.

—Y trabajo *para* científicos —especificó—. Llevamos casi tres años a bordo del HMS *Beagle* en un viaje por las costas de Sudamérica. Se nos encomendó un levantamiento hidrográfico, geográfico y naturalista, en términos generales.

Okey, estaba impresionado. Pero no lo diría...

Aún.

—Cuatro meses en altamar ya fue un suplicio para mí, ni podría imaginar tres años —confesó, bajando los hombros—. La tripulación debe tener una motivación muy fuerte como para seguir en ruta...

—Descubrimientos científicos, expansión del conocimiento, comprobar algunas teorías y desarrollar otras nuevas que expliquen el mundo en que vivimos... —enumeró, contenidamente entusiasta—. No tenemos un cálculo seguro, pues ya la travesía se ha extendido más de lo debido, pero nos queda un año o más para regresar a casa.

—Suena ambicioso —aceptó, alzando las cejas—. ¿A qué nuevas teorías se refiere?

Laura lo pensó un segundo. Observó a su alrededor, se detuvo en la ventana, frunció el entrecejo... y sonrió.

—¿Cómo explicaría usted la existencia de esas rosas ahí?

A través del ventanal del despacho podía verse el gran rosal que descansaba a un costado del invernadero. John movió la cabeza para distinguirlo, y luego volvió a su interlocutora. Había detectado en su pregunta esa pizca de tono que advierte la presencia de un acertijo. Un desafío.

Le siguió la corriente.

—Alguien plantó el arbusto.

—¿Y de dónde salió el arbusto?

Saltó de satisfacción.

—De esa respuesta estoy seguro. Vi al viejo Tannen, mi jardinero en Faringdon, hacerlo muchas veces: cortaba varias ramas del rosal, las dejaba en jarrones de agua hasta que aparecieran pequeñas raíces, y luego las plantaba. Así nacían nuevos arbustos.

Ella asintió.

—El señor Tannen recolectaba *esquejes*, ajá, y sí, así reproducimos las rosas, pero para conseguir un esqueje necesitamos un arbusto, y para lograr un arbusto necesitamos un esqueje. Quedamos atrapados en un círculo sin salida —le advirtió, divertida, moviendo su dedo índice como un remolino—. ¿Cómo apareció el primer rosal de todos los tiempos?

John demoró un segundo en replicar. No quería quedar como un necio.

—Diría que lo plantó Dios mismo, pero intuyo que usted tiene una explicación mejor.

—En lo absoluto —negó, sonriendo—, pero trabajo para un grupo selecto de caballeros empeñados en desentrañar ese y otros misterios de la naturaleza, suficientemente generosos como para compartir sus ideas con el resto de la tripulación durante el té de la tarde, por muy deschavetadas que parezcan a simple vista. Agradezco el poder escuchar y aprender.

—¿Y qué es lo más valioso que ha aprendido hasta ahora?

La señorita Villa-Smith echó su cabeza levemente hacia atrás, escarbando en su propia mente. Luego suspiró.

—Que lo único constante es el cambio —pronunció, perdiendo la mirada en la ventana—. Algunos cambios son fáciles de notar, como un niño que crece y necesita pantalones nuevos, pero hay otros que jamás ocupan nuestra mente, como el cambio de las mareas del día a la noche, las desviaciones en la dirección del viento... en fin. Hay tantos cambios silenciosos sucediendo que puede ser abrumador considerarlos. ¿Sabía que una gota de agua puede partir una roca en dos? No en un día, no en un mes ni en un año, pero sucederá si la gota es constante. El cambio en esa roca está ocurriendo, aunque no podamos verlo en la inmediatez. Cambia la naturaleza, los animales y el hombre, todo el tiempo. ¿Por qué o qué consecuencias tienen esos cambios? Esa es una discusión muy interesante que he tenido el privilegio de ver iniciarse y desplegarse entre múltiples dudas y pocas certezas. Para un científico, la duda no es un freno sino un motor. Para esta modesta ilustradora, también.

Al decir la última frase, regresó la vista y se fijó en el gesto de lord Rothschild. Con el codo apoyado en el escritorio, tocaba su barba con su mano derecha. También sonreía.

—¿Hablé de más? Hablé de más —dijo ella en voz alta.

—No, no —se apresuró John—. Bueno, quizá sí, si bien el culpable de aquello soy yo. Le hice una pregunta, usted únicamente respondió —dijo. Notó que Laura seguía incómoda, así que añadió—: Debo confesar que siento celos.

Ahora no solo estaba incómoda, sino ruborizada otra vez.

—¿Celos de qué?

—De la pasión con la que habla de sus actividades. No creo haber sentido esa libertad nunca en mi vida.

Ella se sorprendió.

—Estoy segura de que existe alguna empresa o tópico que ocupe obsesivamente sus pensamientos —tanteó—. ¿Qué es la vida si no hay pasión en ella?

Él coincidía, pero cambió de tema para no contestar.

—¿Cuántas ilustradoras viajan en el *Beagle*?

—Solo yo.

Hubo tres segundos de silencio.

—¿Cuántas *mujeres* trabajan en el *Beagle*?

—Solo yo —volvió a responder, y le divirtió verlo sobresaltarse—. Usted hace hincapié en la duración de la travesía como factor de agotamiento, pero no sabe lo que es tratar día y noche con una docena de tercos científicos, sin contar el resto de la tripulación —bromeó. Como él seguía agitado, ella extendió la explicación por piedad—. No se preocupe: soy la única mujer que trabaja para la expedición, pero no la única a bordo. También está la señora Stuardo, la institutriz de los hijos del teniente Stokes, nuestro hidrógrafo en jefe. Oficiamos de chaperona una de la otra. No es que Inglaterra se haya vuelto totalmente liberal de la noche a la mañana.

John se revolvió en su asiento con la incomodidad de quien escucha un escandaloso pecado y espera la penitencia del párroco solo por ser testigo. Sin embargo, el nerviosismo lo llevó a reírse, y Laura no entendió qué es lo que le hacía tanta gracia.

Trató de regresar a la seriedad.

—¿Para qué querría usted, entonces, y si me permite la imprudencia, tanto dinero como treinta libras esterlinas, si ya tiene un empleo?

La ilustradora resopló y bajó los hombros.

—Para conservarlo, justamente.

El barón dejó de pestañear para escucharla. Ella le explicó que buena parte de los científicos son oficiales de Marina, como el teniente Stokes, pero que también hay varios civiles. La mayor parte de la tripulación fue convocada por lazos de afinidad y se había inscrito de forma voluntaria, pues como la corona ya cubría los gastos operativos, únicamente algunos roles de la expedición podían obtener salario: el cirujano, el cocinero, el contador... La plana científica era, casi en su totalidad, *ad honorem*, y cada uno de ellos debió pagar un importe de treinta libras al zarpar en Plymouth para asegurar su plaza en el *Beagle*.

Estaban ahí por la aventura, y por lo que ese viaje significaría para sus respectivas carreras si querían proyectarlas hacia el futuro.

Especialmente la de Laura.

—Entonces —la detuvo John, buscando entender—, usted no solo no recibe ni un penique por su trabajo, sino que además debe pagar para realizarlo.

Ella asintió con los labios pegados.

—Estoy segura de que si fuese decisión del señor Darwin, todos sus asesores tendríamos paga quincenal acorde. Él recibe dinero de su padre y paga de su

bolsillo muchos de los costos asociados, como nuestros materiales, por ejemplo. Pero no puede costear la plaza de todos.

—¿Y quién es el señor Darwin?

—Charles Darwin, nuestro naturalista a bordo. Es el jefe de la expedición. Mi trabajo diario depende enteramente de sus requerimientos.

John trataba de seguir el hilo.

—Requerimientos, como... dibujar.

—Prefiero el término "ilustrar".

—Plantas...

—Usualmente, sí. También insectos o animales, dependiendo de la necesidad. Hemos recolectado especies nunca vistas en Europa, criaturas maravillosas —detalló, entusiasmada.

—¿Y la tarea de *ilustrar* recae solamente en usted?

Laura sonrió. El barón aprendía rápido.

—No, varias personas a bordo tomamos esa tarea. El mismo capitán Fitz-Roy es un gran ilustrador también, pero hay mucho que hacer y pocas manos para abarcarlo. Hemos tenido dos artistas principales, el maestro Augustus Earle y Conrad Martens, pero ambos han abandonado el *Beagle* por razones personales y hemos de seguir a pesar de todo —compartió, preocupada—. Trabajamos contra el tiempo. Ilustramos lo más rápido posible para enviar avances de los hallazgos por correo a otros científicos en Cambridge y Edimburgo. Así demostramos que la travesía ha valido la pena.

El británico hizo memoria y creyó recordar algunos grabados de exóticas plantas que a veces exhibían los monjes de la abadía de St. Matthews, a pocos kilómetros de Faringdon. Algunos databan del siglo XII y se consideraban registros invaluables. No había vuelto a pensar en ellos hasta ahora. Jamás había reparado en que significasen algo más que simples garabatos, y claro que no lo eran.

—Su compromiso es encomiable —le concedió, sonriendo—, y el de todos los científicos, por cierto. Que costeen por sí mismos una empresa de esta envergadura es asombroso.

Ella asintió con fuerza.

—Y los costos han sido mucho mayores de lo que se presupuestó al comienzo. Por eso el capitán comunicó que nuestro pago inicial cubría únicamente hasta aquí, hasta Valparaíso —apuntó. Hasta ahora Laura no había querido caer en la desesperación, pero su gesto la delató—. Si quiero continuar, debo volver a pagar.

A John le sorprendió con cuánta rapidez logró empatizar con la causa de esa impetuosa joven que acababa de conocer.

—La suya es una historia refrescante, debo decir. Disculpará mi ignorancia, pero hasta hoy había conocido únicamente a pintores de retratos o paisajes...

—También puedo hacer eso —sonrió ella, agradeciendo la empatía—, pero como no es mi *expertise*, accedo si me pagan el doble.

—Por eso desempeñarse como institutriz requiere el triple —concluyó él, sonriendo de vuelta. Pero lo decía en serio.

—Por eso, y porque treinta libras es el monto exacto que necesito para asegurar mi plaza. No hay avaricia en mi requerimiento, se lo prometo. Acordé con la señora Fontanarrosa exactamente lo que el capitán Fitz-Roy me ha pedido, ni un penique más.

Él movió la cabeza, comprensivo.

—Le creo —la tranquilizó—. Trato con mercaderes y comerciantes todas las semanas. He aprendido a leer intenciones ocultas y potenciales fraudes en apenas una mirada. No veo eso en usted.

La británica nunca había reparado en que infundía confiabilidad en otros. Le pareció muy interesante. Y útil.

—Sí, el señor Beckett comentó que usted es un empresario del rubro culinario...

John Rothschild sintió, por primera vez en mucho tiempo, ganas de alardear.

Se echó hacia atrás en la silla y se acomodó su corbata de nudo.

—Así es. Importo diferentes bienes alimenticios para distribución en Gran Bretaña: maíz, azúcar, cacao, maní, especias... Justo ahora estaba revisando mi último contrato con un gran productor de aceite de oliva en el condado de Biancavilla, en Italia, el barón Giuseppe de Ferrari.

Frente a él y en el tope de todos los documentos acumulados en el carpetín, una hoja escrita con delgada letra cursiva mostraba en su margen superior un mensaje impreso en italiano, además de un sello de agua con un escudo de armas. Pero no es eso lo que llamó la atención de Laura, sino el margen inferior, donde estaban las firmas de los convocantes.

—No sabía que los barones firmaran con crayones de colores.

El noble desvió la mirada hacia el papel y sonrió con ternura. Lo levantó en el aire y lo giró para mostrarlo a Laura.

—¿Ve la 'P' escrita en verde? —señaló, golpeando la hoja con su dedo—. La dibujó Paula Elena de Ferrari, la única hija del barón de Biancavilla. Tiene siete años. Cuando la conocí en el muelle de Harwich me preguntó si era yo una buena persona, pues no permitiría que su padre negociara con *malandrines* —recordó, dejando escapar una mínima carcajada—. Interrogó a Beckett para saber si yo trataba bien a mis trabajadores, si les pagaba lo justo. Él le aseguró que sí e intenté dar mi mejor impresión, desde luego.

Ella imitó su risa.

—¿Y le creyó?

—No mucho, pero entonces conoció a Cinnamon y Clove —dijo, y los dos aludidos, que habían estado echados sobre su colchón nuevo, levantaron sus orejas—. Le conté que los había adoptado cuando eran muy pequeños, que iban conmigo a todas partes y que dormían dentro de casa, jamás a la intemperie. Creo que eso la convenció.

—Eso convencería a cualquiera —se alegró Laura.

—Luego pidió firmar también el contrato como ministra de fe. Y eligió un lápiz especial para la ocasión.

Laura estaba embelesada.

—No puedo creer que usted lo haya permitido.

Él le restó importancia, divertido.

—Es un asunto entre privados, al fin y al cabo. Su padre y yo fijamos las reglas. Y yo soy un hombre precavido. Ella heredará el título y fortuna del barón de Biancavilla más temprano que tarde, así que necesito de su buena estima. Se convertirá en una mujer justa y formidable, igual que el ilustre don Giuseppe. No tengo dudas.

Hasta ayer, Laura Villa-Smith estaba satisfecha y agradecida por haber sido contratada en la hacienda Bluebells. Ahora se sentía feliz.

—No sabía que en Italia una mujer podía estar en la línea de sucesión —admitió.

Él suspiró, contrariado, pues aquello le recordaba en parte sus contratiempos actuales.

—Allá se autoriza en ciertos contextos, sí. También en Rusia. Es una verdadera lástima que no sea el caso de Inglaterra... Me habría ahorrado un problema enorme y no estaría aquí.

El aire se tensó levemente, así que él mismo lo cortó, aprovechando un poco de movimiento. Se levantó e inclinó hacia la esquina izquierda del escritorio. En pocos minutos estarían casi a oscuras, así que debía encender la lámpara de aceite. Pero no tenía con qué.

La británica se adelantó.

—Llamaré a Etelvina —sugirió—. Es el momento propicio para que aprenda a utilizar sus *fósforos*.

John sonrió. Casi lo había olvidado.

—Por favor, dígale que venga —aceptó—. Y espero que me enseñe sus ilustraciones alguna vez.

Ella siempre agradecía, interna y verbalmente, cada vez que alguien se interesaba en su trabajo.

—Será un placer. De hecho, puede asomarse alguna tarde a la lección de las niñas, pues están aprendiendo algunas técnicas.

Él le tomaría la palabra.

—Aprecio que haya podido darles contención y distracción en un momento tan difícil. Sé que lady Karina está muy satisfecha con sus servicios.

—Ha sido un placer colaborar. Admiro mucho el temple de la baronesa. En estado de gravidez, especialmente el suyo, tan delicado... bueno, todo se complejiza. Me hace feliz haber ayudado en esta emergencia, aunque sea por poco tiempo.

Cierto. Era un contrato temporal.

—¿Cuándo se irá?

—El *Beagle* está en anclaje forzoso hasta que regrese el cónsul de Reino Unido, quien debe autorizar nuestro itinerario futuro. Si todo sale bien, zarparemos a comienzos de noviembre —le anunció con ilusión.

John asintió.

La joven le dedicó una reverencia y caminó hasta la puerta. Entonces, desde ahí, volteó. La silueta de lord Rothschild se estaba desvaneciendo en la penumbra.

—Le mencioné que *casi* todo lo que le dijo la señora Fontanarrosa sobre mí era cierto. Y es que hay algo que *aún* no lo es: todavía no soy ilustradora botánica profesional. Ese es mi oficio y mi talento, pero mi instrucción es autodidacta, pues, como bien debe saber, no se me permite estudiar en ninguna academia ni ir a la universidad. Deberé recorrer un camino mucho más largo que cualquier hombre para hacerme valer en este rubro, así que agradeceré siempre que me haya ayudado a continuar mi sueño.

Le hubiese gustado argumentar, pero John admitió que en ello no había discusión posible. En la mayor parte del mundo las mujeres no podían acceder a la educación superior, ni siquiera técnica, por lo que no había presencia de ellas en ningún otro oficio que no fuesen los domésticos, a menos de que usasen maneras soterradas o muy creativas para abrirse paso.

John admiró su convicción.

—Recibirá sus treinta libras esterlinas al término de su contrato. Tiene mi palabra.

Ella sonrió y se inclinó de nuevo, y en el pasillo casi se da de bruces contra Beckett, quien venía muy apurado con una varilla encendida en la mano.

Sin preguntar ni esperar, el sirviente entró al despacho y trató de ubicar la lámpara de aceite. El barón, sin sorprenderse demasiado al verlo, se la indicó con su mano izquierda. Su mente estaba en otro lado.

Acababa de darse cuenta. Habían estado durante la última media hora en la más animada conversación, y la señorita Villa-Smith no se había dirigido a él como *milord* ni una sola vez.

Ni una.

—Beckett, ¿sabes por qué Clove y Cinnamon tienen esos nombres? —le preguntó de pronto, al tiempo que se encendió la luz y pudieron ver con claridad sus rostros.

El viejo *valet* arrugó el mentón. Clove le olfateaba las botas.

—¿Porque a usted le gustan mucho las especias?

—*Close enough* —respondió John, resignado, sin dejar de mirar hacia la puerta.

VI

12 de octubre de 1834
Cerro Polanco, Valparaíso

Después de caminar unos veinte minutos bajo el sol, lady Karina decidió que se quedaría a la sombra de uno de los damascos. La hilera de árboles frutales llegaba hasta el final del predio, donde sus hijas corrían junto a los bullmastiff, pero sus tobillos hinchados no aguantarían un minuto más de paseo. Si no descansaba ahora, no tendría fuerzas para recorrer el camino de vuelta a la casona.

Un lacayo estiró una manta sobre un colchón de tréboles y dispuso un enorme cojín aterciopelado donde la baronesa se acomodó. Lanzó un suspiro de alivio que hizo que Laura aguantara una carcajada.

—Espere a que tenga que acarrear a un niño en el vientre por dos kilómetros, entonces veremos quién ríe —se defendió Karina, aunque se contagió pronto de la risa de la institutriz. Había olvidado lo bien que se sentía sonreír.

Ella le acercó un abanico que la futura madre agradeció en el acto. El lacayo ya había abierto una pequeña sombrilla que proveía a la viuda de la sombra justa.

—Una hazaña, sin duda. Lo máximo que he acarreado en mi vida es una cubeta de tres litros, cuando en Montevideo se inundó parte de la cocina y tuvimos que entrar y salir de las escotillas para lanzar el agua por la borda...

Karina pensó un momento. Aprovechando la brisa artificial de su abanico, inspiró profundamente.

—¿No se marea en ese barco? —preguntó, quizá demasiado consciente de sus propias náuseas.

—A veces —admitió Laura, moviendo los hombros. Apoyó las rodillas en el suelo y se sentó a pocos metros de ella—. Nuestros oficiales más experimentados son inmunes al vaivén, pero parte de la tripulación civil sufre bastante. El mismo señor Darwin es quien recibe más burlas al respecto. Su estómago delicado es su talón de Aquiles.

Fue entonces cuando la británica sintió una nariz fría y húmeda en su espalda. El jadeo de Clove la hizo voltear, justo a tiempo para ver a Fedora caer exhausta sobre el césped. Agradeció que lady Brigitte no se hubiese sumado al grupo —al principio le había parecido una buena idea, pero cuando supo cuánto había que caminar, se excusó rápidamente—, pues habría puesto el grito en el

cielo. Era más que seguro que los sedosos y bien peinados cabellos de las niñas Rothschild quedarían con vistosas hojas, ramas y hasta trazos de barro al término del paseo.

—*Uncle John* viene de regreso —anunció Alisa, recostándose a un lado de su hermana con la vista en las nubes—. ¿Podemos comer ya?

—En un momento —dijo su madre.

Dos lacayos a un costado esperaban órdenes. Habían traído dos canastos enormes con bocadillos preparados por la señora Carrasco. Ya todo estaba dispuesto sobre manteles de algodón y vajilla de porcelana: bandejas de queso, jamón y salchicha, uva verde, manzanas, pan de centeno, mantequilla y mermelada de higo, bizcocho de nata y hasta duraznos en almíbar, una delicatessen que la cocinera mantenía en conservas en espera de ocasiones especiales. Alisa tenía en la mira al esponjoso bizcocho, mientras Clove ladeaba su enorme cabeza observando la charcutería de ese inusitado picnic...

Revisando algunos documentos, John se había topado con un catastro detallado de las plantaciones de la hacienda, pero no quería quedarse con los números en un papel: quería verlas por sí mismo. Al señor Pereyra le sorprendió el requerimiento, puesto que lo común era que a los patrones solo les interesase eso: los números. Por lo demás, el recorrido por las decenas de hectáreas era muy extenuante para cualquier noble acostumbrado a no andar ni dos metros si no era en carruaje. El nuevo barón le aseguró que las caminatas eternas bordeando el Támesis lo habían preparado para todo desafío. Finalmente, y no menos importante, era una excelente excusa para instar a Karina y las niñas a un paseo. La viuda casi no se movía de la casa y eso no podía ser algo bueno. Frente a la petición de John, ella no quiso negarse, pensando en que pasar tiempo juntos sí sería algo positivo, considerando las presentes circunstancias...

—¿Ya encontraron un trébol de la suerte?

La voz de John obligó a mujeres y niñas a alzar la mirada. Venía con las mangas de su camisa dobladas hasta el codo, evidentemente acalorado y cansado, pero contento. Cinnamon apareció a su lado, mientras Marco Antonio Pereyra buscaba algo de aire al abanicarse con su sombrero de paja.

—Aún no he comenzado a buscar —respondió Fedora, incorporándose apenas. Su hermana la siguió en el movimiento y se volteó hasta quedar con los codos sobre el césped.

—Es que tenemos hambre. ¿Nos permites tomar una manzana, *uncle*?

John rio.

—Alisa, no necesitas mi permiso para comer...

—De hecho, sí —contradijo Karina, suave.

Tan pronto la miró y se encontró con su gesto tenso, el británico borró la sonrisa de su rostro. Ella apuntó sutilmente con su mentón hacia los lacayos, quienes lucían ansiosos por recibir alguna instrucción.

Él comprendió.

—Por favor, sírvanse todos.

Los dos jóvenes enfundados en apretadas mallas blancas y chaquetillas de cuello abotonado se movieron rápidamente, uno a cada costado del barón y

baronesa, mientras Laura luchaba por poner servilletas de tela en el regazo de las niñas.

Aún de pie, John se acercó a Karina y le habló en voz baja.

—Creí que tenías autoridad para dar una orden como esta...

—La mayor parte del tiempo —afirmó ella, quieta—, pero no cuando tú estás presente.

Él asintió, contrariado. Cuántas otras ridículas reglas tendría que aprender y aplicar...

Se acuclilló y estiró su mano para tomar un poco de queso, pero el lacayo a su lado prácticamente se lo quitó de los dedos. Lo puso en un plato y lo mantuvo en alto para él.

John comenzaba a molestarse.

—Puedo comer por mí mismo. Gracias.

El lacayo dejó el plato sobre el mantel y se retiró algo avergonzado, generando una evidente culpa en John. Ahora estaba molesto consigo mismo.

—¿Qué es un trébol de la suerte? —preguntó la baronesa subiendo la voz, intentando desviar los ánimos.

Laura puso una mano de visera para evitar los rayos de sol, que le impedían mirar hacia el barón sin quedar momentáneamente ciega.

—Supongo que se refiere a un *Trifolium repens* de cuatro o más folíolos...

Él arrugó el entrecejo.

—No entendí nada de lo que dijo, pero intuyo que está en lo correcto.

Ella le sonrió. Luego volvió la mirada hacia Karina, no sin antes arrancar suavemente un pequeño ejemplar de los cientos que la rodeaban.

—Primero le diré algo que de seguro ya sabe: que un trébol es una especie que suele estar conformada por tres hojas ovales —le mostró, y las niñas también pusieron atención mientras masticaban sus manzanas—. Lo que quizá no sabe es que existen especímenes de cuatro, cinco y más hojas. Son más comunes de lo que se cree, pero son muy difíciles de encontrar pues se mimetizan entre los otros. Por algo se consideran tan valiosos...

—De la suerte —repitió John desde su sitio—. Craig y yo podíamos pasar tardes enteras en los bosques de Faringdon buscando alguno. Es el símbolo de San Patricio, el patrono de Irlanda.

—¿Y aquí, en Chile, también habrá? —se preocupó Alisa, algo abrumada por la cantidad insondable de tréboles a su vista.

—Claro que sí —le aseguró Laura, y entonces tuvo una idea—. Quien encuentre un trébol de la suerte, se librará de la tarea de aritmética.

—¡Yo lo haré! —exclamaron ambas niñas con entusiasmo, olvidándose del hambre y emprendiendo la pesquisa de inmediato. Los adultos se sonrieron.

John tomó dos lonjas de jamón y llamó a sus perros. Ambos corrieron y se sentaron frente a él con una asombrosa disciplina. Entonces él dio una lonja a cada uno, les acarició las orejas y les pidió que no se alejaran demasiado. Los había visto muy entretenidos persiguiendo conejos entre los arbustos...

Puso más queso y algunos trozos de pan en su plato. Luego fue hasta el señor Pereyra, quien se había quedado unos metros atrás revisando las hojas del

damasco con especial detención.

—¿Encontró algo preocupante?

—No, no —respondió él, quitándose el sombrero—. Más bien soy precavido. El año pasado tuvimos una fuerte plaga de oídio y nos costó mucho deshacernos de ese feo hongo. Desde entonces reviso hojas y tallos todas las semanas.

—¿Y cómo lo lograron? —quiso saber Laura, acercándose a ellos.

—Con azufre en polvo, pero fue una experiencia muy desagradable...

—Lo imagino —dijo ella, arrugando la nariz—. La próxima vez no es necesario que utilice algo tan tóxico. Para neutralizar el oídio funciona muy bien frotar las áreas contaminadas con una decocción de *Equisetum arvense*... Equiseto. Creo que también le llaman "cola de caballo".

—Cola de caballo, sí —se animó el campesino—. Los fardos llegan en bergantines españoles. Mi esposa lo usa para el dolor de estómago...

—Es abundante en silicio, así que sirve para variados propósitos —le aseguró la joven—. Confíe en mí.

—Confiaré, confiaré —le sonrió, inclinándose con el sombrero en el pecho—. Muchas gracias, señorita Villa-Smith.

El barón también le sonrió, levantando luego su plato y ofreciendo el contenido a sus dos acompañantes. Ambos miraron la comida, luego al noble y de vuelta al queso. Ninguno se movió, por supuesto: no solo era inaudito que un barón ofreciese bocadillos de su propio plato a otros, sino más inaudito aún sería que algún comensal osara aceptarlo. John, sintiéndose víctima una vez más de su provinciana candidez, apretó los párpados. En un gesto rápido, entregó el plato a un lacayo y prefirió continuar como si nada.

Aunque no sentía la libertad de demostrarlo, Laura apreció ese descuidado intento de generosidad, y quizá habría tomado un trozo del ofrecimiento si no fuera porque lady Karina estaba observando...

—Entonces, señor Pereyra —retomó John, enderezando su postura—, los árboles más importantes en producción para Bluebells son almendros, limoneros...

—... manzanos, membrilleros, nogales y, bueno, muchísimos damascos como este —indicó él, satisfecho. Habían alcanzado a hacer un recorrido superficial por algunos sectores de la hacienda, por lo que el criado informó sobre aquello que existía pero no estaban viendo—. Ya hemos conducido una primera cosecha y habrá más frutos disponibles durante todo el verano. Los membrillos están en flor, su cosecha es en marzo, y los nogales... bueno, esa cosecha es la más urgente, pues si el fruto cae y queda mucho tiempo abandonado en la tierra, se ennegrece su cáscara y pierde valor —explicó.

—Vi en los papeles que Craig disponía de fondos permanentes para contratar a quince jornaleros en esta época. ¿Son para ese trabajo en particular?

El campesino asintió.

—Lord Craig nos pedía guardar una cuarta parte y luego vender el resto a las colonias extranjeras, igual que nuestras frutillas. La calidad de la fruta en este cerro es bien conocida por todos.

Laura apoyó lo dicho.

—Así acepté este empleo: Fedora me ofreció frutillas.

—Son las más dulces de la región, eso dice el señor Bahamondes —confirmó la niña.

—A padre también le gustaban, porque las pedía para el desayuno —complementó Alisa, sin despegar la mirada de su búsqueda botánica.

John podía imaginar vívidamente la felicidad de su hermano frente a un plato de frutillas, pues desde niño le seducían los placeres más simples. Recordar eso lo alegró y entristeció al mismo tiempo. Karina se ensombreció.

—Contrate a sus hombres. Dispondrá de lo necesario.

Pereyra se inclinó, sonriendo.

—Son una buena inversión, milord, pues colaborarán tanto en la recolección de nueces como en la actualización del catastro general. Hay varias plantaciones que no sobrevivieron a la última helada y es importante dejarlo en registro. Nada grave, en cualquier caso, para que no se preocupe.

—Agradezco su sinceridad —dijo John—. Entiendo que las pérdidas son una vicisitud esperable. Evaluaré *in situ* el caso a caso en su próxima ronda.

Su interlocutor demoró unos segundos en replicar.

—No comprendo, milord. ¿Desea usted evaluar el estado de los cultivos?

—Así es.

—¿Personalmente?

Antes de responder "Así es" otra vez, John reparó en la mirada cruzada entre el campesino y Karina. No logró descifrarla.

—No temo ensuciar mis manos y botas de barro —comentó sin una pizca de arrogancia, sino más bien en un tono que parecía un ruego.

—No lo dudo, milord, pero no debiese preocuparse, pues hay suficientes trabajadores en esta hacienda para llevar a cabo las labores, partiendo por su servidor...

—Y hace usted una labor estupenda, señor Pereyra —intervino lady Karina desde su asiento, en su tono suave pero en un volumen ligeramente más elevado que de costumbre—. Gracias por dedicarnos tantas horas de su tiempo. Por favor, tan pronto se realicen las cosechas programadas y se actualice el catastro, entregue los documentos a Beckett para que el barón Rothschild pueda revisarlos. Si surge cualquier duda, se lo hará saber.

El criado hizo una lenta y profunda inclinación hacia su patrona, luego hacia el barón y por último hacia la señorita Villa-Smith. Volvió a colocar su sombrero de paja sobre su coronilla y echó a andar de regreso a la casa.

Laura sintió la incomodidad de John tan manifiesta como la radiación del sol en su cara. Con las manos en sus caderas y la vista gacha, estaba evidentemente molesto, aunque ella dudaba de que fuese por la intromisión de la baronesa, sino más por la perspectiva de encontrarse con esos nuevos golpes sobre su nueva realidad en el futuro. La ilustradora reconoció que había algo atractivo en esa resistencia...

Y su intuición acertaba.

En la mente de John se entremezclaban dos lutos, uno por su hermano y otro por la preciada autonomía de sus acciones y decisiones. Se solía decir que el

dinero compraba libertad, pero nadie advertía que tras la embriagadora fantasía de los títulos nobiliarios había gruesos barrotes. Atrás quedarían sus días de madrugar para recibir cargamentos en los muelles, de ordeñar sus propias vacas si le apetecía o de ayudar a reparar las techumbres de sus inquilinos. Sabía que otros jóvenes en su posición brincarían felices ante tal auspicioso cambio en el estilo de vida, pero para John un futuro de inutilidad no era algo que le provocase celebrar.

"Mientras más ocioso el caballero, más de estirpe su apellido", solía decir la madre de Laura, y justo recordaba sus sabias palabras en el momento en que el británico hizo un brusco movimiento.

—Por favor, no se mueva.

—¿Cómo dice? —se sorprendió ella, congelándose por inercia.

John avanzó dos pasos con los ojos fijos en el suelo. Había pocos e imprudentes centímetros entre patrón e institutriz.

—No mueva sus pies.

Se acuclilló suavemente. Su mano derecha tocó apenas el vestido de Laura y se detuvo junto al trozo de dobladillo que rozaba el césped. Ella aguantó la respiración.

—Lord Rothschild...

—Tuve algo de suerte, después de todo.

Al reincorporarse, John mostró lo que acababa de recoger: un trébol con cuatro pequeñas hojas ovaladas.

—¿Encontraste uno, *uncle*? —exclamó Fedora, subiendo la mirada con incredulidad—. ¡No puede ser!

Ambas niñas se levantaron de un salto y corrieron a cerciorarse. En la palma abierta del barón estaba el deseado ejemplar, tan sobriamente espléndido que ninguno de los presentes atinó a fijarse en nada más, como en el rostro sonrojado de Laura, por ejemplo.

—¿Me lo obsequias? —pidió Alisa.

—¡Yo también lo quiero! —se enfadó Fedora, lo que generó una discusión entre ellas que su institutriz intentó separar y calmar en el acto, lo que no logró del todo. Fue la voz de John la que produjo la magia.

—¿Qué tal si se lo obsequiamos a su hermano o hermana?

Lady Karina, semirrecostada sobre la manta y atenta a todo el intercambio, trató de sonreír. Envidiaba la seguridad con la que su cuñado decretaba la presencia de un "hermano u hermana" de sus hijas, porque ella misma no se daba el lujo de abrazar esa certeza. No aún.

Las mellizas Rothschild aceptaron a regañadientes, pero cumplieron el trato. Alisa tomó el trébol con cuidado y junto a Fedora fueron hasta su madre. Dejaron la pequeña planta sobre la gruesa tela negra que protegía su vientre y la baronesa, conmovida, las besó en las mejillas.

—Gracias —murmuró, cambiando el intento de sonrisa por ganas de llorar—. Necesitará toda la suerte que pueda obtener.

VII

15 de octubre de 1834
Casa de Londres, Valparaíso

Durante los siguientes años a la proclamación de independencia, numerosas familias españolas que habían forjado grandes fortunas durante la época colonial abandonaron Chile con la mayor parte de sus bienes, lo que, aunque previsible, afectó la riqueza nacional y las expectativas de desarrollo. Sin embargo, la ciudad de Valparaíso gozaba de una realidad paralela. La intensa afluencia de norteamericanos y europeos, atraídos por la libertad de flujo, restricciones mercantiles flexibles y beneficios aduaneros para el capital extranjero, había estimulado muchísimo la inversión y la estadía de largo aliento. Los angloparlantes eran la verdadera masa transeúnte de la ciudad, y era tal su número de marinos, agentes y comerciantes por doquier que, a no ser por el diminuto y a veces mísero aspecto de los alrededores, cualquiera que se bajara de un bergantín o fragata podía confundirse, jurando que acababa de llegar a un muelle británico.

Las autoridades locales esperaban que el progreso de Valparaíso pronto contagiara a la capital y al resto del país. Sin embargo, ese progreso no era tan visible para el ojo desnudo: el principal puerto chileno seguía siendo un polo humilde de dos plazas centrales, desde las cuales arrancaban quebradas y angostas callejuelas que albergaban a la mayor parte de la población bajo enclenque adobe, con unas pocas construcciones más opulentas de madera y piedra sobresaliendo en las calles principales, usualmente de propiedad foránea. Valparaíso escondía su verdadera grandiosidad en las haciendas hacia el interior de los cerros, donde las familias adineradas creaban oasis de lujo privados, muchas veces compitiendo entre ellas para ver quién aparentaba de manera más eficiente la prominencia de tal o cual apellido en el porvenir de la ciudad.

Justamente para evitar cruzarse con “fastidiosa pobreza” —en las palabras exactas de lady Brigitte—, le pidió a Nicomedes que tomase los atajos necesarios para arribar directamente desde Bluebells a la Casa de Londres. No quería verse obligada a alejar de un puntapié a algún zarrapastroso niño pidiendo limosna, pues nunca se sabía quién podía estar mirando y era mejor guardar las formas. Lo positivo del zigzagueo fue que debieron salir del camino principal y cruzar dificultosamente algunos boscajes, permitiéndole a Laura señalar diversos árboles a través de la ventanilla del carruaje y seguir educando a las niñas en el

patrimonio botánico de la zona central del país: "Esas son *Crinodendron patagua*, de la familia de las elaeocarpáceas... Esos son arrayanes, *Eugenia apiculata*... Ese enorme de allá es un *Maytenus boaria*..."

Visitar una tienda de enseres no valía tantas molestias.

Visitar a su dueño, uno de los británicos con mayor fortuna en Chile, sí.

Karina había proporcionado la idea y, paradojalmente, era la única que no estaba presente ahí. Había tenido la ocurrencia de llamar al cochero desde el comedor la noche anterior, cuando aún no terminaban de cenar, para recordarle que debía ir a primera hora a recoger un encargo a la llamada Casa de Londres, una de las tiendas más prestigiosas del puerto y propiedad del magnate William Gibbs. Proveía regularmente de una atractiva diversidad de objetos confeccionados en el viejo continente, pensados no tanto en compradores locales sino en los pudientes de distintas colonias inmigrantes, ávidos de memorabilia que contribuyese a acercarlos a su tierra natal. Solían ser adquisiciones algo excéntricas y por tanto costosas, fuera del presupuesto de un chileno común —como sombreros de copa, vajilla, maquillaje, hasta esculturas—, por lo que pronto la Casa de Londres se convirtió en un lugar habitual de reunión para las señoras y señoritas de abolengo que buscaban presumir de sus medios. "Dinero que no se ostenta, es como si no se tuviera", declaraba el señor Gibbs, avalando el curioso rito.

No era un destino que lady Karina disfrutase frecuentar, pero sí le era muy útil en algunas ocasiones especiales, como en la elección de un regalo de bodas.

Una boda a la que no quería asistir.

—¿Cómo que no irás? —se indignó lady Brigitte, dejando su tenedor con estruendo sobre el plato.

—Aún no estoy de ánimo para celebraciones de ningún tipo —admitió, cabizbaja, limpiando la comisura de sus labios con una servilleta de tela. No había culpa en sus gestos sino cierta reticencia a mirar a su suegra a los ojos por tantos segundos—. Sir Robert Forves Budge era muy querido por Craig, así que mandé traer para él un juego de té de plata desde Sterling, su ciudad natal. Confío en que será del gusto de su novia.

—Pero no estarás ahí para cerciorarte. ¿Te parece que es la actitud de una baronesa?

—Estoy seguro de que sir Robert entenderá perfectamente la particularidad de nuestra situación —intervino John.

—De *su* situación —apuntó hacia Karina con desdén, la única de luto estricto en esa mesa—. La posesión de un título implica inagotables responsabilidades sociales, por eso no cualquiera puede llevarlo con altura. Espero que tú empieces a entenderlo, ya no eres un hombre común.

El británico suspiró con pesadez.

—Es una boda, madre, no la coronación del rey.

—*It is a high-class gathering*. Ausentarse es renunciar a uno de los deberes primordiales de la nobleza: *to shine!*

Y lo decía muy en serio. Entonces Karina y John se miraron de soslayo, compartiendo silenciosamente la misma conclusión. Ir a cualquier lugar con el

mero objetivo de exhibirse no estaba entre sus planes prioritarios.

—Puede asistir usted en nombre de la casa Rothschild, lady Brigitte —sugirió la baronesa. Su disposición a evitar un melodrama era sincera.

—Por supuesto que lo haré. No dejaré que mi familia resienta habladurías evitables. John, *you'll come with me!*

—No apareceré en ninguna fiesta a la que no haya sido invitado, claro que no —reaccionó él, con ganas de dar la cena por finalizada.

—Fue invitado el barón Rothschild, y ese hoy eres tú —le recordó su madre, agria—. Iremos mañana a recoger el encargo, entregaremos el regalo por mano y dejaremos nuestras tarjetas en casa de sir Robert. Y no quiero escuchar ninguna ridícula excusa más.

Parecía, con todo, una excelente oportunidad para matar dos pájaros de un tiro. Ella no había escuchado antes sobre sir Robert Forves Budge, pero el nombre de William Gibbs estaba convenientemente incluido en la selecta lista de influyentes que Brigitte Blais-Rothschild había delimitado con la ayuda de sus contactos antes de viajar a Chile.

—De hecho, es una buena idea que acompañes a tu madre mañana —secundó Karina de pronto, y ante la sorpresa de John, continuó—. Hay ciertas... minucias de las que únicamente el barón en ejercicio puede hacerse cargo, como firmar las notas de crédito en la tienda del señor Gibbs, o en la modista. No he podido recoger unos vestidos de las niñas hace meses.

Él la miró fijo un momento y luego asintió. Esos detalles eran fáciles de obviar, pero no eran menos importantes. Las grandes transacciones requerían su firma, sí, como el proyecto de William Wheelwright, pero también otras más pequeñas, especialmente cuando el servicio en cuestión comprendía un acto de fe como lo era un acuerdo de pago posterior. Karina aún contaba con un poco de dinero en efectivo para las necesidades domésticas, pero el resto de la fortuna era imposible de administrar sin el beneplácito explícito de John. Cada gasto incurrido en los últimos meses fue una promesa a saldar "cuando arribe el nuevo barón". Bueno, el nuevo barón ya estaba ahí.

—Entiendo...

—Lamento mucho importunar con trivialidades...

—No lo lamentes —susurró él, sonriéndole a medias—. Comenzaré pronto a apreciar tus mandados, pues estoy en la atormentada necesidad de sentirme útil.

Lady Brigitte se levantó de su sitio con mirada triunfal, pero su alegría no fue muy duradera, pues su prometedor paseo por el puerto se quebrajó ante la adición de elementos indeseados: sus nietas y la institutriz. Lady Karina explicó que las niñas debían probarse los vestidos antes de retirarlos, pues bien podrían haber crecido algunos centímetros que volviesen inservibles sus atuendos. Laura las escoltaría en su reemplazo. La baronesa no se sentía bien al pedirle a la ilustradora labores de niñera, no era esa la posición que le correspondía, pero en el último par de meses la movilidad de Karina se había reducido muchísimo, por lo que necesitaba toda la ayuda posible, sin contar con que emocionalmente parecía arrastrar un yunque a todos lados. Si podía quedarse en su habitación sin ver a nadie en todo el día, lo haría. Laura lo entendía bien y había asumido sus

tareas extra con naturalidad. Recibió las instrucciones de parte de la señora Fontanarrosa, y a la mañana siguiente figuraba compartiendo el carruaje con los Rothschild, muy a pesar de la francesa. Si eso ya molestaba a su madre, John pensó que respecto a sumar a sus perros, ni hablar...

Llegaron a calle Esmeralda casi media hora después de lo presupuestado a causa de todos los desvíos. John, cansado, declaró que el regreso a la hacienda se realizaría por los caminos principales, le molestase a quien le molestase. Su madre no dijo nada. Frente al umbral de la tienda, Laura y las mellizas se despidieron, asegurando que regresarían pronto. La casa de la modista estaba apenas doblando la esquina.

Los nobles entraron a la Casa de Londres haciendo sonar la campanilla de atención. Entre los maniquíes con chales de crespón, las lámparas de pie y los espejos biselados, John contó al menos a cinco jóvenes que le sonrieron y luego escondieron sus rostros tras sus abanicos. Llevaban el cabello recogido en bucles y adornado con peinetas de carey elaboradas en filigrana, a la tradición española. Él les sonrió de vuelta y por cortesía, sintiéndose un objeto más en vitrina.

—*Good morning. Welcome to* Casa de Londres —saludó un hombre de estatura baja y pronunciada calvicie. Al inclinarse ante lady Brigitte, ella lo escudriñó un segundo y entonces levantó el mentón. Asumió que él no era a quien buscaba.

—*Please announce to Mr. Gibbs that baron John Rothschild is here to speak to him.*

El hombre volteó hacia John, recriminándose por no haberlo reverenciado primero.

—*Lord Craig's brother?*

John sonrió al reconocer el acento del chileno.

—Así es —respondió con un gesto de cabeza—. Le presento a mi madre, lady Blais-Rothschild.

—Es un placer recibirlos —volvió a inclinarse—. Mi nombre es Rolando García Cantaloupe, socio y administrador de esta tienda. Los atenderé personalmente. ¿Buscan a William?

—Lo primero es recoger un encargo —mencionó el británico—. Entiendo que mi cuñada lo realizó con motivo de las nupcias de sir Robert Forves Budge.

—Por supuesto, lo recuerdo bien —confirmó él, moviéndose tras el mostrador principal—. La caja llegó la semana pasada. La buscaré para que pueda revisar su contenido.

—Le agradezco. Cuando regrese, lo siguiente será regularizar el crédito a nuestro nombre.

—Con todo gusto, milord —habló el señor García Cantaloupe, gratamente impresionado. No era muy usual encontrar a un noble que buscara saldar sus deudas de *motu proprio*, sino cuando eran acorralados por los cobradores.

Lady Brigitte carraspeó, obligando a los hombres a voltear hacia ella.

—Mientras va en búsqueda del encargo, ¿anunciará nuestra llegada al señor Gibbs?

—Inmediatamente —le aseguró, retrocediendo hasta una escalera de madera

que crujió sonoramente con cada paso del chileno.

Mientras Casa de Londres funcionaba en las dependencias del primer piso, en la segunda planta se hallaba la oficina de Gibbs & Cía. La familia Gibbs había fundado dicha casa comerciante y prestamista primero en Lima y luego en Valparaíso desde 1826, la cual estaba involucrada en distintos negocios muy lucrativos ligados a la importación y comercialización de bienes, como también a la inversión minera de plata y carbón. Tenía una reputación bien ganada en cuanto a comisiones justas e impuestos mesurados en sus préstamos, donde la prioridad la tenían aristócratas y diplomáticos británicos. En menos de una década, William Gibbs había creado una envidiable fortuna a costa de idealistas y visionarios abriéndose camino en Sudamérica.

Demoró apenas unos minutos en aparecer. Era probablemente menor que lady Brigitte, pero su cabello frondoso estaba totalmente cano. Se habría visto aún más jovial si no fuera por ese rictus de altanería permanente en sus cejas.

—Lord Rothschild —pronunció, tras una inclinación profunda—. Lady Blais-Rothschild. *It's an honor*.

La aristócrata compartió el entusiasmo.

—*It is quite satisfying to find a place of refinement like yours among the precariousness of this country*...

—*Your words are rewards, milady* —agradeció Gibbs, y al sentir que el señor García Cantaloupe se acercaba, habló hacia el barón—. *Are you here to collect an order from Scotland?*

—Así es —respondió John, al tiempo que el chileno dejaba la caja abierta en una mesa frente a él—. Lo pidió la baronesa hace un tiempo. Es un regalo de bodas.

El empresario supuso que el brusco cambio de John al castellano era por deferencia hacia Rolando, lo que le pareció inusitadamente amable. Innecesario y desclasado, pero amable.

—Espero que no sea por la boda de sir Robert Forves Budge...

—¿Por qué lo dice?

—Porque ha sido aplazada.

Lady Brigitte llevó una mano a su boca en señal de sorpresa y decepción. Cualquiera creería que empatizaba con la adversidad de la pareja, pero en realidad se lamentaba por la anulación de las celebraciones y su oportunidad truncada de lucirse.

—*And what could possibly have caused the delay?* —quiso saber ella, abriendo su abanico.

—No es de nuestra incumbencia, madre...

—En realidad, la causa es conocida y pública —señaló el chileno—. No podrá llevarse a cabo el sacramento pues se ha demorado la dispensa eclesial. Eso es todo.

—Sir Robert es anglicano y su prometida es católica —explicó Gibbs—. Por alguna razón el arzobispo Valdivieso se ha negado a dar su permiso para la ceremonia, por lo que han recurrido al mismo papa Gregorio XVI. Les han asegurado que recibirán el documento desde Italia en algunos meses.

—Espero que la novia valga todo este ajetreo —dijo lady Brigitte, sin intentar ocultar el dejo de burla. El magnate copió su sonrisa malévola.

—Lo vale. La señorita Mercedes Prats y Urízar es de complexión agraciada y es la única heredera del general español don Francisco Prats. Un héroe de guerra —cerró. Luego tomó aire con las cejas en alto—. *Beauty and means. What else is there?*

—*Of course* —murmuró John entre dientes, alcanzando por inercia una copa de borde dorado desde una repisa. Un pequeño letrero la anunciaba como "cristalería prusiana".

—¿No está de acuerdo, milord?

—Personalmente listaría otras exigencias, señor García.

—*Such as?* —lo tentó su madre.

—Curiosidad, ímpetu... Algún talento o particularidad ayudaría.

... y reconocerse el uno al otro como almas destinadas en un sublime primer encuentro, le faltó decir. Eso también ayudaría.

—¿Está en búsqueda de esposa, lord Rothschild? —inquirió Gibbs, esta vez con marcado interés. Las jovencitas que pululaban en las esquinas de la tienda congelaron sus movimientos para atender lo que sucedía en el sector del mostrador.

John decidió de pronto que no tenía ganas de tanta sinceridad.

—Por el momento presente, me apremian los asuntos inconclusos de mi hermano en cuanto a inversiones y...

—Por supuesto que busca esposa. Todo barón requiere de una esposa.

Oh, sorpresa. Su madre había decidido responder por él.

—Pues me place comunicarles que dos de mis hijas ya han sido presentadas en sociedad. Sería un honor presentárselas. Ambas en posesión de un labrado talento, por cierto.

—Qué exquisitamente conveniente —declaró lady Brigitte, compartiendo una mirada cómplice con el empresario británico. Ella, por supuesto, ya sabía que Gibbs tenía dos hijas, Catherine y Danielle—, pues en unos días más tendremos una tertulia en Bluebells para celebrar al nuevo barón. Las familias más prominentes asistirán. La suya está cordialmente invitada, señor Gibbs. Deberá estar atento a la mensajería con el escudo Rothschild.

—Mi esposa estará encantada... y mis hijas.

El noble sonrió con los labios pegados. Entretener pretendientes sería parte de sus inagotables responsabilidades sociales, al parecer...

La campanilla anclada a la puerta principal sonó con fuerza. Primero apareció Alisa, luego Fedora, y tras ellas Laura, acarreando dos grandes bolsas redondeadas de cartón. Como el barón recibió a las niñas con familiaridad, William Gibbs adivinó el parentesco.

—*Good morning, ladies. I am Mr. Gibbs*.

—Buenos días —respondieron ellas al empresario, tomando la punta de sus vestidos e inclinándose. También hacia el señor García Cantaloupe.

—*In english, please* —las corrigió su abuela, tensa.

—*Good morning* —repitieron, ya no con el mismo entusiasmo, regresando

hasta donde estaba su institutriz. Luego entraron por un pasillo hacia el sector de las muñecas de porcelana.

—Buenos días, señor Gibbs —saludó Laura en una sutil reverencia.

El magnate observó a la joven con detenimiento y, asumiendo su condición de servicio, respondió con su silencio, desviando su interés hacia una clienta que revisaba los rodillos de algodón prensado.

Laura sintió sus mejillas arder y John se incomodó.

—Buen día, señorita Villa-Smith. ¿Ha salido todo bien en la modista?

Ella le agradeció con la mirada.

—Todo perfectamente bien, lord John. La señora Siux debió arreglar únicamente los dobladillos de muselina.

—*And did you make sure no buttons were missing? I wouldn't trust any seamstress in Chile...*

—Todos los botones están en su sitio, lady Brigitte. Violet Siux es una modista muy calificada.

El silencio que rodeó al grupo en ese instante ya no era incómodo, sino abrasador. La aristócrata y el señor Gibbs compartían la misma mueca de espanto, mientras Rolando, nervioso, intentó ayudar a Laura modulando disimuladamente hacia ella un "*In english, please*". Un criado siempre debía responder a su patrón en el idioma en que era interpelado, y si no lo conocía, bastaba un gesto de sumisión en silencio. Cualquier otra reacción era considerada una impertinencia que incluso podía costarle el puesto.

Laura no lo sabía.

—Tengo por instrucción hablar siempre en castellano en presencia de lady Alisa y lady Fedora —se excusó rápidamente, agitada—. Es una orden de la baronesa.

—¿Pero qué tipo de orden es esa? —exclamó lady Brigitte con irritación—. Una institutriz británica que no habla inglés. *How much nonsense must I witness!*

—Si Karina entregó una instrucción en esos términos, debe tener muy buenas razones —sostuvo John. Desacreditar a alguien que no estaba presente para defenderse era una práctica infame.

—Es casi un crimen que las niñas sean obligadas a perder su lengua natal —opinó Gibbs en voz baja, como si hablara únicamente a la noble francesa. Pero todos pudieron escucharlo.

—La lengua natal de las mellizas Rothschild es el castellano, señor Gibbs —indicó Laura, intranquila pero sin bajar la guardia—. Nacieron en territorio chileno.

El empresario hizo una mueca de fastidio.

—Me refiero al idioma familiar —acotó, áspero—. ¿Qué pasará cuando retornen a Inglaterra?

—Niñas parias, desadaptadas, eso es lo que serán...

—Craig no pensaba volver y lo sabes bien, madre —la detuvo John, elevando el volumen. Discutir en público no era su manera predilecta de pasar el día, pero sentía el deber de respaldar las decisiones de crianza de su cuñada, las que consecuentemente eran también las de su hermano.

—Podría haber cambiado de opinión...

—No cambia de opinión alguien que pide la carta de ciudadanía.

William Gibbs abrió los ojos como platos y tomó aquello como una ofensa personal. ¿Qué británico en su sano juicio querría renunciar a su nacionalidad? Lady Brigitte, acostumbrada a saberlo todo, desconocía ese importante detalle en la vida de su descarriado primogénito y eso la descolocó. Balbuceó la palabra "traición", la cual John alcanzó a oír con mucha claridad, pero en tono audible para el resto, decidió decir:

—*Craig is the past, John is the present*. La casa Rothschild no caerá por un árbol torcido.

Lo que supuestamente debió ser un cumplido, el barón lo tomó como una afrenta. Laura lo vio estirar y contraer sus nudillos como si quisiera golpear la pared. El señor García Canteloupe, preocupado por la dirección que habían tomado los acontecimientos, se aclaró la garganta.

—Lord Rothschild, ¿podría revisar el contenido del encargo, para certificar que todo esté en orden? Podemos guardar la caja para usted hasta que la ceremonia de sir Robert se reanude —ofreció el chileno.

John agradeció la distracción. Aún rumiando su enfado, removió superficialmente las piezas de plata frente a sí y le pareció que lucía como debía ser. Aceptó que guardasen el juego de té en la bodega para ser retirado en alguna fecha próxima a convenir. Luego acompañó al señor García para revisar las notas de crédito, al tiempo que pedía —en un tono de exigencia, más bien— a su madre que lo esperase en el carruaje, sabiendo que no tendría más remedio que acatar. En presencia de otros de su clase creía tener la autoridad de desafiar a cualquiera, pero como mujer estaba bajo el mandato del barón en ejercicio...

Laura no esperó ninguna orden y llamó a las niñas para que subiesen también. El espectáculo ahí había terminado.

Lady Brigitte se despidió, rígida, pero disimulando como podía, recordándole al magnate la tertulia venidera. Él le aseguró que se verían nuevamente ahí. Al salir de la tienda, y antes de que Laura pusiese un pie en la escalerilla, John le pidió que le indicara la casa de la señora Siux. Era la última deuda a saldar.

Caminaron juntos los pocos metros que los separaban de la esquina. Al rodearla, ella señaló la segunda entrada, cubierta por una rejilla, pero le habló antes de que avanzara.

—¿Es verdad, lord John?

Él volteó apenas.

—¿Qué es verdad?

—Que lord Craig quería ser chileno.

John asintió, bajando los hombros.

—Me lo comentó en una de sus últimas cartas —dijo. Entonces le sostuvo la mirada, expectante—. ¿Cree usted también que es un acto de traición?

No estaba en sus facultades opinar sobre la vida de sus patrones. Eso Laura sí lo sabía muy bien. Sin embargo, el barón estaba aguardando su juicio con interés genuino. Esa era una puerta que, una vez abierta, sería difícil de cerrar.

Movió la cabeza y sonrió con calidez.

—Creo que fue un acto de amor... a sus hijas, chilenas por derecho, y a la patria nueva que lo cobijó —concedió—. El amor no tuerce árboles, solamente el viento sur.

Él le sonrió de vuelta. Esa frase le había entregado una extraña calma, como la brisa marina al atardecer.

Ella hizo una reverencia y se alejó hacia el carruaje. John no se movió y siguió la estela de su sombra en la gravilla. Tenía la sensación de haber encontrado algo que se le había perdido, aunque no supiera exactamente qué diablos era.

VIII

16 de octubre de 1834
Club McLaughlin, Calle de la Aduana, Valparaíso

El incidente de la pelota de trapo no fue tan inofensivo como John quiso creer en un comienzo.

Una mañana, el barón decidió que desayunarían en la terraza y pidió a los criados que alistaran lo necesario. Pronto había dos mesas de fierro forjado con manteles blancos y sillas de madera terciada bajo un toldo. Lady Brigitte protestó, por supuesto, pues aborrecía el sol, pero lord Rothschild lo celebraba, aludiendo a que había que disfrutar cada rayo pues en Inglaterra no se sentía ni tan brillante ni tan cálido. Temiendo haber dicho una barbaridad, miró de reojo a Laura, quien estaba a varios metros de distancia, sentada en la fuente de agua mientras supervisaba a las niñas. Ella, atenta igualmente a la conversación de los nobles, giró discretamente hacia John y asintió. Él atesoró esa rara satisfacción infantil de haber pasado un examen con honores.

Las niñas, inquietas por naturaleza, tomaban de tanto en tanto un pastelillo y luego daban vueltas por el jardín junto a Clove y Cinnamon. Habían dejado sus muñecas francesas sentadas a un costado de la institutriz —eran parte de los regalos que John escogió, verdaderas novedades con un mecanismo para abrir y cerrar sus ojos— y también unos curiosos aparatos cilíndricos llamados *caleidoscopios*, que Laura había pedido prestados para probarlos a la luz. Le parecían maravillosos. Fue entonces cuando apareció el señor Bahamondes, tímido, desde una esquina. Llamó a Beckett, le mostró sonriente algo en sus manos y él, pidiéndole que esperara, fue hasta el barón. Se inclinó cerca de su oído y le susurró. Él mostró entusiasmo.

—¿Que ha hecho qué?

John se levantó de la mesa y se acercó él mismo al sirviente. El hombre le indicó, muy sonriente, que había confeccionado un pequeño balón con cuero de cerdo y trapos viejos de la cocina. Aunque no tenía un aspecto muy estético, parecía perfectamente funcional para niños y animales. Y esa era la idea.

Aprovechando que lady Brigitte se había retirado a su recámara y que lady Karina ni siquiera había bajado a la terraza —se había excusado y pedido que le llevasen el desayuno a la cama—, Alisa y Fedora fueron autorizadas para hacer algo alocado y prohibido: ensuciarse el vestido.

Corrieron hasta que les dio hipo. Se lanzaban el balón a la distancia, con sus

manos o sus pies, y si no calculaban bien, alguno de los perros se apoderaba de ella hasta que se la quitaran, si es que lo lograban. Los adultos, en el intertanto, solo reían, salvo la señora Fontanarrosa, que se tapaba el rostro cada vez que una de las infantes se limpiaba el barro de las manos con un trozo de su enagua. John, por supuesto, se unió al juego porque no temía rasparse las rodillas. Luchó contra Cinny por el control del juguete varias veces, fracasando jocosamente en el intento, y en una de las tantas arrojadas, la pelota cruzó la terraza y fue rodando hasta bien entrado el salón principal. Las niñas fueron tras ella, pero Clove se adelantó, desapareciendo tras los ventanales.

Un grito alertó a todos.

La señora Fontanarrosa corrió, también Beckett, John y Laura. Al fondo del salón, en el umbral que conectaba con el vestíbulo, encontraron a Penny de bruces en el piso, llorando. Los sesenta kilos de Clove estaban sobre ella, inmovilizándola. La criada iba en dirección al segundo piso y llevaba una taza de té en la mano, la que se había quebrado y derramado su contenido sobre el mármol. En la otra mano, aún sostenía la pelota de trapo que había cogido al pasar.

—¡Clove! Lord Rothschild exclamó con voz grave, haciendo un gesto seco con su brazo, y el perro se movió hacia una esquina.

El ama de llaves se apresuró en ayudar a Penny a levantarse, quien estaba muy consternada. Laura contuvo a Fedora y Alisa un poco más atrás.

—¿Estás bien, querida? —le preguntó la señora Fontanarrosa, tan espantada como la criada.

Ella respondió con un leve asentimiento, pero seguía temblando.

—Lo siento mucho, Penny —dijo John, arrugando la frente—. Estábamos jugando y...

—¡La podría haber matado!

El grito que escucharon antes no lo había producido Penny sino lady Blais-Rothschild. Erguida en los últimos peldaños de la escalera, había presenciado toda la escena.

Su gesto era de furia.

—No hay ni un hueso roto, lady Brigitte —la calmó Beckett—, quizá algunos moretones...

—¿Acaso la violencia está validada en este país de salvajes?

—Madre, estás exagerando —subió la voz John, agitado—. Solo estábamos... jugando.

—Hay una embarazada en esta casa, por si ya lo olvidaste —bramó—. Cuando tu bestia salte sobre tu cuñada y provoque una desgracia, ¿también dirás que fue solo un juego?

La aristócrata tomó el silencio tenso como un triunfo y regresó escaleras arriba. El ama de llaves abrazó a Penny y caminaron hasta el sector de servicio, mientras dos lacayos se fueron de rodillas al piso para limpiar el desastre. Clove y Cinnamon, sentados en la esquina en posición de espera, parecían confundidos.

—*Out*... —pronunció John, molesto, pero los bullmastiff no se movieron—.

OUT!

Las niñas se aferraron a la falda de Laura y ella, pensando rápido, les recordó que ya estaban atrasadas para su lección de caligrafía, pero que primero debían ir a cambiarse. Camino al segundo piso, la británica intentó encontrarse con la mirada del barón, pero él seguía con las manos en la cintura y los ojos en el piso, rumiando la situación.

—¿Milord? —lo llamó la señora Fontanarrosa, en una forma de asegurarse de que estuviese bien.

—Desde hoy, mis perros no podrán entrar a casa a menos de que estén en mi presencia y bajo mi supervisión —ordenó John. Beckett y el ama de llaves asintieron. Después de unos segundos, irguió la espalda, suspirando—. Y que Nicomedes aliste el carruaje. Tengo una cita en el McLaughlin.

* * *

Una de las principales razones por las que John decidió viajar con Clove y Cinnamon es porque, cuando no los percibía cerca, solía decir que sentía sus piernas "desnudas". Había una cálida seguridad en ese golpeteo de garras en la tierra, ese jadeo característico, esos pelajes que se cruzaban de tanto en tanto y le recordaban que no caminaba solo por el mundo.

Así se sentía ahora, desnudo, mientras subía sin escolta la casona McLaughlin hasta la azotea.

El aroma fuerte a tabaco y licor llegó hasta él incluso antes de que le abrieran la puerta. Un lacayo de uniforme oscuro hizo un leve movimiento de cabeza y extendió su mano, gesto usual de los criados para recibir sombreros y abrigos. Un segundo más tarde comprendió que el noble británico no usaba ninguno. Se echó hacia atrás para dejarlo pasar y cerró la puerta tras él. John trató de relajar los hombros.

Aprendería pronto que en ese club de caballeros en las alturas y con impecable vista a la bahía no solo era deseable poseer un título nobiliario, sino también demostrarlo.

—¡Lord Rothschild!

El norteamericano William Wheelwright abrió los brazos al verlo. De cejas perfiladas, patillas generosas y nariz prominente, era apenas un par de años mayor que John, pero en sus arrugas prematuras aparentaba haber vivido un siglo. Su sonrisa era cálida y parecía sincera, y eso ya era un gran inicio.

Ambos inclinaron su cabeza ante el otro, pero justo después el empresario le ofreció su mano. John la miró un segundo, confundido, pero luego estiró la suya y se la estrechó, como en un acto reflejo. Era un saludo conocido entre los cuáqueros estadounidenses, aunque poco usual en su mundo, pues se entendía como un símbolo de amistosidad entre iguales. Las reverencias, clásicamente europeas, se asociaban más a dinámicas de poder. Entonces Wheelwright lo consideraba su *igual*, pensó el británico, y eso lo alegró. Le estrechó la mano más fuerte, y en su mente recordó *La Ilíada*: "No serán inútiles el pacto, la sangre de los corderos, las libaciones de vino puro y el apretón de manos en que

confiábamos...".

—Me pregunto cómo sabe que yo soy yo.

William movió su dedo índice en forma circular sobre su rostro.

—Es la viva imagen de su hermano, milord... aunque con un par de festines menos.

John tuvo el impulso de reír y llorar al mismo tiempo. Bajó la mirada. Ese era el tipo de bromas que Craig solía hacer todo el tiempo respecto de sus diferencias de peso. Suponía que el señor Wheelwright las habría escuchado más de una vez.

A su alrededor contó seis mesas redondeadas con cubiertas de terciopelo verde, la mayoría vacías. Apenas una estaba ocupada, la más cerca de la puerta de salida, donde cuatro hombres muy elegantes jugaban *whist* con una baraja francesa. Por sus risas y ocasionales palabrotas, John pudo distinguir acento chileno, británico y español. En otra de las mesas alguien había abandonado una copia del *Telégrafo Mercantil*, periódico bimensual de medio pliego al que muchos inversionistas del puerto estaban suscritos, pues anunciaba los barcos más importantes que recalaban en Valparaíso junto al detalle de sus cargamentos, la bandera a la que servían y la divisa en la que aceptaban transacciones, fuesen libras esterlinas, reales u otras. Cualquiera podía enterarse de dónde llegaban los sacos de cacao, las planchas de hierro o los cajones de jabón. También se especificaba cuáles bergantines de carga aceptaban a pasajeros para traslados cortos, pues solían ser ingresos extra muy lucrativos para los capitanes. Ocasionalmente se intercalaban algunas columnas de opinión, las cuales, aunque no iban firmadas, parecían transmitir los sentires transversales entre los cosmopolitas hombres de comercio. "Olvidemos nuestras máximas antiguas, estudiemos los principios del presente siglo, y hagamos saber a los gobiernos que ellos no son más que los ministros de nuestra prosperidad, no el temible azote de los pueblos". El día del arribo del HMS *Beagle*, el periódico lo anunció como primera entrada destacada, diciendo que justamente gracias al desprejuiciado movimiento del puerto principal de Chile, "nos prestamos a recibir con júbilo briosas empresas de ciencia, las que buscan el adelantamiento mediante sabiduría y empirismo..."

—¿Puedo ofrecerle algo? —murmuró Wheelwright.

—Whisky...

—Por supuesto —respondió él, elevando el brazo y chasqueando los dedos hacia uno de los mayordomos—. Lord McLaughlin guarda un *Bushmills Single Malt* para ocasiones especiales.

—Suena bien —agradeció el británico, más cortés que entusiasmado.

Tenía sentido que, en una ciudad emergente como Valparaíso, donde a la fecha se contaban poco más de treinta mil personas, el primer club de caballeros lo inaugurara un británico residente. Era la colonia que manejaba mayor liquidez circulante y la con mayor cantidad de miembros verificados de nobleza, lo que al oído de cualquiera entregaba un incomparable estatus. Esa casona de tres pisos frente al mar rendía tributo a la arquitectura de la tierra natal de su dueño, el vizconde Harold McLaughlin, patriarca de una de las familias inglesas

más antiguas en emigrar e instalarse permanentemente en Chile. Su popularidad —y comodidad— lo había empujado a habilitar el altillo para reuniones de caballeros de alta sociedad, club que, de momento, no poseía suficiente demanda para ser lucrativo, pero John estaba seguro de que, de sus múltiples inversiones en el país, esta sería la menor de las preocupaciones para el vizconde.

—Conversemos afuera —le sugirió el empresario, ya que los hombres enfrascados en la partida de *whist* estaban siendo muy ruidosos para su gusto. El ventanal daba a una hermosa terraza panorámica.

El mayordomo llegó con una bandeja en la que destacaban dos vasos bajos y anchos y una botella de whisky irlandés. El mismo Wheelwright la descorchó y sirvió el líquido. Luego extendió un vaso a John y propició un brindis.

—Por lord Craig —empezó—, por su reconocida generosidad y espíritu fraterno. Y por usted. Por la casa Rothschild.

Chocaron los vasos y el vidrio tintineó. El norteamericano acabó la mitad de su porción en un largo sorbo. John no tocó el suyo. Tenía la mirada perdida en la bahía, chequeando el movimiento de los navíos. Se preguntaba cuál de todos sería el HMS *Beagle*.

—Espero que el *Fourth of July* haya llegado en buenas condiciones.

Wheelwright asintió.

—Perfectamente. Es una goleta muy bien equipada y ha cubierto ese trayecto a Panamá muchas veces, aunque suele recalar en Callao. Hacer el viaje directo de regreso a Valparaíso sí fue una diferencia, pero el capitán Silveiro me informó que necesitará reparos menores. Fue un placer proveerles de dicho servicio.

John agradeció con un movimiento de cabeza.

—¿Es la principal de su flota?

—Sí, milord. Cuento además con dos bergantines, y aunque ya se están haciendo insuficientes, no compraré otro. He decidido concentrar mi inversión en algo... *mejor*.

—En la navegación a vapor —tentó el británico.

—Así es —respondió Wheelwright, expandiendo el pecho, orgulloso—. Navegación a vapor desde Chile para el mundo. Es la próxima gran revolución.

—¿Y no lo considera una empresa muy arriesgada?

El norteamericano levantó su vaso.

—Si no fuese arriesgado, no sería una revolución.

Lord Rothschild volvió a sonreír. Creía estar comprendiendo muy bien por qué William y su hermano se habían hecho tan buenos amigos. Tenían posturas frente a la vida muy parecidas.

—Craig, imagino, ansiaba ser parte de esa revolución...

El empresario arrugó el mentón.

—Y odio el hecho de no poder abrazarlo cuando se vuelva realidad.

Craig Rothschild había mencionado a su amigo Wheelwright en varias de las cartas que envió a su hermano durante una década. Lo conoció cuando William era cónsul de Estados Unidos en Guayaquil, Gran Colombia, y ya había iniciado su empresa de traslado de mercancías por la costa pacífica. Unos años más tarde

decidió que Valparaíso era una ciudad más adecuada en términos comerciales y pronto movió sus negocios para residir en Chile de forma definitiva. Decía que en Sudamérica había mayor potencial para lo imposible. Desde que su coterráneo Robert Fulton se había asociado con el ingeniero escocés James Watt para construir el *Clermont* —el primer diseño de navío a vapor viable comercialmente, el cual recorrió un centenar de kilómetros por el río Hudson en 1806—, Wheelwright soñaba con llevar esa invención a otro nivel.

—¿Ha formado familia propia, señor Wheelwright? —preguntó John de pronto, interesado. "Asegúrese de no estar pactando con malandrines", le habría sugerido la pequeña Paula de Ferrari. No era un mal consejo.

—Por supuesto. Me esperan en casa mi esposa Martha y mi hija Marian. Acaba de cumplir diez meses.

El británico se alegró.

—Seguro la señora Wheelwright habrá pasado tiempo con mi cuñada y mis sobrinas, entonces...

Él resopló, divertido.

—Mi querido lord John, lady Karina Rothschild es la razón principal por la que usted y yo estamos aquí hoy —le reveló, provocando evidente sorpresa en el aristócrata—. ¿Conoce la historia del SS *Savannah*?

John negó.

—¿Un barco?

—Pero no cualquiera —sonrió el norteamericano—. Fue el primer barco híbrido construido a vela y máquina, el primero en demostrar que la navegación transatlántica a vapor es posible, y el primero que lady Karina abordó en su vida.

Le resumió el periplo de esta manera: el SS *Savannah*, construido en Nueva York, fue un velero al que se le añadió un motor de noventa caballos y un cilindro antes de terminarlo, a petición de Scarborough & Isaacs, la empresa compradora. Planeaban aventurarse en una publicitada singladura transatlántica para pasajeros que comenzaría justamente en la ciudad de Savannah, en Georgia, para terminar al otro lado del océano, en San Petersburgo. Además de su máquina a vapor, el navío contaba con otras excentricidades, como que las paletas de las ruedas estaban hechas de hierro forjado retráctil, lo que facilitaba la navegabilidad, o que contaba con treinta y dos camarotes dobles más tres salones de lujo. El pañol de carbón tenía capacidad para setenta y cinco toneladas, así que la mayor parte de la travesía se realizaría a vela y se recurriría al motor cuando el viento no soplara lo suficiente como para alcanzar cuatro nudos. En sus cálculos optimistas, pretendían llegar a nueve o diez.

—Sin embargo —continuó Wheelwright—, el estreno obtuvo más publicidad negativa que positiva, pues la prensa local lo llamó el "ataúd flotante" —enfatizó, molesto—. Las plazas estuvieron a la venta durante más de un mes y nadie osó comprar, así que el 5 de mayo de 1819 comenzó su histórico viaje sin ningún pasajero.

—Reconozco sentir empatía por esas pobres almas que, como yo mismo, no hubiesen abordado un barco así de *experimental* ni aunque las plazas fuesen

gratuitas —opinó John, con una mueca inocente.

El empresario le devolvió una sonrisa tibia.

—En el trayecto, otros navíos confundieron el humo de la chimenea del *Savannah* con un incendio en cubierta e intentaron acercarse a ayudarlo, pero no pudieron darle alcance, pues ya iba a al menos ocho nudos. En simple, para cualquier marinero que lo viera pasar, el *Savannah* no navegaba: volaba.

El 20 de junio llegó a Liverpool y lo recibió una entusiasmada multitud. La prensa alabó la hazaña por la que nadie había apostado. Tardó veintinueve días en cruzar el Atlántico, usando el motor unas ochenta horas. Un mes después soltó amarras y, con algunas paradas programadas en Estocolmo y Kronstadt, el 13 de septiembre fondeó en...

—San Petersburgo —apuntó, sosteniendo la mirada de John con marcada intención—. A su llegada se ofrecieron fiestas y recepciones oficiales, además de excursiones para el zar, nobles y militares. Si mal no recuerdo, lady Karina tendría unos trece o catorce años cuando fue invitada a cubierta. Su padre era parte de la escolta de un duque y le permitieron llevar a su esposa e hija.

Lord Rothschild miró el contenido intacto de su vaso de whisky y lo balanceó levemente.

—Debe haber sido importante para ella...

—Conocí a lord Craig y su esposa en una tertulia en casa de George Edwards Brown, y cuando mencioné mis ideas sobre una empresa de navegación a vapor, el rostro de lady Karina se iluminó. Dijo que nunca había vivido algo más sorprendente. Con su familia lograron plazas desde San Petersburgo a Copenhague cuando el *Savannah* emprendió el viaje de regreso a Estados Unidos, recalando en Georgia el 30 de noviembre, seis meses después de zarpar —terminó. John movía la cabeza, asimilando—. Su cuñada estaba, y prefiero pensar que aún está, convencida de que esa modernidad debía llegar a la mayor cantidad de personas posibles. Que mejoraría la vida de muchos. Lord Craig me comunicó sus intenciones de invertir en el proyecto esa misma noche.

El noble asintió con la mirada perdida.

—Agradezco mucho que me confíe estas intimidades —le dijo, sincero—, pues justamente a esto he venido: a comprender las inversiones de mi hermano en Chile para decidir si vale la pena continuarlas o, simplemente, retirarnos, vender todo y retornar a Inglaterra.

Wheelwright dejó su vaso vacío sobre la bandeja del mayordomo.

—¿Puedo serle completamente honesto, milord? —lanzó él, y no esperó respuesta para continuar—. Hay varias fuentes y formas de conseguir dinero para proyectos de gran envergadura. Se lo aseguro. Me encantaría decirle que ese es el problema en los negocios, pero no lo es. —Tomó aire y cerró—: La mayoría de las ideas innovadoras no caen por falta de recursos, sino por falta de visión.

John curvó una ceja.

—¿A qué se refiere?

—La incertidumbre es inherente a la consecución de cualquier empresa, incluso las que parecen más seguras. Se lo digo yo, que he invertido mil veces en

diversas actividades y he fallado estrepitosamente, así como he ganado de forma colosal. Comprendo las dudas de los inversores extranjeros en esta loca idea mía, pues hasta el propio gobierno de Chile las tiene, el que por demás es joven y nuevo y ya tiene suficientes problemas de qué preocuparse. Ni Dios mismo puede darnos garantías, mucho menos mi contador en Londres o uno en Santiago —bromeó, aunque con pocas ganas—. Sin embargo, de todas las empresas, las que buscan el progreso son las más vapuleadas, pues requieren muchas veces de inmensos saltos de fe. Entonces, ahí lo valioso ya no es cuánto oro hay en la cuenta de un inversor, sino cuánto futuro hay en su mirada. Eso es lo que hacía de lord Craig un socio como ningún otro. No solo quería complacer a su esposa o a su propio placer por el riesgo, sino que deseaba, del todo genuino, contribuir al desarrollo de un país que no era el suyo.

El barón sintió los ojos acuosos, como tantas veces. Esa era una acertada descripción de su querido hermano. Cada sílaba.

—Craig solicitó al gobernador una carta de ciudadanía. ¿Lo sabía?

—Sí, lo sabía —admitió William—. Lástima que sea un trámite tan demoroso y no haya alcanzado a conocer el veredicto. Reímos varias veces imaginando el desconcierto que generaría en los inversionistas cuando en sus documentos, junto a su rimbombante nombre extranjero, escribiera "chileno" en el apartado de nacionalidad. Hasta le aconsejé que cambiara el nombre de la hacienda por "Jacintos silvestres" o "Campanillas azules", ¡y le gustó la idea!

John habría seguido perdido en el eco de la risa de Craig en su mente si la palabra "inversionistas" no lo hubiese traído nuevamente a tierra. Trató de ser objetivo.

—Aún no he visto los números exactos, señor Wheelwright, pero entiendo que la inversión de la que hablamos es muy, muy cuantiosa...

El norteamericano no tenía intención de mentir. Confirmó la presunción de John con un gesto.

—Y si usted decide retirarla, será casi imposible hacer realidad la Pacific Steam Navigation Company, mucho menos un futuro ferrocarril... aunque esa es otra locura para otro whisky —le aseguró, contrariado.

El barón suspiró. Lo más fácil era simplemente respetar la decisión de Craig y seguir adelante, pero ahora él llevaba la responsabilidad de la fortuna y reputación de la casa Rothschild. Si el proyecto de Wheelwright terminaba siendo un gran fiasco, él debería hacerse cargo, no podría culpar a nadie más...

—Deme algunos días. Debo conversarlo con lady Karina para obtener también su versión, aunque lo que he escuchado hoy ha esclarecido muchas de mis dudas...

—Es sensato de su parte esperar a estar plenamente convencido —aceptó el empresario. Luego movió la cabeza y sonrió—, pero como yo no dispongo de ese tiempo para esperar... Por favor, venga conmigo.

Tomó el vaso intacto de John y lo dejó en la bandeja, pidiendo al mayordomo que le alcanzase su sombrero. El barón, curioso, lo siguió escaleras abajo.

Justo frente a la puerta principal de la casa McLaughlin, en plena Calle de la

Aduana, estaba el carruaje Rothschild esperando. Al salir los dos hombres, William cruzó y le habló directamente al cochero.

—Buenas tardes, Nicomedes.

—Buenas tardes, señor Wheelwright —saludó él, alegre—. ¿Desea que lo lleve a su casa?

—No, no. Haremos primero otra parada —explicó—. Llévanos a la capilla La Matriz.

El barón no sabía a dónde lo llevaban, pero eligió confiar. Hizo un gesto a Nicomedes, aceptando la propuesta del norteamericano.

Llegaron hasta una explanada de tierra donde destacaba una edificación de adobe de dos pisos, con torre y campana, y una cruz en la punta. A su alrededor, se disgregaban decenas de casas de estilo chileno. El carruaje se detuvo frente a una de ellas.

—La Matriz —apuntó William, levantando su brazo—. La llaman *el corazón del puerto*, pues la ciudad comenzó a edificarse y crecer desde aquí, hace un par de siglos. Se ha construido y reconstruido varias veces. Ha visto la furia misma del pirata Francis Drake, y la de Dios con sus terremotos...

John apretó los labios.

—Es muy interesante —comentó—, pero dudo que quiera llevar a un anglicano a una capilla católica.

Wheelwright sonrió.

—No venimos a misa, no —le aseguró, desviando su mirada hacia la humilde casa que tenían a pocos pasos—: venimos a la escuela.

La casa era de barro, tenía el techo de paja y no poseía ninguna apertura a la luz más que la pequeña puerta principal. Niños descalzos con pantalones de cáñamo salían y entraban entre cuchicheos, hasta que a uno de ellos le llamó la atención el carruaje. William le hizo una seña.

—Eh, niño. ¿Podrías llamar a tu maestra?

Observó al caballero con asombro, no dijo nada y entró rápidamente a la casa. Unos minutos después apareció una mujer en el umbral. Llevaba una larga falda de algodón ceñida en la cintura, una blusa bordada y un chal sobre los hombros. Su peinado era un sencillo moño bajo, y sin las canas en su flequillo habría sido muy difícil adivinar su edad.

Al escudriñar a los dos hombres, su rostro cambió. Juntó las manos a la altura del pecho. Tomó un trozo de su falda y caminó de prisa, haciendo una reverencia a centímetros de John.

—Lord Rothschild —saludó ella, con los ojos llenos de lágrimas.

John se preocupó.

—¿Nos conocemos?

—No, pero yo sé quién es usted —le sonrió—. No es difícil reconocer a un familiar de lord Craig —luego volteó hacia William—. Buenas tardes, señor Wheelwright.

Él le hizo un gesto con su sombrero.

—Disculpe el haber aparecido sin avisar, señora Díaz. Creí importante presentarle al nuevo barón.

—Le agradezco mucho su deferencia.

—¿Díaz? —recordó John de pronto—. ¿Marcela Díaz Núñez?

Ella hizo otra reverencia.

—Estuve al servicio de su hermano por seis años. Por favor, cuénteme cómo se encuentran lady Alisa y lady Fedora.

La antigua institutriz de la hacienda Bluebells tenía una mirada amable. Y el británico tenía demasiadas preguntas.

—Están muy bien, sanas, bellas como su madre —detalló, y habría deseado continuar con las trivialidades sociales, pero necesitaba expresar su desconcierto —. Perdóneme, pero ¿cómo es que no está con ellas ahora? ¿Por qué motivo renunciaría en un momento tan crítico?

La señora Díaz perdió levemente su sonrisa y miró a William, sin saber si era seguro hablar. Él le hizo un gesto para que ella respondiera cuanto quisiese. Con la verdad.

—Jamás habría renunciado —le explicó, sin titubear— si no fuese porque lord Craig explícitamente así me lo pidió.

—¿Él se lo pidió?

Ella buscó afirmación nuevamente en la mirada del norteamericano, quien parecía estar muy bien informado de todo.

—Lord Craig había buscado levantar una escuela por años. Al morir, lady Karina me comunicó que uno de sus últimos deseos fue destinar fondos a su construcción y que necesitaba alguien cercano para liderarla. Estoy honrando su generosidad y su confianza.

John abrió la boca para seguir preguntando, pero una niña muy pequeña de trenzas oscuras salió de la casa a buscar a la mujer, interrumpiéndolos. Le habló bajito y ella asintió.

—Discúlpenme, pero debo regresar —se excusó. Miró a John y volvió a reverenciarlo—. Dele mis saludos a lady Karina. Está en mis oraciones todos los días. Y su bebé.

Él asintió, contrariado.

—Volveré aquí —le avisó—, pues tengo un regalo para usted. Algo que Craig me pidió que le trajera en su última carta: una pluma estilográfica.

Ella dejó escapar las lágrimas que había estado conteniendo, aunque no hizo ni un sonido.

—Será un placer recibirlo otra vez, milord.

Y se perdió en la oscuridad de la casa de adobe.

John Rothschild, suspirando y sintiéndose víctima de una emboscada, volteó hacia Wheelwright con el ceño fruncido.

—Es usted muy inteligente en sus métodos de persuasión.

El norteamericano hizo un gesto inocente, balanceándose en la punta de sus zapatos.

—Su hermano no entendía un carajo de barcos o máquinas o diseños ingenieriles... En esos temas confiaba en mí —le habló, sincero—. Sin embargo, un tema que sí lo motivaba especialmente era la educación. Seguro usted ya lo sabe, incluso mejor que yo.

El británico confirmó.

—Simplemente estoy intentando comprender por qué podría interesarle a usted.

—Lord Craig fue muy entusiasta al integrarse como uno de los inversores principales de mi proyecto, pero me pidió algo a cambio —confesó—: que yo impulsara la construcción de una escuela de instrucción primaria en Valparaíso.

—¿Craig necesitaba dinero? —preguntó John, aun sabiendo que era absurdo.

—La educación en Chile no es un asunto financiero, milord, sino político —le explicó, contrariado—. Conseguir un permiso para ese tipo de emprendimiento es muy, muy difícil. No es muy popular entre las autoridades el ampliar el espectro formativo. Le aseguro que el Estado chileno antes apoyaría una locura de barcos a vapor que enseñar a leer a niños pobres.

Lord Rothschild estaba seguro de ello. En Inglaterra la realidad no era muy distinta.

—Pero ya se está implementando —creyó entender, apuntando a la casa chilena. William negó.

—Lo que ve aquí es una versión... *discreta*, digamos, de los planes de su hermano —susurró, mirando hacia los lados—. Nada llamativo ni oficial. Hasta ahora el regidor de Valparaíso ha hecho la vista gorda, pues sabe que el capital Rothschild ha sido indispensable en ciertos progresos del puerto, pero si esto llega a saberse en Santiago...

—Entiendo —se apresuró a decir John. Sintió su corazón acelerarse—. Entonces, su rol en esto es... político.

El norteamericano asintió.

—Poseo el privilegio de ciertas conexiones con personas importantes. Ya he tenido algunas conversaciones con un hombre muy ilustrado, don Andrés Bello López, de la Junta de Educación. Será lento y complejo, se lo advierto, pero he dado a su hermano mi palabra —afirmó, con la voz algo quebrada, emocionado al evocarlo— y que no le quepa duda que pienso cumplirla.

John recordaba perfectamente que, en una de sus cartas, Craig le comentaba haber conocido a un profesor argentino, un tal Domingo Faustino Sarmiento, quien enseñaba a escribir a niños en la localidad de Los Andes, a unas horas de la hacienda. Decía haber quedado impresionado por sus ideas sobre el desarrollo educativo en las nuevas repúblicas latinoamericanas. *"Sarmiento quería que todos los niños de cualquier cuna pudieran educarse, no solo la clase privilegiada. ¿Puedes creerlo, hermano? ¿No te parece admirable y audaz?"*.

"Admirable y audaz", murmuró John para sí mismo.

Levantó la vista hacia el empresario William Wheelwright, tomó impulso y le extendió su mano. William, con un entusiasmo nuevo, se la estrechó con vigor. Se sonrieron.

—Ya le dije, debo confirmarlo con lady Karina, pero estoy seguro de que estaré firmando sus documentos muy pronto —dijo John, imaginando el rostro celebratorio de Craig en su mente...

—Estaré contando los minutos para el arribo del cónsul Walpole. Ha estado ausente por muchos meses —se lamentó Wheelwright, pero sin perder el ánimo.

El barón arrugó el entrecejo.

—¿El cónsul? ¿Debe certificar él los negocios entre privados? No sabía que existiese dicha disposición en Chile...

—No, no. Me refiero a que... bueno... —balbuceó, sorprendiéndose por la confusión del británico—. En los documentos de inversión necesito la firma del barón Rothschild en ejercicio... y usted *aún* no lo es —explicó, abriendo luego los ojos al máximo—, no hasta que usted firme el decreto de sucesión. ¿No lo sabía?

John sintió ruborizarse hasta el último pelo de su barba.

No, no lo sabía, pero conocía muy bien a una antipática mujer que seguramente sí.

IX

16 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

—No soy el barón Rothschild —moduló John al llegar junto a su madre, quien estaba a solas en el solárium del segundo piso. Bordaba unas horrendas flores azules en un cojín.

—No, no lo eres —respondió ella como si nada, sin subir la vista.

Él se indignó.

—Así que lo sabías...

—Suelo saberlo todo, John —pronunció, sin intención alguna de ocultar la soberbia, introduciendo la aguja en la tela—. No eres barón *aún*. Deja de dramatizar como una jovencita.

Cerró los ojos. Contó hasta diez.

—Me reuní con William Wheelwright hace unas horas y...

—Eso también lo sé —agregó ella—, porque mientras tú tomabas whisky, yo estaba asegurando tu título.

Ese era el tipo de declaraciones que le ponían los pelos de punta.

—¿Dónde fuiste? ¿Qué hiciste?

—¿Lo ves? *Little drama queen* —volvió a burlarse, para luego por fin soltar el bordado y dirigirle la mirada—. Fui a la oficina del cónsul Walpole para programar la firma de sucesión.

El británico seguía indignado.

—¿Y no me consultaste? ¿Por qué fuiste sin mí? No tienes derecho a...

—Oh, por favor, a quién engañas —se exasperó ella—. Tú odias cualquier trámite protocolar. Y no es que yo pueda *firmar* algo por ti, así que no veo el gran problema. He actuado casi como tu secretaria personal, quizá deberías pensar en otorgarme un salario.

Contar hasta veinte. Hasta treinta.

—¿Cómo llegaste a su oficina? Nicomedes estaba conmigo. Dudo que le hayas pedido al señor Pereyra que te llevase en carreta...

La mueca de asco habría divertido a John si el asunto del que hablaban no fuese tan serio.

—¿Sabes cuál es la hacienda más cercana a esta? Sé que no lo sabes, así que yo te lo diré: Las Tórtolas, de la familia Lynch Zaldívar de Rivera. Estanislao Lynch es un diplomático argentino muy acaudalado y doña Carmen Zaldívar de Rivera, su mujer chilena, ha heredado una decena de propiedades en Valparaíso

y Santiago. Acaban de llegar para pasar una temporada —le explicó, e iba a continuar, pero de pronto se trapicó con sus propias ideas—. ¿Sabías que aquí las mujeres pueden mantener su apellido de soltera aún después de casarse?

—¿Demasiado progresismo para tu gusto? —se mofó John. Entonces hizo un gesto con las manos—. La carreta, madre...

—Ah, sí. Pues doña Carmen nos envió un mensaje con su cochero esta mañana. Nos invita a tomar el té la próxima semana. Ya le respondí que sí, por supuesto, y además vendrá a nuestra tertulia. Aprovechando que su cochero estaba aquí, me tomé la libertad de pedirle que me llevase al puerto y de regreso. Seguro no tenía nada más que hacer durante el día, así que le hice un favor. Debes mantener al servicio ocupado o se convierten en holgazanes.

En la última semana habían recibido por turnos al menos diez aristócratas distintos que buscaban "presentarse ante el barón". John los recibía, por cierto, y les dedicaba media hora para que lo adularan gratuitamente y le compartieran banalidades, hasta que encontraba algún pretexto para irse y dejarlos con su madre. Los recibía siempre en el salón del piano, un sector relativamente pequeño entre el salón principal y el comedor, pues era como un cuarto de paso con sus puertas abiertas a todo momento. Beckett caminaba por fuera cada diez minutos para cerciorarse de que John no necesitase un salvavidas, y así el británico también podía estar atento al movimiento de los criados e idear un excusa que los involucrara para huir si el momento ameritaba. La misma Laura había pasado por ahí varias veces con las niñas, y en todas habría jurado que el barón estaba desesperado por escapar de sus visitas...

—Entonces... el cónsul —retomó John, sentándose frente a ella y con una mano apretándose las sienes—. Supe que lleva mucho tiempo fuera de Chile...

—Desde marzo —especificó ella—. Su secretario me explicó que ha debido atender asuntos de Su Majestad en Callao y Guayaquil, que lo han demorado más de la cuenta. Estará de regreso a fin de mes.

—Mañana mismo escribiré a Londres para que me envíen los documentos de la sucesión a través del Royal Mail. Olvidé por completo esta formalidad. No tuve tiempo de hablar con los abogados, tomamos el primer barco a Chile apenas supimos que...

—Los llevé a la oficina hoy y el secretario revisó página por página. Todo está en orden lícito para que el cónsul añada su firma y el sello del rey apenas retorne —dijo, tranquila, contrastando con el rostro desfigurado de su hijo. Ella entornó los ojos—. Mientras tú llorabas por tu hermano, yo hacía lo necesario para mantener esta baronía andando. Puedes agradecerme luego.

—Te reuniste... con mis abogados... a mis espaldas...

Lady Brigitte bajó los hombros, cansada.

—Entregué los papeles a Beckett y yo misma supervisé que los dejara para ti en el despacho. Puedes revisar cada sílaba cuando quieras —cerró. Sostuvo la mirada de John varios segundos, esperando que él volviese a reclamar, pero ante el silencio, frunció los labios y arregló los pliegues de su falda—. Yo sé que me desprecias, que creciste con las ideas nefastas que tu padre te inculcó sobre mí... pero ahora me necesitas y lo sabes. Me he encargado de aquellas aburridas

diligencias para que tú no tengas que hacerlo. Imagina si hubiésemos llegado a Valparaíso con las manos vacías. ¿Cuánto demoraría el Royal Mail en enviar la carpeta de sucesión? ¿Meses? Dices que te reuniste con el señor Wheelwright... Bueno, podría apostar a que está desesperado por tu firma. Quiero ver cómo le explicarías que debe congelar su gran negocio otros seis meses por tu culpa.

—Él fue quien me alertó que mi firma no le sirve de nada sin la venia del cónsul —mencionó, frustrado—. Parece que conoce las leyes británicas mejor que yo.

—Siempre dije que esa vida rural que tanto te gusta se volcaría en tu contra más temprano que tarde.

John apoyó su espalda en el respaldo de la silla y suspiró. Cada fibra de su ser le pedía que no hiciera lo que estaba a punto de hacer, pero...

—No soy lo suficientemente orgulloso como para eludir decir "gracias" cuando hay que agradecer, así que gracias, madre.

Ella le dedicó una sonrisa altiva, moviendo los hombros con la satisfacción de haberse salido con la suya.

—Me agradecerás mañana también, cuando veas a las tres candidatas que he seleccionado para ti.

Y eso fue todo. Nunca se había visto tregua más breve.

—¿La tertulia es mañana? ¿Tan pronto?

—No quiero escuchar berrinches —exclamó, moviendo sus manos—. Vendrán con sus madres y todas poseen impecables credenciales. La tertulia debe salir perfecta. Es tu primera presentación formal en sociedad.

—Tan pronto... —balbuceó él, queriendo esconderse en su propia chaqueta.

—Esperamos a una docena de familias, las más ricas y conectadas de Valparaíso. Puede que no seas el barón Rothschild en el papel, pero lo serás para estas personas, así que más te vale comportarte como tal.

El crujir de la escalera les avisaba que alguien estaba subiendo al segundo piso. Pronto vieron al fondo del pasillo la silueta de Penny sosteniendo una taza de té. Iba hacia la habitación de Karina.

John le sonrió tibio a la distancia, y ella apenas hizo un movimiento de cabeza. Él temía que ella aún no lo perdonara por lo sucedido con Clove.

Lady Brigitte se levantó. Observó a su hijo de arriba abajo, como buscando algo, y eso lo incomodó.

—Dudo que hayas traído algo elegante en tu equipaje, pero puedes tomar algo del guardarropa de Craig —sugirió. John imaginó cómo se vería con una de las camisas de su hermano. Sería lo mismo usar el toldo de la terraza—. Y supongo que abandonarás ese infantilismo de no rasurarte. Ya es tiempo.

Tomó su bordado y caminó hasta la escalera. John se quedó ahí, con la mirada fija a través de los ventanales, acariciando la barba sobre su labio superior.

No. No era tiempo aún.

* * *

—Schhhh —las hizo callar Laura, divertida, sosteniendo el candil sobre sus cabezas—. No hagan ruido...

—Es que está trabada —alegó Fedora, tratando de abrir la puerta del invernadero.

Llevaban al menos cinco minutos ahí afuera y ya habían empezado a tiritar. La primavera en la costa central de Chile podía ser muy cambiante: días de mucho sol y calor, otros de lluvia... Sobre todo, las noches eran impredecibles. Hasta hacía poco Laura debió dormir con un abanico en la mesita de noche, pero hoy su camisola y bata no parecían ser abrigo suficiente frente a la ventisca...

—Déjame —pidió Alisa, haciendo a su hermana a un lado. Arrugó el rostro al empujar, hasta que la puerta de fierro y vidrio hizo un sonoro *cling* que seguro se habría escuchado hasta el puerto.

Entraron entre pequeñas carcajadas. Cuando Laura estaba por cerrar la puerta tras de sí, sintió un bulto a sus pies.

—¡Cinnamon! —exclamó Alisa, acuclillándose para acariciarle las orejas. La bullmastiff le langüeteó el rostro.

—¿Qué haces aquí, Cinny? —se acercó Laura—. ¿No deberías estar durmiendo en el despacho?

—¿No deberían estar durmiendo todas ustedes?

La ilustradora casi suelta su candil por la sorpresa y el susto. Voltearon inmediatamente al escuchar la voz del barón y se inclinaron. Las niñas seguían riendo.

—Buenas noches, lord Rothschild —lo saludó la británica, aguantando las ganas de reír con sus pupilas.

John vestía camisa de lino, sin chaqueta ni chaquetilla, con las mangas enrolladas hasta el codo. Había restos de un polvillo blanco en su pantalón. Sonriendo también, aunque intentando mantener la severidad, alzaba su propio candil sobre las cabezas de todos.

Clove pasó entre sus piernas para llegar hasta las niñas.

—Vi una luz aquí afuera y vine inmediatamente. El señor Pereyra ya me había advertido que hay bandas de cuatreros robando caballos...

—No quisimos asustarte, *uncle* John —habló Fedora. Él disfrutaba escuchar sus vocecitas diciendo "uncle John", pero suponía que le llamaban así pues lady Brigitte les había prohibido la denominación "tío" por considerarla una traducción vulgar. De hecho, ellas no podían llamarla "abuela" ni nada cariñoso que se le pareciese.

—Entonces... ¿Quién de ustedes va a explicarme qué las convoca a estas horas de la noche?

Laura se aclaró la garganta y con su mano izquierda cerró más su bata.

—Asuntos meramente académicos.

Él levantó una ceja.

—¿Cómo así?

Ella sonrió, misteriosa. Puso su candil a la altura de su rostro.

—Sígame.

El invernadero de Bluebells no era muy espacioso, pero sí muy acogedor.

Estaba hecho enteramente de fierro y vidrio, como el techo del solárium en el segundo piso, con mesones alargados apoyados en las paredes donde podían verse maceteros y plantas de todos los colores y tamaños. En el suelo había rastrillos, palas y regadoras de aluminio, y al fondo, tapando casi completamente el ventanal, colgaba una gran enredadera. Bajo ella había un *chaise à la reine* de tapiz floreado y un pequeño baúl de madera, mobiliario inesperado en un lugar así y que llamó de inmediato la atención de Laura la primera vez que entró ahí, a unos días de instalarse en la hacienda. Poco después sabría que era uno de los rincones favoritos del fallecido lord Craig, donde escapaba del mundo para pensar y leer. En la caja junto a la silla generalmente había libros y golosinas.

—Los primeros invernaderos se construyeron en Italia en el siglo XIII para poder conservar las plantas exóticas que los viajeros traían de los trópicos —empezó a decir Laura a las niñas, en un tono evidentemente pedagógico pero entusiasta. John las seguía de cerca—. Los primeros intentos no fueron muy buenos, costaba mucho trabajo regular en ellos la temperatura interior durante el invierno y los ejemplares se secaban o marchitaban... En Francia les llaman *orangeries*, porque se habían ideado especialmente para proteger a los naranjos de las heladas —explicó—. Hoy los mejores invernaderos los construyen y mantienen las universidades, pues tienen a científicos dedicados a ellos todo el tiempo.

Llegaron hasta el fondo y Laura subió su candil lo más posible. La luz tenue producía enormes sombras entre las hojas y los hocicos de Clove y Cinnamon parecían fauces de dragones.

—¿Esa es? —apuntó Alisa, ilusionada.

—Esa es —sonrió Laura.

John no quería quedar fuera.

—¿Esa es qué?

—*Ipomoea alba* —pronunció la institutriz—. Flor de luna.

Desde su arribo, ella había considerado al invernadero como un pertinente lugar de excursión y de suerte encontró algunas especies muy interesantes para ilustrar, como la hermosísima trepadora *Scyphanthus elegans,* que en 1828 el botánico Robert Sweet ya había indicado como endémica chilena. Sin embargo, la más vistosa de todas era un ejemplar muy frondoso de *Ipomoea alba*, el que Laura jamás había tenido el placer de ver de cerca y que no habría esperado encontrar en el jardín privado de una familia británica.

—Es un tipo de flor que abre únicamente de noche —le explicó Fedora al barón, tal como Laura les había dicho, y este hizo un gesto de grata sorpresa. Viéndola más de cerca, la frondosa enredadera tenía hojas de verde brillante en forma de corazón y flores blancas acampanadas.

—Nunca había visto algo parecido —murmuró, acercando el candil a una de las flores, pero al contacto con la luz los pétalos se retrajeron.

Las niñas rieron.

—Son fotosensibles. Es una flor de luna por algo —rio la británica, y John agradeció la penumbra para que no pudiesen ver su rubor—. Hay algunas flores que son polinizadas por polillas, no por abejas. De ahí su comportamiento

nocturno... y vamos a ilustrarla —anunció, sin ocultar su felicidad.

El noble miró hacia todos lados.

—Pero no veo papeles o lápices o pinceles...

—Hoy no los necesitamos —dijo tomando a las niñas de los hombros para que se acercaran lo más posible a la planta, mientras ella se quedaba unos pasos atrás con la vela encendida—, pues practicaremos algo llamado *ilustración diferida*.

—Diferida... —repitió Alisa.

—Significa *posterior*, *después de* —explicó, dulce—. Se trata de observar un objeto por un buen rato, tratar de memorizarlo lo mejor posible, para dibujarlo horas o días después a partir de la imagen que hemos retenido en la mente.

—Parece muy difícil —se quejó Fedora.

—Parece, pero no lo es tanto —la animó Laura—. Es algo que los ilustradores botánicos practicamos mucho, pues a veces los naturalistas que piden nuestros servicios no tienen una muestra de la planta, sino únicamente la descripción en sus cabezas. Tenemos que ilustrar a partir de lo que nos dicen, no de lo que vemos.

—¿No es algo frustrante? —comentó John, sincero. Ella se encogió de hombros.

—A veces el señor Darwin recorre tierra firme por semanas y al regresar nos convoca para dibujar, pero algunas muestras llegan muy deterioradas o se pierden. Ilustrar sin ver no es lo ideal, aunque hay momentos en que es la única manera.

—Nosotras sí estamos viendo la flor ahora... —apuntó Alisa.

—Sí, porque esta es la forma más fácil de practicar. En lugar de que yo les describa la flor, ustedes la observarán por un buen rato, mañana dibujaran lo que sea que recuerden y veremos qué tan bien pueden hacerlo sin la flor en frente —las desafió.

—Entonces, ¿en qué nos fijamos? —preguntó el noble, examinando la planta. Laura arrugó el entrecejo.

—¿Quiere practicar también?

—Ya que estoy aquí...

Ella asintió, divertida. Juntó sus palmas varias veces.

—Muy bien. Haremos lo siguiente: observen detalladamente las flores, los capullos, los tallos, las hojas... por treinta segundos. Luego seguirán mis instrucciones.

John se irguió entre las niñas como un alumno más. Observaron en silencio y luego Laura les pidió que cerraran los ojos.

—¿Aún está aquí, señorita Villa-Smith? —preguntó Fedora, un poco asustada. La joven le tocó el hombro.

—Aquí estoy, no me iré a ningún lado —le prometió. Luego subió la voz para hablarles a todos—. Ahora que han cerrado los ojos, traten de ver la enredadera con nitidez en sus mentes, como si estuviese bajo la luz del sol —les pidió—. ¿La ven? ¿Ven las flores? ¿Las hojas?

—Sí —dijeron al unísono.

—Ahora imaginen un papel en blanco y un lápiz... Traten de dibujar la flor en el papel... —hizo una pausa—. ¿Pueden ver su propia mano sosteniendo el lápiz?

—La última vez que dibujé algo fue hace veinte años —alegó John con los párpados apretados, y Laura no pudo evitar sonreír.

—No se valen las excusas —dijo Alisa, y ahora todos rieron.

Laura se sentía feliz y satisfecha.

—Ahora abran los ojos.

Las niñas parpadearon, voltearon hacia su institutriz y sus rostros habían cambiado.

—Esto ya me dio sueño —reclamó Fedora. Su hermana asintió con la misma vehemencia.

—Entonces es momento de irse a la cama —decidió el barón.

Laura coincidió.

—Mañana veremos qué tal nos resultó este experimento. Descansen.

—Cinny, Clove... escóltenlas hasta su habitación y luego regresen.

Clove bufó levemente en señal de entendimiento.

—Buenas noches, *uncle* John —se despidieron, haciendo una reverencia—. Buenas noches, señorita Villa-Smith.

Todos salieron del invernadero y John cerró la puerta de fierro con suavidad para no despertar al resto de la casa. Su candil se apagó con el movimiento, así que la ilustradora acercó el suyo para encenderlo otra vez.

—Discúlpeme otra vez por preocuparlo —dijo ella, con la luz de la llama cerca de su rostro—. Me iré a la cama también, a menos que necesite ayuda con ese saco de harina.

Lord Rothschild dejó de parpadear. Ella hizo un gesto inocente y, moviendo su vela, iluminó la pared externa de la casona, que conectaba dos caminos: hacia la izquierda, se llegaba a la terraza del salón principal —cuyos ventanales estaban abiertos, pues por ahí habían entrado las niñas— y hacia la derecha, un camino de piedras unía el invernadero con el patio de servicio. Un enorme saco de harina esperaba ahí, pero una pequeña rotura había dejado un rastro inequívoco hasta los zapatos y el pantalón de John.

—Al menos ya sé que sería un muy torpe criminal —se rio él, nervioso, sacudiendo el polvo blanco de su pierna.

—¿No es muy tarde para mover cosas desde la bodega? ¿Está preocupado por la tertulia de mañana?

El británico la miró un segundo, abrió la boca, pero dudó. Volvió a mirar hacia el saco, hacia ella... y dudó de nuevo. Aunque, y si...

—Usted estuvo hablando de *pasión*... —le recordó, y ella no entendió por qué esa palabra en los labios de su empleador le apretaba el estómago.

—Hablé, sí —dijo en voz baja, contagiada de nerviosismo.

Él movió los pies, inseguro, mirando hacia el saco y la casa y sus botas, hasta que, arrugando la nariz e intuyendo una catástrofe, susurró un “Sígame”.

Pidió a Laura que llevara ambos candiles, mientras él tomaba el saco de harina y lo ponía sobre su hombro. Caminó por el sendero estrecho hacia el

patio de servicio y lo cruzó hasta el sector del fondo.

Hasta la cocina.

Lo último que la joven ilustradora hubiese esperado era ver luz tras el ventanal cuadriculado. Luz y ruidos sutiles...

No había forma de que la señora Carrasco estuviese preparando algo a esas horas de la noche. Laura se asustó, tal como John lo había hecho al vislumbrar de lejos la luz en el invernadero, y también, tal como él, se sorprendería por su conclusión equivocada.

Al entrar, lo primero que notó fue que el gran fogón cuadrangular de hierro tenía su puertecilla inferior abierta, con un gran cúmulo de brasas encendidas crepitando. Había dos ollas con algún líquido hirviendo sobre las planchas de cobre. Sobre el mesón central de madera, varias cuencas, frascos y botellas con diversos contenidos, más un paño de algodón estirado con un bulto blanquecino encima. En el aire flotaba un aroma dulzón.

Al dejar el saco en el suelo, John indicó a Laura una silla alta de madera al otro lado del mesón.

—Siéntese.

Ella sopló sobre los candiles y los dejó en una esquina. Luego siguió la instrucción. Dos lámparas de aceite colgaban en lo alto del ventanal y daban una luz amarilla muy acogedora al lugar.

Él se acercó al fogón y miró dentro de las cacerolas. Con una cuchara probó el contenido de una, con los dedos comprobó la temperatura en los costados de la otra. Luego volvió donde estaba el saco, rasgó la tela y recogió un puñado. Se lo acercó al rostro y con el dedo pulgar comprobó la humedad de la harina. Parecía conforme, así que la espolvoreó sobre el bulto blanquecino que esperaba en el paño de tela. Luego, y con el dedo índice, tocó la masa buscando consistencia. Parecía satisfecho otra vez.

—Usted cocina —lanzó Laura de pronto.

Estaba en *shock*. Desde su sitio, él asintió con los labios pegados, como si estuviese admitiendo un pecado capital.

—Usted... *cocina* —repitió ella, arrugando la frente, comprendiendo recién lo que eso significaba realmente.

Él bajó la mirada, y unos segundos después, avergonzado, sacudió con fuerza los restos de harina en sus manos.

—Lamento haberla traído hasta aquí. Fue un error. Puede retirarse si...

—No, no me está entendiendo —lo interrumpió Laura, observando todo a su alrededor con los ojos abiertos al máximo—: usted... *cocina* —enfatizó, creando la misma sonrisa que el día en que recibió su primer libro de botánica—. ¡Fascinante!

John recuperó los colores del rostro en un segundo.

—No sé si es *fascinante*, pero con que no haya querido huir ya lo considero un triunfo.

Ella lo miró con emoción.

—¿Y qué opina la señora Carrasco?

—Que si llego a quebrar sus cacerolas de porcelana, me asesinará.

Rieron bajito.

—¿Y lady Karina? ¿Las niñas?

Él se enserió de pronto.

—No lo saben. Tampoco mi madre.

Laura iba a protestar, pero se contuvo. Comprendía que el hecho de que un caballero como él se involucrase en tareas comúnmente domésticas podía ser un escándalo en los círculos más conservadores, pero había tantas reglas sociales que le parecían francamente absurdas... Si bien se recordó que las decisiones ajenas no son de su incumbencia.

—Así que sí tenía una *pasión*, después de todo.

—La cocina y los libros —admitió—, una más pública que la otra. Me temo que no todas las pasiones pueden mostrarse con la vehemencia que usted comparte la suya.

Ella lo tomó como un cumplido.

—Aun así, es gratificante conocer una segunda particularidad a su haber.

—¿Segunda? —preguntó John, al tiempo que asía dos pequeños cuencos a la distancia de su brazo—. ¿Cuál fue la primera?

—Que usted no bebe alcohol, por supuesto.

Él detuvo sus movimientos por la sorpresa, derramando algo de mantequilla sobre la mesa. Ella saltó.

—Discúlpeme, fue una impertinencia.

—No, no —murmuró John, desviando la mirada, mientras retrocedía en busca de un paño de tela para limpiar—. Es observadora, y ya entendí que es una habilidad muy necesaria para realizar su trabajo. No la voy a condenar por eso.

La primera vez que el asunto llamó su atención, Laura creyó haberse confundido. La segunda creyó que era una situación circunstancial, pero a la tercera vez ya se atrevió a concluir que había descubierto un patrón: tan pronto recibía alguna visita, lord Rothschild pedía a su *valet* un vaso de brandy o whisky —un dedo bajo el medio del vaso, como se acostumbraba—, servido a vista y paciencia de sus acompañantes de turno, y desde ese momento lo sostenía en cada gesticulación. Incluso de tanto en tanto lo llevaba a sus labios, pero justo antes de beber aparecía el impulso de seguir hablando. Cualquier interlocutor distraído podría prometer, horas después de haber abandonado la hacienda, que el barón había bebido durante toda la conversación. Lo cierto es que, luego de un tiempo prudente, el vaso y su contenido intacto terminaba discretamente en una bandeja hacia la cocina, reemplazado por un vaso de limonada o una taza de té, dependiendo del momento, la cual el británico sí bebía efusiva y reiteradamente...

—Debería reservar mis habilidades para mi *trabajo*, claro está.

—No sé qué hombre o mujer podría vanagloriarse de tal capacidad de control —respondió él mientras limpiaba, en un intento vago por confortarla. Como intuyó que no lo lograría de ese modo, prosiguió con otro—. Agradecería que no comparta mis... particularidades con nadie.

—Tiene mi palabra —le aseguró ella, mirándose las rodillas.

Inevitablemente se formó una leve tensión en el ambiente. Cuando eso sucedía, John había aprendido a sortear la incomodidad moviéndose y hablando, así que reacomodó sus mangas sobre los codos y empezó a amasar.

—Mi padre era un hombre generoso y leal, pero muy atormentado. Fue un intenso bebedor. Esa fue la causa de su muerte prematura. Craig y yo éramos niños cuando sucedió, aún más pequeños que mis sobrinas. En su funeral prometí que jamás probaría una gota de licor en mi vida.

Aun tras esa barba y cejas gruesas, Laura pudo imaginarlo de niño, triste pero convencido.

—Ese es un argumento más que suficiente para respaldar su decisión. ¿Por qué ocultarla?

—La etiqueta de la aristocracia no contempla excepciones a ciertos ritos, como bien debe saber... Ni siquiera por razones delicadas. Así que, sin renunciar a mi palabra, me adapté para sobrevivir.

Ella recuperó la sonrisa.

—Como todas las especies —cerró ella. John no entendió—. "No sobrevive la especie más fuerte sino la que se adapta más rápido a los cambios en su ambiente". Es una teoría del señor Darwin, pero todavía es muy prematura y genera mucha resistencia en otros científicos, incluso dentro del mismo *Beagle*. Parte del viaje es justamente para recabar información y ejemplares vegetales o animales que sirvan de evidencia.

—¿Y usted lo cree? —preguntó él, sin despegar las manos de la masa—. Que hay que adaptarse para sobrevivir, me refiero...

—Es una postura interesante, pues implica que no hay una sola forma de lograr un objetivo preciado. La adaptabilidad demuestra creatividad, y la creatividad demuestra inteligencia —opinó, levantando las cejas.

Le gustó esa última frase. Estaba de acuerdo.

—No soporto el cotilleo, las habladurías... Vivir tranquilo es mi *objetivo preciado,* por eso suelo no dar razones para ser el centro de la atención, aunque eso signifique pasearme con un vaso que jamás beberé —afirmó—. También por eso resido en el campo. Si hay menos personas a tu alrededor, menos odiosos querrán entrometerse en tus asuntos.

—Pero eso también implica menos amigos con quienes compartir las alegrías, ¿no?

John desvió la mirada al seguir amasando con los nudillos. Laura tuvo la sensación de haber aportado con perspectiva, y se sentía bien, pero darle algo nuevo qué pensar también lo ponía en aprietos.

Necesitaba cambiar rápidamente de tema.

—Entonces... ¿qué está cocinando? —preguntó, estirando el cuello hacia las ollas.

—Quiero probar algunos platillos con una baya chilena muy sabrosa —respondió, enérgico, agradecido por poder hablar de otra cosa que no fuese su padre, sus engaños deliberados o su falta de amistades—. Mire.

Se sacudió las manos y tomó algo de uno de los pocillos aledaños. Luego lo mostró a Laura, extendiendo sus palmas. Eran pequeños frutos rojo-violáceos.

—Hay muchos tipos de bayas aquí y suelen ser muy parecidas: calafate, murtilla..., pero diría que este es un *Cornus chilensis* —se aventuró. Lo miró con apremio—. O maqui, como le llaman las tribus del sur. ¿Estoy en lo cierto?

—Maqui, sí —confirmó él, sonriendo—. ¿Ha podido ilustrarlo durante su estadía en Chile?

Ella asintió con un gesto de satisfacción.

—Hace unos meses, cuando nos detuvimos en Tierra del Fuego. El señor Darwin quiso enviarlo inmediatamente a Cambridge, pues en el estudio del fruto no ha variado su taxonomía desde su publicación en los ensayos del abate Juan Ignacio Molina en 1782 y... —se detuvo, cerrando los ojos con molestia, como cada vez que notaba que estaba hablando de más—. Por favor, pídame que guarde silencio cuando empiece a aburrirlo con cuestiones técnicas.

John más bien parecía admirado.

—Disfruto mucho escuchar sobre cuestiones en las que no me había detenido a pensar jamás —confesó—, así que puede seguir aburriéndome hasta nuevo aviso.

Laura se ruborizó, pero él no lo notó.

—¿Y qué le gusta del maqui?

—Es astringente pero dulce, más que los arándanos. Lo probé por primera vez en un muelle de Portugal, pero apenas unos granos. Era una excentricidad. Cuando supe que crecía en Chile decidí que sería lo primero a experimentar cuando llegara.

—Suena bien —admitió la joven—. Tendré que probarla.

Él se sorprendió.

—¿Aún no lo ha hecho?

—Los ilustradores no solemos comernos nuestros objetos de trabajo —se defendió Laura, medio en broma medio en serio.

Como él seguía con sus manos extendidas, le indicó con el mentón que tomase algunas bayas. Ella lo hizo, aunque reticente. Primero las acercó a su nariz y un segundo después se las metió a la boca. John la miraba con expectación.

—¿Y?

—Dulce —concluyó la británica, aún saboreando—, pero con una leve acidez. Me gusta. Su consistencia es más pastosa que acuosa...

—Ajá —dijo el noble, aguantando una carcajada. Ella se preocupó.

—¿Qué?

—Bueno, estoy de acuerdo con usted en todo, pero sabrá que un problema de las bayas es que entintan lo que sea que toquen...

Laura hizo un gesto de pánico. Saltó de la silla para mirarse en la repisa espejada de las copas y entonces exclamó un "¡Oh!". No solo tenía rastros violáceos en la parte interna de sus labios, sino también en la lengua. No le gustó nada, pero al ver que a John le hacía genuina gracia, no pudo más que reír con él.

—Alisa y Fedora me llenarán de preguntas mañana... A menos que, junto con las bayas, también me ofrezca bicarbonato.

Él apuntó a su derecha.

—Hay, en la alacena. Unas gárgaras y estará como nueva. Y no se preocupe, pues planeo dejar zumo de maqui listo para mañana. Quiero que la señora Carrasco se lo dé a las niñas para el desayuno. Estarán felices corriendo con sus lenguas moradas por la casa.

Laura no estaba segura de si se reía de sí misma por diversión o resignación.

—¿Sabía que en la Grecia antes de Cristo usaban orina para limpiarse los dientes? —comentó, y luego de los dos segundos de silencio como respuesta, añadió—: ¿Cómo va ese aburrimiento?

—Leve —rio—. Puede continuar.

—Para el fin de semana ya va a estar arrepentido.

John no recordaba haberse sentido así de animado hacía mucho tiempo... al menos no desde la noticia de la muerte de Craig.

Volvió a tapar su masa con un paño de tela y miró a su acompañante con sigilo.

—Con el asunto del whisky he logrado engañar a los nobles más fisgones de la provincia por años, pero ya que usted ha descubierto mi ardid, podría decirse que estoy a su merced —bromeó—. Así que, ¿qué va a pedirme por su silencio?

Al volver de la alacena con el frasco de bicarbonato, Laura se sentó en su silla y esperó. Luego hizo una mueca divertida.

—¿De verdad puedo pedirle algo?

—Claro, a menos que sean treinta libras adicionales.

Ella ladeó la cabeza.

—Le pediría una osadía. Un reto.

—¿Cómo así?

En medio segundo, apostó contra sí misma sobre si lo que diría a continuación le costaría el puesto o no.

—¿Se atrevería a cocinar para la tertulia de mañana?

Cualquiera que hubiese visto el rostro de John habría jurado que el británico se había cruzado de pronto con un fantasma. Palideció.

—Es imposible, me temo.

—No me refiero a todo el banquete, por supuesto... Podría ser tan solo un plato...

—Valoro su entusiasmo, pero...

—... o quizá un bocadillo de entrada, o...

—Mi respuesta es no, señorita Villa-Smith.

Se miraron. Había una pizca árida en la voz del barón que Laura, hasta ahora, no conocía.

La joven agachó la cabeza.

—Entiendo. Discúlpeme.

—Simplemente no es posible —continuó él, intentando sacudirse la molestia de encima—. Mañana habrá una docena de miradas sobre mi cabeza. Espero que haya entendido que, por tranquilidad, hay reglas que no me apetece romper.

La ilustradora bajó los hombros, suspirando. Estrechó aún más la bata sobre su camisola.

—Usted es hombre. Tiene un título, tiene fortuna. Espero que llegue el día en que entienda que usted hace las reglas —acentuó, aunque afable—. Todos los demás las seguimos.

John Rothschild también suspiró. No quería discutir.

—Hasta que ese día llegue —recogió él, empeñado en regresar a su estado de ánimo anterior—, le propongo un cambio de desafío.

Ella no insistió. Era obstinada pero no necia.

—¿Por cuál?

El barón rodeó el mesón hasta una repisa donde había una pequeña bandeja tapada con tela. La tomó con delicadeza, la depositó frente a Laura y quitó el paño, dejando a la vista una serie de pequeñas hogazas horneadas con manchas violáceas que a la ilustradora le parecieron muy familiares...

John dejó una sobre su palma extendida y se la ofreció.

—Pruebe mi pan de maqui.

La decepción en el rostro de Laura, en lugar de enfadarlo, lo hizo volver a reír.

—¿Cómo podría ser *esto* un desafío? ¿Acaso pretende envenenarme?

—No desestime tan rápido mi propuesta —pidió—. ¿Sabe cuántas personas han probado esta preparación de mi autoría? —ella negó con la cabeza, él subió las cejas—. Ninguna. Tendrá el privilegio de ser la primera, así como la responsabilidad del primer escrutinio. Puede ser tan quisquillosa y despiadada como lo estime. ¿Le parece un reto atractivo?

Ella, por supuesto ni una pizca convencida, tomó la hogaza con los dedos, rozando entonces la mano de John.

No subió la mirada.

—El jurado se retira para deliberar en un sector más privado y con acceso a una almohada —anunció ella, y él, en un gesto cordial aunque tenso, asintió.

Lord Rothschild sacó una varilla de paja de la canasta de leña, la encendió en las brasas del fogón y la acercó a la vela de Laura para encenderla. Antes de que ella abandonara la cocina y subiera la escalera de criados, compartieron una mirada expectante, aunque fugaz. Para ser un hombre tan reacio a transgredir las reglas sociales, no parecía perturbarle el sencillo pero revolucionario acto de encender, *motu proprio* y sin presiones, el candil de una mujer en su personal de servicio....

Al llegar a su habitación, Laura dejó el bicarbonato bajo la cama y guardó el trozo de pan en el cajón de su mesita, como si fuese un objeto prohibido. Se metió rápidamente entre las sábanas y, estirando su cuello, juntó los labios para soplar y apagar la vela...

Pero no lo hizo.

Volvió a levantarse. Tomó su portafolio y su estuche, los que siempre dejaba sobre la silla a un lado de la puerta, y, sacando el panecillo de su escondite, se sentó a los pies de su cama. Le dio un pequeño mordisco y luego otro, y al tercero ya se había acabado. Con migajas en la camisola, dejó que su mano vagase aferrada al trozo de carboncillo, y así aparecieron arbustos, hojas y pequeños frutos redondeados. Nunca antes le había parecido tan atractivo cada

ángulo de una *Cornus chilensis*.

X

17 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Los preparativos para la tertulia comenzaron muy temprano, pero no fue el movimiento de jarrones o alfombras lo que despertó a lord Rothschild al alba, sino los chillidos de su madre.

Lady Brigitte había tomado el mando de todas las decisiones sobre la velada, tal como el mismo John le había pedido, pero eso implicaba sobrevivir a una dictadura de veinticuatro horas donde los más afectados eran, por cierto, los criados. Sus caras compungidas y movimientos nerviosos lo decían todo. Para sacudir los tapices y cojines había siete lacayos voluntarios, pero para acarrear la vajilla hacían sorteos internos para designar a los desafortunados. Trizar o quebrar accidentalmente alguna pieza sería sufrir el infierno acorde. Ella les recordaba insistentemente que ninguna ventana estaba lo suficientemente limpia, ninguna flor lo suficientemente fresca, ningún espejo lo suficientemente brillante...

—Esta será una reunión pordiosera en comparación a mis bailes en Londres —se quejó la aristócrata, pasando un dedo por las molduras en las paredes del salón principal. John y Karina, sentados en la terraza, tenían rostros cansados aun antes de que el jaleo comenzara de verdad.

—Será una reunión elegante pero muy acotada, como solemos tenerlas por aquí —habló la baronesa a corta distancia, quien había decidido quedarse bajo el sol del jardín durante la mañana. Cinnamon dormitaba a sus pies—. Estoy segura de que ninguno de nuestros invitados tiene en sus expectativas una grandiosidad europea, lady Brigitte.

—Me tiene sin cuidado lo que ellos esperen, lo importante es lo que nuestra familia proyecte —bufó, caminando hacia ella—. Ninguno de ellos puede abandonar la hacienda creyendo que los Rothschild no somos *grandiosamente europeos*.

A unos cinco o siete metros, en el jardín junto a la fuente, Alisa y Fedora dibujaban concentradas frente a sus caballetes. Laura estaba a sus espaldas supervisando el proceso. Deberían haber comenzado la lección más temprano, pero para el desayuno Virginia les había ofrecido zumo de maqui: eso significó que, media hora después, estaban corriendo por la casa preguntando a los criados cuál de las dos tenía la lengua más violeta, con su institutriz corriendo

tras ellas.

—Madre, ven a ver mi flor de luna —pidió Alisa, alzando su pincel.

Karina le dirigió la mirada desde su silla, con una mano sobre su vientre y la otra sosteniendo su taza de té herbal.

—Muéstramela desde ahí, cariño —le pidió, con la clara intención de no moverse demasiado. La niña sacó el lienzo del caballete y lo giró en el aire. Podía verse una flor blanca desproporcionadamente grande en comparación a las hojas sueltas y desprolijas a su alrededor. Su madre sonrió—. ¡Es bellísima!

—La señorita Villa-Smith me enseñó a dar luz a las hojas, como lo hacen los ilustradores profesionales...

—Es muy amable de su parte —dijo la baronesa, sonriendo ahora hacia la joven británica. Laura le devolvió un gesto de afecto.

—No hemos visto tu flor, *uncle* —mencionó Fedora, subiendo la voz.

Al saberse interpelado, John enderezó la espalda. Todas las mujeres presentes le dedicaron la mirada y eso lo complicó.

—Cualquiera de tus dibujos será mejor que el mío, Fedora...

Lady Karina curvó una ceja.

—¿Dibujas? —le preguntó, al tiempo que él agitaba la cabeza para negar y que Laura bajaba la suya para esconder una sonrisa cómplice. La embarazada turnó su mirada hacia ambos, pensativa.

—Reunión pordiosera ¡e insípida! —exclamó lady Brigitte, quien había estado entrando y saliendo del salón principal cada un minuto—. Si no hay vals ni cuadrillas, ¿cómo se mantiene ocupados a los invitados en una tertulia?

—Creí escuchar a los criados que tenías resuelto el asunto musical, madre —inquirió John.

—Sí, sí... La hija mayor de William Gibbs traerá su arpa —comunicó ella, fulminando con la mirada al barón. Él recordó la mención del magnate sobre el "labrado talento" de su prole—, pero eso no alcanza a ser idóneo...

—Tenemos un piano que nadie usa —comentó Karina—. Fue un regalo de George Edwards Brown para un cumpleaños de Craig, pero creemos que se confundió. Craig jamás tuvo instrucción en ningún instrumento...

—Y cantaba fatal —le susurró John, sonriendo a medias.

—¿Alguno de mis invitados sabrá tocar? ¿El cónsul Flindt, el señor Webster? Oh, quizá la condesa Ernst Leitner —pensó lady Brigitte, ilusionada, con una mano en el pecho—. Pero no lo sabemos y no podemos depender del azar y la providencia...

La baronesa Rothschild miró a sus hijas, farfullando instrucciones de dibujo una a la otra entre risas, mientras su institutriz intentaba ordenar la escena para que terminaran sus trabajos.

—En una tertulia, a los invitados se les mantiene ocupados con conversación —explicó Karina, retomando las palabras de su suegra, para luego subir la voz y llamar a la distancia—. Señorita Villa-Smith, ¿podría acercarse?

Laura asintió, dijo a las niñas que no tardaría y entonces caminó los pocos metros hasta la terraza. Se irguió con las manos tomadas tras la espalda, a unos pasos de John.

—¿Está todo bien, milady?

Lady Karina la miró a los ojos.

—Debería acompañarnos hoy —la invitó.

—Acompañarlos a...

—La tertulia —especificó Karina, contenta—. Me encantaría verla ahí.

Tanto Laura como lady Brigitte negaron al mismo tiempo y con la misma intensidad.

—Oh, me honra su propuesta, pero no creo que...

—¿El embarazo está nublando tus ideas, querida? —soltó la aristócrata, agria—. Nuestros invitados están a otra altura que...

—Usted misma acaba de decir que teme que ofrezcamos una velada insípida —le enrostró, aunque en un tono suave, siempre servil—. Bueno, es necesario que aseguremos que al menos la conversación nunca decaiga. La señorita Villa-Smith es científica y posee una vida más interesante que la de cualquiera de nosotros... Estoy segura de que será una espléndida adición al salón.

John lo pensó un momento y pareció repentinamente animado.

—Es una interesante idea —secundó—. Seguro nuestros invitados ya se han enterado de que el HMS *Beagle* está en Valparaíso y querrán saber detalles. No todos los días una expedición mandatada por Su Majestad recala en este puerto.

Lady Blais-Rothschild tenía el rostro desencajado.

—¿Se han vuelto locos? Servidumbre en una tertulia de alta alcurnia. ¡Deschavetados!

—La señorita Villa-Smith no es exactamente servidumbre... —corrigió Karina, ahora un poco más seria.

—Y aunque agradezco tu irremplazable gestión en la lista de invitados, madre —siguió el británico, imitando la seriedad de su cuñada—, en Bluebells la última palabra de cada decisión la tengo yo. Así que, si la señorita Villa-Smith accede, doy mi venia para que sea bienvenida en el salón.

Ese intempestivo debate y defensa no hizo sentir a Laura honrada, sino más bien profundamente inadecuada. Sin embargo, veía en la mirada de la baronesa un interés y aprecio genuino por su persona, tanto como el que la joven británica sentía por la noble rusa. Además, en ambas confluía un desprecio similar de parte de lady Brigitte, lo que las unía aún más. Si aceptase presentarse en la tertulia, lo haría solo por ella...

Lady Brigitte apuntó a John con su dedo índice.

—La última palabra es suya, barón —aceptó con sorna—, también la responsabilidad de si algo sale estrepitosamente mal. Recuérdelo hoy.

Y les dio la espalda para entrar al salón, perdiéndose dentro de la casa. Fue entonces cuando Karina bajó la cabeza y apretó los labios. De repente sintió una extraña falta de aire en sus pulmones. Eran náuseas.

John lo notó y tomó la manga englobada de su vestido.

—¿Te sientes bien?

—Solo un poco mareada —balbuceó. Entregó su taza de té a un lacayo y este hizo señas a otro más cerca del vestíbulo—. Creo que es mejor que me recueste un momento. ¿Alguien podría llamar a Virginia para que me ayude a subir?

—¡Aquí estoy, milady! —exclamó su doncella de pronto desde dentro de la casa. Cruzó el salón y llegó hasta la terraza en un santiamén. El sistema de boca a boca entre criados para momentos urgentes funcionaba de maravillas.

Karina se levantó lentamente con John por un lado y su doncella por el otro. También llegaron las niñas. Mientras Cinnamon, que no se había despegado de su falda, lucía inquieta.

Sonrió hacia Laura. A pesar de todo seguía de buen ánimo.

—De verdad espero que acepte.

—Por favor, descanse, no se preocupe por nada...

Lord Rothschild se irguió a un lado de la ilustradora, ambos con el cuerpo en dirección al salón y la vista en frente, viendo a lady Karina alejarse flanqueada por sus hijas. Desde ahí podían observar a la señora Fontanarrosa al fondo de la casa, en el vestíbulo, esperando por si la baronesa necesitaba ayuda extra. Ese vientre de siete meses parecía uno de nueve.

Sin moverse, Laura le habló en volumen bajo.

—¿Su brillante idea para que todas las miradas de la noche no se posen en usted... es que, en cambio, se posen en *mí*?

Él sonrió mostrando todos los dientes. Laura lo notó por el rabillo del ojo y resopló.

—Sabré valorar su sacrificio, créame.

—¿Lo valorará... aceptando mi reto?

John aguantó la respiración.

—Quizá —tentó, mirándose ahora los zapatos—. Mi pan de maqui estaba...

Laura debía completar la oración.

—Esponjoso —respondió rápido—. Dulce. Y mezquino —concluyó con una mueca.

Se alegró, satisfecho.

—Los que se ofrezcan hoy deben ser más generosos. *Noted*.

Esta vez Laura sí volteó hacia él, aunque solo el rostro y no su cuerpo, más que nada por la sorpresa. John, sin mirarla, seguía sonriendo.

—Estaré encantada de aceptar su invitación, baronesa —dijo ella en voz alta. La joven viuda, quien ya casi llegaba al final del salón, volteó apenas e hizo un gesto amable.

—Maravilloso. La veré ahí, entonces.

La joven británica suspiró. Esperaba no arrepentirse...

—¡Clove! ¡No, CLOVE!

El grito de Penny venía desde el fondo del jardín, cerca del patio de servicio. John reaccionó de inmediato.

En pocos segundos, Beckett, el señor Bahamondes y Etelvina habían aparecido desde distintas esquinas para ayudar. Mientras el *valet* y la criada venían desde la cocina, Eugenio Bahamondes llegó corriendo desde el sector de las caballerizas, justo a un lado de la bodega, donde encontró las puertas abiertas. Todos confluyeron en el patio para ser testigos de la escena.

De un mordisco, Clove había tironeado y rajado el delantal de Penny, haciéndola caer de bruces al césped. Ella llevaba un canasto y, al parecer, eso es

lo que el bullmastiff buscaba, pues John arribó en el momento justo para verlo: tan pronto logró asirse de él, el perro escapó. El británico protegió sus ojos del sol y lo vio alejarse unos treinta o cincuenta metros, hasta donde comenzaba la plantación de árboles frutales. Entonces Clove lanzó el canasto al estero. Cuando vio que el objeto y su contenido quedó bajo el agua, regresó hasta su dueño.

John no entendía nada.

—*What is wrong with you?!* —exclamó, furioso, mientras Clove no hizo más que echarse frente a él y bajar la cabeza.

Se acuclilló junto al perro y este hizo un gesto con su hocico pidiendo ser acariciado, como el cachorro bienintencionado que siempre había sido. Para peor, Cinnamon se acercó a Clove y le lamió las orejas, una muestra usual de cariño entre ellos. Lord Rothschild no sabía qué pensar o qué excusa darle a la pobre de Penny, que a estas alturas lo debía estar odiando.

—¿Qué llevabas en la cesta? —le preguntó Beckett, mientras Etelvina y Laura la calmaban—. ¿Carne seca? ¿Boquerones?

Penny, aún sentada en el pasto y llorando desconsolada por el susto, negaba con fuerza.

—Fui a buscar... curry para la señora Carrasco... y... cebollas... y más té herbal... y nueces...

Beckett subió la mirada hacia John, afligido. Él tampoco entendía nada.

—Siempre lo dije. ¡Bestias! ¡Nada bueno sale de confraternizar con animales!

Lady Brigitte estaba erguida junto al ventanal de la cocina. La señora Carrasco y otros lacayos que miraban desde ahí se alejaron de ella como si llevara la peste. Laura ayudó a Penny a levantarse y Etelvina se la llevó para proveerle un nuevo delantal.

—Clove jamás se había comportado así —lo defendió John, ya más cerca de la desazón, con los ojos aterrados del personal sobre él—. Sinceramente no sé qué es lo que...

—¡Ese perro enorme es un peligro! —acentuó, indignada, levantando los brazos—. ¿Planeas que merodee a sus anchas en el jardín con todos tus invitados en el salón? ¿Y si decide entrar y atacar a alguno? ¡Desastre! ¡Conflicto diplomático, eso es lo que profetizo!

Lord Rothschild desvió la vista hacia sus queridos perros y se le apretó el estómago. El apremio de los eventos inmediatos nublaba su juicio, claramente necesitaba idear después alguna solución más razonable, pero en el intertanto ...

—Señor Bahamondes —lo llamó. Él se acercó inmediatamente—. Entiendo que uno de los corrales ovinos está vacío.

—Así es, milord.

Laura notó la derrota en el gesto del barón, como si fuese él quien caminase al encierro.

—Guíeme.

* * *

Los carruajes comenzaron a llegar cerca de las siete, una hora antes de la puesta

de sol. Laura podía verlos desde su ventana, ya que las habitaciones de servicio miraban hacia el aparcamiento de los cocheros. La brisa de la costa se sentía más cálida que de costumbre. Si salía al pasillo, podía notar desde el ventanal de la esquina a los invitados que esperaban en el porche a que alguien los anunciase. Vio gruesos abrigos de piel, tocados de perlas, diademas, sombreros de copa, bastones y plumas, y se preguntaba si toda esa opulencia descansaba más en baúles que en la piel de sus dueños, ya que la bullente vida social sucedía en Santiago, la capital, pero aún no lo suficiente en este prometedor pero incipiente puerto...

Se miró a sí misma, en corsé blando y enagua tan desgastada que comenzaba a trasparentar. Solo había tres vestidos en su bolso de viaje, los que lavaba y remendaba una y otra vez. En los años a bordo del *Beagle* —y desde mucho antes, si era realmente estricta y sincera— jamás se había detenido a pensar en que su apariencia era algo de qué preocuparse, al menos no desde el punto de vista estrictamente práctico. Desentendida de revistas para jovencitas o tendencias parisinas, su elección de guardarropa tenía más que ver con aquello que le permitiese moverse con soltura y así no entorpecer su trabajo. Con ese objetivo en la mira, curiosamente, los vestidos de una década atrás eran muchísimo más útiles y versátiles, como los que había heredado de su madre: mangas largas ajustadas al brazo, corte imperio bajo el busto y telas livianas como el algodón, el lino o la muselina. Las mujeres que ahora estaban siendo bienvenidas en Bluebells exhibían, sin excepción, la nueva moda, que exageraba el tronco superior con mangas abullonadas estilo *gigot* y las caderas con hasta cinco enaguas juntas, todo para aparentar una cintura aún más pequeña de la que se lograba sin respirar en un ajustado corsé. Vestidos hechos de brocado con diversos patrones en hilo metálico y, por supuesto, con escote recto y los hombros descubiertos, para que los bucles que colgaban del rígido peinado destacasen junto al cuello desnudo.

Su estilo sobrio y demodé sí que atraería todas las miradas, pensó Laura, contrariada. Quizá su único punto favor era el que en ese minuto admiraba frente al espejo: mientras las mujeres de su edad perdían horas en distintos vericuetos para lograr artificiosos bucles —a veces incluso perdiendo trozos de cabello, ya que generalmente utilizaban herramientas de hierro muy caliente—, ella poseía tupidos rizos de forma natural y tan abundantes que le costaba trabajo mantenerlos en orden. Ahora había escogido peinarlos con una trenza griega que comenzaba desde sus orejas y terminaba con un moño en su nuca, dejando suficientes rizos sueltos desde su coronilla y sienes. “Entra ahí vistiendo tu dignidad”, le habría dicho su madre. Y se aferró a su voz para no decaer.

John, muy bien erguido junto a lady Brigitte y lady Karina en el umbral del salón principal —vestido con corbata de nudo blanco en seda, camisa de cuello alto y chaqueta larga de terciopelo, propiedad de su hermano y ajustadas en tiempo récord por el hábil Beckett—, tenía similares reparos sobre la vestimenta de sus invitados, aunque, por supuesto, jamás lo diría. Siempre le había llamado la atención por qué los hombres acarreaban un bastón como accesorio si en realidad no lo necesitaban —y que solía ser un estorbo para sus *valet*— o por qué

las mujeres insistían en utilizar prendas que dificultaban hasta las posturas más rutinarias. Elizabeth Osbond Burdon, por ejemplo, requirió la ayuda de dos lacayos para sentarse en uno de los sillones, pues apenas podía calcular el espacio alrededor de sus abultadas caderas. Junto a sus hermanos Francis y Henry fueron los primeros en llegar. Pertenecían a lo que podía llamarse clase media acomodada, ya que sus rangos militares les proveían de ciertos beneficios, pero lady Blais-Rothschild los había incluido en su lista por una sola poderosa razón: reputación. Henry era un condecorado veterano de guerra, pues había combatido bajo las órdenes del duque de Wellington en la batalla de Waterloo. Los tres hermanos se contaban entre los primeros británicos en residir permanentemente en Valparaíso y, para la aristócrata, incorporar en el salón a alguien que había estado en el mismo metro cuadrado que Napoleón Bonaparte era asegurar que la tertulia de Bluebells fuese tema de conversación en el puerto por meses.

Tras ellos, los siguientes en arribar fueron los Gibbs: Trudy, sus hijas Catherine y Danielle, y las tres escoltadas por William, quien se acercó al barón con cierta comodidad dado su previo encuentro en Valparaíso. Lady Brigitte saludó con particular efusividad a Catherine, trigueña y muy delgada, quien había ordenado a su cochero y otros lacayos que acarrearan su enorme arpa hasta la casa. John la saludó con cordialidad y le sostuvo la mirada dos segundos más de lo socialmente aceptado, expectante, dándole el beneficio de la duda: no la descartaría como pretendiente solo porque contaba con la aprobación de su madre. Qué culpa tenían esas pobres criaturas por la mala suerte de haberle caído en gracia a lady Blais-Rothschild...

Pero no, nada pasó en su interior. Nada hizo *clic*. No sintió nada.

—El barón es un gran admirador de las artes musicales —mintió lady Brigitte, presionando a su hijo con la mirada.

—¿Es cierto, milord? —se emocionó Catherine. La señora Gibbs cubrió su sonrisa ganadora con su abanico.

John fingió el entusiasmo requerido.

—Por supuesto. Le agradecemos que haya querido deleitarnos hoy con su talento.

Los Gibbs siguieron su camino hacia el salón principal, ya que él debía recibir a las siguientes visitas. Karina, sentada en una silla acolchada —pues sus tobillos no aguantarían tanto tiempo de pie— y más atenta de lo que se había permitido demostrar, respiró con alivio al descifrar el desinterés de su cuñado por la arpista. Pero la noche recién comenzaba.

—Qué gusto verla nuevamente, baronesa —la reverenció la señora Schumacher. A su lado, un adolescente muy alto y lampiño también se inclinó.

Lady Karina le sonrió con amabilidad.

—Barón Rothschild, lady Brigitte, les presento a Mariah Schumacher y su hijo Johannes, de la casa danesa de Fyn.

Tras las inclinaciones correspondientes, lady Brigitte escudriñó a la recién llegada con interés. Era de las pocas invitadas que mantenía un lazo de verdadera amistad con Craig y Karina. Ambas habían estado en la hacienda de la

otra muchas veces.

—Espero que lady Alisa y lady Fedora se encuentren bien...

—Muy bien, gracias por preguntar.

—Recuerde, baronesa, que mis pequeñas estarán encantadas siempre de recibir la visita de sus hijas. Fue muy grato tenerlas en el último verano.

La hacienda Havudsigt, de la viuda Schumacher —que significaba, literalmente, "vista al mar"—, era una de las más grandes del distrito. Vivía ahí con sus seis hijos, de los cuales Johannes era el mayor, con apenas catorce años. Se había convertido en su chaperón y la acompañaba a todas las tertulias, pues al ser el heredero directo de la fortuna de su padre fallecido —dueño de diversos astilleros en Europa que prestaban servicios a las flotas navales sudamericanas —, su madre creía oportuno presentarlo desde ya en el círculo que le correspondería habitar más temprano que tarde.

—Es muy generosa, señora Schumacher. Se lo comunicaré a las mellizas y le haré llegar algunas fechas tentativas.

—Será un placer —volvió a reverenciarla—. ¿Y su bebé? ¿Va todo bien? La veo un poco pálida...

—Solo algunas molestias menores —mintió, sonriendo—, nada raro para estar ya cerca de los ocho meses.

—Cierto, cierto —mintió ella también, pues no le parecía correcto mostrar preocupación frente a tantas personas—. Quizá un poco de brandy le devuelva el color al rostro. Mi médico me recomendó una pequeña copa dos veces a la semana mientras aguardaba por Johannes y mire qué bien salió todo —apuntó al jovenzuelo, tomándole el brazo.

—Agradezco su consejo, pero no resisto ni una gota de licor últimamente. Tomo únicamente té de hierbas.

La millonaria danesa cambió de opinión. Prefirió preocuparse públicamente esta vez. Había vivido junto a Karina cada una de sus dolorosas pérdidas pasadas... No sería un simple testigo esta vez.

—Barón Rothschild, pido su permiso para escribir a mi doctor de cabecera en su nombre. Quizá pueda pasar una temporada en Valparaíso y asistir a lady Karina en su momento de término.

—Mariah, no es necesario... —empezó Karina, levantando su mano.

—Claro que sí. Por favor, permítame —le rogó, y John vio en el gesto de la mujer que su aprensión era genuina.

—Tenía entendido que las parteras del hospital San José están muy bien evaluadas —habló lady Brigitte, elevando el mentón.

—Lo están —confirmó la baronesa, tratando de suavizar el ambiente— y confío en ellas. Di a luz a Alisa y Fedora en perfectas condiciones.

—¿No hay médico en el hospital? —preguntó John, inquieto por lo que estaba escuchando.

La señora Schumacher negó con fuerza.

—Ninguno residente, todos itinerantes. La Sociedad Médica de Chile envía uno al final de cada mes, pero no todos los meses. No podría soportar esa incertidumbre si fuese usted.

—El barón Rothschild acaba de llegar a Chile, Mariah... No es necesario abrumarlo con estas decisiones y menos esta noche.

La danesa bajó la cabeza, quizá algo avergonzada por enredarse en una conversación así en ese momento, pero eso no la hizo sentir menos determinada. Por demás, John no necesitaba que alguien más decidiera qué lo abruma y qué no.

—Deseo tomar todos los resguardos necesarios para que la llegada del bebé sea tranquila y segura —aseguró él, mirando a Mariah. Ella suspiró de agradecimiento—. Por favor, señora Schumacher, entregue los datos de su médico a mi *valet* para hacerle llegar una propuesta monetaria lo antes posible.

—Su nombre es William Cunningham Blest, cirujano irlandés. Vive en Santiago. Suelo frecuentar las mismas ferias de beneficencia que su esposa, María de la Luz Gana —explicó—. Trajo al mundo a cuatro de mis seis hijos, barón. Esas son las manos que yo querría a cargo del nacimiento de un Rothschild.

Él estaba de acuerdo, y volvió a agradecerle su asistencia en la materia. Ella prometió entregar a Beckett la dirección exacta y otras referencias para que pudiesen ubicar al doctor Blest lo antes posible. Aún faltaban varias semanas para el parto, pero mientras más precavidos, mejor.

Karina estaba visiblemente incómoda, no había dicho nada pues no quería ser un lastre para nadie, pero la señora Schumacher le devolvió una mueca de regaño que terminó siendo algo divertida. Se sonrieron. La baronesa le tomó las manos y susurró un "gracias".

—¿Pero si no es el joven Schumacher?

Del más reciente carruaje bajó una mujer con, probablemente, el atuendo más vistoso de la noche. Llevaba un collar de perlas de tres vueltas ajustado al cuello, un camafeo de marfil prendido en el escote cruzado, un vestido azul y dorado bordado en hilos de seda y zapatos de satín en perfecta sincronía. Su tocado tenía incrustaciones de zafiros y plumas.

—Soy yo, condesa —respondió el adolescente, sonriéndole a la vetusta y haciendo una profunda inclinación frente a ella. Lady Brigitte casi se tropieza por la sorpresa.

La condesa Elizabeth Ernst Leitner no solía frecuentar hogares ajenos; las únicas reuniones sociales a las que asistía eran las que se hacían en su propio castillo, un conjunto de torreones de piedra construidos cerca del monasterio de los Recoletos. Era una mujer de pocas excepciones.

—Condesa —moduló inmediatamente el resto de los presentes, congelándose en reverencias. Su presencia era especial por varias razones, especialmente porque su rango era mayor que el de cualquiera en esa hacienda. No había ninguna obligación de que ella se presentase en la recepción de un nuevo barón, el título menor de la lista de nobleza. Sin embargo, Craig había dejado una muy buena impresión en ella. Lamentó mucho su muerte y estuvo presente en su íntimo funeral. Tenía mucha curiosidad por ese hermano suyo del que tanto hablaba y a quien tanto quería.

—No he olvidado que me debe una partida de ajedrez, Johannes. Prometo no

dejarlo ganar esta vez.

—Estoy a su servicio, condesa.

—Nos sentimos muy honrados con su presencia —habló John, sonriéndole.

Ella, seguida por dos doncellas, se acercó al británico hasta que el espacio entre ambos se hizo impropiamente reducido. Entonces le tomó el rostro, como si quisiera verlo con detalle. Luego le dio dos leves palmadas en la mejilla, sonriendo también.

—*Welcome to Chile,* barón Rothschild.

Y entró al salón, sin reparar en nadie más.

Después de otra docena de presentaciones, cuando el sol ya se había puesto y las antorchas guiaban a los carruajes, hicieron su entrada los últimos en llegar: el chileno Arturo Monsalve y la portuguesa Uxía Gonçalves, su tercera esposa, veinte años menor, dueños de la botica Miramar y la comercialización de fármacos en toda la costa pacífica. Con todos los invitados presentes, la tertulia se dio por iniciada.

En el salón principal de Bluebells había enormes candelabros de plata en cada esquina y mesas ya dispuestas con una colorida diversidad de platillos. Desde ahí, lacayos llenaban sus bandejas y ofrecían su contenido a los invitados: a las mujeres arremolinadas en los sillones y, usualmente, a los hombres de pie detrás de ellos o cerca del mesón de los licores. Para la condesa se había habilitado un poltrón normando cerca del ventanal y solo sus doncellas podían atenderla. Varios de los asistentes no se conocían entre ellos y eso generó una animada conversación, lo que tenía muy contenta a lady Brigitte. El señor Wheelwright presentó al teniente Henry Osbond Burdon con el capitán Sydney Edmonds; doña Carmen Zaldívar de Rivera presentó a los filántropos Alex y Jane Ross con Rayford Webster y su esposa, recién llegados desde Edimburgo; y la señora Schumacher conectó a John con el cónsul prusiano Ferdinand Flindt, esposa e hija. Poco después se enteró de que ella era otra de sus *pretendientes* y, tan sutil como pudo, comenzó a evitar esa esquina del salón...

Aunque faltaba una persona.

—¡Señorita Villa-Smith! Por favor, acérquese.

Lady Karina estaba sentada al centro de un sillón de tres puestos, pues los encajes de su vestido —aún de luto, pero esta vez en negro de seda— abarcaban los otros dos. Sin embargo, para una joven en un vestido recto y hasta algo tubular, sí había espacio posible.

Laura fue obligada a entrar. Había estado fisgoneando desde el pasillo por la puerta entreabierta durante diez minutos, repasando en su mente todas las buenas razones por las que debería dar media vuelta y fingir un repentino resfrío. Fue Beckett quien captó su presencia y tuvo que casi acorralarla para que se animase a poner un pie dentro. Lady Karina vio toda la escena y, al llamar a Laura, todos detuvieron sus conversaciones para fijarse en la recién llegada.

Entrar a un matadero habría sido más agradable...

—Quiero presentarles a la señorita Laura Villa-Smith —dijo la baronesa a viva voz, sonriendo—. Se desempeña actualmente como la institutriz de mis

hijas.

John estaba de pie en la esquina opuesta charlando animadamente con Francis Osbond, quien resultó ser otro gran entusiasta de la literatura. Estaban comentando sobre el agudo realismo de la novela *Rojo y Negro* de Stendhal cuando escuchó la voz de Karina y desvió la mirada. Al notar a Laura sonrió de forma automática, pero su primer pensamiento fue que debía contribuir a que su estadía fuese breve. Su sufrimiento era evidente.

—¿*Institutriz*? —reaccionó Tracy Gibbs, espantada por tener que compartir de igual a igual con alguien del personal de servicio. Varias mujeres observaron a la joven británica con detalle y sin disimulo, impresionadas por su vestido corriente y su ausencia de joyas, prácticamente en harapos comparada con ellas.

—Una labor meramente circunstancial —salió a especificar el barón, elevando su voz. Se alejó unos pasos de su acompañante para caminar hacia el centro del salón—. La señorita Villa-Smith es científica y viaja junto a la tripulación del HMS *Beagle*.

Los murmullos mezclaron asombro, confusión y escepticismo. Laura, muy ruborizada, hizo una reverencia general, para luego sentarse junto a lady Karina, tal como ella le había pedido. Le temblaban las rodillas.

—*Remarkable* —murmuró el capitán Edmonds—. ¿Ese no es el barco de Robert Fitz-Roy?

—El mismo —confirmó la joven.

—Su reputación es intachable. Este es el segundo viaje del *Beagle* y escuché que había sido ascendido a comandarlo justamente por su buen desempeño...

Laura se alegró de escuchar esas loas de boca de un desconocido. El capitán Fitz-Roy era un experimentado marino y grandioso líder, muy querido por la tripulación.

—¿Científica? —repitió Arturo Monsalve, arrugando las cejas—. ¿Una mujer? Es imposible.

—Soy parte de un equipo de científicos que...

—¿Trabaja para el señor Darwin? —preguntó de pronto el cónsul Flindt. La británica no sabía quién era exactamente, pero por su duro acento prusiano descartó al menos que fuese un compatriota.

—Así es. Él es el jefe de la expedición —explicó, más animada—. ¿Lo conoce?

—No personalmente, pero oí su nombre reiteradamente en la oficina contigua a la mía —recordó—. El presidente José Joaquín Prieto ordenó en septiembre a todos los gobernadores e intendentes de las provincias centrales que le facilitasen hospedaje, incluso acceso a predios privados, todo con fines de exploración. No se le extiende esa cortesía a cualquier británico, así que supuse que sería importante. Es una lástima que el cónsul Walpole no haya estado aquí para recibirlo.

Ella asintió con fuerza.

—El señor Darwin es un muy respetado naturalista que...

—¿Y cuántas criadas tiene este señor Darwin? ¿No debería viajar con un *valet*? —lanzó la señora Webster.

Laura sentía sus mejillas arder.

—No soy su criada —enfatizó, quizá con una pizca más de dureza de lo que hubiese sido recomendable—. Soy ilustradora botánica. Colaboro en su investigación sobre nuevas especies que...

—¿Qué es la ilustración botánica? —preguntó Danielle Gibbs.

—Es la técnica de dibujo científico que...

—Oh, no. No responda, por favor. No vine hasta aquí para que le inculquen ideas extrañas a mis hijas —se quejó el señor Gibbs.

—Tiene usted toda la razón —saltó lady Brigitte.

—¿Qué ideas? —se inmiscuyó John.

—Mujeres... *trabajando* —apuntó, con una mueca de disgusto—. ¿Quién permitió esa imprudencia? ¿Dónde está su padre?

—No sé qué tiene que ver mi padre en...

—O su marido, entonces. ¿Está casada?

—No lo estoy, señor —respondió ella, acongojada, luchando contra el reflejo de bajar la mirada. No, no lo haría. No sentía vergüenza ni culpa por sus decisiones. ¿Por qué su cuerpo se rebelaba a mostrar lo contrario?

—Bueno, eso lo explica todo.

Laura no pestañeó.

—¿Explica qué?

La señora Schumacher, preocupada por el intercambio, se aclaró la garganta y pidió más champaña.

—Teniente Osbond, por qué no nos cuenta más detalles sobre su gallarda batalla en...

—Explica por qué una mujer se cree con el derecho a merodear en un barco de hombres sin ningún tipo de supervisión —siguió William Gibbs, retorciendo una punta de su bigote.

John levantó su mano, molesto.

—Creo que todo esto ha ido en la dirección equivocada. Les pediría que...

—Y si yo decidiese hacerlo, ¿también intentaría prohibírmelo, señor Gibbs? —subió su voz la condesa Ernst Leitner.

—Por supuesto que no, condesa —contestó él, nervioso, inclinándose inmediatamente—, pero usted no estaría jugando a hacer ciencia...

—Mi trabajo no es un juego —se agitó Laura—. ¿Por qué pensaría usted que no lo tomo en serio?

—La ciencia es un campo profundo e intrincado que requiere de mentes brillantes —opinó el señor Monsalve, mirándola con desdén. El boticario chileno había estudiado Química de forma autodidacta gracias a los elaborados registros del jesuita José Zeitler, administrador de la única botica que tuvo Chile por más de cien años, antes de la expulsión de su congregación en 1767—. Ciertamente no es lugar para mujeres. ¿No lo cree así, señor Wheelwright?

La interpelación sorprendió al estadounidense con plato y tenedor en la mano. Había estado muy ocupado devorando la segunda porción de un sabroso bizcocho con maquis en su interior.

—En todos los campos del conocimiento se requieren mentes brillantes, señor

Monsalve —sostuvo William, entregándole su plato a un lacayo y pidiendo que rellenaran su vaso de whisky—. Qué duda cabe. No obstante, mientras unos piensan, otros *hacen,* y el progreso necesita de ambos. Diría que admiro más la persistencia y alta tolerancia a la frustración que la mera inteligencia. Cualquiera que no cuente con esos atributos nunca llegará muy lejos.

—Entonces usted y yo no somos tan distintos, señor Wheelwright.

El norteamericano casi escupió su sorbo de destilado escocés tras la voz de Laura. El rostro del resto de los tertulianos era decidor.

—¿Cómo dice?

—Es usted un empresario, pero, antes que todo, un persistente visionario —señaló ella, ignorando con todas sus fuerzas el cuchicheo indignado que crecía a su alrededor—. Entiendo que es su anhelo fundar una compañía de barcos a vapor que cumpla funciones de carga y pasajeros entre varios países de la costa pacífica...

—Pacific Steam Navigation Company —asintió, subiendo el mentón para demostrar orgullo ante los demás—. ¿Cómo lo sabe?

—Se lo comentó a nuestro cochero, Nicomedes.

—Oh, es cierto —confirmó él. Pasó tanto tiempo ajustando detalles del contrato con lord Craig que hubo temporadas en que veía a Nicomedes casi a diario—. Y bueno, así es. Ese es mi anhelo y estoy muy cerca de lograrlo. Inversiones como las del barón Rothschild serán gravitantes.

—Lo imagino, pero también necesita patrocinio expreso de los gobiernos sudamericanos a los que servirá, ¿no es así? —indagó, aunque con mucha seguridad en su voz. Él asintió otra vez—. No dudaría en pensar, entonces, que usted ha sorteado muchos obstáculos y tropiezos a lo largo del camino, con autoridades y potenciales inversionistas tratando de convencerlo de que es una empresa sin destino, muy trabajosa, muy arriesgada o muy costosa, que tomaría demasiado tiempo en generar utilidades...

—En efecto —reconoció, incómodo.

—Y sin embargo, usted ha persistido —continuó Laura—, porque sabe cuánta bonanza traerá un avance de esas características, no solo para su persona, sino para los diversos comerciantes de bienes y para las perspectivas de transporte humano, sin contar con que el prospecto de modernidad para los puertos involucrados sería asombroso. Hasta la investigación científica se vería beneficiada.

Wheelwright lucía impresionado de que ella manejara ese tipo de información y conceptos, también el capitán Edmonds y Alex Ross. El barón sentía admiración, y no era la primera vez.

—Todo lo que dice es cierto, sí, pero no veo cómo es que...

—Así como usted, yo he debido sortear un sinfín de adversidades y prejuicios que limitan las actividades de mi sexo en las esferas públicas. Mil veces me han dicho que mis anhelos son imposibles, pero aquello no ha sido óbice para trabajar sin descanso y llegar hasta donde me encuentro hoy, en la nómina de una expedición científica oficial mandatada por Su Majestad el rey William IV —moduló, orgullosa a pesar del nerviosismo—. Es mi parecer que las mentes

que ven más allá de lo posible y empujan las innovaciones en todo ámbito tienen motores vitales similares... Hombres y mujeres. Y debiesen vincularse, no excluirse. Piense en cuánto más y más rápido se desarrollarían nuestras sociedades si aristócratas y comunes pusiésemos inteligencia e ímpetu bajo proyectos mancomunados, si trabajásemos por el bien universal —cerró.

Cinco segundos de expectante silencio.

Y entonces se desataron las carcajadas.

Las comenzó la señora Webster y Estanislao Lynch, contagió a doña Carmen y a los Ross, y pronto casi todo el salón moría de la risa, salvo algunos rostros más incómodos que jocosos, como los Wheelwright o los Flindt. Ahora Laura sí que no pudo evitar bajar la cabeza, sintiéndose ridícula y humillada, pero un segundo antes de hacerlo, pudo notar en los gestos de la condesa y de Mariah Schumacher una genuina empatía. No lo olvidaría.

En el rostro de John había tristeza y furia. Tampoco lo olvidaría.

—¿Cuántos años tiene, señorita Villa-Smith? —preguntó el señor Lynch, mientras terminaba de reírse.

—No seas impertinente, Estanislao —le reprochó su esposa con una risita.

—No me molesta para nada —mintió Laura, improvisando una sonrisa falsa para ocultar cómo temblaba su mentón—. Veintiocho, señor Lynch.

—Ajá —respondió él, alzando las cejas—. Disculpe mi curiosidad, pero es que ninguna señorita habla con tal estéril idealismo a menos de que sus posibilidades de matrimonio sean exiguas. Únicamente a una mujer madura o sin marido le preocuparía el "bien universal" —concluyó, tratando de disimular su sorna—. La caridad es para las viudas.

"La clase trabajadora suele envejecer de forma prematura, ¿no es así?", murmuró la señora Ross tras su abanico, y Tracy Gibbs rio con ella.

—No es un problema solo de mujeres. Supongo que esto es lo que sucede cuando los comunes pretenden acceder a más espacios de los que les corresponde por naturaleza —opinó Rayford Webster, sereno y casi pedagógico.

Lady Brigitte levantó las manos en apoyo a lo anterior.

—Dios creó a la sociedad en clases separadas con justa razón. Cuando los pobres adquieren algún tipo de instrucción, ya no quieren servir. Piensan más de lo debido y olvidan su lugar en el mundo. Se hacen conscientes de su miseria. ¿No les parece una gran crueldad? Al mantenerlos ingenuos sobre las implicancias de su realidad, los afortunados les hacemos un favor. La élite es magnánima al alejar al vulgo de una educación formal.

La mayoría asintió, susurrando que estaba de acuerdo.

Laura necesitaba salir de ahí lo antes posible.

—Me parece que ya le hemos quitado suficiente de su tiempo, señorita Villa-Smith —intervino John, tan compungido que parecía que hubiese estado él mismo en el centro del huracán—. Agradezco su generosidad al presentarse hoy. Sabemos que su jornada con las niñas comienza mañana muy temprano, así que puede retirarse si así lo desea.

Ella lo miró con ansiedad. Comenzó a levantarse del sillón, y entonces...

—Si viaja en el HMS *Beagle*, quiere decir que se marchará pronto, ¿no?

—preguntó el capitán Edmonds.

—Sí, zarpamos a comienzos de noviembre. Se están realizando algunos reparos en cubierta. Además, debemos esperar la venia del cónsul Walpole para continuar.

—¿Y ya tiene una institutriz de reemplazo, baronesa? —inquirió Elizabeth Osbond Burdon—. Debería comenzar la búsqueda de inmediato.

—Una *verdadera* institutriz —comentó lady Brigitte, solapada—. Al menos una que valga la fortuna que se le paga.

—Madre —se molestó el barón. Hasta Beckett creyó que él perdería el control.

—¿Qué? Solo digo que la señorita Villa-Smith debería ampliar un poco más su abanico de destrezas para merecer su remuneración acordada. Enseñar geografía o dibujo a mis nietas no es suficiente... Quizá arreglos florales, o francés, o ayudar en la cocina...

La ilustradora ya había entendido que cualquier reacción o respuesta se volcaría en su contra. Lo más importante era salir de ahí cuanto antes, así que fue más sagaz esta vez.

—Estoy al servicio de lo que la familia Rothschild requiera —moduló, rígida.

Karina, quien no había emitido sonido durante toda la conversación, abrumada por la incomodidad y hasta por la vergüenza, subió la mirada de pronto. Tuvo una idea.

—Retrato.

—¿Cómo dice, baronesa?

—La señorita Villa-Smith es una experta ilustradora, muy talentosa —dijo ella, moviendo su mano para tomar la de la joven, aunque sin atreverse a mirarla a los ojos—. Antes de partir, podría realizar un retrato del nuevo barón Rothschild.

—¿Qué? —se espantaron los aludidos al unísono.

—Adquirimos un lienzo y pinturas para el retrato de Craig, hasta habíamos contratado al maestro Mauricio Rugendas para la ocasión, pero... bueno, nunca llegó a concretarse —recordó lady Karina, sombría—. La providencia dejó todo provisto para la llegada de John.

—No creo que mi retrato sea un objeto necesario. Podemos reutilizar los materiales en...

—Mi experticia en ilustración se concentra en inanimados, no en personas, entonces no creo que el resultado sea...

—Es una idea fabulosa —compartió lady Brigitte, más convencida al ver el desasosiego tanto de su hijo como de la joven británica—. La señorita Villa-Smith deberá comenzar con su labor extra cuanto antes. No querrá subirse a su barco dejando un cuadro inconcluso, ¿no?

La baronesa miró a Laura con una sonrisa, convencida de que había hecho algo maravilloso para salvar su incómoda situación esa noche. Laura, exhausta, le sonrió débilmente de vuelta y apretó su mano. Su intención había sido loable, después de todo, y a juzgar por la actitud del resto de los invitados, nadie tenía intención de continuar con las peroratas anteriores.

La joven se levantó, miró a lady Karina e hizo una reverencia de despedida, ignorando literalmente a todos los demás. Luego caminó hasta la puerta de salida pegada a la pared, topándose con el señor Wheelwright, quien perseguía a un lacayo para conseguir más de aquel bizcocho que tanto le había gustado. Ella, al ver la bandeja y reconocer su contenido, sintió que sería el único diminuto momento de alegría en toda la velada.

Él se alegró de poder hablarle de cerca y en voz baja.

—Mi madre solía decir que el individualismo es un obstáculo en la generación de conocimiento, pues se avanza más en colaboración —dijo—. Escucharla a usted fue como volver a verla a ella. Gracias.

—Espero que su madre nunca haya tenido un público tan desfavorable como este —murmuró, triste.

Él se sintió, en parte, responsable por esa tristeza.

—Agradezco igualmente su intervención. Ha sido, por cierto, vigorizante —confesó, con una sonrisa a medias—. No podría decir que apruebo el camino que ha decidido tomar, pero sí reconozco mérito en su espíritu opinante. Le deseo mucho éxito en su expedición.

Ella le sonrió de vuelta con las pocas fuerzas que le quedaban. Antes de irse, William hizo un gesto con el mentón hacia la bandeja.

—Llévese uno. Seguro no ha comido nada... Al menos yo me llevaré unos cuantos en el bolsillo. Dudo que al barón le importe.

—El barón será el más feliz si hace eso —le aseguró—. Coméntele después cuánto le gustó su pan de maqui y seguro querrá hornearle una bandeja completa.

Wheelwright, con una de las hogazas en la mano, la miró sin pestañear. En la misma milésima de segundo en que ella se dio cuenta de la barbaridad que había dicho, el norteamericano volteó hacia John con todo el volumen que sus pulmones le permitieron:

—¿Usted horneó esto, barón Rothschild?

Silencio profundo en la audiencia.

Primero, la confusión. Después, el sobresalto. Y al final, el horror.

—¿Qué estás diciendo, William? —lo regañó la señora Wheelwright, mirando alternadamente a su marido, a Laura y a John, captando que se refería al bizcocho que el norteamericano aún tenía entre los dedos. El barón había palidecido como la luna llena de afuera—. ¿Los preparó usted, milord?

—¿Cómo? —se espantó Jane Ross—. ¿Un hombre en la cocina?

—¿Un *noble* en la cocina? —se espantó aún más Henry Osbond.

—¿Acaso no están en posición de pagar a una cocinera?

El señor Gibbs, quien tenía un trozo del dichoso bizcocho en su plato, lo miró con asco. John estaba tan aturdido volteando hacia las distintas voces que no supo qué contestar, o a quién primero.

—Lord Rothschild, si están atravesando por alguna dificultad financiera tras la muerte de lord Craig, no dude en...

—*Good lord!* —exclamó lady Brigitte con una risa nerviosa, levantándose de su silla—. Por favor, no digamos barbaridades. Tenemos una espléndida cocinera

y un amplio personal de servicio. Esto es simplemente una broma de mal gusto entre el señor Wheelwright y el barón —explicó para salir del paso. Ordenó a los lacayos llevarse esa "basura" del mesón del banquete y sonrió como si nada pasara—. Entonces, en qué estábamos... Ajá, quizá la señorita Catherine podría deleitarnos con alguna pieza musical.

Laura, con los ojos llenos de lágrimas y antes de sucumbir al impulso de salir corriendo, sin pensarlo buscó la mirada de John. Su palidez se había transformado en un rubor intenso que traslucía una profunda vergüenza...

El arpa había comenzado a sonar. Y aprovechando que los tertulianos habían olvidado rápidamente que la tripulante del *Beagle* alguna vez estuvo ahí, salió al pasillo buscando el aire que le faltaba. Giró a la derecha por el vestíbulo y empezó a caminar cada vez más rápido hacia la escalera de servicio.

—Señorita Villa-Smith...

John había salido a buscarla. Laura apuró el paso.

—Señorita... —balbuceó, alcanzándola en pocas zancadas. Estiró su brazo hasta el hombro de la joven—. Laura...

Ella se detuvo bruscamente. Él no movió su mano. Ella no volteó.

—Lo siento tanto —se disculpó ella, con lágrimas en sus mejillas—. No quise... Nunca fue mi intención...

—Soy yo quien debe disculparse —le aseguró. Sus dedos temblaban sutilmente. Abrumado por el contacto, retrajo su mano y la empuñó en el aire—. Lo que sucedió ahí dentro... Lo lamento. No hay excusa suficiente para ese tipo de comportamiento.

Laura finalmente volteó. Se miraron.

—Estoy acostumbrada a que, de tanto en tanto, se me recuerde mi lugar en el mundo.

Incluso bajo la luz tenue de los candiles del pasillo, Laura pudo notar la tristeza en los ojos de él, aunque no supiese si era a causa de ella o de sus propias tribulaciones.

Iba a seguir su camino, pero John la detuvo otra vez.

—Está usted en propiedad privada. Esta es mi hacienda ahora. Mientras permanezca en mis predios, su discurso puede ser tan idealista como quiera. Aquí nunca será *estéril*.

Es un hombre noble, pensó ella, sosteniendo su mirada. Noble en todos los sentidos de la palabra... Tan noble que jamás imaginaría cómo su amable gesto terminaba siendo tanto o más condescendiente que el de sus funestos invitados.

No dijo *gracias*. Solo le dirigió una sentida reverencia antes de girar y correr por el pasillo a su habitación.

A lo lejos, John escuchó a Clove y Cinnamon aullándole a la noche desde su corral a la intemperie. Cerró los ojos, cansado, y también quiso correr a su propia habitación. Había decepcionado a varias personas esa noche, entre ellas, a una pequeña niña italiana.

XI

19 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Laura hizo traer el *chaise à la reine* del invernadero hacia una esquina del jardín para que John se sintiese un poco más cómodo, pero no lo estaba logrando. La pose del barón era jocosamente rígida, y aunque ella entendía su incomodidad, mientras más se demorasen en encontrar el ángulo correcto más tiempo tendría él que estar ahí sentado, con el sol en la cara y el pudor en el bolsillo.

—Relaje la mandíbula...

—Eso intento.

—Muévala como si estuviese masticando regaliz. Eso ayuda.

Lady Brigitte hizo una mueca de asco.

—¿Alguna vez has *masticado* regaliz, John?

—No, me temo —respondió él hacia Laura. Ella entendió que era un ejemplo de algo que en la alta sociedad no se acostumbra. "Recuerda tu lugar en el mundo...".

—¿Serviría cantar? —sugirió Fedora.

—No quieres oírme cantar, te lo aseguro —sonrió él, moviendo los hombros y el cuello.

—Por Dios, hombre —se exasperó lady Brigitte—. Quédate quieto de una vez.

Entre su madre y las niñas habían pasado los últimos veinte minutos dando ideas de cómo debía lucir el retrato del nuevo barón Rothschild, sin lograr ponerse de acuerdo. Laura hizo bocetos rápidos de figuras humanas en plano medio para lady Brigitte, con carboncillo y en su propio portafolio para no dañar el lienzo antes de tiempo, pero a ella no terminaba de agradarle ninguna. Si no fuera porque iba tarde para su té en casa de Carmen Zaldívar de Rivera, la ilustradora no habría podido sacársela de encima.

—*I want him to look... distinguished* —pidió la aristócrata, acomodando un guante de encaje en su mano izquierda y apuntando al lienzo con el mentón—. *You could do that, couldn't you?*

Laura apretó los labios y le dirigió una leve inclinación de cabeza. John se atrevió a hablar únicamente cuando sus bucles canos se perdieron al cruzar la terraza y luego el ventanal de la casa.

—Lo siento mucho —dijo él, sincero, hacia la joven—. ¿Ya se lo había dicho?

—Miles de veces.

—Sueles disculparte mucho, *uncle* John —pensó Alisa en voz alta.

—Incluso por cosas que tú no has hecho —secundó Fedora.

La joven británica acercó su mano a la melliza y acomodó el drapeado de su vestido.

—Eso significa que el barón Rothschild tiene en muy alta consideración los sentimientos de los demás —les explicó, haciendo que John bajase un momento la mirada—. ¿No les parece que es una actitud para imitar?

Las niñas asintieron. Él les sonrió.

—Madre dice que *uncle* John es un buen hombre.

—Me honra su cumplido —aceptó él, al tiempo que sus sobrinas alzaban la mirada al unísono. Desde ahí podía verse el solárium del segundo piso, con sus ventanales de vidrio y fierro, y la figura enlutada e ineludible de lady Karina tras ellos.

—¿Por qué no suben y chequean si la baronesa necesita algo? —les sugirió Laura.

Alisa arrugó el mentón.

—No come mucho —dijo, triste—, apenas toma el té que Penny le ofrece.

—Eso no puede ser normal —se preocupó Laura, ahora mirando a John. Él estaba de acuerdo.

—Ya envié a Santiago una nota para el doctor Blest. Espero que tenga la disponibilidad de venir y quedarse en Bluebells cuanto antes.

La británica insistió a sus pupilas.

—Vayan con sus muñecas y le hacen compañía. Recuerden que tenemos lección de caligrafía en dos horas.

Ellas hicieron gemidos de disgusto, pero obedecieron. Se inclinaron ante el barón y corrieron por el césped hasta la terraza.

Al quedarse solos en el jardín, Laura desplegó su estuche de herramientas en una mesita contigua al caballete. Analizó sus opciones e imitó el gemido de las niñas.

—No disfruta haciendo retratos, ¿verdad?

—Lo odio.

—Lo sient...

—No lo diga —lo detuvo ella—. Piense que al menos su madre no me envió a romper pescuezos de gallina con el señor Bahamondes.

John no pudo sonreír. Recordó inmediatamente a sus bullmastiff, y Laura creía haber aprendido a leer por qué caía ese halo sombrío en su rostro.

—¿Cómo están Clove y Cinny?

—Encerrados —fue lo primero que él contestó, molesto, pero luego suspiró —. Aburridos... Confundidos. Estuve una hora con ellos y no encontré ni un ápice de violencia en su actitud. Los mismos dos cachorros de siempre. ¿Qué es lo que estamos haciendo mal?

—No se torture —pidió ella—. A veces la naturaleza es... impredecible.

—¿Es su opinión como científica?

—Es mi opinión como mujer.

Si quería aprovechar el máximo de luz, tenía que dejar de posponer la partida en su cabeza. Debía hacerlo y ya.

Finalmente escogió el lápiz de grafito y lo tomó entre los dedos.

—Para que su suplicio sea leve, sepa que únicamente será necesaria esta sesión. Haré un boceto para definir la postura y su gesto, y luego trabajaré de memoria desde mi habitación. Incluso para esto sirve haber practicado tanto la ilustración diferida.

—Se lo agradezco mucho.

Se acomodó en su taburete frente al lienzo, inspiró profundo y buscó concentrarse. Decidió que empezaría con trazos muy generales y suaves, fáciles de borrar o modificar en el camino.

—¿Tengo su permiso para hablar? —dijo él de pronto, temeroso de desarmar la postura.

Ella rio mientras deslizaba el lápiz por la tela.

—Lo tiene, sí.

—Déjeme reformular lo anterior. ¿Puede hablarme usted a mí? —pidió, pensándolo—. Lo que sea para olvidar que estoy sentado con la vista hacia el horizonte mientras alguien pinta mi quijada varonil.

Laura volvió a reír bajito. Y le había dado una buena idea: tras el delineamiento del óvalo facial en tres cuartos de perfil, comenzaría por definir su quijada.

—Si no le gusta el resultado, tiene mi permiso para arrojarlo a la acequia.

Él se sorprendió.

—¿No le ofendería que un trabajo firmado por usted fuese desechado así, sin más?

—No hay uno solo de mis trabajos que lleve mi nombre —confesó ella, enseriando el tono.

—¿Por qué no?

—Porque no lo tengo permitido.

John se quedó en silencio unos segundos. Laura podía descifrar que la mente del barón estaba muy activa, pues no dejaba de mover los pies.

—¿Puedo preguntarle —empezó él— cómo es que obtuvo el beneplácito del señor Darwin para unirse al *Beagle*? No quiero revivir dolorosas intervenciones pasadas, pero me llama la atención saber cómo es que alguien como usted...

—Una mujer...

—... cómo es que una *mujer* —resaltó— logró unirse a una expedición a la que, me atrevería a decir, no necesariamente fue bienvenida.

Laura no quería revivir intervenciones pasadas, en eso el británico tenía mucha razón. La noche de la tertulia tuvo hasta pesadillas. Sin embargo, le parecía que la pregunta era válida. La reacción horrorizada de unos cuantos aristócratas era más bien la reacción común de cualquiera que escuchara su notable historia.

—En un comienzo el señor Darwin no estaba convencido, pero no lo persuadí yo —mencionó ella, sonriendo débilmente—, sino mi madre. La portentosa

Deborah Lynn Smith.

Laura comenzó a explicar, mientras dibujaba pequeñas líneas para definir la oreja derecha de John, que ella y Charles Darwin se conocían de toda la vida. Crecieron a pocas cuadras uno del otro en la localidad de Shrewsbury; jugaron bajo la misma lluvia y tras la misma abadía. La señora Smith se desempeñó un tiempo como maestra en la escuela anglicana y ahí enseñó historia natural a Charles y su hermano Erasmus, antes de que esa *herejía* llegara a oídos del obispo y la mandara expulsar. Si a las mujeres no se les permitía asistir a clases, mucho menos podían liderarlas. Sin embargo, Charles solía decir que su interés por el naturalismo nació ahí, en ese humilde salón de clases y a través del ímpetu de su breve tutora. De adolescente trabajó como asistente de su padre, Robert Darwin, un connotado médico de la zona, y luego postuló a la universidad de Edimburgo.

—Madre regresaba de su jornada a casa y repetía su clase solo para mí —recordó Laura, melancólica—. Como no teníamos dinero para comprar libros, ella tomaba algunos de la escuela sin permiso, yo leía cuanto podía durante la noche y se los llevaba en la mañana. A veces mi padre se quedaba en vela para transcribir hojas completas. Ambos estaban empeñados en que la educación era el camino para surgir, aunque la clase trabajadora no tuviese ese privilegio. Ese ni cualquier otro. Yo diría que no estaban equivocados.

John no pudo evitar pensar en Craig. Él estaría de acuerdo.

—¿Y cuándo volvió a ver al señor Darwin?

—Cuando se graduó de Cambridge —respondió ella—. Su padre lo sacó de Edimburgo cuando se enteró de que Charles no tenía intenciones de practicar medicina, sino la investigación en otras ciencias. Lo envió entonces a Cambridge para que obtuviese un grado en Humanidades y pudiese convertirse en pastor anglicano, aunque él se las arregló para estudiar de todo menos eso —rio, y John no entendió de inmediato—. Eso es lo que sucede cuando los padres no conocen a sus hijos.

—¿No tenía intenciones de tomar los votos?

—Por supuesto que no —continuó ella, de buen ánimo—. El señor Darwin se mueve como los huracanes, nunca está tranquilo. Siempre encuentra algo nuevo que explorar. Atarlo a una parroquia habría sido matarlo en vida.

Para 1831, Charles ya era un experto en teología natural y geología, además de la mano derecha del reverendo John Stevens Henslow, profesor de Botánica, quien insólitamente lo dejó trabajar en desafiar la lógica de la implicación divina en los procesos biológicos. Fue el mismo Henslow quien lo empujó tras su graduación a su más grande desafío: integrarse como naturalista *ad honorem* a la tripulación de Robert Fitz-Roy en el HMS *Beagle*, expedición que tenía por fin cartografiar las costas de América del Sur.

—Cuando regresó a Shrewsbury para convencer a su padre de financiar su plaza en el *Beagle*, pasó también a visitar a mi madre. En ese tiempo ya vivíamos en los predios del conde de St. Austell, pues ella era la institutriz de sus cinco hijas. Charles contó con tal entusiasmo la odisea que tenía enfrente... Madre no se aguantó y le mostró un cuadernillo con ilustraciones botánicas en acuarela.

Ella recordaba que él no tenía talento para el dibujo y supuso que necesitaría asistentes en esa labor. Charles lo confirmó y pidió luego la información de ese artista para invitarlo al *Beagle*. Bueno... ese artista era yo.

John quebró un poco su postura para sonreír.

—Pero el enterarse de que usted era la responsable de las ilustraciones debió alegrarlo... ¿Por qué dice que costó persuadirlo?

—Porque asumió que Fitz-Roy no me aceptaría —recordó—. Mi madre lo obligó a averiguar detalles y tantear discretamente las aguas con el capitán, ya que al parecer este lo tenía en buena estima. Ni siquiera yo estaba tan convencida como ella. Supo que este viaje cambiaría mi vida incluso antes de zarpar.

—¿Y Fitz-Roy? ¿Aceptó incluirla?

Laura sonrió.

—No solo aceptó... Nos enseñó un resquicio para que mi adición a la nómina fuese legal.

Robert Fitz-Roy, comandante de la Marina Real con notable preparación en hidrografía y cartografía, también era un talentoso ilustrador. *Eso hizo toda la diferencia*, mencionó Laura. Bueno, eso y que odiaba al naturalista en jefe indicado por la corona para la travesía, el cirujano Robert McCormick, un muy conservador y acaudalado escocés que tenía el mérito de algunas expediciones polares. Los dos Roberts nunca congeniaron bien y el capitán temía por su sanidad mental durante los siguientes dos años o más en altamar, ya que el naturalista principal a bordo sería su mano derecha, por rango y posición social. Cuando Darwin se presentó ante Fitz-Roy con la carta de recomendación de Henslow, bastó media hora de charla para que prácticamente le rogase ser parte del *Beagle,* aunque fuese en un rango menor y no asalariado. Desde entonces accedió a prácticamente cualquier requerimiento del joven científico con tal de que no lo abandonara a última hora. Jugando esa carta, Charles le preguntó en privado la posibilidad de incorporar a su equipo a una mujer. Pero no cualquier mujer.

Mostró el cuadernillo a Fitz-Roy como respaldo del trabajo de Laura y el capitán elogió el talento de lo que veía. Era una situación inaudita incorporar a una mujer en la plana profesional, no conocía a ninguna que tuviese las credenciales como para reclamar un puesto así y sabía que encendería las alarmas en el Almirantazgo, pero era un hombre justo y no del todo ajeno a las excepciones. Así fue como confió a Darwin una manera de incorporar a la señorita Villa-Smith por la vía regular: escribiendo solo sus iniciales en la nómina oficial.

—La lista completa de la tripulación del *Beagle* contaba con más de setenta y cinco almas, la mayoría en rangos medios y menores, por lo que no era común individualizarlas. Bastaba el apellido, inicial del primer nombre y área de desempeño, pues lo importante era la venia del capitán sobre su idoneidad. El 24 de diciembre de 1831, el capitán Fitz-Roy escribió “Villa-Smith, L. - equipo científico” como adición de última hora y el representante de la corona puso su firma y timbre a ciegas.

No es que John disfrutase necesariamente de una historia de triquiñuelas legales, pero esta le parecía asombrosa y con un tufillo al espíritu de Robin Hood: buscar justicia por las malas en un mundo de injusticia por las buenas.

—Pero no todo era color de rosas, por supuesto —acotó ella, atrincando la alegría repentina del barón—. Había dos condiciones que cumplir. La primera, pagar mi plaza como cualquiera de los otros rangos medios, y la segunda, aceptar que no podría exigir el crédito de mi nombre en ninguna ilustración o grabado. El capitán no tenía problema en que yo firmara mis trabajos, pero el doctor McCormick y el maestro Augustus Earle jamás lo permitirían.

Toda expedición científica debía contar con un artista principal y un pequeño séquito de aprendices, todos dispuestos a dibujar lo que sea que la plana científica necesitase, desde mapas, pasando por panorámicas, hasta disecciones de especies vegetales o animales. En el caso del *Beagle*, el artista propuesto por la corona fue Augustus Earle, un pintor experimentado en viajes y excursiones, pero de ideas conservadoras. No tuvo reparo en añadir un ilustrador a su equipo por recomendación de Darwin, pero cuando Fitz-Roy le advirtió que esa mano extra era una mujer, casi lo amenaza con abandonar la nómina. La solución a la que se llegó para que el pintor no hiciese escándalo fue que Laura produjese en el anonimato, entregando sus piezas para que fueran firmadas por sus compañeros de arte o incluso por el mismo Earle.

—Lamento mucho oír eso —empatizó John.

Ella se encogió de hombros, evidenciando la frustración en una mueca.

—En cualquier caso, sí protesté, pero no es que tuviese muchas opciones. Fue básicamente un *tómalo o déjalo*. Finalmente fue la generosidad del señor Darwin la que empujó mi aceptación: me prometió que, una vez concluido el viaje, respaldará la autoría de mis ilustraciones si yo decidía intentar una reclamación. Y claro que la haré. Es la única manera en que podré convertirme en ilustradora botánica profesional.

El barón recuperó la alegría.

—Brindaremos por Charles Darwin prontamente —le aseguró—. Y por favor, firme este retrato. Ese es mi deseo.

Al desviar la mirada, se encontró con la de Laura clavada en su dirección. Ella asintió, ruborizada y agradecida, escondiéndose luego tras el lienzo. Ya estaba definiendo huesos oculares y cejas.

—Un viaje como el del *Beagle* era mi sueño desde niña. Empecé dibujando flores silvestres, como un juego, pero nunca más solté los lápices...

—Bueno, mientras usted ilustraba flores, yo las aplastaba —bromeó él.

—¿Cómo dice?

—Con Craig crecimos entre excursiones por los bosques, juegos con los animales de las granjas y escapadas a las bibliotecas de las abadías. Como teníamos un año de diferencia muchos creían que éramos mellizos, claro que en ese tiempo yo era el regordete y él cenceño. Beckett nos vestía con pantaloncillos cortos, pero a Craig siempre debió sumarle unos tirantes para que no se le cayeran... Al atardecer y antes de que nos regañaran, regresábamos a casa por los senderos de *bluebells,* campanillas que formaban gigantescas

alfombras azul-violáceas. Nos recostábamos ahí a leer y soñar historias de caballeros medievales y doncellas en castillos.

Laura subió los ojos hacia el cielo, como reteniendo una epifanía.

—*Bluebells* —repitió, y luego extendió los brazos mirando a su alrededor—. Ahora entiendo. Lord Craig quiso crear su hogar de adulto con un pequeño trozo de su hogar de niño.

John asintió, melancólico.

—Tanto así que trajo algunos bulbos desde Faringdon con la ilusión de cultivar aquí esas flores. ¿Sabía que levantó el invernadero específicamente para eso? En sus cartas me confirmó que nunca crecieron.

Ella negó con la cabeza, apenada.

—*Hyacinthoides non-scripta* es una especie delicada, frágil. Las campanillas azules son silvestres en Inglaterra, muy comunes, pero eso no significa que puedan habituarse tan fácil a otro país: distinto suelo, distinto clima...

Había un fuerte simbolismo ahí, pensó. Lord Craig abandonó su tierra natal para armarse una vida nueva en una patria radicalmente distinta. Hasta sus flores se negaron a acompañarlo, pero le habían hecho un favor: aferrado al pasado no puedes construir futuro. Las flores chilenas que sí crecían exuberantes en el invernadero eran la mejor prueba de ello.

—Es una lástima —pronunció John, y entonces volvió a quebrar su pose para desviar la mirada hacia Laura—. ¿Podría ilustrar *bluebells* para mí? Cuando tenga tiempo, no es necesario que sea muy elaborado. Me gustaría que las niñas las conocieran.

—Con mucho placer —se comprometió ella—. ¿Ve por qué adoro lo que hago? Permite que las personas puedan conocer especies que, por distancia geográfica o temporal, no podrían disfrutar de otra manera. ¿Cómo una niña en Panamá sabría que existen las jirafas? ¿Qué chance tiene un joven en Berlín de admirar el caparazón tornasol de un *Ceroglossus chilensis* o los pétalos moteados de una *Bipinnula fimbriata*, si son endémicos sudamericanos? Dibujo y pinto un mundo que existe, pero no pueden ver. Yo soy sus ojos.

John no lo había pensado de esa manera y agradeció la nueva perspectiva. Era importante para él regalar a las hijas de Craig algo aparentemente tan pequeño, pero tan significativo: la posibilidad de ver un campo de campanillas azules como los que su padre tanto amaba.

Inspiró profunda y sonoramente. Ella se preocupó.

—Si está cansado, podemos continuar otro día...

—No, no. Solo estoy... relajándome por fin, como me han pedido hasta el cansancio.

—Puede seguir interrogándome si eso colabora —bromeó.

Él lo tomó al pie de la letra.

—Entonces... Ya sé cómo logró entrar en la nómina del *Beagle*, pero integrarse a una lista no es lo mismo que integrarse a un grupo —reflexionó, preocupado—. ¿Cómo la trata el resto de la tripulación?

Laura sonrió y eso le dio mucho alivio.

—Soy la hermana menor que muchos de ellos jamás tuvieron —se aventuró a

describir—. Al principio varios se espantaron, no lo voy a negar, pero como duermo en el camarote de la señora Stuardo y estoy bajo la protección especial del capitán Fitz-Roy y el señor Darwin, los límites quedaron muy claros para todos desde el principio. Con el tiempo ha crecido la cordialidad y la colaboración, y los aprecio mucho... bueno, a casi todos.

—¿Tampoco se lleva bien con Robert McCormick?

Ella hizo una mueca. Los desencuentros intelectuales entre Darwin y McCormick eran muy conocidos por todos, solían darse a viva voz y provocaban que la tripulación tomara partido. El médico escocés defendía teorías muy anticuadas sobre los movimientos geológicos o el desarrollo biológico, y como Fitz-Roy mostraba un favoritismo obvio por Darwin, las relaciones se fueron desgastando hasta un punto de no retorno. *"Mi amigo el doctor es un asno, pero fingimos llevarnos bien. En estos momentos se encuentra inmerso en la gran duda de si pintar su camarote de gris francés o de blanco pálido. Apenas he escuchado nada de él que no fuese sobre este tema",* le escribió una vez Charles al reverendo Henslow.

—Oh, el doctor McCormick abandonó la expedición apenas cuatro meses después de zarpar —le explicó—. No se llevaba bien con nadie, esa es la verdad, así que creo que tomó una buena decisión. Se bajó en el puerto de Río de Janeiro y regresó a Inglaterra en el HMS *Tyne*. Desde entonces el señor Darwin fue ascendido a naturalista en jefe.

—Me parecería deshonroso claudicar en una empresa tan importante y por la que tengo que darle explicaciones al mismo rey —pensó John en voz alta.

—Quizá él no lo consideraba así —planteó Laura—. Depende de quien juzga. Una vez la señora Stuardo declaró como *deshonroso* que, en mitad del almuerzo, Bryce Billett y yo nos diéramos la mano.

John disimuló como pudo su leve incomodidad.

—No es un gesto que uno esperaría en ese contexto —comentó, como si se estuviese defendiendo de algo que no había dicho.

Laura parecía divertida con su reacción.

—Habíamos hecho una apuesta —le aclaró, en tono inocente—. Es un marino muy engreído y malhumorado, odia a los "estudiosos" porque dice que no realizan un verdadero trabajo. Un día desafió el pronóstico meteorológico del capitán Fitz-Roy, pero yo lo apoyé. Puso un chelín sobre la mesa para presionarme. Es de personas civilizadas que deben cerrar una apuesta con un apretón de manos.

A John le sorprendió la gracia con la que ella había dicho "personas civilizadas" en lugar de "hombres".

—¿Y quién ganó?

—¿Quién cree usted?

Él apartó la mirada y rio.

—Espero que el capitán le haya expresado su agradecimiento por tanta lealtad.

—Me permitió abocetar desde la sala del timón toda la mañana siguiente —dijo ella, triunfante—. Es el lugar con mejor luz de todo el barco, por la

posición e inclinación de los ventanales. Y no se opuso a que conservara el chelín que gané.

El barón no comprendió por qué saber eso le ponía de tan buen humor.

—Tendré en consideración no apostar nunca contra usted.

Laura no sabía si habían pasado cinco, quizá diez segundos, pero se le ocurrió que sostener la mirada del barón Rothschild por tanto tiempo era, sin duda, una impertinencia. Algo al menos impropio.

Volvió a su boceto. Ahora ella misma sonaba en su mente como la señora Stuardo.

—No comprendo cómo puede ocurrir tal desviación del concepto...

—¿Qué concepto?

—Deshonra —pronunció al aire—. ¿En qué momento una sencilla muestra de cortesía o afecto podría transformarse en algo *deshonroso*?

—Hay muchas muestras de afecto —acotó él— y no todas son deshonrosas.

—Ajá, pero ¿*deshonrosas* según quién?

—Según... la sociedad —respondió John, aun cuando sabía que a su interlocutora no la detenían las respuestas vagas.

—Sí, bueno, pero la sociedad cambia —afirmó ella, con tanta tranquilidad y seguridad que él olvidó que debía volver a su postura—. Todo en este planeta está cambiando constantemente. Eso le diría el señor Darwin.

—¿Propone usted, entonces, que algunos gestos o actitudes hoy consideradas *deshonrosas*, mañana ya no lo serán?

Ella asintió con el mentón, suave, sin mirarlo.

—No hasta hace mucho habría sido impensable usted y yo solos conversando en este jardín.

John abrió la boca para replicar, pero refrenó el impulso al revisar rápidamente el espacio presente. Estaban en un lugar abierto donde cualquier persona podía verlos o interrumpirlos. Por lo demás eran, en la más árida de las nomenclaturas, patrón y criada. Sería absurdo que esta se considerase una situación impropia...

... pero ella tenía razón.

—Cuando de adolescente asistí a mi primer baile —recordó él—, las debutantes debían contar con dos chaperones para hablar de cerca con algún joven. ¡Dos! Y solo podían ser familiares o amigos cercanos, no personal de servicio. Sin embargo, en una de las últimas veladas a las que fui por compromiso, me pareció ver que la señorita Roberts parloteaba animadamente con el hijo del vizconde Darth en la mesa de las limonadas, con su madre varios pasos más atrás...

Laura sonrió, aunque contrariada.

—Me da la razón, entonces.

—Comprendo su punto de vista—aceptó a medias—. Efectivamente, algunas cosas cambian, y sepa Dios quién lo decide o por qué.

—Eso también puede preguntárselo al señor Darwin —lo tentó.

—Seguro me dirá que Dios no tiene nada que ver...

—Poco que ver —corrigió Laura, amable—. Una deidad no puede llevarse

todo el crédito.

A John le divirtió pensar qué diría el reverendo O'Mailey, párroco de su condado, si hubiese escuchado esa escandalosa teoría. O su santa madre, sin ir tan lejos.

—Espero que algún día la sociedad cambie lo suficiente como para que una mujer científica no sea signo de espanto para nadie. O una joven sin expectativas de marido —cerró, tratando de olvidar las agrias voces de la tertulia.

El barón se movió inquieto en la silla. No volteó.

—Es cierto, entonces. No planea casarse.

—No es que esté en contra del matrimonio como institución, por cierto —aclaró, cargando el grafito en las líneas que definían hombros y cuello—. Mis padres son la muestra de uno muy exitoso: amor, fidelidad y respeto por la individualidad. Pero son la excepción en la constante. No podré cumplir mis anhelos si me engrillo a la sombra de un hombre.

John recibió lo anterior como una ofensa personal.

—No todos los hombres creemos en la sumisión como requisito nupcial —se defendió.

—Pero una mujer casada, aunque no sumisa, siempre estará subordinada, y yo ya tengo un jefe en el *Beagle*. No quiero otro al llegar a casa.

No se atrevió a mirarlo tras la última palabra dicha. Podía comprender cuánta insolencia impregnó en cada sílaba, pero el silencio le pareció aún más pavoroso que una posible reprimenda, así que decidió proseguir.

—Me hago responsable de la decisión que tomé al escoger el estudio y la ciencia, sabiendo que esa felicidad me alejaría de otras. Este mundo ya es hostil para una mujer que quiera proveer por sí misma... Encontrar a un hombre que respalde eso y además entienda el escarnio social que vivirá por tal apoyo, es doblar la apuesta.

—Un hombre excepcional, sin duda —pronunció él, aún embargado por una molestia que no entendía—. Alguien independiente, sin familia o círculo asfixiante. Sin ataduras.

Ella concordó, suspirando.

—Es más sencillo honrar la libertad de un otro cuando tienes plena conciencia de la tuya.

La reflexión los envolvió en un pesado silencio, pero no duró más de dos minutos, pues Laura terminó por sucumbir a lo que creía que era simple curiosidad. Pero no era *simple*. Esta curiosidad quemaba.

—Y usted... ¿Va a casarse con lady Karina?

Sabía que John podría considerarlo una impertinencia, pero eso no frenó su impulso. Una respuesta positiva no tendría nada de excéntrico, por lo demás. Una viuda que contraía segundas nupcias con el hermano de su marido fallecido era algo común entre la nobleza. Era un tema de apariencias, no mucho de sentimientos. Una familia que se desarma no es una familia de bien.

Pero a Laura le importaba la parte de los sentimientos.

—Quizá.

John no quiso mirarla al responder, y ella asintió en silencio.

—La baronesa es una hermosa mujer, por dentro y por fuera...

—Lo es —aceptó él—. Cualquier hombre sería dichoso a su lado, tal como mi hermano lo fue. Desposarla sería lo correcto de hacer.

Volvió a rodearlos un silencio inusual después de la última sílaba, tanto que Laura no pudo concentrarse en ningún trazo más. De pronto odiaba todo lo que estaba viendo en el lienzo. Era un bosquejo horrible, descentrado, amateur, que no hacía ninguna justicia a la persona que tenía enfrente. Por lo demás, ya había caído el frío de la tarde y lo sentía por la deficiente protección de sus delgadas medias bajo sus zapatos. Mientras, él seguía ahí, inmóvil, mirando los tonos anaranjados del atardecer en los cerros aledaños.

—Sea lo que sea que haga —comenzó de repente, sobresaltándola—, jamás les faltará nada. Protegeré siempre a mi cuñada y mis sobrinas. Proveeré para ellas hasta mi último día.

—Es lo más honorable, sí. Lo correcto.

Por fin volvió a dirigirle la mirada y ella sintió su garganta cerrarse. Era ridículo que reaccionara así. Había tratado con hombres de diversas edades y procedencias todos los días durante tres años... Este hombre no tenía nada de especial. Nada. Nada de nada.

Esperaba que él no le pidiese echar un vistazo al boceto, pues no vería más que un montón de garabatos inconexos de una ilustradora que tenía, al parecer, la mente en cualquier sitio.

John pasó de pensativo a sombrío en un segundo.

—Usted dijo que la clase trabajadora no tiene privilegios, pero por cierto que gozan de uno —apuntó—: se casan por amor. Para nosotros el matrimonio es un... acuerdo bursátil.

—Oh, por favor —se escapó de los labios de Laura, como un susurro.

John pudo notar su gesto de desdén. Desarmó por completo su postura para mirarla a los ojos.

—¿He dicho algo impreciso?

—Impreciso, no. Solo un tanto hipócrita, ¿no le parece?

Dos ideas pasaron raudas por la mente de Laura Villa-Smith: primero, que la raíz etimológica de la palabra *bursátil* provenía del apellido belga Van Der Büersen, familia noble que solía utilizar su castillo como punto de encuentro para grandes transacciones comerciales en el siglo XIV; y segundo, que, por alguna afiebrada razón de la que pronto se arrepentiría, acababa de llamar *hipócrita* al barón de la casa Rothschild.

—¿Cómo dice?

—Su clase es dueña del mundo, literal y figurativamente hablando. ¿De verdad espera que sienta lástima por sus circunstancias?

Cuando pasara y repasara mil veces esta escena en su cabeza esa noche, Laura llegaría también mil veces a la conclusión de que hubiese preferido que él le gritara, la insultara, la despidiese incluso... Cualquier reacción, cualquiera, menos esa sombra de profunda tristeza que cubrió el rostro del británico como una madrugada de vaguada costera.

—Esperaba... empatía, tal vez. ¿Es realmente tan condenable que yo quiera...

sueñe para mi vida, lo mismo que usted quiere para la suya?

Ella no respiró.

—¿Amor?

—Propósito —respondió él, levantándose después y abandonando raudo el jardín, mientras, en el segundo piso de la casona, la silueta de lady Karina Rothschild se alejaba lenta, angustiosamente del marco del ventanal.

XII

20 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

—¿Puedo interrumpirla un momento?

Lady Karina jamás aparecía en mitad de una clase. De hecho, Laura ni siquiera recordaba haberla visto entrar alguna vez a la salita de estudio. Salvo el personal de aseo, únicamente las niñas y su institutriz utilizaban ese espacio en el segundo piso, donde destacaban dos pupitres y una silla de respaldo alto, una pizarra negra con tizas de colores, un globo terráqueo, algunos libros y ventanas protegidas por velos que daban hacia el jardín. Tan extraña fue la interrupción que ni la joven británica ni las niñas se movieron, sin soltar sus plumas, hasta que se volvió a escuchar desde la puerta entreabierta un "¿Puedo?".

—Por supuesto, baronesa —respondió Laura entonces, caminando entre las mellizas y hacia la puerta—. Sigan practicando sus líneas, niñas. Regreso en un minuto.

Karina se alejó por el pasillo sin esperar a la ilustradora. Laura siguió pronto sus pasos y no fue difícil, pues ese rincón de la casa era el más luminoso, dado que terminaba en el imponente solárium de paredes vidriadas. La viuda, en su abultado y distinguido vestido negro, fue hasta ahí y se sentó en una de las poltronas. A juzgar por la huella en los cojines y la taza de té a medio tomar en la mesita, Laura infirió que llevaba al menos un par de horas en el sitio, pues le permitía tomar el sol sin tener que ir al jardín. Bajar y subir escaleras en su estado era claramente un ejercicio muy extenuante e, incluso, peligroso.

—¿Se siente bien, lady Karina? —empezó Laura, preocupada. La blonda mujer era pálida por naturaleza, pero no a este extremo, con los labios también descoloridos y ojeras cada vez más oscuras. Era muy claro que no estaba durmiendo lo suficiente.

—Tengo días y días —respondió ella, evasiva, sosteniendo entre sus manos la taza de agua caliente donde flotaban trozos de hojas de diversos tamaños y colores. Tomó un sorbo—. Por favor, siéntese, señorita Villa-Smith.

La británica escogió la poltrona que quedaba justo a su lado. Tuvo ganas de extender su brazo y tomar las manos de su empleadora, decirle que la tristeza pasaría tarde o temprano, que todo estaría bien. No lo hizo, pues, en su fuero interno, no tenía ni la más remota convicción para emitir esas palabras.

—Soy yo la que debería preguntarle cómo se siente —dijo Karina.

—¿Cómo dice?

—Tras la tertulia —acotó ella, bajando la mirada—. Siento que todo lo que sucedió fue mi culpa. Yo la presioné para asistir.

—Oh no, por favor —reaccionó Laura, sentada ahora al borde de la silla—. No diga eso. Fue una noche difícil, sí, pero usted no es responsable por los dichos de sus invitados o de ningún otro individuo que no sea usted misma.

La baronesa Rothschild buscó los ojos de la británica. Había tristeza, pánico y determinación en los suyos.

—Me alegra que diga eso —confesó, con una sonrisa débil—, pues no hay ningún otro responsable más que yo misma por lo que estoy a punto de decir.

La curiosidad de Laura se encendió como una antorcha, igual que su intuición. La mujer dejó su taza a un lado, puso sus manos bajo su vientre abultado y se reacomodó, apoyando su espalda contra el respaldo.

—Dígame. ¿Puedo hablarle con franqueza?

—Siempre —respondió la ilustradora de inmediato.

Entonces su voz se quebró.

—Tengo miedo.

Laura sintió que esa escena ya la había vivido. Recordó que fue esa la misma primera frase que escuchó de ella cuando se conocieron a fines de julio, en la ruidosa oficina del cónsul de Inglaterra. La baronesa tenía miedo entonces y seguía teniéndolo, aunque la británica no sabía exactamente por qué.

—¿Por su bebé?

—Por todos mis hijos —murmuró—. Por el futuro que viene tan rápido, y para el que no creo que esté preparada.

—Claramente no estoy viendo lo que usted ve —admitió la joven—, así que ayúdeme a entender... qué es lo aterrador en su futuro...

—El abandono —dijo la noble rusa, casi sin respirar—. La pobreza. El olvido.

—¿El olvido? —se extrañó Laura.

Karina volvió a bajar la mirada. No ganaba nada con darle rodeos.

—El nuevo barón debe escoger esposa muy pronto —explicó—. Es su obligación contraer matrimonio y producir cuanto antes un heredero... y cuando eso suceda, mis niñas y yo perderemos toda reclamación, todo derecho. Estaremos a la deriva.

—No diga eso —pidió la ilustradora, ahora sí preocupada de verdad—. Eso no sucederá. Lord Rothschild jamás lo permitiría.

—No directamente... pero una vez casado, estaremos a merced de las decisiones de la nueva baronesa... y usted sabe lo que eso significa.

Laura podía no pertenecer a la nobleza ni tener mucha experiencia en el trato con dicha clase, pero había ciertas cuestiones de la dinámica social que eran bien conocidas por cualquiera, sobre todo las que involucraban dinero. Hasta las familias más unidas y aparentemente amorosas se habían destruido en segundos tras la lectura de un testamento, un matrimonio desventajoso o con el descubrimiento de un familiar que no tenían contemplado en el árbol de descendientes. El empleador de su madre por años, conde de St. Austell, tenía cinco hijas de cinco madres diferentes, todas fallecidas por causas naturales, y como por ley ninguna de las jovencitas podía ser heredera, la angustia por

encontrar pronto un marido era desoladora, aunque ninguna de ellas cumplía siquiera los dieciséis. Sabían que cuando su padre muriera y la fortuna pasara al siguiente hombre en línea —un primo lejano que ya pululaba de vez en cuando, como ave de rapiña—, todas ellas quedarían en la calle, pues perdían todo derecho y quedarían sujetas a la *buena voluntad* del nuevo conde. El asunto es que, entre nobles, nadie confiaba en la buena voluntad de nadie. No solo se había naturalizado la desconfianza, sino también la traición. Las promesas eran ligeras como pluma de ganso y deshojables como una margarita.

—Sé lo que significa —contestó Laura, incómoda—, pero aún así pienso que no debe descorazonarse tan pronto. El barón es un hombre sensato y no toma a la ligera sus decisiones.

—Lo sé —concordó—. Por eso creo que hay una luz de esperanza.

—¿Lo ve? No hay por qué temer, estoy segura de que él igualmente les permitirá seguir en...

—Por improbable que parezca, John podría decidir desposarme.

La británica fingió que se había soltado una de sus horquillas en su sien derecha, para así jugar con sus rizos y disimular su repentino dolor de estómago.

—¿Ah, sí? —atinó a responder.

Karina subió y bajó el mentón en movimientos cortos, como si temblara.

—A su edad, John ya ha rechazado muchas pretendientes. En la tertulia no mostró el más mínimo interés por la señorita Gibbs o la hija del cónsul Flindt. A Craig le preocupaba su vida tan solitaria... y, bueno, las habladurías. A través de amigos y conocidos supimos que incluso se decía que él era... era... —titubeó. Le complicaba tanto esa imagen mental que no pudo pronunciarlo, así que en su lugar dijo—: Que no disfrutaba necesariamente de la compañía de mujeres.

Laura dejó su rizada trenza en paz y alzó la mirada. Eso sí que no lo esperaba.

—Optar por una vida en solitario bien puede significar solo eso: que la compañía que más se disfruta es la de *uno mismo* —lo defendió la joven. Tomando en consideración aquellos términos, Laura en sí también podría ser objeto de semejantes habladurías, aunque lo común era que a las mujeres que llegaban solteras a cierta edad simplemente se les considerara inadecuadas o adefesias, no inclinadas a la atracción por su mismo sexo. Ese era un escándalo monopolizado por hombres.

—Tiendo a suponer lo mismo que usted —coincidió la baronesa, en parte aliviada—. En cualquier caso, y por la razón que sea, pienso que John se casará únicamente si un buen motivo lo presiona a hacerlo.

—Su título...

Karina negó, esta vez con ilusión en la mirada.

—Su lealtad a Craig.

La ilustradora abrió la boca para responder, pero ningún sonido salió de ella. De todos los motivos posibles, en su opinión ese era quizá uno de los más tristes y reprochables, peor que un *acuerdo bursátil*. Hasta un "Por mi belleza" lo hubiese considerado más digno. Sintió molestia y lástima a la vez, y sin decidirse en su mente por las palabras adecuadas, Karina continuó, con el remate que

había estado rumiando desde que se sentó con ella en ese solárium:

—Incluso si no puedo darle un heredero, él podría casarse conmigo. Sé que lo haría... A menos que... surja algún... obstáculo inesperado.

Ambas mujeres se miraron en tenso silencio. No se escuchaba afuera ni jilgueros ni zorzales. Ningún espacio de la casa crujía. Hasta los criados parecían haber desaparecido.

—Un *obstáculo* —repitió Laura—. Un obstáculo como...

Lady Karina apretó los labios e inspiró.

—¿Ha sucedido algo entre usted y John que yo deba saber?

Eso era. Por supuesto. Debió suponerlo.

—No sé de qué está hablando —respondió la británica, tratando de sonar sincera. Una parte de ella quería permanecer cándida, ciega...

—No soy una necia —dijo la baronesa, incómoda—. Quizá no lo parece, pero soy tan observadora como usted.

—No conozco mujer que no lo sea —mencionó Laura, sintiendo la presión.

Karina no aflojaría tan rápido.

—He notado cómo se miran, como él la mira a usted, como si usted fuese... como si...

Tuvo que interrumpirla.

—No puede ser que usted honestamente crea que alguien como yo pudiese ser su amenaza —se sorprendió.

—Pero lo es —insistió Karina, con algo de angustia en su voz—. ¿Acostumbra a tenerse en tan baja estima?

—No, no es eso. Me refiero a que...

—John no es exactamente un liberal, lo sé, pero valora más el coraje o el intelecto que la belleza, y esos son terrenos en los que no puedo competir...

—Y ahora es usted quien se tiene en baja estima —le enrostró.

La noble rusa suspiró.

—Lo que quiero decir es... ¿Puede asegurarme de que nada ha ocurrido entre ustedes?

"Nada" era un sustantivo muy amplio de interpretar. Laura pensó en qué gestos o situaciones recientes podrían desafiar ese "nada", pero claramente la viuda se refería a aquellos clásicos de connotación más íntima. A Karina no le importaría una que otra conversación sin ninguna otra persona presente, aunque eso, para Laura, tuviese más valor que quitarse la ropa.

—Se lo aseguro.

Lady Karina asintió. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Ninguna oferta de ningún tipo? —porfió, acariciando de forma inconsciente el anillo Rothschild de rubí en su anular derecho.

—Ninguna.

Con una mano sobre su vientre, estiró la otra para tomar la mano de Laura. Ella saltó levemente. Fue como recoger una brasa ardiendo.

—¿Y puede prometerme que, si alguna oferta llegase a presentarse de parte del barón, usted no la tomaría?

La aludida sintió un peso extraño en su pecho. Su corazón latía muy fuerte.

También sentía lágrimas comenzando a agolparse.

—Le prometo, baronesa —pronunció, tan calmada como le fue posible fingir—, que en los primeros días de noviembre embarcaré en el HMS *Beagle* y dejaré Valparaíso para siempre.

Y entonces Karina, sonriendo, comenzó a llorar.

Casi inmediatamente, Laura pidió el permiso de la baronesa para retirarse. Algo la ahogaba por dentro y necesitaba salir de ahí lo antes posible. Necesitaba correr, huir, la ilusión de huir, porque no podía escapar de sí misma. Correr a donde fuese.

Hizo una reverencia y se alejó, mirándose los zapatos. Los listones de madera en el pasillo no se acababan nunca y hacían eterno el camino hacia la escalera... Porque no regresaría con las niñas, no aún. Daría una vuelta larga a la hacienda, caminaría hasta la plantación de naranjos, ayudaría al señor Pereyra en la caballeriza, pasaría a acariciar a Cinny y Clove, todo con tal de no pensar en...

Apenas puso su mano en la baranda de madera para bajar el primer escalón, escuchó un distintivo gemido tras de sí. Por estar ensimismada en el ruido de su propia cabeza, no volteó tan rápido como hubiese querido ni reaccionó con la celeridad que se esperaría de un adulto alerta. De una mujer alerta en presencia de una embarazada.

Al tercer gemido, Laura corrió, ahora de regreso.

Karina estaba casi cayéndose de su silla, encorvada de dolor. Arrugando la frente, se tomaba el vientre con ambas manos.

—¡Señora Fontanarrosa! ¡Virginia! ¡Penny!

—Mi bebé... —lloraba, apretando la mandíbula—. Mi bebé, Laura...

—No hable, no se agite —le pidió, angustiada—. ¿Puede caminar? Apóyese en mí...

Puso el brazo derecho de Karina tras su cuello y la tomó por la cintura para ayudarla a levantarse. Estaba muy débil. Aunque fuese a pasos cortos y arrastrados, tenía que llegar a su habitación, pero sentía que la baronesa pesaba una tonelada y no lo lograría sin ayuda...

Cuando tomaba aire para gritar de nuevo por las criadas, John apareció. No había escuchado sus pisadas ni su voz; apareció ahí, de repente, a centímetros de su rostro, compartiendo el pánico de las dos mujeres y preocupado por sostener el cuerpo de su cuñada por el lado izquierdo.

—¡Baronesa! —exclamó la señora Fontanarrosa, justo a tiempo para abrir las dos puertas de la recámara y así John y Laura pudiesen entrar junto a Karina con cierta holgura. La dejaron sentada sobre la cama, y un segundo después Virginia y Etelvina aflojaban su vestido, levantándole los pies para recostarla.

—Qué está sucediendo —se angustió John, alejándose de la cama y buscando la mirada de Laura por respuestas. Ella no tenía ninguna, pero, junto a ellos, el ama de llaves se persignó y comenzó un avemaría.

Esa podía ser una.

—Lord Rothschild, por favor, hay que llevarla al hospital —pidió Virginia, asustada, entre los gritos de dolor de la baronesa.

—¡Beckett! ¡Beckett, ayúdame a cargarla!

—No hay médico, milord —lloró la señora Fontanarrosa, con los ojos cerrados y sus manos entrelazadas frente al lecho de su patrona—. No hay un solo médico en Valparaíso...

Laura, observante del caos con el cuerpo pegado a la pared y la mente difusa, sintió que su propia taquicardia le daba una pista. Una señal.

—Sí hay uno —susurró—. ¡Sí hay uno!

—¡Señorita Villa-Smith!

Salió de la habitación a tropezones. Alisa y Fedora, muy alarmadas, se cruzaron con ella como en una estampida, pero las esquivó con rapidez y sin pensar. Ni siquiera había terminado de bajar las escaleras cuando empezó a gritar por el cochero, y en el vestíbulo lo vio, con su usual uniforme oscuro y su sombrero en la mano.

—Nicomedes, llévame al muelle —rogó Laura—. ¡Ahora!

XIII

20 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

El cirujano en jefe del HMS *Beagle*, Benjamin Bynoe, entregó su abrigo y sombrero a Beckett antes de subir la escalera. Se apresuró tras Laura. Los pasos golpeando la madera alertaron inmediatamente a John, quien salió al pasillo, no esperando encontrarse con un elegante hombre de su edad portando un maletín de armazón de madera forrado en cuero ennegrecido. Había algo amable en la forma almendrada de sus ojos.

La ilustradora se ubicó entre ellos.

—Lord Rothschild, él es el doctor Bynoe, nuestro cirujano a bordo —le explicó con apremio—. Por favor, permítale revisar a la baronesa.

El noble bajó los hombros con alivio.

—Por supuesto, por supuesto...

—A su servicio, milord —se inclinó el médico en un gesto rápido, entrando luego a la habitación.

—¿Requiere estar a solas?

Bynoe apuntó a Virginia.

—Una sola asistencia es suficiente —aseguró. La señora Fontanarrosa y Etelvina salieron en seguida, también las niñas, quedándose en el pasillo junto a Laura. Antes de cerrar la puerta, el doctor miró a John—. Necesito su autorización para examinar a la baronesa.

—Ya le dije que por supuesto que...

—No, me refiero a... *examinarla* —enfatizó, bajando ligeramente la mirada para volver a subirla. El barón comprendió en el acto.

—Por favor, haga todo lo que ella le permita realizar.

Bynoe no necesitaba más directrices. Entonces cerró la puerta, dejando en el pasillo un súbito y abrumador silencio que, segundos después, se quebró con el sollozo de Fedora.

Laura la abrazó. Alisa estaba a punto de llorar también.

—Etelvina, por favor... —murmuró el ama de llaves—. Acompañe a las niñas a la cocina. Un poco de cacao caliente les hará bien.

—Vaya usted también —pidió John, sin fuerzas para subir la mirada o la voz —. Señorita Villa-Smith, quédese.

Nadie protestó o lo contradijo. Las mujeres guiaron a las mellizas escalera

abajo, y cuando la última pisada dejó de crujir, el barón se derrumbó.

Apoyó su espalda en la pared del pasillo frente a la habitación de Karina y deslizó su cuerpo hasta sentarse en el suelo. Laura, sin pensarlo demasiado, se sentó junto a él. No sabía si seguía enfadado con ella después de su última conversación, o quizá jamás estuvo molesto del todo, pero tomó el riesgo.

—El bebé no puede morir —balbuceó—. Es el último trozo de Craig en el mundo.

Al único hombre que había visto llorar así era a su padre, Carlos Alfonso Villa. Lloró un día completo aferrado al ataúd de su madre, muerta por una falla al corazón una semana antes de que Laura abordara el *Beagle*. Se requirió de tres hombres para sacarlo de ahí y dar paso a la sepultura.

Solo un hombre muy seguro de sí mismo se permitiría tal fragilidad frente a una mujer, pensó. O uno abrumado por el sufrimiento.

—Aún no sabemos qué ocurre —trató de tranquilizarlo, aguantando sus propias lágrimas—. Podría ser cualquier cosa...

—Ambos vimos a la señora Fontanarrosa —dijo, con la vista en el piso—. Ese oscuro autodominio... Esa resignación ante lo inevitable, como si ya lo hubiese atestiguado antes. Cinco veces antes.

No quería creerlo, pero él tenía razón.

Laura movió su mano, como si quisiera tocarlo. Se regañó a sí misma y se detuvo a tiempo, pero alcanzó a rozar la manga de su camisa.

Él lo notó.

—No tendré hijos, no creo que suceda, pero hay algo universal en la comprensión del dolor frente a la pérdida de uno —confesó, conmovida—. Ver morir a nuestros padres, incluso a un hermano, lo aprendemos como parte de la lógica de la vida. Es un dolor que, con el tiempo, pasa. Ver morir a un hijo... es simplemente antinatura. Es un contrasentido, y, sin sentido, no hay dolor que se logre superar.

John asintió apenas. Entonces buscó la mano de Laura, sin darle tiempo para huir. Simplemente se quedó ahí, con la vista fija en sus dedos, en los suyos...

La puerta de la habitación se abrió lentamente, dando tiempo para que John secara su rostro en dos manotazos y ambos se reincorporaran al momento en que la silueta del doctor se mostró a contraluz. Tenía la chaqueta colgada en el antebrazo y su camisa aún arremangada. Virginia apareció tras él, afligida, llevando un bulto de sábanas con rastros rojizos. No levantó la mirada al salir al pasillo y corrió escalera abajo.

Benjamin Bynoe se acercó a John y apretó los labios.

—Lady Karina está bien... por ahora —dudó, pero con algo de alivio—. Ella y el bebé están bien.

En cualquier otra circunstancia y compañía, John quizá lo habría abrazado.

—¿Qué sucedió?

—No está muy claro —empezó, cauteloso—, si bien el historial de la baronesa es consistente con embarazos frágiles, lamentablemente. Este ya va muy avanzado, sin embargo... Una pérdida a los casi ocho meses es en extremo inusual —advirtió, y Laura captó en su tono un aire más desconfiado que

pensativo—. Mi recomendación es reposo obligatorio y estricto hasta el alumbramiento.

El barón hizo un gesto de acuerdo y pasó junto al doctor para asomarse a la habitación. Karina dormía.

—Cualquier instrucción o consejo adicional, por favor, dígalo —pidió Laura.

Bynoe movió la cabeza.

—Le he dado láudano para ayudarla a dormir. Puedo dejarles un pequeño frasco... Con algunas gotas en medio vaso de agua es suficiente —aclaró—. Dieta blanda también es lo ideal: compota de fruta cocida, avena con leche... ¿Tienen *mote*?

—¿Mote? —se sorprendió Laura.

—Lo probé la semana pasada. Maravilloso descubrimiento —dijo el británico, intentando sonreír—. Es un tipo de maíz americano que al cocerlo queda muy suave y blando. Pueden agregarlo a la lista sin problema.

—Se lo diré a la señora Carrasco.

—No sé cómo agradecerle —moduló John, luego de cerrar cuidadosamente la puerta de la habitación para no despertar a Karina—. Cayó del cielo para nosotros.

—Debería agradecer a la señorita Villa-Smith —le dijo, cálido—. Si ella no estuviese empleada aquí, yo jamás habría podido ayudar.

Se sonrieron.

—No quisiera abusar de su tiempo, pero... ¿Puedo ofrecerle un té? Tenemos té inglés.

—En miras de la tensión reciente, aceptaría su ofrecimiento si fuese algo más... *fuerte,* milord.

—¿Whisky?

—Whisky —confirmó—. Hay un par de cosas más que quiero comentarle antes de irme.

Apenas entraron al despacho, John caminó hasta la esquina cerca del ventanal, donde en una mesa alta de ébano había tres botellas con diferentes licores. Ya que él mismo no tocaba ninguno, disfrutaba cada oportunidad para compartirlo con otros.

Sirvió un vaso ancho hasta la mitad y lo extendió al doctor, quien ya se había sentado en una de las sillas frente al escritorio. Dejó su maletín en el suelo.

—¿Y para usted? —miró John a Laura.

Ella también se sentó.

—No diré que no a un poco de brandy.

Un minuto después tenía en su mano dos dedos de licor en una copa de tallo corto. Ambos compañeros del *Beagle* bebieron en silencio, mientras el barón seguía de pie junto al ventanal. Procesar emociones ya era suficientemente ruidoso en su interior.

—Fue una buena decisión no llevarla al hospital San José —dijo Bynoe de pronto—, pues están con un brote de disentería... Pestilencia a toda la redonda. Además, y como consejo para la posteridad, jamás se debe exponer a una embarazada a movimientos muy bruscos como los de un carruaje bajando un

cerro —explicó, serio—. Eviten cualquier traslado a toda costa. Como dije, reposo absoluto.

—Así lo haremos, doctor —le aseguró Laura.

—Entendido, y gracias —dijo John.

Entonces Bynoe aprovechó el momento.

—¿Puedo expresarle una última inquietud, milord?

—Por supuesto.

Benjamin titubeó antes de empezar, lo que obviamente alertó al noble. Se acercó al escritorio para escucharlo de cerca.

—En el camino hasta acá, la señorita Villa-Smith me puso al corriente sobre algunos aspectos y... bueno, me preocupa no solo el bienestar físico de la baronesa, sino también el anímico...

John secundó.

—Sí, su melancolía es muy profunda...

—Ajá, pero me refiero a algo más allá del luto por su esposo —apuntó, y ante el rostro curioso del dueño de casa, optó por ser honesto—. Corríjame, pero entiendo que, aun cuando quedan pocas semanas, todavía no se ha dispuesto de una guardería en la hacienda.

John abrió los ojos al máximo, pero desvió la mirada. Se dio cuenta de que no había pensado antes en aquello. Los ingleses siempre disponían de guarderías —pequeñas salas especialmente acondicionadas para el cuidado de lactantes— y niñeras para sus hijos hasta los cuatro o cinco años; sin embargo, era cierto: en Bluebells no había ninguna. Laura lo había notado a los pocos días de su arribo, pero no lo comentó con nadie... hasta que creyó importante decírselo al doctor Bynoe. Él pensó que quizá los Rothschild habían adoptado la tradición chilena de mantener la cuna en la habitación de la madre, al menos durante los primeros doce meses. No obstante, ese tampoco era el caso: Benjamin buscó por toda la recámara y no encontró ni cuna ni canastilla de pañales ni ajuares de algodón. No había indicio alguno de que esa fuese la habitación de una mujer adinerada a punto de tener un hijo.

El barón buscó confirmación en un gesto de Laura, y ella asintió.

—Puede que tenga razón, doctor Bynoe —le concedió él—, y si así fuese, podría llamar a la señora Fontanarrosa para que nos dé una explicación, aunque no estoy seguro de que sea satisfactoria. ¿Tiene usted su propia teoría?

Benjamin suspiró casi imperceptiblemente.

—Poseo un cuanto de experiencia en... asuntos de la *mente* —indicó, no tan seguro de cómo sería recibida esa información sobre su persona—, así que mi observación y consejo siguiente remitirá más a lo intangible que a lo físico. Quiero dárselo como médico, pero, ante todo, como científico.

Benjamin Bynoe era un observador nato. Si bien su campo era la medicina, su curiosidad infinita lo hizo acompañar al señor Darwin en varias de sus excursiones a lo largo del viaje. Tenía también una memoria privilegiada, por lo que el naturalista aprendió prontamente a describir su tren de pensamiento en voz alta cuando estuviese con él. Confiaba en él. Sabía que después, si olvidaba algo para incorporar a sus notas, podría preguntárselo al doctor. Bynoe había

sido sin duda una óptima adición al *Beagle* —como asistente de cirujano, pero rápidamente ascendido a cirujano en jefe cuando Robert McCormick abandonó la expedición— y era muy respetado por la tripulación.

Especialmente por el capitán Fitz-Roy.

Durante la primera expedición del *Beagle* ocurrió un hecho trágico: su capitán, Pringle Stokes, intentó suicidarse en agosto de 1828 con un disparo en la sien, con tan mala puntería que falleció tras una agonía de doce días. Para ese entonces Robert Fitz-Roy era su mano derecha, con tan solo veintitrés años. Después de tanto tiempo cualquiera diría que aquello ya sería asunto superado y olvidado, pero no para el ahora capitán de la segunda expedición. Las pesadillas lo atormentaban hasta hoy. Sus fluctuaciones de ánimo eran evidentes, todos en cubierta lo habían notado, y él mismo había confiado al doctor que temía desmoralizarse a tal punto de correr la misma suerte que su antecesor. Desde entonces Bynoe había tomado como un desafío personal la observación y teorización de los *pesares de la mente*, como él les llamaba, manteniendo una bitácora detallada de los síntomas del capitán, así como de algunos intentos de cura, con la esperanza de que el conocimiento médico también pudiese servir para esa área de la vida que no se ve, que no se puede corregir con un cabestrillo o unas puntadas, pero que necesita diagnóstico y tratamiento como cualquier enfermedad.

—Es posible, milord, que lady Karina haya eludido preparar el recibimiento de su bebé pues no confía en que su embarazo llegue a término... con fundamentadas razones —explicó, empático—, pero también es posible... hay una pequeña, pero no rara posibilidad... de que, justamente, debido a su tristeza extrema por la pérdida de su esposo y sus embarazos fallidos... —hizo una pausa tensa y continuó—: ella misma busque terminar su embarazo.

John y Laura se desfiguraron al mismo tiempo. Benjamin tomó otro sorbo de whisky, inquieto.

—Es imposible —negó John, entre asustado y molesto—. Karina jamás sería capaz de...

—Es una remota posibilidad, pero considérelo —le pidió, y lo dijo con tal seriedad que el barón no pudo obviarlo—. Los síntomas de la baronesa, en mi opinión, concuerdan más con una intoxicación que con un aborto espontáneo, pero cualquier instancia que violente el cuerpo de la madre, repercutirá irremediablemente en su hijo...

—Lo entiendo, sí —dijo, con la mirada en el suelo—. Simplemente me niego a creer que algo así esté sucediendo...

—No digo que eso *esté* sucediendo, pero le pido que extremen los cuidados, sobre todo en cuanto a lo que lady Karina ingiere y, por supuesto, la vigilancia. Si puede disponer de una doncella para que esté a su lado día y noche hasta el parto, no será en vano.

—Virginia es su doncella —le mencionó Laura, aún agitada por lo que estaba escuchando—, pero con la llegada del barón y su madre, la baronesa la envió a suplir otras labores para apoyar al resto del personal. Cuenta con su entera confianza, así que es la persona indicada.

—Es una buena idea —agradeció el noble—. Hablaré con ella sobre sus nuevas instrucciones... Y ya he enviado un requerimiento al doctor William C. Blest, un obstetra irlandés muy recomendado, para que venga a Valparaíso y se ocupe del alumbramiento. También pagaré el jornal de una partera del hospital San José para que preste asistencia. No escatimaré en precauciones, se lo aseguro. Aún no obtengo respuesta del médico, pero espero que acepte y llegue a la hacienda para mediados de noviembre.

—Estaré encantado de intercambiar detalles con el doctor Blest apenas arribe. Laura sabe dónde encontrarme —y añadió con desazón—; espero que la baronesa resista hasta esa fecha.

Laura bebió el resto de su brandy de un trago. La intensidad de los eventos la tenía aturdida y no sabía cómo abordaría a lady Karina la próxima vez que la viera. ¿Se atrevería a preguntarle directamente si estaba atentando contra sí misma? ¿Aceptaría su ayuda si se la ofreciera? ¿Puede la aflicción más profunda llevarte a boicotear tu propia felicidad?

Benjamin acomodó su chaqueta y tomó su maletín. Ya estaba en el umbral del despacho cuando John lo detuvo.

—Doctor, no me ha dicho cuánto le debo por sus servicios.

Sobre eso Bynoe sí se permitió sonreír.

—Ni un penique, milord —respondió—. Mis servicios son saldados enteramente por Su Majestad el rey William IV hasta nuestro regreso a Inglaterra, así que puede considerar mi visita como una cortesía de la corona hacia la baronía Rothschild.

El barón no estaba satisfecho.

—No me dejará insistir, presumo —le dijo, aunque en tono ligero, mientras caminaban por el vestíbulo hacia la puerta principal. El médico volvió a negar con la cabeza, casi divertido, recibiendo su sombrero de parte de Beckett—. O quizá, si usted no quiere el dinero, alguien más de la tripulación puede necesitarlo. Sé que la mayoría no recibe paga alguna por sus labores.

Benjamin miró a Laura con un gesto de reprimenda, pero ella le dedicó una mueca inocente. No tenía por qué ser un gran secreto para el resto de la sociedad que la plana científica del *Beagle* estaba ahí de forma voluntaria; le parecía valioso que se supiese y discutiese.

—Aprecio su interés —agradeció el médico, cruzando la puerta y deteniéndose en el porche—, pero aun cuando aceptase, no sabría a quién de mis decenas de compañeros sería justo entregar su desinteresado aporte. No quisiese ensuciar mi relación con ninguno.

—Sabia decisión —comentó Laura, sonriéndole.

—En cualquier caso, si en algo sí estamos en necesidad... es de entretención. Todavía quedan semanas para zarpar y temo por la sanidad anímica de la tripulación. Si en algún momento se le ocurre cómo distraer a sesenta hombres ansiosos y aburridos, seré todo oídos.

Se puso su sombrero, se inclinó hacia el barón y luego hacia la ilustradora, despidiéndose con cariño. Les dio la espalda para caminar sobre la gravilla hacia el carruaje, donde Nicomedes lo esperaba.

—¿Lee usted, doctor?

John no se había dado por vencido. Tuvo una idea fugaz y no quiso guardársela en el bolsillo.

Benjamin volteó antes de subir al carro.

—Claro que leo...

—Me refiero a algo más que el último ensayo de Lavoisier —acotó, tratando de permanecer calmado ante el gesto divertidamente ofendido de Laura—. A literatura.

—¿Ficción? —reaccionó Bynoe, pensando—. No regularmente, pero me interesa. ¿Qué tiene en mente?

Lord Rothschild puso sus manos en las caderas y sonrió.

—Mi hermano armó con los años una seductora biblioteca. Era un gran aficionado a las historias de todo tipo: drama, romance, aventuras, misterio... Sé que él querría que esos libros tuviesen un mejor uso en lugar de un descanso impertérrito entre el polvo —le aseguró.

El doctor asintió varias veces.

—Es una idea interesante, creo que puede funcionar entre mis compañeros —consideró, contento por la posibilidad.

—Deme un par de días para seleccionar algunos títulos y le haré llegar los ejemplares.

—Desde ya se lo agradezco, milord. Cuando envíe a alguno de sus criados al muelle, dígale que pregunte por el capitán Fitz-Roy. Espero que no acaparen todas las novelas en mi ausencia.

Laura frunció el ceño.

—¿Ausencia? ¿A dónde irá, doctor?

Benjamin Bynoe ya tenía un pie en la escalerilla cuando escuchó la voz de Laura. Bajó la mirada y los hombros cuando volteó hacia ella, arrepentido de haber dicho su última frase.

Ella se alertó. No tenía buena pinta.

—No había querido decirle para no preocuparla, pero... el señor Darwin está muy enfermo.

—¿Qué?

—Como sabe, él ha estado en trabajo de campo desde julio. Tenía intención de llegar hasta Mendoza... Pero hace dos semanas regresó a Valparaíso, Covington lo trajo casi arrastrándose. Lo tenemos aislado en casa de Richard Henry Corfield, un comerciante naviero que nos ofreció su ayuda.

La británica cubrió su boca con una mano, muy afectada. John se le acercó, también preocupado.

—¿Cuál es su diagnóstico?

—Fiebre tifoidea —señaló el doctor, adquiriendo un repentino halo sombrío —. El capitán me ha autorizado para revisar su condición cada dos días. Lo estamos estabilizando con calomel.

—¿Calomel? —repitió el barón, interesado.

—Cloruro de mercurio. Lamentablemente hemos debido racionar las dosis, pues es difícil de conseguir en Chile. Don Arturo Monsalve, el boticario, no

parece muy inclinado a apurar la reposición si no hay monedas extra sobre la mesa.

John movió la cabeza, pensando. Laura, a su lado, trató de calmarse.

—¿Qué puedo hacer? Ben, dime qué hacer...

—No se preocupe —le habló con cariño, aunque entendía la gravedad de lo que estaba diciendo—. Saldrá de esta como ha salido de tantas otras. Ya sabe cómo es. Desde la cama sigue escribiendo y dando órdenes y estudiando fósiles como si nada pasara. Hasta se las ha arreglado para que Covington despache documentos y dos cajas llenas de huesos y piedras hacia Inglaterra.

Syms Covington era un joven grumete del *Beagle*, violinista en sus tiempos libres, quien era el asistente más cercano a Darwin (y el único al que podía pagarle). El naturalista solía bromear con que privilegiaba su ayuda en terreno, pues, como era muy apuesto, a donde fueran encontraban una inusitada hospitalidad, con las señoras abriendo sus casas y sus patios y sus cocinas para ellos. No ilustraba un carajo, eso sí, y ese problema caía siempre en hombros de Laura, quien luego debía dibujar a ciegas.

—Estaremos atentos a su evolución —dijo John—. Por favor, envíenos noticias periódicamente.

—Lo haré —prometió el doctor, haciendo un último gesto con su sombrero hacia la británica y entrando al carruaje. Sin moverse, el barón y ella lo siguieron con la mirada mientras se perdía colina abajo.

Silenciosas, algunas lágrimas cayeron por las mejillas de Laura al tiempo que seguía con la mirada perdida. John, aunque comprensivo, sintió algo muy parecido a los celos.

—Estoy seguro de que se recuperará —susurró.

—Que así sea, pues no puede abandonarme aquí —pronunció ella, con ese tipo de furia que en realidad solo es tristeza torpe—. Es el corazón de esta expedición... Y sí, el *Beagle* podría continuar sin él, otro naturalista puede tomar su lugar, pero el capitán no querrá hacerlo. La mitad de la tripulación se negará. Sería un desastre mayúsculo —vaticinó. Entonces volteó hacia John, angustiada de verdad—. Más le vale que salga de esa cama. Me hizo una promesa, y no regresaré a Inglaterra sin él.

XIV

26 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Virginia fue la más feliz de poder regresar a su antiguo puesto de doncella. No es que no le gustara realizar otras labores con el resto del personal —había descubierto que tenía cierto talento para la costura, ayudando a Etelvina a ajustar los vestidos de las niñas—, pero ser la sombra de lady Karina le daba otro nivel de satisfacción. Había llegado a Bluebells como una adolescente huérfana que buscaba sobrevivir, y no solo había sobrevivido, sino que había encontrado una familia. Sentía por la baronesa un cariño parecido al que, suponía, se tendría por una madre, y que lord Rothschild le asignara la importante misión de cuidarla hasta el alumbramiento la llenó de felicidad. Únicamente ella podía entrar y salir de su cuarto, preparar su baño y sus comidas, hasta supervisar su sueño. Y se tomó su misión muy en serio.

Karina, contra todo pronóstico, se dejó querer. No protestó cuando le explicaron que debía hacer reposo estricto y agradeció recuperar la disposición total de su criada. Incluso había vuelto a tomar mate, aprovechando que lady Brigitte ya casi no pisaba la hacienda debido a su agitada agenda aristocrática. Al tercer día estaba tan animada que hasta llamó a la señora Carrasco para que le contase qué delicias inventaría para su dieta blanda. Las niñas jugaban a las muñecas sobre su cama y se turnaban para poner un oído sobre su vientre, atentas al movimiento del bebé. Había rubor natural en sus mejillas.

John y Laura la observaron de cerca esa semana y agradecían cada pequeño signo de recuperación. La ilustradora sentía una gran admiración por el doctor Bynoe y no tenía duda de su talento ni de su amplio conocimiento, pero pensaba que quizá esta vez estaba equivocado. No había forma de que esa bella mujer, suave en sus maneras y devota de sus hijas, pudiese querer terminar su embarazo antes de tiempo. Es cierto que a veces la tristeza se esconde detrás de las sonrisas, que las verdaderas intenciones duermen bajo actos contradictorios, pero las presunciones de Benjamin no tenían sentido...

Otros que estaban aprovechando (y disfrutando) la ausencia de lady Brigitte eran Cinnamon y Clove. Ni ella ni Penny estaban en la hacienda durante buena parte del día, por lo que John tomó el riesgo de sacar a los bullmastiff de su corral y dejarlos libres en el jardín la mayor cantidad de horas posibles. Luego volvía a encerrarlos al anochecer. Llevaban seis días de cero incidentes y mil

millones de caricias. Aunque el resto de los criados había desarrollado respeto y distancia por esos enormes perros, sus actitudes juguetonas de cachorros les alegraban la jornada. Una tarde saltaron a la fuente y las niñas empaparon sus vestidos al perseguirlos. Incluso Laura y Beckett recibieron salpicones. John simplemente reía desde la terraza.

Y seguía cocinando en las noches. Creyó que el intento fallido en la tertulia le arrebataría las ganas, pero como todos a su alrededor al parecer habían decidido, por pudor o precaución, ignorar lo ocurrido —ni siquiera Beckett le hizo algún comentario posterior, menos Karina—, usó el silencio como motor de su persistencia. Sabía que tenía, al menos, una aliada en el camino...

Como una forma de animar a Laura luego de la noticia sobre el señor Darwin —tras una semana ya habían recibido al menos dos notas de Benjamin Bynoe comunicando que el naturalista seguía estable y esperaban que pronto fuera de peligro. Al menos el boticario les había enviado sorpresivamente varios frascos de calomel, lo que daba para estar optimistas—, al atardecer de ese mismo día preparó algo para ella. Antes de que subiese a su habitación para dormir, un lacayo le dio un críptico mensaje: "Bajo la flor de luna". Ni él mismo sabía qué estaba diciendo, alegando que esas eran las palabras exactas del barón y que claramente no le había dado mayores explicaciones. Laura no las necesitaba. Tomó su candil y caminó rápido hacia el invernadero. ¿Estaría él esperándola ahí? ¿Por qué? Sentía los latidos de su corazón en la garganta. Entró al gran espacio vidriado, expectante, pero no encontró a nadie. Iluminó cada esquina y no vio nada inusual. Al llegar hasta la trepadora, exhibiendo algunas de sus flores blancas ya abiertas, se concentró el doble, pero no sabía qué diablos tenía que buscar. Después de varios minutos y levemente frustrada, se sentó en el *chaise à la reine* a repasar en su mente lo que podría estar pasando por alto... hasta que se fijó en el baúl de madera, esa pequeña caja a un lado de la silla. Estaba semiabierta y en el cerrojo se asomaba un trozo de papel. "Todas las noches", decía. Dentro de la caja y envuelto en una servilleta de algodón, había otro tipo de envoltorio, esta vez de una hoja verde deslucida. Su contenido era blando al tacto y aún estaba tibio. Laura lo acercó a su nariz y reconoció de inmediato el aroma a maíz. Sonrió, recogió su tesoro y salió del invernadero tan silenciosa como entró. El jurado solo deliberaba en la soledad de su recámara.

En la noche siguiente, cuando John fue a esconder su siguiente preparación, encontró un papel en la caja. "Deliciosa pasta de maíz. Se siente bien la albahaca y la cebolla. Acompañamiento, no plato principal". El barón tomó nota mental de dicha sugerencia sobre su versión de la chilena *humita*, así como de todas las otras que Laura le dejaría escritas tras sus deliberaciones gastronómicas de salados y dulces. Pero la noche del 26 de octubre fue diferente. Ella entró sigilosa al invernadero, igual que las veces anteriores, sin perder tiempo en hojas o flores. Fue directo a la caja, recogió algo compacto y fresco envuelto en algodón que no desenvolvió para no arruinar la sorpresa, pero al estrecharlo contra sí y mover el candil, este alumbró el fondo del baúl por un segundo. Laura pestañeó, y aunque dudó un segundo, estiró su mano. Por primera vez no solo había comida bajo la flor de luna: ahora había un libro.

Ella acercó la llama a la cubierta para leer. *Frankenstein or the Modern Prometehus*, moduló al aire, notando que la autoría de la novela apuntaba a una mujer: Mary Shelley. Sonrió, imaginando el esfuerzo de lord John por escoger algo de la biblioteca que podría remotamente interesarle. Y en la primera hoja había una nota: "Un científico da vida a una criatura hecha a partir de trozos de cadáveres, pero renegará de su exitoso resultado de la manera más horrenda", explicaba, breve pero conciso. Laura se mordió el labio. Diablos, sonaba bien. ¿Tendría este tal *Frankenstein* algo que ver con los experimentos galvánicos de Erasmus Darwin, abuelo de Charles?

Okey, estaba interesada. Punto para el barón.

Tomó el libro, su bocadillo y su candil. Cuando llegó de regreso a su habitación se dio cuenta de que no dejó en la caja el papel con su última "apreciación culinaria". Tendría que decírselo en persona, discretamente, al día siguiente.

Aunque, en la práctica, no fue tan discreto.

Tras el desayuno, las niñas pidieron ser dispensadas de su lección de caligrafía para pasar tiempo con su madre. Laura estaba de acuerdo, pero la autorización correspondía a lady Karina. Ella la otorgó muy feliz, recibiendo el abrazo de sus hijas en su lecho. La ilustradora y Virginia compartieron una mirada cómplice, cálida, y entonces la británica salió de la habitación pensando qué haría con su repentino tiempo libre. Había un cuadro a medio terminar en su recámara...

A los pies de la escalera se encontró con un inusual movimiento. Uno de los lacayos más jóvenes de Bluebells, Abelardo —hijo menor del señor Bahamondes —, aparecía y desaparecía del vestíbulo desde el corredor derecho. Llevaba libros en sus manos. Laura se apresuró a seguirlo, pues intuía que el flujo provenía del despacho. Y así era. La puerta estaba completamente abierta, lo que para cualquiera significaba una invitación a entrar... incluso para el servicio, pues se encontró a Etelvina husmeando indecisa desde el umbral. Desde ahí podía verse al barón encaramado en una silla alta, balbuceando "Este no... este tampoco... este sí", revisando la cuarta hilera superior de la biblioteca. Abelardo lo esperaba un par de metros más abajo, con sus manos en nido para recibir el siguiente libro seleccionado.

—¿Qué es tan interesante? —susurró Laura cerca del oído de la criada, haciendo que la pobre diese un salto por el susto. Se llevó una mano al pecho.

—Ay, señorita Laura. Téngame compasión.

La ilustradora le sonrió, divertida.

—No debí asustarte, discúlpame. ¿Necesitas algo?

Etelvina se mordió la uña de su pulgar derecho, regresando por un segundo la vista hacia el despacho. Siguió en el mismo volumen bajo.

—Lord John está desmantelando la biblioteca de lord Craig...

—Así parece —confirmó Laura.

—¿Los libros están defectuosos? ¿Ya no los quiere?

—No, no... Simplemente quiere compartir unos cuantos —explicó, cálida. Luego subió una ceja—. ¿Te interesa alguno?

Ella bajó los hombros.

—La señora Fontanarrosa me dijo que pedirlo sería una imprudencia... pero yo digo: ¿qué mal conlleva una simple pregunta? Si la respuesta es no, pues no, nomás. Yo no sé por qué debería tener miedo a preguntar. Más miedo me da no preguntar nunca.

Laura mantuvo la sonrisa. Estaba de acuerdo. "Cuando los pobres adquieren algún tipo de instrucción, ya no quieren servir", había dicho lady Brigitte en la tertulia, así que la aprensión del ama de llaves era fundada. No querría provocar un problema innecesario con sus patrones. La ventaja en este caso, sin embargo, es que John no era cualquier patrón.

—Nunca temas preguntar. Entremos.

Etelvina, cuya extrovertida personalidad solía mantener al resto del personal con los nervios de punta, se persignó discretamente, quedándose un paso tras la británica.

—Ejem... ¿Lord Rothschild?

Laura subió la voz para que su presencia fuese advertida, pero John no necesitaba voltear. Podría reconocer su voz en cualquier parte.

—Buen día, señorita Villa-Smith —saludó, contento, al tiempo que tomaba un libro diciendo "este también" y lo dejaba caer al vacío. Ambas mujeres hicieron el gesto horrorizado de lanzarse a recogerlo, pero los reflejos de Abelardo probaron ser aún más raudos.

—¿Puedo interrumpirlo un segundo?

—Usted siempre puede —replicó él, suavizando un ápice su tono, pero lo suficiente para que Etelvina lo notara. Ella bajó la mirada para disimular su sonrisa, mientras Laura no hacía ni el intento de ocultar su rubor.

—Etelvina quiere decirle algo.

Fue entonces cuando él giró su cuerpo y reparó en que la institutriz no estaba sola. Sereno, bajó con cuidado de la silla y se les acercó.

La chilena hizo una reverencia.

—Señor... lord Rothschild —comenzó, nerviosa pero con convicción—. ¿Es cierto que regalará algunos de los libros de lord Craig?

—Es cierto.

—Y... ¿qué requisito debiese cumplir una persona... cualquier persona... para recibir ese regalo?

John movió la cabeza, intrigado.

—Pues no se me ocurre otro requisito más que el desear recibirlo —sonrió—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque... —empezó a responder, pero se quedó sin aire. Laura la alentó a seguir—. Porque quisiera que me considerase en su lista, milord.

Él sintió un dolor extraño entre las costillas. Su mente escogió recordarle el momento en que la señora Carrasco había estrechado contra su pecho el empaste de recetas. Él no había preguntado, pero muy probablemente ese había sido, para ella, su primer libro.

Quizá el alma se escondía tras las costillas, junto al corazón.

—¿Me está pidiendo un libro para usted, Etelvina?

Ella arrugó la frente.

—Ya sé. Qué haría yo con algo así si no puedo juntar cuatro letras, ¿verdad? Pues créame que lo atesoraría. No lo usaría para espantar mosquitos o avivar el brasero... Lo guardaría para acordarme siempre de que tengo que aprender a leer y escribir antes de morirme. Quiero poder deletrearle mi nombre al párroco en la extremaunción para que talle bien mi cruz.

En Shrewsbury, pensó Laura, las sepulturas de analfabetos muchas veces incorporaban cordeles de colores anudados en las cruces, para que sus deudos no se confundieran de tumba al visitar. Etelvina quería ser más que una seña pintarrajeada al abandonar el mundo: quería ser letras. La apreció por eso.

La puntada de John subió desde sus costillas hasta su garganta.

—Sé que le daría el mejor uso posible, no lo dudo —pronunció él—. Por favor, no considere mi pregunta como un desprecio, simplemente me tomó por sorpresa.

Etelvina le sonrió mientras se inclinaba.

—Sorprenderlo no es algo malo, creo... Espero no haberlo importunado, pues eso es lo que pensará la señora Fontanarrosa y me llenará de pellizcos cuando sepa que vine hasta aquí.

Laura y John intuían que los pellizcos de doña Marta eran un doloroso castigo, y aún así les pareció divertido.

—Valoro el arrojo de su petición. Por supuesto que puede tomar un libro, y llegó en el momento más indicado. Podrá escoger antes que cualquiera.

A la chilena se le iluminó el rostro.

—¿Puedo... escoger, milord?

—Puede —subrayó él— y será suyo. ¿Qué tipo de historia atraparía su interés?

—Una de amor —replicó inmediatamente, como si la respuesta fuese obvia —. De esas que nos dan esperanza.

En los siguientes dos segundos de pausa, John desvió los ojos instantáneamente hacia Laura, quien le sostuvo la mirada sin pensarlo. Pero no por mucho.

—Excelente elección —dijo él, disimulando su gesto al voltear hacia las estanterías—, pero creo que únicamente puedo ofrecerle un romance narrado en inglés. ¿Seguiría su interés en pie?

—En pie y brincando, milord.

Él sonrió. Se agachó levemente y, de la primera fila de libros, sacó un empaste de cuero oscuro bordado con ribetes dorados y blanquecinos que formaban una enredadera en la cubierta. Etelvina estiró ambas manos para recibirlo con el entusiasmo de una niña. Laura lo abrió por ella, también curiosa sobre el contenido.

Puso su dedo índice bajo cada palabra del título en la primera página.

—Dice *Sense and Sensibility*... Significa "Sentido y Sensibilidad" —leyó en voz alta, haciendo una pausa intencionada antes de pronunciar al autor— ...*by a lady*. ¿Una dama?

John asintió con ambas cejas en alto.

—Es una novela romántica bastante famosa en Inglaterra, pero su autora ha preferido mantenerse en el anonimato.

Laura hizo una mueca ante el verbo utilizado, puesto que, si bien una decisión voluntaria era plausible, lo más seguro era que la dama en cuestión hubiese sido *conminada* al anonimato. Podría apostar a que ni siquiera estaría recibiendo sus justas regalías.

La británica revisó bien los interiores tras la cubierta y contracubierta, así como las primeras páginas. Buscaba las iniciales de lord Craig, algún dibujo a mano o quizá su escudo familiar; un *ex libris*, la usual marca de propiedad de un individuo o institución sobre un libro.

No había ninguna.

—Qué curioso que lord Craig no haya marcado sus libros...

—No lo había notado —admitió John, ojeando el empastado sobre el hombro de Laura—, pero no me sorprende.

—¿Le molestaría que llevase la estampa de su nueva dueña?

Él no contestó: simplemente sonrió y le indicó a la ilustradora dónde estaban las herramientas necesarias sobre el escritorio. Etelvina observó todo el movimiento con estupefacción: Laura cogió el libro con suavidad, luego entintó la pluma y la deslizó con maestría sobre la esquina superior de la contracubierta. A la criada le pareció que eran los trazos azules más bellos del universo.

Laura le mostró el resultado. Eran letras en una delicada cursiva.

—Ahí está. Ese es tu nombre.

Decía *Etelvina María Garcés*. La joven advirtió de pronto que sus ojos se llenaban de lágrimas, así que se echó hacia atrás, temerosa de ensuciar su tan preciada posesión con unos goterones.

—Al menos ya está segura la cruz de mi entierro —bromeó, y John, riendo, sintió que la punzada en sus costillas había desaparecido.

—Puedo leerte un capítulo esta noche, si quieres —ofreció la británica, aprovechando el entusiasmo—. Seguro a las otras chicas también les atraerá la velada.

Etelvina asintió con energía, cerrando el libro cuidadosamente y protegiéndolo con un retazo de su delantal. Estaba tan feliz que planeaba regresar corriendo a la cocina.

—Espere a que Virginia se entere. La muchacha suspira hasta con la flor del manzano, ¡será la primera en unirse!

Repitió cinco, seis veces, un "gracias, muchas gracias" tanto a la ilustradora como hacia el barón, quien ya estaba cayendo en la incomodidad cuando la criada decidió, por fin, desaparecer y compartir su tesoro con sus compañeros.

Los rodeó unos segundos de satisfactorio silencio hasta que Laura inspiró ruidosamente, apretando los labios. Desde ahí, le pareció que los espacios vacíos de la estantería superior se asemejaban a las teclas negras de un piano.

—Me alegra profundamente lo que acaba de suceder, así que, por favor, no me malinterprete, pero ¿está seguro de que esto es lo que su hermano hubiese querido? —le preguntó, con preocupación genuina—. Yo habría pensado que él querría heredar su biblioteca a sus hijas...

Antes de que John abriera la boca para contestar, Abelardo ya había regresado para recoger algún otro ejemplar rezagado, pero el barón le dio la instrucción de llevar todos los libros ya seleccionados —los cuales había estado apilando ordenadamente en el vestíbulo— a la habitación de lady Karina. El criado se inclinó y se fue.

John movió los hombros, reacomodando su postura.

—Hace un mes hubiese estado de acuerdo con usted —aceptó—, pero hoy, ya no. Creo que esto es exactamente lo que Craig querría.

Avanzó algunos pasos hasta situarse a un lado de la ilustradora. Ambos miraban hacia las estanterías. Entonces la abrumó la proximidad. Podía sentir el sutil aroma a jabón parisino con el que las criadas lavaban sus camisas, o el aceite de sándalo con el que peinaba su barba. Estaban solos, pero las puertas del despacho seguían abiertas. Beckett podía aparecer en cualquier momento, o la señora Fontanarrosa, o Etelvina podía regresar y...

—¿Sabe por qué cocino? Porque es una práctica que me relaja y me ayuda a pensar. Y he estado pensando muchas cosas últimamente.

Lo dijo con un atisbo de profundidad que Laura no esperaba.

—¿Sobre lord Craig?

—Sobre él, sobre mi vida, sus decisiones, mis decisiones... Sobre todo. Nada como ver a la muerte de frente para remover el avispero de los pensamientos.

Por supuesto, no solo se refería a la partida misma de Craig, sino al episodio que puso en peligro al próximo bebé Rothschild y a la enfermedad del señor Darwin.

—Y llegó a la conclusión de que... quiere regalar los libros de su hermano —trató de entender la británica. John no volteó hacia ella, pero sabía que su duda era genuina.

—Más bien a la conclusión de que deben tener un destino más respetable que el goce baladí de una familia noble.

Ella no estaba segura de comprender el punto.

—Pero creí que para usted la literatura era eso. Placer.

—Y lo es, qué duda cabe... Pero la lectura por placer es posible solamente cuando la lectura por formación ha terminado o, al menos, ha agotado su fase básica necesaria para habitar el mundo. Un libro sirviendo a mi distracción es un libro menos sirviendo a la educación.

Ella giró hacia John con las manos en la cintura.

—¿Me está diciendo que apenas recientemente cayó en cuenta de que la literatura es un privilegio?

Era un tono más severo del que habría querido pronunciar, pero por el gesto del barón, al parecer él lo había visto venir.

No quiso mirarla de inmediato.

—La *diversión* es un privilegio —acotó, calmo— y merezco su reproche. He tardado demasiado en entenderlo y Craig ya lo había comprendido hacía mucho.

Ella reconocía en su interior ese enojo conocido que gritaba con sorna "oh, pobrecito niño rico", pero también la alegría de presenciar esa rara capacidad del barón de admitir un error con humildad.

—Su hermano vivió diez años en un país apenas independizado, de recursos limitados y lento progreso —habló Laura, empatizando a pesar de todo—. Eso moldea la perspectiva hasta del más reacio.

John estaba de acuerdo, mas no seguro de que eso lo eximiera de responsabilidad.

—Siempre supe que él tenía un gran interés en la educación, pero hay algo que jamás me contó: su sueño de abrir una escuela de instrucción primaria aquí, en Valparaíso. Lo supe gracias al señor Wheelwright.

Laura se emocionó.

—Es una maravillosa idea —secundó—. ¿Para niños... y niñas?

Él asintió con la mirada perdida.

—Quería que cualquier persona pudiese aprender a leer y escribir, no solo los hijos de acaudalados. Quizá ya lo había pensado para sus propios criados, como Etelvina. Una idea admirable y audaz... que a mí jamás se me habría ocurrido.

—Pero ahora usted tiene la autoridad para llevarla a cabo. ¿No es eso igualmente estimulante? Hay mérito tanto en la ideación como en la ejecución... Es un principio básico de la ciencia.

Él bajó los ojos y sonrió débilmente. Era reconfortante saber que Laura, a pesar de sus reparos, intentaba hacerlo sentir mejor.

—Las personas a menudo declaran cuán parecidos éramos Craig y yo, pero me apena declarar que no va más allá de las cejas o el vello facial. Él siempre estuvo preocupado por cuestiones trascendentales de las que yo no me percato con la misma facilidad —admitió, buscando ser radicalmente honesto—. Preferiría haber corrido junto a él, no tras su sombra. Eso es todo.

Ella sintió la imperiosa necesidad de tocar su brazo. En lugar de eso, apretó los pliegues de su vestido.

—Piense que hay quienes, aun conscientes y lúcidos respecto de su entorno, deciden mirar hacia el costado —habló, más suave—, así que no sea tan duro consigo mismo. La formación primaria es, como usted dice, trascendental, pero también lo es la formación del alma, la cual siempre añora algo más que lo instrumental o lo útil. La diversión no es trivial, simplemente es... complementaria.

John por fin la buscó con la mirada. Laura se sonrojó, pero no quiso huir. Ella habría jurado que, por un segundo, los ojos del noble se habían deslizado hasta sus labios.

—"¿Qué es la vida si no hay pasión en ella?" —pronunció él, citando esa frase de su primer encuentro.

Escucharon pasos rápidos en el corredor. Sutilmente, John quebró el ambiente y se adelantó hacia el escritorio. Ella se congeló en su sitio.

—Ya están todos los libros en la habitación de lady Karina —dijo Abelardo, contento por anunciar una tarea completada con éxito—. La baronesa manda a decir que no entiende qué es lo que sucede.

El noble sonrió.

—Se lo explicaré en un minuto. Gracias, Abelardo.

—¿Quiere que devuelva a las estanterías todos los que no seleccionó?

Efectivamente había varias pilas de ejemplares con lomos de distintos colores arrumbados en el suelo. No había duda que John había hecho una especial curatoría.

—No aún. Por favor, ve separando aquellos escritos en castellano y déjalos apilados aquí, a un costado del escritorio. Esos también tendrán nuevos dueños —anunció, pensando en que si la humilde casa de adobe de la señora Díaz Núñez no tenía muebles donde dejar los ejemplares para sus alumnos, habría que construirlos...

Caminó por impulso hasta el pasillo, pero volteó en el umbral. Entonces miró a Laura.

Su conversación no había terminado.

—Antes de irme, ¿qué puede decirme sobre la propuesta que le hice llegar, señorita Villa-Smith? —le preguntó.

Ella no esperaba esa interpelación en público, así que, incómoda, chequeó que el joven lacayo siguiese concentrado en su labor antes de responder.

—Desconcertante —aceptó, haciendo un gesto de asombro—. He empatizado con Víctor Frankenstein en un comienzo, parecía un estudioso sensato, pero después... Bueno, creo comprender que tanto él como el capitán Walton asumen sus proezas como necesarias para un bien mayor, pero la visión de futuro no puede nublar el presente. No concuerdo con que la adquisición de conocimientos sea algo peligroso, como él dice, pero de los científicos se espera un mínimo de responsabilidad, no ese berrinche infantil de huir de tu propio experimento. Estoy ansiosa por saber qué hará el engendro ahora que...

Cuando alzó la mirada, John estaba sonriendo. A Laura no le hizo gracia su gesto de triunfo.

—Sí, sí. Estoy disfrutando una novela. ¿Ya está contento?

—Yo simplemente preguntaba por el pastelillo —se defendió, obligado a mantener la seriedad ante la posibilidad de que Abelardo estuviese más atento de lo que aparentaba.

Ella, ruborizada, se movió de puntillas hasta la puerta. Bajó la cabeza para susurrar.

—Ajá. Sí. Bueno... La *alcayota* no es mi fruta preferida.

—Entiendo —contestó, en el mismo imperceptible volumen—. Quizá sea más de su agrado un nuevo experimento que ya está bajo la luna: damascos, crema de leche y *Aloysia citrodora.*

Ella se emocionó por varias razones al mismo tiempo, pero lo único que atinó a decir fue:

—¿Tan temprano?

—Tuve una noche inusualmente productiva, y no solamente de epifanías —confesó, y, sin más explicaciones, se alejó hasta la escalera.

Ella esperó unos segundos para abandonar el despacho, sin que pareciese que iba tras él. Porque no iba tras él. Iba hacia el invernadero por una preparación de él. Que no era lo mismo.

* * *

—*Ivanhoe* de Walter Scott —dijo John, levantando el libro con la cubierta hacia Karina. Ella arrugó la frente.

—Creo que no lo recuerdo...

—*Manfredo* de Lord Byron.

—Ese habla de fantasmas, al parecer...

—*The Romance of the Forest* de Ann Radcliffe...

—En ese también aparecen fantasmas... ¿o castillos encantados?

Lord Rothschild dejó el libro sobre la cama y suspiró.

—¿De verdad no reconoces ninguno?

—Craig era el devorador de libros, no yo —se defendió, sonriendo—. Nos leía a mí y a las niñas después de la cena. Si hay algo que sí recordaré por siempre es su voz.

Él se resignó, sentándose a sus pies.

—Quiero asegurarme de no estar desprendiéndome de algún título valioso para él.

Ella negó, suave.

—Ninguno, y todos a la vez —señaló mirando hacia las pilas de ejemplares junto a la cama—. Entrégalos con tranquilidad.

Cuando John tocó la puerta y pidió permiso para entrar, Karina le pidió a Virginia que llevara a las niñas hasta su salón de clases. Ya habían perdido mucho tiempo en indulgencias. Su doncella acató, no sin antes reacomodar su camisola, su perfecto peinado de bucles laterales y su apoyo en el respaldo capitoné de su cama. Se veía descansada y reluciente, lo que alegró al noble sobremanera. Al quedarse solos, él creyó que lo abrumaría el usual nerviosismo que lo atacaba cuando estaba junto a su cuñada...

Pero no sucedió.

—Agradezco mucho que me hagas parte de esto, aunque no te sea de mucha utilidad.

—No dudes en que estarás en cada decisión que involucre el legado de Craig, desde sus libros hasta sus inversiones —le aseguró, y al decir esas palabras, eligió coronarlas con honestidad brutal— ... porque sé que eres tú quien llevaba los negocios de la baronía.

Lady Karina no esperaba tener que enfrentar ese tema tan pronto. Bajó la mirada mientras acariciaba su vientre tan abultado.

—Mi esposo nunca fue muy bueno con los números —bromeó, aunque no era más que la verdad—. ¿Cómo lo sabes? ¿Él te lo dijo?

John negó.

—La caligrafía en los libros de contabilidad es muy diferente a la de sus cartas —le indicó, subiendo una ceja—. Podría preguntarle a la señora Fontanarrosa, pero dudo que ella sepa de lo que hablo.

La baronesa prefirió admitirlo.

—Llegaba a casa después de cada reunión, de cada propuesta, y me las relataba con detalle. Jamás firmó un documento antes de que yo lo revisara...

Decía que confiaba más en mis ojos que en los suyos. Nunca lo admitió ante sus inversores, por supuesto. Que su mujer llevara la contabilidad los habría espantado a todos.

John había hecho una revisión y estudio exhaustivo de los documentos relativos a la hacienda y cómo se había llevado a cabo la administración de la fortuna Rothschild, pero aún no se había dignado a revisar las disposiciones legales para tomar el título de la baronía, papeles que sentía "sucios" y había escondido en un cajón del escritorio. Tendría que enfrentar ese momento más temprano que tarde.

—Entonces yo también confiaré en tus ojos —recogió, firme—, porque estoy seguro de que ya conoces al dedillo la inversión en el proyecto del señor Wheelwright y me gustaría mucho saber tu opinión.

Ella asintió, con un orgullo implícito que a John le pareció admirable.

—Craig consiguió la información necesaria y así estudié el comportamiento financiero del señor Wheelwright. Está todo en regla, no te preocupes. Sus libros están limpios, es un hombre recto y justo. La Pacific Steam Navigation Company, aunque arriesgada, es visionaria, y eso atraía a Craig. También a mí. Le sugerí a él que firmara el compromiso y también te lo sugiero a ti.

—Lo haré —le aseguró él, creando en Karina la sensación de que él ya tenía la decisión tomada—, pero no tanto por lo atractivo que el proyecto pueda ser por su publicidad o rentabilidad... sino por la escuela.

Ella se sobresaltó. Se llevó el dedo índice a la boca, pidiéndole silencio.

—Por favor, no lo divulgues —le pidió, genuinamente preocupada—, no hasta que consigamos la licencia. Muchos de los adinerados que se han paseado por esta hacienda llorando a mi esposo no demorarían ni un segundo en boicotear su intención si llegase a sus oídos... partiendo por su propia madre.

A John le sorprendió escuchar esa severidad en boca de la siempre sutil y cándida Karina, pero le constaba cada sílaba.

—Algo parecido me advirtió el señor Wheelwright.

—Pocos aristócratas comparten los valores de Craig. Puedo dar fe de la señora Schumacher, también de una terrateniente del norte, Candelaria Goyenechea de la Sierra, la última inversionista que se unió al proyecto de vapores, pero no de muchos más. Tu hermano sabía que la voluntad real para enfrentar el analfabetismo jamás vendrá de nuestra clase, pues no conviene —pronunció, molesta—. Basta recordar los dichos en la tertulia.

Él asintió. No le interesaba malgastar ni un segundo recordando aquello.

—El señor Wheelwright me aseguró que su compromiso es real, que luchará políticamente por la petición de Craig...

—Y yo creo en su palabra —dijo ella. Él suspiró.

—Es un trato, entonces.

Ella suspiró con él. Se miraron por un segundo intenso.

—Será muy hermoso el día en que inauguremos por fin esa escuela. ¿Sabías que Craig quería que Alisa y Fedora dejaran las lecciones en casa y asistieran ahí?

No lo sabía, pero no le sorprendió en lo más mínimo.

—Así que... quieres quedarte en Chile.

Sonrió, melancólica.

—Bluebells es mi hogar, el hogar de mis hijas, donde encontramos por muchos años la mayor felicidad. Nada espera por mí en Inglaterra...

—Quizá no en Londres —tentó él.

Ella buscó sus ojos otra vez.

—¿Te refieres a Faringdon? —preguntó, casi susurrando—. Eso quiere decir que tu intención... sigue en pie.

Lord Rothschild asintió, serio.

—Sigue siendo una posibilidad... sí —confirmó, desviando la mirada inconscientemente hacia la puerta. Ella leyó la complicación en su rostro.

—Pero...

—Es solo que... Tú te enamoraste de Craig la primera vez que lo viste. Te casaste por amor. Me pregunto si estoy renunciando a ese sueño por las razones correctas.

Lady Karina abrió la boca para replicar, pero ruidos de ruedas los distrajeron. De ruedas de madera y herraduras contra la gravilla.

John se acercó a la ventana de la habitación, la que daba hacia el frontis de la casa, y entonces abrió los ojos como platos.

—Oh, no. Diablos, no.

—¿Qué sucede?

—Mi madre... y Catherine Gibbs.

Vio a Nicomedes abrir la puerta del carruaje a lady Blais-Rothschild, y, tras ella, asomó la señorita Gibbs en un vestido muy elegante y escotado para el mediodía. En la cajuela destacaba un gran bulto con una silueta conocida...

—Si alguien pregunta por mí, no me has visto —le pidió, y Karina, algo divertida, le aseguró su silencio.

Salió al pasillo con apuro. Tenía que pensar rápido.

Subió la mirada. Era muy obvio.

Cuando irrumpió en la salita de estudio, Laura y las niñas saltaron. John cerró la puerta tras él y se quedó un segundo escuchando algún tipo de movimiento afuera. Al no captar nada, trató de relajarse.

—¿Milord?

La voz de Laura lo tensó otra vez.

—Disculpen mi intromisión. Debí haber llamado a la puerta, pero es una urgencia y... —se fijó mejor en lo que pupilas e institutriz estaban haciendo—. ¿Esos son mis bocadillos de damasco?

Laura tragó el último trozo en su boca, mientras las niñas sonreían con los labios llenos de crema.

—Tuve que compartir —se excusó la ilustradora, inocente.

Antes de que él pudiese verbalizar algún tipo de reclamo, Fedora habló con la boca llena.

—¿Es cierto que tú los preparaste, *uncle* John?

John creyó que sentiría molestia. Nerviosismo, quizá.

Sintió vanidad.

—Es cierto —dijo, buscando aprobación en la mirada de Laura. Encontró una sonrisa.

—Es muy sabroso —opinó Alisa, lamiéndose los dedos—. Me gusta ese aroma como a limón...

—Es *Aloysia citrodora* —explicó la británica.

—¿Y qué es eso?

—Cedrón —respondió el barón, contento, y en lugar de chequear la reacción de la institutriz, apuntó hacia el globo terráqueo al centro de la sala—. ¿En qué estaban?

—Geografía —habló Fedora, acercándose a la esfera—. La señorita Villa-Smith nos pidió encontrar las islas Galápagos.

—¡Yo lo haré! —peleó Alisa, y ambas niñas cambiaron bruscamente su foco de atención.

Laura aprovechó aquello y se acercó un poco más a John.

—¿Cómo es que conoce el nombre científico del cedrón?

Sorprenderla era algo que le producía una rara satisfacción.

—Entre los libros de Craig encontré uno muy interesante: *Ensayo sobre la historia natural de Chile*, de un tal Juan Ignacio...

—¡Abate Molina! —exclamó ella, haciendo que las niñas voltearan por un segundo—. Me sorprende que haya una copia en español, creí que solo se había publicado en italiano... Es de un naturalista jesuita, un gran referente del señor Darwin. Se refugió en Italia luego de que expulsaran a su congregación de Chile. Una noche nos leyó algunos fragmentos de "Analogías menos observadas de los tres reinos de la naturaleza", uno de sus últimos trabajos antes de morir. ¿Sabe que proponía que Dios no creó los reinos mineral, vegetal y animal de forma inconexa, sino como una cadena orgánica? Sin quiebres, donde cada reino participa en el siguiente. Una vista verdaderamente fascinante del mundo...

—No tenía dudas de que usted vería el valor en ese empaste que yo no... aún —precisó. Ella ahora parecía preocupada.

—¿Qué hará con el libro? Por favor no lo lleve al *Beagle*... Estoy segura de que el mentecato de Billett se quedará con él y lo presumirá frente al capitán...

—Pues si lo quiere, es suyo, más si le sirve para presumir.

Ella juntó sus manos a la altura del pecho, agradecida.

—Y sobre *Frankenstein*... No estoy segura de si el señor Darwin está al tanto de que su abuelo es nombrado ahí, me pareció un interesante homenaje. Lo instaré a leer la novela para que podamos discutirla. Le prestaré mi ejemplar, si usted lo permite.

—El ejemplar es suyo. Haga lo que mejor estime con él.

Volvió a sonreírle y agradecerle. Un segundo después subió una ceja.

—Creo que no me ha dicho por qué está aquí.

—No se lo he dicho.

—Entonces...

Él arrugó toda la cara.

—Mi madre acaba de llegar... con Catherine Gibbs.

—Oh.

—Y trajo el arpa.

—Oh —volvió a emitir, aunque en un tono catastrofista. Se tapó la boca para ocultar su risa.

—No se burle, esto es serio —dijo John, tentado a reír también—. La sala de estudio es el último lugar donde me buscarán, así que básicamente estoy... ganando tiempo.

—Es muy bienvenido a ocultarse en las faldas del conocimiento, entonces —sonrió ella, al tiempo que Alisa exclamó "¡Las encontré!".

—Yo las encontré primero —alegó Fedora, cruzándose de brazos. Alisa hizo un gesto altivo y eso divirtió a los adultos—. La señorita Villa-Smith nos estaba explicando hacia dónde se dirigirá su barco la próxima semana...

—Y prometió que nos escribirá —señaló Alisa—. Acércate *uncle* John, yo puedo mostrarte...

Miró a su sobrina, con su pequeño dedo índice sobre el globo. Caminó hasta ella y, aun sin voltear, supo que Laura había perdido la sonrisa.

Creyó entender algo. No quería saber dónde diablos estaba Galápagos.

—Lord Rothschild... ¿Escucha eso?

Laura se había asomado por la ventana al oír cruces de voces alteradas. Desde ahí tenía una vista parcial de lo que sucedía en la terraza del primer piso, pero no necesitó evidencia visual para moverse: lady Brigitte gritaba "*Thief, a thief in my house!*" y la señora Fontanarrosa exclamaba "¡Suéltela, por favor!". La institutriz creyó adivinar qué es lo que estaba sucediendo...

Salió corriendo de la salita de estudio. Bajó las escaleras, cruzó el salón principal y se encontró a la aristócrata con el rostro enrojecido de furia. Asía a Etelvina con fuerza, enterrando sus uñas en su antebrazo para que no escapara, mientras con su mano derecha levantaba lo que parecía ser el objeto de la discordia: un libro con una enredadera bordada en la cubierta. A un costado, el ama de llaves pedía que soltara a la adolorida criada, mientras en la otra esquina una confundida y estupefacta Catherine Gibbs se abrazaba a su arpa.

—Por favor, lady Blais-Rothschild —seguía rogando doña Marta, tan inclinada ante la noble francesa que en cualquier momento tocaría el suelo con sus rodillas—, debe haber aquí algún tipo de malentendido. El personal de servicio en esta hacienda ha probado ser moralmente intachable por muchos años y...

—¡Eso no importa! Los débiles siempre son fácilmente corrompibles. Hoy es un libro, mañana serán los candelabros o la vajilla de plata. *A filthy thief in my own house!*

—¡No es una ladrona! —subió la voz Laura, mirando a la vetusta de frente para que notase su presencia—. Ese libro es de Etelvina, no se lo ha robado a nadie.

La aristócrata rio de mala gana.

—¿Un empastado de cuero bordado? Ni con un año de jornal podría pagarlo. ¡Ni leerlo puede! Dios nos libre de holgazanas que osan desafiar su naturaleza de clase...

—Suéltala, madre.

Las mujeres voltearon. Laura había aprendido que escucharía ese forzado tono grave en la voz del barón Rothschild únicamente en momentos críticos. Curiosamente, casi todos esos momentos tenían que ver con su madre.

Ella apretó aún más sus uñas en el brazo de la criada.

—Espero que tomes las medidas correctivas adecuadas. Estos chilenos desmantelarán la casona bajo tus narices si no pones mano firme.

John caminó rápidamente hasta lady Brigitte, al tiempo que Etelvina podía por fin liberarse. La señora Fontanarrosa quiso abrazarla en señal de contención, pero ella rechazó el gesto con sutileza. Estiró y sacudió su delantal, acomodó su gorro de tela y terminó de tragarse todas las lágrimas de impotencia que se negó a derramar.

En un movimiento certero y sin siquiera forcejear, John quitó el libro a su madre, lo abrió en la última página y lo levantó para que ella pudiese apreciar sin obstáculos el interior de la contracubierta.

—Etelvina no sabe leer, pero tú sí, madre. ¿Puedes decirme qué dice aquí?

Lady Brigitte quedó helada mientras decodificaba los trazos en tinta azul. Parecía más enojada que antes. La señora Fontanarrosa también hizo un gesto de sorpresa.

—¿Es una broma? *This is preposterous!*

Sin esperar una respuesta, él cerró el libro y lo entregó a su dueña, relajando el ceño al mirarla. A ella le temblaba el mentón, pero seguía estoica.

—Por favor, tómate el resto del día. Puedes descansar en tu recámara o en el patio de servicio. Te reintegrarás mañana a tus labores habituales... y lamento mucho que esto haya ocurrido.

Etelvina no dijo nada. Movió la cabeza y lo reverenció, dedicándole a Laura y a él una débil sonrisa antes de irse junto al ama de llaves, gesto que los dejó un poco más tranquilos.

A todos menos a la aristócrata.

—¡Una analfabeta con un libro! —se indignó, sin querer soltar el tema—. ¿Qué hará con él? ¿Lo usará de abanico? *Good lord!* No creí atestiguar nunca semejante ridiculez. Y la marca con su nombre... esa es caligrafía de mujer. ¿Quién está osando educar al servicio? ¿Acaso la malsana de tu cuñada?

—El libro se lo regalé yo —subrayó John, intentando no perder los estribos— y Karina no está educando a nadie, pero me parece una excelente idea.

Laura lo miró con agradecimiento mientras su madre se llevaba una mano a la frente, perpleja.

—*Are you insane?* ¿Unas cuantas semanas en este sucio lugar y ya te han convencido de renegar de tu propio estatus? ¡Has perdido la cordura!

—La realidad de Chile es muy diferente a la suya en Londres, lady Brigitte. Estoy segura de que la mayoría del personal en una casa noble allá sabe leer y escribir. No por eso sirven con menos dignidad y compromiso. ¿Por qué el servicio en este país debería resignarse a no optar por...?

—*How dare you address me?*

De pronto la voz de la mujer cambió bruscamente. Ya no denotaba rabia o desconcierto, sino profundo desprecio. Ni siquiera alzó el volumen para

demostrarlo. Laura cerró los ojos un segundo, enfadada por sucumbir tan fácil a su problemática impulsividad.

—Lady Blais-Rothschild, no ha sido mi intención que...

—Esta es una conversación entre el barón y yo. Cuando el patrón habla, el servicio se calla. ¿Cómo te atreves a dirigirme la palabra sin que te haya autorizado?

—La señorita Villa-Smith tiene mi autorización para hablar cada vez que ella lo crea necesario.

En un acto reflejo, John mantuvo la fuerza de su mirada en su madre, pero el peso de su cuerpo hacia Laura, como si buscase protegerla de una amenaza física. A la británica no parecía incomodarle esa proximidad, quizá todo lo contrario, lo que a ojos de lady Brigitte supuso un oprobio y la más vulgar evidencia de una sospecha acarreada desde la tertulia.

—¿Qué significa esto?

Blandiendo su dedo índice, apuntó a John y Laura alternadamente, como si los acusara de algún crimen. La reacción nerviosa de ambos no ayudó a disimular.

—No sé a qué te refieres...

—*I am quite sure you know* —le enrostró—. Esa manuscrita tan prolija en el libro... seguro es de la señorita ilustradora —la señaló, ahora agresiva—. ¿Es ella quien te ha metido esas horribles ideas liberales en la cabeza? No me sorprendería que hayas encontrado en esta desvergonzada una perfecta aliada para tus imprudencias. ¡Una mujer que trabaja entre hombres sin escolta! *Disgraceful!*

—¡Discúlpate, madre!

Ella miró a la institutriz y luego a su hijo, de pies a cabeza y con repulsión, como si estuviesen cubiertos de un fango imposible de quitar. La sola idea de esa pareja potencial le parecía todavía más repugnante que la posibilidad de que John desposara a la oportunista de su nuera.

—¿Acaso planeas humillarme de todas las formas posibles? —pronunció la aristócrata, y entonces, a unos metros de distancia, se oyó un sollozo.

La señorita Catherine Gibbs, olvidada en la esquina entre todo el jaleo, se cubrió el rostro con su pañuelo y se apresuró hasta el vestíbulo sin mirar ni despedirse de nadie. Lady Brigitte, deseosa de despercudirse de tan mal rato, fue tras ella, y John, aturdido por haber olvidado la presencia de la joven, la siguió con la mirada. Suspiró de culpa, pues aunque le aliviaba deshacerse de su forzada pretendiente, no había sido esa la manera más caballerosa de hacerlo.

Igualmente tendría un motivo para, en un día cercano, ir hasta su casa y disculparse. No le parecía correcto quedarse con su arpa.

XV

28 de octubre de 1834
Aduana de San Agustín, Valparaíso

Fitz-Roy tomó el libro y puso la cubierta a la luz. Luego lo abrió y se detuvo en la primera página.

—*Faust, a tragedy... by* Johann Wolfgang von Goethe —leyó—. ¿Una tragedia?

John levantó las cejas.

—Un hombre atormentado vende su alma al diablo a cambio de conocimiento infinito. Podrá intuir que las consecuencias no serán del todo agradables.

El capitán del HMS *Beagle* pareció interesado, pero otro marino, bastante más joven y de reflejos algo más rápidos, le quitó el ejemplar de las manos.

—La información es ilimitada, pero el conocimiento tiene límites —opinó, revisando las letras doradas en el lomo de cuero— ... y creo que eso es bueno. Si supiéramos todo sobre todos, ¿con qué objeto nos levantaríamos a la mañana siguiente? ¿No es la promesa del asombro constante el mejor motor del ser humano?

Laura, erguida al otro lado de la cajuela del carruaje llena de libros, sonrió mostrando todos los dientes.

—Oh, cómo te extrañaba, Luke Jones.

El asistente de hidrografía le sonrió de vuelta, arreglando sus gafas de patillas de aluminio. Si bien era de los más jóvenes en la segunda plana —veinte años recién cumplidos—, entre sus compañeros solían llamarlo *Platón* Jones por sus constantes arranques filosóficos. El señor Darwin le tenía especial aprecio, pues conversar con él era como la brisa tras la tormenta...

—También pensamos mucho en ti, Laura. Qué buena ventura el haber encontrado a la familia Rothschild.

Se inclinó hacia el barón y él le devolvió el saludo.

—Creemos que la buena ventura fue nuestra —le dijo John, sin voltear hacia ella—. ¿Quiere usted llevarse a *Fausto*? Puedo discutir con el capitán otros títulos.

—Tómelo, señor Jones —pidió Fitz-Roy—. Lo cierto es que para hombres atormentados ya me basta con mi propia convivencia.

Todos los presentes compartieron la misma mirada de preocupación y

empatía, pero lord Rothschild quebró el tono.

—Mientras escoge otra novela, tengo algo más para usted, capitán.

Sacó de la cajuela una pequeña bolsa de cáñamo que pasaba desapercibida entre los libros. Se la entregó a Fitz-Roy, quien la tomó entre sus manos sin entender nada.

—¿Milord?

—Té inglés —apuntó John, contento—. Sé que en sus reservas se agota rápido y que es difícil de conseguir en esta parte del mundo. Le ofrezco algunos gramos con canela y clavo de olor, mi *blend* favorito, para amenizar su travesía.

Luke apuntó a Cinnamon, quien rondaba entre los pies de los marinos.

—¿De ahí su nombre?

—De ahí su nombre.

Laura sonrió para sí, bajando la cabeza. Lo que para ella había sido un comentario ingenioso, una inocente broma el día que se conocieron, para el barón fue más bien una señal.

—En el *Beagle* el té inglés es oro puro —le agradeció el capitán—. Será bien aprovechado, milord.

—Estoy seguro —señaló, para luego voltear hacia el carruaje y tomar un libro pequeño de empaste azulado—. Y ya que descartamos la tragedia, le sugiero una sátira: *Crochet Castle* de Thomas Love Peacock. La risa es otro buen complemento del té.

Fitz-Roy recibió el libro con una inclinación hacia John.

—Tal como dijo el señor Jones, qué buena ventura que la señoritaVilla-Smith haya cruzado su camino con el de usted, y por extensión, con todos nosotros.

Los aludidos no se miraron, pero quizá adivinaban el gesto del otro.

Lord Rothschild no había querido simplemente enviar una carreta de libros al muelle con un lacayo y alguna nota neutra. Esta entrega se había transformado en un asunto más bien personal. Quería hacer sugerencias uno a uno y que no se tomara la donación como un equivalente a sacos de papas, así que liberó su tarde y pidió a Nicomedes que lo llevase en el carruaje. También iría Laura, como intermediaria lógica entre él y la tripulación del *Beagle*. Además, aprovecharía de visitar brevemente a la profesora Marcela Díaz Núñez para entregarle el regalo de Craig y los libros que había seleccionado para la escuela. También era el momento perfecto para sacar a Cinny y Clove de su infame corral. Quería llevarlos más cerca del mar, quizá hasta a correr a la playa...

Cinnamon se acercó a John y él le acarició las orejas. Estaba algo decaída. Faltaba su compañero y así la supuesta diversión se reducía a la mitad. El señor Pereyra había alertado al barón de que Clove había intentado escapar dos veces, además de ladrar desesperadamente cada vez que veía a Penny ir hacia la bodega o cruzando el patio de servicio. Por seguridad, le sugería no liberarlo por ahora, y el aristócrata accedió, aunque le rompía el alma dejarlo ahí. Al menos liberaría a Cinnamon, quien no merecía el encierro, ajena a los extraños comportamientos del otro bullmastiff.

El señor Jones se despidió y alejó, contento con su nueva adquisición, mientras otros tripulantes se acercaban al carruaje con curiosidad. Saludaban

efusivamente a Laura y presenciar ese cariño alegraba a John. Ellos habían llegado al muelle en varios botes desde el *Beagle*, anclado en la bahía a decenas de metros de la orilla.

—Novelas, qué curioso ofrecimiento —admitió uno de ellos, interesado—. ¿Cuál escogió usted, capitán?

—Una comedia, nada pesaroso para el alma —explicó el barón—. Si me dice su nombre y sus intereses, podré sugerirle algo acorde.

—Lord Rothschild, le presento al teniente Bartholomew Sulivan —dijo la ilustradora, y entre ellos realizaron las acostumbradas reverencias.

—Soy un hombre simple, milord. Otro hombre de mar como muchos, sin suficientes particularidades.

—Siento disentir, teniente —intervino Fitz-Roy, cálido—. Para mí, su gran particularidad es que cada vez que llegamos a una ciudad nueva, usted es el primero en advertir la arquitectura reinante. Tipos de construcciones, materiales utilizados...

El oficial lo pensó un segundo, rascándose la cabeza.

—Tiene razón. No lo había pensado así.

—Entonces tengo la historia perfecta para usted —se alegró el noble británico—: *Nuestra Señora de París*. Dicen que Victor Hugo la escribió especialmente para comunicar cuánto admiraba la arquitectura gótica francesa. Hay pasajes con descripción muy vívida y técnica de obras viales, edificios y, por supuesto, la catedral de París, además de una interesante aventura entre clérigos, gitanos y un misterioso campanero...

Bartholomew no necesitaba más explicaciones. Prácticamente quitó a John el libro de las manos, y todos rieron.

—Espero que lo disfrute —sonrió el barón.

—Tanto como ella disfruta a... Lord Byron —comentó el teniente, girando la cabeza hacia Cinnamon, quien, echada a los pies de su dueño, masticaba una copia de *Manfredo*.

—Así se *devora* la poesía —bromeó John, y ante la mirada de desaprobación de Laura, agregó—. Mi hermano Craig odiaba a Byron. No es ninguna pérdida, se lo aseguro.

Ella dio el asunto por zanjado.

—Señor Sulivan, no veo al oficial Stokes... ¿Dónde está?

Tanto Sulivan como Stokes eran tenientes y compartían el mismo escalafón en el *Beagle*, asistiéndose mutuamente en muchas de sus labores.

—Donde siempre suele estar a esta hora de la tarde en Valparaíso: comprando higos —respondió Bartholomew y el capitán rio con él.

—¿Por qué es gracioso? —preguntó el noble.

—Porque el señor Stokes tiene una suerte de... *obsesión* por los higos —explicó Laura, divertida.

—Deseo compulsivo —describió Fitz-Roy.

—El teniente John Lort Stokes es hidrógrafo y uno de los oficiales más experimentados de la expedición —habló Sulivan—. Está enamorado de Chile, pues ha encontrado higos en todos los puertos.

—A mí este país me ha conquistado con el buen clima —admitió un recién llegado, quien se había asomado tímidamente tras Bartholomew.

John le hizo un gesto para que se acercara.

—En eso estoy muy de acuerdo, señor...

—Kent, milord —respondió el veinteañero, inclinándose—. William Kent.

—El señor Kent es el primer asistente del doctor Bynoe, un artista de las suturas...

—Laura... —se quejó él, ruborizado.

—Es cierto —secundó el capitán—. Recomiendo sus manos para una cicatrización rápida y efectiva.

—Todo aspirante a cirujano debe tener manos firmes —apoyó Sulivan. John entendió pronto que ese joven enjuto y con marcas de acné en el rostro era muy querido por la tripulación.

—¿Sueña con ser médico en jefe de su propia expedición, señor Kent?

—Así es. He aprendido muchísimo del capitán Fitz-Roy y del doctor Bynoe. También pongo oído a las discusiones sobre geología, pero admito que no es de mi mayor interés.

—Pero si está aquí, comprenderé que sí le interesa una buena lectura...

El aludido asintió, sonriendo.

—Disculpe que haya venido a aprovechar su generosidad —dijo, tímido—. Mi padre era un gran aficionado a las historias. Ver todos estos libros me ha recordado a él.

John le dio la espalda un momento, buscó en los montones y levantó un empastado grisáceo con grabados.

—Un médico se convierte en alcalde de un pueblo y trae mucho bienestar, modernidad para el bien común, pero... sus intenciones no son por entero loables, porque tiene un secreto —lo tentó, mostrándole luego la cubierta. Podía leerse *El médico rural,* de Honoré de Balzac.

—Sería un descollante librero, lord Rothschild —comentó, feliz con su novela en las manos, pero inmediatamente recibió un puntapié en la canilla de parte de Sulivan.

—¡Auch! ¿Qué hice?

—Le sugeriste a un barón que consiguiese trabajo —lo reprendió.

El noble rio.

—No me ofende para nada. Tendré su sugerencia en consideración, señor Kent, especialmente en mis últimos años de vida. Ojalá todo hombre pudiese ocupar la mente en algo de utilidad sin la presión de un jornal.

Un marino de patillas gruesas y canas resopló a su derecha, erguido en la esquina del carruaje.

—Pues como librero deberá aguzar el olfato. Es un gran optimista o quizá un bromista si cree que a algún alma en este barco podría interesarle *El sí de las niñas.*

El marino había estado husmeando en las pilas de libros y, al encontrar la obra de Leandro Fernández de Moratín, levantó el ejemplar para que todos lo vieran.

—A la señora Stuardo seguro le interesará —salió Laura a la defensa.

—Quizá —concedió él, y luego se inclinó ante el barón—. John Thomas Burgess, milord.

A sus cincuenta años, era el oficial de cubierta más vetusto de la expedición, un infante de la Marina Real que velaba por la seguridad de los tripulantes.

—He traído intencionalmente novelas de todo tipo, señor Burgess —le aclaró John, calmado—. No estoy aquí para censurar intereses, sino para promover buenas historias como distracción. Está muy invitado a tomar el libro que mejor prefiera.

El oficial le dedicó otro gesto de cortesía.

—Seguro un caballero tan distinguido como usted habrá apartado literatura más varonil para los veteranos...

John volteó hacia su izquierda y buscó. Dos minutos después le mostró un empaste oscuro con detalles recovecos pintados en blanco. Decía *Indiana*, de George Sand.

—Presencia militar, viajes, varios intentos de suicidio y hasta un poco de Revolución francesa —le contó, entregándole el ejemplar.

—Muy adecuado. Agradecido, milord —celebró el oficial, y caminó de vuelta hacia los botes. Sulivan y Kent también aprovecharon para despedirse. El capitán murmuró que los acompañaría hasta la orilla y luego regresaría.

El noble bajó el mentón en una actitud sospechosa. Laura no podía quedarse muda ante el misterio.

—Dígame qué hizo. Confiese.

—¿Ha leído esa novela?

Ella hizo una mueca divertida.

—Creo que conoce la respuesta a eso...

Él subió la mirada.

—*Indiana* es una tragedia romántica —le explicó. Esa fue la primera sorpresa—. Y George Sand... bueno, no es escritor, sino *escritora*.

Esa fue la segunda. Y ambos rieron sonoramente.

—¡Señorita Villa-Smith! —saludó un hombre de civil, cerca de la edad de Burgess, pero no lo suficientemente cano—. La veo sana y salva. Qué dicha. Ha estado en todas mis plegarias.

—Muchas gracias, señor Dring —se emocionó ella, mirándolo con cariño. Luego volteó hacia John—. Lord Rothschild, le presento a John Edward Dring, nuestro contador. Administra todo el dinero del *Beagle*.

—Muchos más egresos que ingresos, me temo —bromeó él, inclinándose—. A su servicio, milord.

—El señor Dring se nos ha unido por la aventura, ¿puede creerlo, lord John?

El hombre asintió, sonriendo incómodo.

—La vida de escritorio es muy aburrida —declaró, y el barón hizo un gesto de apoyo.

—Entonces déjeme ofrecerle una lectura vigorizante —se entusiasmó John, girando hacia la cajuela.

Dring lo detuvo con un gesto de mano.

—Si no es tanta la molestia, milord, en lugar de un libro para mí, quisiera pedirle algún relato que pudiese entretener a... adolescentes.

El noble alzó una ceja.

—¿Cómo así?

—Suelo leerles a los marinos de menor rango —explicó, mientras Laura, a su lado, corroboraba con un gesto de cabeza—. Muchos de ellos no saben leer ni escribir. Estaré encantado de compartirles alguna historia que los haga evadir por un momento sus tribulaciones.

John apreció su generosidad. Buscó entre los montones una cubierta de cuero verdusco.

—Esta novela no lo defraudará —le aseguró.

El contador tomó el libro y lo abrió. En la primera página encontró un grabado donde se distinguía a un hombre descalzo pero con espada al cinto, en, al parecer, una zona de plantas tropicales.

—*The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe of York* —leyó, admirado.

—Crusoe es el único sobreviviente de un naufragio y debe ingeniárselas para sobrevivir en una isla perdida... aunque después descubre que no está tan solo como pensaba —reseñó el aristócrata.

—Y dice *written by himself*. ¡Extraordinario!

John tocó la página con su dedo índice.

—No quisiera echarle a perder el interés, pero tengo el deber de advertirle, para evitar posteriores confusiones, que esa última parte no es cierta —indicó—. No es una novela autobiográfica escrita por Robinson Crusoe, sino por un alguien llamado Daniel Defoe.

—Es una noble advertencia —señaló Dring—, pero el interés de mi audiencia sí podría verse afectado por esta información, así que la dejaré en reserva, si no tiene inconveniente.

John sonrió.

—Como usted prefiera. Es *su* audiencia.

—¿Y cómo podré devolvérselo? Zarparemos muy pronto...

No quería escuchar ese recordatorio, pero se forzó a mantener la sonrisa. Laura también se había enseriado levemente.

—Es suyo, señor Dring. Un regalo para sus jóvenes marineros —lo tranquilizó—. Y permítame ofrecerle otro, para usted.

De la pila a su lado sacó *El vicario de Wakefield,* de Oliver Goldsmith.

El contador estaba haciendo la tercera reverencia de agradecimiento cuando se asomó un tipo de estatura mediana, pecoso y de ojos oscuros.

—No confío en los regalos. Siempre hay una intención oculta.

—Le aseguro que no hay nada oculto, señor...

—Había visto nobles comprar marineros con licor, tabaco o mujeres, pero nunca con libros.

—... Bryce Billett, milord —respondió Laura, con la mandíbula tensa, mientras el joven revisaba los ejemplares de mala gana—. Es el encargado de la sala de armas en el *Beagle*.

En pocos segundos, John decidió que lo trataría con amabilidad a pesar de su mal tono, era imposible que toda la tripulación recibiera con tanto entusiasmo a un perfecto desconocido como él, pero al voltear ligeramente hacia la ilustradora, ella le hizo un gesto sutil: simuló un apretón de manos.

El barón recordó. Comprendió.

Ya no estaba tan seguro de querer ser amable.

—Déjeme ofrecerle este: *Gil Blas*, de Alain-René Lesage —le mostró, extendiéndoselo—. Es la historia de un muchacho de origen humilde que, gracias a su inteligencia y apetito por el estudio, terminó convirtiéndose en un hombre rico y respetable al final de su vida —detalló—. Porque así son los estudiosos, minas de oro en potencia.

Laura bajó la cabeza para que Billett no viese su sonrisa de triunfo, pero tuvo que levantarla justo un segundo después, al escuchar una voz de niño que gritaba su nombre.

—¡Laura, Laura!

Al tiempo que Billett se alejaba sin siquiera dar las gracias, dos niños de pantaloncillos cortos y corbatines de lazo corrieron hasta ella. El mayor tenía la edad de Alisa y Fedora, mientras el menor no alcanzaba aún los seis años. Cinnamon apareció entre ellos y, aunque los niños se asustaron al comienzo por su enorme porte, la ilustradora les mostró que era muy dócil. Un minuto después Cinny estaba boca arriba sobre los listones del muelle para que le acariciaran la panza.

—Kyle, Ethan... les presento a lord John Theodore, undécimo barón Rotschild.

Los niños se inclinaron, y él, inclinándose también, no pudo evitar una sonrisa nerviosa.

—No escuchaba a alguien llamarme *Theodore* desde que rompí el jarrón japonés de mi abuela Henrietta en unas vacaciones en Bath —recordó, divertido.

—Espero que esa anécdota haya sucedido hace muchos años, milord, o no podríamos invitarlo a la sala de cronómetros.

La institutriz portuguesa Dalva Aldonça Stuardo, alta, regordeta y de ojos verdes, venía tras los niños. Hizo una exagerada reverencia apenas estuvo a centímetros del barón y él le devolvió el saludo.

—Señora Stuardo, es un placer por fin conocerla.

—¿Conoce mi nombre, milord? —se sorprendió.

—Conozco lo indispensable de muchos de ustedes. La señorita Villa-Smith me ha puesto bien al corriente —se sinceró él, para luego desviar la vista hacia el elegante marino que también había llegado junto a ellos. Llevaba a la altura del pecho unos cuantos higos—. Y usted, sin duda, es el oficial Stokes.

Su bigote frondoso contrastaba con su calvicie prematura. Junto al capitán Fitz-Roy eran de los hidrógrafos más brillantes y competentes en Inglaterra, y por tanto sus servicios en las expediciones de largo aliento solían considerarse indispensables. Tan solo algunos meses antes de zarpar, la esposa de Stokes había muerto de tifus y, temiendo que peligrara la misión principal del HMS *Beagle* —continuar el levantamiento de las costas meridionales de Sudamérica

que ya se había comenzado en la primera expedición—, Fitz-Roy convenció al almirantazgo de ofrecerle al oficial algo insólito: que no se restase de la nómina a cambio de que llevase a bordo a sus dos hijos, ahora huérfanos de madre. Stokes aceptó, sumando a su institutriz a la ecuación. Era muy irregular permitir niños en un viaje de estas características, pero uno de los argumentos del capitán frente a sus superiores fue que el primogénito Stokes, Kyle, era apenas un par de años menor que varios de sus tripulantes de bajo rango. Así comenzó la aventura, y en bendita hora, pues, gracias a la presencia de la señora Stuardo, Laura no se sentía tan *femeninamente* sola.

John Lort Stokes se inclinó, tratando de no botar sus higos al piso.

—Es un privilegio que quiera compartir algunos minutos con esta humilde tripulación, lord Rothschild.

—Al contrario, el placer es mío —dijo—. ¿Puedo ofrecerle algo de literatura, oficial? Sé que han estado faltos de distracciones.

—Así es —confirmó él—, pero, más que para mí, si tuviese algo para mis hijos estaría eternamente agradecido.

John sacó con cuidado un libro apaisado de encuadernación francesa que estaba en el fondo de la cajuela. Se lo mostró al teniente como si fuese un tesoro.

—*Cuentos para la infancia y el hogar* —leyó Stokes, y luego miró el nombre de los autores—. Creo haber escuchado alguna vez sobre Jacob y Wilhelm Grimm...

—No tienen desperdicio —le aseguró él—. Que la señora Stuardo les lea a Ethan y Kyle un cuento por noche. Y para usted —la apuntó, haciendo que la institutriz saltara con una risita nerviosa—, le guardé este.

Y le entregó *El sí de las niñas*.

Unos minutos después, el capitán Fitz-Roy regresó hasta el carruaje junto al contramaestre Thomas Sorrell, el naturalista Edward Chaffers y Sir George Stebbing, un señor bajito de pelo rizado y monóculo que confirmó pronto lo dicho por la señora Stuardo: nadie entraba a la delicada sala de cronómetros que no fuese él o el capitán. John ofreció a todos ellos alguna novela de acuerdo con sus intereses y, mientras conversaban de títulos y autores, Fitz-Roy actualizaba a Laura sobre la nómina del *Beagle* al día presente. Le aseguró que el señor Darwin estaba fuera de peligro (pero aún muy débil) y que él y Covington se integrarían al barco el día del desanclaje. También regresaría el misionero Richard Matthews, quien había estado visitando enfermos en Santiago desde julio, y su segundo comandante a bordo, John Clements Wickham, quien en estos tres meses había estado resolviendo asuntos de la Armada Real en el puerto de Callao. Quienes habían desembarcado, pero no regresarían, restándose de la lista de tripulantes, eran los cocineros Edmund Davis y Guillaume Phillips —después de pasar unos días faenando pescado al sol en la caleta de Quintero, juraron nunca regresar a la fría y nubosa Inglaterra—, y el artista en jefe Conrad Martens, quien había reemplazado al maestro Earle desde su abandono en el puerto de Montevideo en abril de 1832 debido a complicaciones de salud. Martens había estado colaborando en el estudio del pintor Mauricio Rugendas desde que llegaron a Valparaíso, encargado de algunos paisajes de la zona centro, y ya no le pareció tan atractivo seguir en una expedición de quizá

cuántos años más. Laura, sin decirlo, sintió alivio, incluso entusiasmo, pues Martens era igual de conservador que Earle e insistían en despreciar sus ilustraciones. Quizá desde ahora en adelante tendría más libertad de acción...

La última información que Fitz-Roy compartió con la ilustradora era muy importante, y no solo para ellos, así que volteó hacia lord Rothschild y lo llamó. El resto de los presentes puso atención.

—El cónsul Walpole ya está en Chile, milord...

—En Santiago, pero llegará a Valparaíso el viernes para firmar nuestro protocolo de continuidad —le comunicó el capitán—. La señorita Villa-Smith me dice que usted también lo espera para concretar ciertos trámites. Para que lo tenga en cuenta.

John le agradeció con un gesto, pero tenía sentimientos encontrados y se notaba en cada pliegue de su rostro.

—¿Cuándo zarpan, capitán?

—Este domingo 2 de noviembre.

El barón no lo pensó dos veces.

—Quisiera ofrecer una tertulia para agasajarlos y despedirlos. Este viernes. Convoque al resto de sus oficiales, serán muy bienvenidos.

—Es muy generoso, milord —se sorprendió Stokes.

—Será antes del atardecer para que Ethan y Kyle puedan asistir... mis sobrinas son de su edad. Usted también está invitada, por cierto, señora Stuardo.

Ella se alegró, coqueta, y le dedicó una reverencia.

El sol estaba a punto de esconderse en el Pacífico cuando el capitán Fitz-Roy ordenó a su tripulación regresar al barco, sobre todo a aquellos marinos de segundo rango que seguían pululando entre los libros y los juegos con Cinnamon. Los oficiales se despidieron de Laura con cariño y prometieron verse otra vez el viernes, en víspera del Día de Todos los Santos. Agradecieron a lord Rothschild, y él, aunque muy satisfecho y hasta feliz por el recibimiento, no lograba encontrar en su interior más que un extraño desasosiego. Un socavón en el estómago.

Mientras Nicomedes ordenaba en la cajuela del carruaje los libros que regresarían a la hacienda, John se alejó caminando hasta el borde del muelle. Las olas estaban tranquilas bajo los rayos naranjos de un sol que se apagaba. Cinny se sentó junto a él, llevándole algunas ultrajadas páginas de *Manfredo*. Ni eso le sacó una sonrisa.

—¿Está todo bien, lord Rothschild?

Laura se detuvo unos pasos tras él. Él no volteó.

—No, creo que no.

No era exactamente la respuesta que ella esperaba.

—Su idea resultó ser un rotundo éxito —lo animó—. No aconteció nada que pudiese opacar la gratitud de la tripulación, ni siquiera el insignificante desprecio de Billett...

—Eso es cierto, pero es otro asunto el que me inquieta —confesó.

—Desconozco cuál será el problema. ¿Quiere hablar de ello?

Giró lentamente.

—Sí —contestó—. Creo que ya es tiempo.

—Entonces *sí* hay un problema...

Inspiró profundo, como un clavadista ante el acantilado, y en su mente sintió que apoyaba un pie en la roca para lanzarse al vacío.

—El problema es que usted se marcha en cinco días, y me he quedado sin excusas para no rogarle que se quede.

Laura no pudo moverse. Se le apretó el estómago. Jamás creyó que él iría de frente con algo que ella prefería obviar, desplazar, porque complejizaba irremediablemente el escenario, sus decisiones, su vida...

Y ni un sonido salió de su boca.

—Lo que trato de decir es... —continuó él, nervioso—. ¿Seguiremos fingiendo que nada ocurre?

Él había fijado su mirada en ella, en su abundante trenza rizada que se desarmaba con la brisa, pero Laura había decidido mirar al suelo. De pronto olvidó cómo se articulaban los pensamientos, las palabras...

John no quería asumir algo errado en su silencio.

—Discúlpeme, la estoy incomodando...

—No, no —reaccionó ella por fin, sin acortar la distancia de tres pasos entre ellos—. Es simplemente que... Lord Rothschild, yo soy parte de su personal de servicio. *Esto* jamás podría... es decir, es tan socialmente inapropiado...

—Solo me preocupa si se siente inapropiado para *usted*.

La había acorralado en su propio discurso y ella acusó el golpe. Lo pensó un momento, con la presión de responder con la misma honestidad con la que la estaban interpelando.

—Se siente... *inesperado*.

El barón asintió suavemente, volviendo a girar su cuerpo hacia el mar, pero sin darle la espalda completamente. Si la miraba a los ojos quizá no tendría la claridad para decir lo que quería decir.

—Toda mi vida creí que el amor era una especie de magia —empezó, y Laura subió la mirada, expectante—. Que era un regalo divino y súbito, como un rayo, que se perdía irremediablemente si el destinatario no estaba lo suficientemente atento. Busqué señales en cada rostro y me castigué cada vez que regresé a casa con las manos vacías... Hasta que la resignación fue más fuerte que las ansias. Encontré sosiego en la idea de que, al ser un regalo tan preciado, no todos podían recibirlo. No tendría sentido. Deja de ser especial algo que se reconoce como *común*. Por las razones que fuesen, por falta de mérito o suerte, ese rayo no estaba en mi camino y lo acepté. Juro que lo acepté. Con inmenso dolor, pero lo acepté —aseguró, con su voz comenzando a quebrarse— ... hasta que llegó usted.

Laura sintió un desgarro en el pecho. Había cierto dolor compartido que él había encontrado cómo verbalizar y ella no. No lo interrumpiría en ese afán. Cinnamon se había echado a dormitar y comenzaban a alargarse las sombras en la playa...

—El amor no es lo que creía —siguió, sonriendo débilmente, calmo a pesar de las evidentes lágrimas que se agolpaban en su mirada—. No es esa banalidad

de ojos que se encuentran y ya conocen su destino. No es un rayo, sino el rumor de la lluvia que se transforma en tormenta... —susurró. Entonces volteó hacia ella, sorprendiéndola—. ¿Cuánto tiempo le tomará completar este viaje? ¿Cinco, seis años? Le aseguro que cuando regrese a Shrewsbury reconocerá los caminos, los árboles, las voces. Bajará del carruaje con alivio, abrirá la puerta de su casa de infancia y suspirará. Dejará su bolso en la entrada, caminará despacio por el pasillo. Disfrutará sus paredes, sus aromas, sus cosas. Encenderá el fogón y preparará el agua para un té. Sentirá placer al quitarse los zapatos y rodearse del silencio que la recibe. Se sabrá feliz de estar ahí. Ese lugar está hecho para usted, es suyo, porque cada detalle la conforta, la relaja, la invita a quedarse. Sonreirá tranquila. Ha llegado por fin a destino... y así, creo, se siente el amor.

Acortó en uno, dos pasos, su distancia hacia ella. Su nerviosismo era contagioso. La nobleza impasible, solemne, había posicionado por siglos la sobriedad como símbolo de distinción, amordazando las emociones, enfriándose en público e irremediablemente en privado... pero John desafiaba todo eso. La desafiaba a ella.

—Creí que el amor era arrebato, pero es certeza. No sabes de dónde o de cuándo, pero esa cara frente a ti, esa voz, ya la conoces. La proximidad se vuelve tan natural que desarma. En los ojos del otro encuentras seguridad, pertenencia, y la belleza abrumadora está ahí. Sin pensarlo o planearlo, te das cuenta de que estás donde siempre debiste estar, como cuando cruzas la puerta, inspiras profundo y dejas tu bolso —cerró, mirándola a los ojos—. Hice un largo viaje y por fin he vuelto a casa. Eso siento cuando estoy con usted.

Aún incapaz de decir o agregar algo que hiciese justicia a la intensidad del caos en su interior, Laura decidió no esconder sus ojos hinchados y mejillas húmedas, elevando su rostro hacia él. John movió sus manos, pero refrenó su deseo de limpiar con sus dedos cada lágrima.

—Nada de lo que ha oído hoy la obliga en ninguna forma —le aseguró, sincero—, así que, si no comparte mi sentir, por favor, sea clemente y dígamelo cuanto antes. No me debe nada, ni lástima ni piedad.

Ella separó sus labios para decir algo, algo que aún no terminaba de entender o articular, pero un golpeteo incesante, como de una carreta desbocada, los distrajo lo suficiente para romper el momento.

—¡Lord Rothschild!

Cinny se levantó de un salto y corrió hacia Nicomedes. El grito llamando a John mezclaba urgencia y pánico, pero no venía del cochero, sino de un hombre de poncho y sombrero de paja, quien había detenido bruscamente su carreta de un caballo frente al edificio de la aduana.

Era el señor Pereyra.

John y Laura corrieron. Pensaron lo peor.

—¿Es Karina? ¿El bebé? —temió el barón, agitado, llegando hasta el campesino. Cinny había empezado a ladrar con agobio. No se detenía.

Pereyra negó, pero no con menos desconsuelo.

—Es Clove.

* * *

John irrumpió en la cocina. Le costaba respirar. Le pareció que no solo sus pensamientos sino también sus movimientos iban más lento que de costumbre, y no podía suceder eso ahora. Tenía que moverse rápido. Actuar rápido.

Apoyó sus manos en el umbral y no se atrevió a avanzar más.

Había manchas frescas de sangre en el piso junto al mesón. También trozos astillados de una taza y platillo de porcelana. John siguió el rastro de gotas rojizas con la mirada y llegó hasta la silueta a contraluz de una mujer, sentada y apoyada en el ventanal cuadriculado. Su mano derecha, sin cuidado ni vendaje, sangraba sobre su vestido.

Era lady Brigitte.

—Hasta que el *barón* Rothschild se dignó a aparecer.

Algunos criados miraban desde el patio de servicio, otros desde el pasillo a espaldas de John. Mediante orden directa, Beckett encerró a Cinnamon en el despacho y Laura alejaría a las mellizas del primer piso, pero pronto supo que habían ido a pasar la tarde con las hijas de la señora Schumacher. La señora Fontanarrosa, cerca de la aristócrata, rezaba nerviosa, con las manos entrelazadas bajo el mentón.

—Madre —moduló, angustiado—. Qué sucedió aquí...

—Creo que sabes perfectamente lo que sucedió —le enrostró, en un tono que buscaba ser lacerante—. Sucedió lo que siempre dije que sucedería. *And I am never wrong*.

Los gruesos y desesperados ladridos de Cinnamon retumbaban en las paredes y formaban un eco del que John no podía escapar. Laura se detuvo unos pasos tras él.

—Todo fue muy rápido, milord —le explicó Etelvina, conmocionada aún—. Lo siento tanto, fue todo tan rápido...

El señor Pereyra fue el último en entrar a la cocina. Se sacó el sombrero y lo apretó contra el pecho.

—Sé que no vas a creerme, pero tengo testigos —dijo lady Brigitte, sorprendentemente impertérrita a pesar de que su mano lucía gravemente herida. Con el mentón apuntó a Marco Antonio—. Él lo vio todo.

El campesino bajó la mirada como si sintiese vergüenza. Se convertiría en la voz delatora y ningún criado quiere jamás meterse en semejante problema. Pero era cierto: él había sido testigo directo y no podía negar lo que pasó. John volteó hacia él rogándole por una explicación, si bien intuía lo que diría. El gesto de profunda tristeza entre ambos era evidente.

Iba de salida de las caballerizas cuando pasó fuera del corral, justo a tiempo para notar un gran forado bajo la cerca de madera. Clove había escapado. Desde ahí vio las puertas de la bodega abiertas de par en par y corrió de inmediato hasta allá: el bullmastiff había dejado un verdadero desastre, volteando cajas de alimentos y vajilla y otros enseres. Dice que intentó atraparlo, jura que intentó atraparlo, pero no lo consiguió. El perro, alzando la cabeza y las orejas como en estado de alerta, salió disparado a través del patio de servicio. El señor Pereyra

lo vio cruzar el ventanal de la cocina y luego escuchó el grito y la taza en el suelo y los murmullos frenéticos de los criados movilizándose desde diferentes esquinas. Clove se había abalanzado sobre lady Brigitte, clavando sus dientes en una de sus manos. Los vio forcejear. Vio la sangre caer.

Fue el señor Bahamondes quien, con una gruesa cadena traída del matadero, logró inmovilizar a Clove y amarrarlo a un árbol cerca del estero.

—Básicamente, tu bestia quiso *matarme* —cerró la aristócrata, con la mandíbula apretada por la furia.

John estaba en shock.

—¿Qué estabas haciendo tú, aquí, en la cocina? ¡Jamás vienes hasta acá! ¡Qué se supone que...!

—*Don't disrespect me!* —le gritó—. ¿Qué importa a qué vine? ¿Importa más que el ataque de tu sanguinario perro? ¡Podría haberse abalanzado sobre cualquiera de tus amados criados! ¡Cualquiera! En ese caso sí te importaría la sangre en el piso, ¿no?

El británico estaba tan impactado que comenzaba a marearse.

Apuntó a la mano de su madre.

—Debemos ir al hospital inmediatamente. Nicomedes, prepara el...

—No iré a ningún lado —declaró, en un tono que asustó a Laura y los otros —. No dejaré que nadie me toque, porque esto es evidencia. No me moveré de esta silla —amenazó, cambiando ahora el gesto por uno despiadadamente triunfal— ... hasta que escuche la orden firme de un barón que protege a su familia y su hacienda, si es que tienes las agallas para serlo.

John seguía de pie, pero sintió que todo a su alrededor se derrumbaba. Escucho un "¡No!" de parte de la ilustradora y varios gritos ahogados, pero tenía los oídos abombados, y los escuchaba lejos, muy lejos...

Salió a tumbos por el ventanal y corrió. Corrió por el patio, entre los árboles y hasta el pastizal. El señor Bahamondes, sentado al borde del estero, se levantó apenas vio a John acercarse. Clove también.

El bullmastiff corrió hacia su dueño, pero ni aún con su fuerza podía liberarse de la gruesa cadena que lo ataba al árbol. La tensó al máximo hasta que John cayó de rodillas junto a él. Saltó y movió la cola, le lamió las manos y el rostro, enrojecido por las lágrimas. El noble rodeó su enorme cráneo con sus manos y pegó su frente a la del animal.

—Perdóname...

Lentamente, subió la vista hacia Eugenio Bahamondes, quien sintió el dolor de la orden aún antes de que John pudiese pronunciarla.

—Que no sufra.

Corrió de regreso bordeando el jardín. Los ladridos frenéticos de Clove se iban desvaneciendo a sus espaldas, pero lo persiguieron hasta que alcanzó la terraza. Nunca volteó. Cruzó el salón principal, el vestíbulo y el corredor hasta el despacho, donde Cinnamon seguía golpeando la puerta y ladrando con desolación. Creyó escuchar la voz de Beckett tras él, llamándolo. No respondió.

La llave estaba puesta. La giró y entró, cerrando la puerta con el peso de su cuerpo. Había pequeños trozos de madera por todos lados y astillas en las patas

sanguinolentas de Cinny, desesperada por salir de ahí. John intentó abrazarla, pero no se dejó, rascando el interior de la puerta otra vez aunque se siguiese haciendo daño...

Se oyó el disparo inequívoco de un rifle, y una bandada aterrada de zorzales se lanzó al vuelo desde el bosque de espinos.

XVI

30 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

En el límite este de Bluebells, en pleno campo abierto, había un precioso sauce junto a un arroyo. Clove lo había encontrado en una de sus varias caminatas por la propiedad junto a Cinnamon y John. No sabía exactamente por qué, pero ese fue el primer lugar que el barón recordó cuando el señor Bahamondes, cabizbajo y complicado, le preguntó qué quería hacer con el cuerpo del bullmastiff.

Con su cuerpo.

Nadie volvería a tocarlo excepto él.

—No puede quedarse todo el día aquí, milord.

John no subió la mirada al escuchar la voz de Beckett. Estaba concentrado en algo más.

—Cinny... *please, my love*...

Cavó la tumba de Clove él mismo. No quiso a nadie cerca, pues sabía que quizá demoraría horas en decidirse a echar tierra sobre su pelaje atigrado. Cuando por fin pudo hacerlo, estaba tan cansado de cavar y llorar que durmió ahí, en la tibia intemperie de Valparaíso en primavera. En la madrugada volvió a la casa y, en silencio, liberó a Cinnamon de su reclusión en el despacho. Ella corrió hacia los jardines. Sabía que encontraría a su compañero sin ayuda, y que necesitaría tanta privacidad como él.

El problema es que, una vez que halló la tumba, nadie pudo moverla de ahí.

—No le insista, milord.

—No ha comido en dos días...

—¿Ha comido usted?

John bajó la cabeza y suspiró. Cinnamon ni siquiera aceptaba agua. Estaba recostada sobre el montículo de tierra, junto a la gran piedra redondeada que el británico había escogido como lápida. No había pensado en eso en un comienzo, pero Alisa y Fedora le recordaron la importancia de una en cualquier sepulcro. Cuando regresaron de su visita a la hacienda de los Schumacher, lady Karina les comunicó que Clove había muerto mientras dormía. Esa es la historia que ella y John habían acordado transmitirles. Las niñas se apenaron mucho, y cuando visitaron su tumba al día siguiente, se fijaron en que no había lápida ni epitafio. Rápidamente pidieron ayuda a Laura, y ella les dio papel y crayones. Escribieron "CLOVE" en colores. John consiguió una piedra que resistiese los embates del

tiempo y pegó el papel ahí con resina. “Ahora padre podrá jugar con Clove, para que no se sienta solo”, había dicho Fedora para animar a su tío. Él la abrazó. Laura hubiese querido hacer lo mismo...

Lady Brigitte, por su lado, se negó a ir al hospital. Alegó que no quería mezclarse con gentuza pestilente. Entre Etelvina y la señora Fontanarrosa limpiaron su herida con agua tibia y evaluaron el daño. Tenía al menos tres grandes marcas de colmillos y los desgarros eran profundos, pero la mujer se negó terminantemente a cualquier sutura. El señor Bahamondes, acostumbrado a los accidentes con herramientas cortopunzantes, sugirió cataplasmas de avena y compresas de manzanilla para detener el sangrado y bajar la hinchazón, además de favorecer cicatrices más tenues. La aristócrata accedió a esas soluciones naturales después de mucho resistirse, y exigió que se le proporcionara una venda con fibra de algodón que debían cambiarle cada dos horas. El ama de llaves hizo jirones una de las sábanas más finas de lady Karina para poder darle en el gusto, pues todos ahí buscaban que se callara lo antes posible. Aun cuando el ataque del perro había sido innegable, a los criados les dolía más la desolación de lord John que las lesiones de su madre...

Beckett se sentó sobre la hierba junto a John. Él, apenado, guardó en su bolsillo el trozo de carne seca que había ofrecido a Cinnamon. Esperaría algunas horas antes de insistir. Por ahora la acompañaría y acariciaría.

—Yo le hice esto —murmuró el barón.

—No tiene caso mortificarse...

—Tú mismo me advertiste que no viajase con ellos, que sería un trayecto largo y estresante, que era innecesario exponerlos...

El *valet* puso una mano en su hombro.

—Nadie podría haber vaticinado que esto sucedería.

Una punta del papel coloreado tiritaba a causa de la brisa.

—¿Crees que Craig habría tomado esta decisión?

—No me atrevería a concluir una respuesta —admitió, cauteloso—, pero tenga en cuenta que su familia era todo para él. Si la mano desgarrada hubiese sido de lady Karina o de una de sus niñas, no creo que lo hubiese dudado ni un segundo.

—Clove y Cinny son *mi* familia —dijo, con los ojos enrojecidos.

Beckett buscó ponerse en su lugar.

—Ser el patriarca de una casa nobiliaria implica muchas veces decisiones duras, decisiones que quizá no tomaría en otras circunstancias...

—No quiero esa vida, Beckett.

—Lo sé —lo confortó él— y si hubiese alguna plausible escapatoria, créame que ya le habría aconsejado tomarla. Sin embargo, y dado que no veo ninguna, mi consejo es otro: que enfrente este nuevo desafío con la integridad que lo define, e idealmente, lo mejor acompañado que pueda, para que la adversidad le sea leve.

John se enserió. Sabía lo que eso significaba.

—Te refieres a Karina. Crees que debo casarme con ella...

—*Debe*, sí —opinó, más resignado que entusiasta. Sabía que John ya no tenía

ni la paciencia ni el interés en evaluar candidatas, que eso jamás resultaría—. Es lo más apropiado en este contexto y que bien puede darle un futuro más plácido de lo que piensa.

El barón giró suavemente hacia Beckett.

—¿Y si busco esa compañía en alguien más?

Su leal sirviente lo conocía tan bien como si fuese su padre. De muchas maneras, se sentía como tal.

—La señorita Villa-Smith abordará su barco el domingo, milord. Si la respeta y valora tanto como creo, debe dejarla ir.

John volvió a desviar la mirada.

Derrotado, asintió. Sabía la respuesta antes de formular la pregunta. Además, ella no había reaccionado a su declaración y el silencio también era un tipo de réplica. Sentía que, en poco tiempo, estaba sumando en su cuerpo más tristeza de la que sería capaz de soportar.

Beckett apoyó su mano en la cabeza del barón.

—Estaré aquí en cada momento y cada paso, *John* —le habló el viejo, suave—, ya sea para preparar tu lecho nupcial con lady Karina... o tu carruaje para escapar.

El noble sonrió a medias con la poca fuerza que le quedaba.

—Jamás huiría —afirmó—. Me educaste mejor que eso.

—Así fue —se jactó el viejo, sonriéndole de vuelta.

Y lo abrazó.

* * *

Reclinada en el marco de la ventana de la salita de estudio, Laura miraba hacia el jardín. John estaba sentado en la fuente, con los pantalones remangados y los pies en el agua. En cualquier otro contexto a ella le habría parecido osado, divertido... Ahora se preguntaba si hacía eso para buscar la calma. Algo parecido hacía su padre. Carlos Alfonso Villa, talentoso paisajista español, solía llevar sus lienzos y pinturas a orillas del río Severn. Muchas veces Laura lo descubrió con el caballete sujeto entre las piedras y los pies sumergidos, asegurando que lo acunaba el ruido de la corriente. Cuando la señora Smith murió, ya no sumergía los pies sino todo el cuerpo. Decía que necesitaba entumecerse para aliviar el dolor del alma...

No habían cruzado ni una sola palabra desde su conversación en el muelle. Lo máximo que había logrado acercarse fue cuando llevó a las niñas a la tumba de Clove, y ni siquiera ahí logró que el británico le dirigiera la mirada. No lo culpaba, en cualquier caso; al contrario, sentía ese dolor como suyo. Tampoco le sorprendió que la caja del invernadero llevase días vacía. Ni bocadillos ni libros. Anoche se había quedado dos horas ahí, esperando en vano verlo entrar, y regresó a su habitación frustrada y regañándose por alimentar una fantasía sin base. ¿Hacía todo eso para entregar una mera condolencia? ¿Buscaba algo más? No tenía sentido, pues no iba a quedarse. Se lo repitió tres veces frente al espejo: *No me quedaré*. En un par de días estaría de regreso al mar siguiendo la carrera que tanto le había costado impulsar...

Pero él le había pedido que se quedara. O algo así.

Shit.

¿Por qué tuvo que hacer eso? Por qué... Y, sin embargo, le alegró tanto que lo hiciera. No había dejado de repetir ese momento en su cabeza. ¿Se podía vivir en tal contradicción sin volverse loca?

—¿Señorita Villa-Smith?

Alisa la sacó de su ensimismamiento, tirándole suavemente de la falda. Le preguntó si ya podían salir a jugar. Laura las autorizó e incluso bajó con ellas. Era un excelente momento, si es que nadie se interponía en su camino, para acercarse a él, hablarle... quizá quitarse los zapatos y probar el agua de la fuente...

Ni siquiera había terminado de cruzar el vestíbulo cuando la puerta principal se abrió con estruendo y le cambió los planes. Lady Brigitte, quitándose el sombrero y su único guante mientras caminaba en línea recta hacia el salón —dejaba adrede expuesta la venda en su mano derecha—, llamaba a John a viva voz. Él, sin fuerzas para aparentar, no salió corriendo ni modificó su aspecto. Simplemente se quedó en su sitio hasta que ella se acercase lo suficiente.

—¿No has oído que te he llamado?

—Ya estás aquí —dijo él, indiferente—. Qué necesitas...

—Que cambies esa cara y te vistas como corresponde —espetó ella—. Nos esperan en el consulado.

—¿Dónde? —preguntó, despertando bruscamente de su letargo. Comenzó a sacar sus pies del agua.

La aristócrata hizo un gesto de cansancio.

—El cónsul Walpole ya está disponible. Está esperándote para firmar la sucesión.

Ahora estaba sorprendido.

—Creí que llegaba mañana...

—Adelantó el viaje, pues tenía muchos trámites pendientes. No le hice más preguntas, por cierto, ya que es un hombre muy ocupado.

—¿Estuviste con él? —se sorprendió John, ahora tomando sus calcetines y zapatos para caminar descalzo por el césped.

—Hace una hora. Le llevé la carpeta de documentos para ganar tiempo. Me imagino que revisaste que todo estuviese en regla y a tu entera satisfacción.

Shit. Esos malditos papeles.

Había tenido muchos días para revisarlos, pero, sintiéndose casi un usurpador, no se había dignado a mirar ni una coma... y no podía culpar a nadie por ello. Seguro Beckett habría asumido que a estas alturas él ya había leído todo con detalle y por eso no vio nada raro en entregarle a lady Brigitte la carpeta de vuelta...

—Solo quiero firmar y ya. Iré mañana a primera hora.

—¿Por qué esperar? —preguntó ella, siguiéndolo de cerca mientras salían al vestíbulo y subían las escaleras—. ¿De verdad es necesario dilatar más este sencillo trámite? Sé que no tengo que recordarte que tienes al señor Wheelwright pendiendo de un hilo...

John echó la cabeza hacia atrás y suspiró. Apuró el tranco por el pasillo y se

detuvo frente a la puerta de su habitación.

—Me cambiaré. Avísale a Nicomedes que prepare el carruaje.

—Ya está sentado afuera y esperándonos. Sentado bajo el sol. ¿Sabes qué tan caluroso está afuera? Si tu cochero llega a enfermarse por tu culpa, tendrás que...

Y sin consideración ni aviso, le cerró la puerta en la nariz.

* * *

El edificio de las oficinas consulares era una hermosa construcción de dos pisos con barandas talladas, escaleras de mármol y *bow-windows* en el pasillo. John habría jurado que, en la brisa que se colaba por la ventana, había un olorcillo a boldos...

—Lord Rothschild, lady Brigitte... por favor, pasen —les pidió el secretario chileno, guiándolos a la oficina esquinera, la más grande de ese piso y muy luminosa, pues tenía una gran ventana con vista al mar.

Tres de las cuatro paredes estaban cubiertas por gruesos empastados de cuero, muchos de ellos libros contables, manuales de ingeniería, copias de tratados y mapas. Junto a la puerta descansaba un retrato enorme de Su Majestad el rey William IV y, frente a la ventana, el escritorio del cónsul.

El coronel John Walpole, en su impecable uniforme azul oscuro y dos hileras de condecoraciones colgando en el pecho, se levantó de su silla al ver a John. Se inclinó con la espalda muy rígida.

—Milord, milady. Lamento haberlos hecho esperar por este tan importante trámite. Por favor, siéntense. Finiquitaremos este asunto de inmediato.

De uno de los cajones, extrajo una caja alargada de madera. En su contenido se hallaba una pluma estilográfica, muy parecida a la que él mismo había comprado en Londres por encargo de Craig. Aún eran muy modernas e inusuales, algunas autoridades y diplomáticos se negaban a usarlas en reemplazo de sus clásicas y fieles plumas de ganso, pero el cónsul Walpole al parecer tenía una debilidad por la modernidad. Era muy interesante que escogiese momentos solemnes como este para demostrarlo...

Acercó la caja a John, instándolo a tomar la pluma. Así lo hizo.

El secretario entró a la oficina con la carpeta de sucesión y la entregó al cónsul. Él la abrió y desplegó varios de los papeles sobre la mesa, indicándolos.

—Necesitaré su firma aquí, aquí y aquí.

El noble observó los documentos, tratando de asimilar su contenido de forma rápida y torpe. Las estipulaciones en estilizada letra cursiva no eran muy amigables de leer, ni menos las numeraciones o los subtítulos...

—El cónsul está esperando —lo regañó lady Brigitte, falseando suavidad.

—¿Hay algo que le preocupe, milord?

Después de una larga pausa en que el silencio se hizo algo incómodo, John se levantó de su silla. Caminó lentamente hacia el ventanal, examinando sin apuro el movimiento de la bahía. Era una atractiva distracción notar cómo la mayoría de los barcos anclados, civiles, mercantes o de misiones especiales, enarbolaban

banderas extranjeras —la mayoría con la distintiva *Union Jack*— y no la chilena.

—¿Tiene familia, coronel?

El cónsul hizo un gesto de sorpresa, pero trató de responder con naturalidad.

—Por supuesto, esposa y tres hijos.

—¿Y los ve a menudo?

—Viven en Santiago, milord. Por eso al regresar de mi viaje pasé primero por la capital —confesó, cálido.

John le sonrió, pero su madre carraspeó, inquieta.

—No entiendo qué tiene que ver la familia del cónsul con nuestro asunto...

—Nuestro asunto *es* familiar —replicó.

—Aprovecho este momento para extenderles mis condolencias por el fallecimiento de lord Craig —intervino Walpole rápidamente—. Si bien la sucesión es un trámite protocolar, en general se realiza tras un duelo, y ese dolor debe respetarse.

—Le agradezco —moduló John, regresando con pasos cortos hacia el escritorio. Volvió a ver los papeles desplegados, pero sin leerlos realmente, como si fuesen letras y líneas inconexas. Luego giró la pluma entre sus dedos varias veces—. ¿Leyó usted las disposiciones, cónsul?

—No personalmente, no —admitió, con tranquilidad—, pero me consta que fueron revisadas por mis secretarios para certificar su admisibilidad y legalidad. Además, entiendo que ya todo ha sido revisado y visado por ustedes.

Lady Brigitte asintió con parsimonia, pero su hijo no se movió, aún con los ojos fijos en la mesa.

—¿Es esto de efecto inmediato?

—Tan pronto sus abogados reciban cada documento con el sello del rey, así es —le confirmó Walpole—. Siento que deba firmar aquí en Chile, pero la ley estipula que la sucesión debe hacerse en el lugar de fallecimiento del lord saliente —le explicó, intuyendo que quizá no conocía el detalle de esas disposiciones—. Enviaremos la carpeta en el barco del Royal Mail, que zarpa el domingo hacia Inglaterra, no se preocupe.

John agradeció con un leve gesto. Lady Brigitte se aclaró la garganta nuevamente.

—John... —lo apuró, ahora comenzando a exasperarse.

—Si tiene más dudas sobre el procedimiento, las resolveré con gusto, milord —se inmiscuyó el cónsul, sospechando que este no sería un trámite tan rápido después de todo.

—No, no es eso —aclaró el noble, pesaroso. Bajó los hombros y fue honesto —. Como usted dijo, esto simboliza el fin de un duelo, pero también es un inicio. Al firmar la sucesión, es como si Craig falleciese otra vez.

El coronel bajó la mirada, empatizando genuinamente con el dolor de John, pero la aristócrata entornó los ojos.

—Tu hermano murió hace casi seis meses. Ya deberías haberlo asumido a estas alturas, ¿no te parece?

Él no contestó. Walpole también calló, si bien su mirada fugaz hacia la aristócrata fue claramente reprobatoria y hacia John fue de preocupación y

apoyo. Por cierto, no era el lugar para discutir algo así y, francamente, John Theodore se sentía demasiado cansado y abatido como para enfrentarse al habitual desprecio de su progenitora. Era mejor terminar todo de una buena vez...

Asió la pluma. Se inclinó... y uno a uno firmó cada papel.

El cónsul los giró sobre la mesa con suavidad y chequeó que las firmas fueran idénticas. Eso era parte de sus atribuciones como ministro de fe. Luego, y con la misma pluma estilográfica, firmó él bajo la rúbrica de John. Para finalizar el rito, el secretario entró de nuevo a la oficina, pero esta vez con un curioso pomo de metal. Con él estampó en cada hoja un sello en seco, donde podía apreciarse el escudo de armas de Su Majestad el rey William IV.

Lady Brigitte aplaudió, eufórica. John cerró los ojos y suspiró.

—Felicidades, barón Rothschild.

El noble sonrió al cónsul por cortesía. No se le ocurría peor momento para que alguien lo felicitara.

—Dice que despachará los documentos el domingo. Ese día también zarpa el *Beagle* —mencionó John de pronto, interesado. Walpole asintió.

—Así es. Justamente en unas horas me reuniré con el capitán Fitz-Roy para visar la trayectoria siguiente de la expedición. ¿Ha podido conocerlo? Es un marino de prestigiosa trayectoria...

—Lo conocí, sí. De hecho, lo he invitado a él, a sus oficiales y científicos a una tertulia mañana en mi hacienda.

—Fiestecilla de comunes —se burló lady Brigitte en voz baja—, pero está bien, permitiré que suceda. De todas maneras, no volverá a repetirse.

John desvió la mirada hacia la bahía.

Eso era lo que más pesaba en su espalda y en su corazón. Había mucho en su vida que, dolorosamente, no volvería a repetirse.

XVII

31 de octubre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Lady Blais-Rothschild salió de Bluebells en la madrugada del viernes. Con un inaudito buen humor, declaró que pasaría todo el día como invitada en la mansión de la condesa Ernst Leitner —quien, según ella, estaba deseosa de escuchar todos los detalles sobre su ataque y horrendo *casi* encuentro con la muerte— y que no estorbaría en los preparativos de la tertulia. Laura pensó que aquella noticia habría sido motivo de celebración silenciosa en cualquier otra circunstancia, pero no en esta. Era atípico de ella perder la oportunidad de un evento para insultar y humillar comunes. Aislarse voluntariamente le despertó más sospecha que gratitud.

Como fuese, sí había aspectos que celebrar, como el hecho de ver a una muy recuperada lady Karina bajando la escalera junto a Virginia. John no estuvo de acuerdo al comienzo, le recordó que la instrucción del doctor Bynoe había sido un reposo absoluto, pero ella alegó que hace mucho no se sentía tan bien y no quería sentirse excluida. El barón cedió a regañadientes, haciéndole jurar que no se movería de su asiento. Así fue como situaron un *chaise longue* en la terraza, con los ventanales y cortinajes del salón principal abiertos de par en par, para que pudiese admirar todo el movimiento recostada desde ahí.

El otro cambio tuvo que ver con Virginia. Lady Brigitte había dejado a Penny en la hacienda, lo que podía entenderse como beneficioso, ya que se necesitaban muchas manos para alistar la tertulia, pero también era un problema: la señora Carrasco no tenía paciencia con ella y casi no le otorgaba labores en la cocina. Se quejaba de que la joven sirvienta no era ágil ni eficiente en los mandados, como tampoco muy talentosa en lo culinario. La última vez le gritó que no sabría distinguir una cebolla de una manzana aunque las tuviese enfrente. La señora Fontanarrosa estaba preocupada por el ánimo de la pobre muchacha y le sugirió al barón que autorizara intercambiar labores con Virginia, ya que el cuidado de la baronesa requería labores más sencillas y rápidas de cumplir. Él aceptó. Penny recibió su nuevo mandato con felicidad y no se despegaría de la noble rusa en todo el día. Lo único malo, pensó Karina, es que tendría que volver a tomar litros de té herbal, pues Penny no sabía cómo preparar bien el mate chileno...

—¿A cuántas personas esperamos, milord? —preguntó la señora

Fontanarrosa, anotando algo en su libreta en el umbral de la cocina. Ya parecía muy cómoda y acostumbrada a sus lentes bifocales.

—Unas veinte, máximo —respondió, y luego estiró el cuello para hablar hacia el fondo—. ¿Qué platillos tiene pensados, señora Carrasco?

—Exquisiteces, como siempre —afirmó ella, y John le sonrió, admirando su autoconfianza...

... pero comenzó con una larga lista de preparaciones francesas que no solo eran demasiado rebuscadas para una tertulia como la que tenía en mente —sin duda más sencilla y relajada que la anterior—, sino que tomarían mucho tiempo y no aprovechaban bien los recursos locales. Al parecer se había tomado muy en serio su tarea de estudiar *L'art de la cuisine française*.

—¿Y qué platillos prepararía usted, lord Rothschild?

Laura y las niñas habían estado ayudando a los lacayos con los arreglos florales, pero cuando la ilustradora advirtió que el barón estaba husmeando en la cocina, lo siguieron hasta allá.

John volteó hacia ella. No habían tenido ningún momento de diálogo directo desde el muelle, y parecía que hubiese sido hace un siglo.

—¿Yo? Bueno, confío en lo que la señ...

—¿Qué tal esa menestra que solías hacer en Faringdon? —planteó Beckett, asomándose a la cocina desde el patio de servicio—. Esa con guisantes fritos. Es una de mis favoritas.

—¿Menestra para una tertulia? —se indignó la señora Carrasco, llevándose una mano al pecho.

—Con papa y lenteja chilena quedaría muy bien —opinó Laura.

—Bocados de arenque en pan de centeno —aportó Virginia, perdiendo la mirada en su imaginación.

—Galletas de harina tostada...

—Horchata de almendras —deseó la señora Fontanarrosa, saboreándola en su mente.

—Estofado de ave de corral al vino —recordó la británica, apuntando a John con el mentón—. Lo preparó la semana pasada y fue de mis favoritos.

La cocinera se echó aire con su propio delantal. Creía que iba a desmayarse. Hasta el señor Bahamondes, quien se asomó apenas alguien habló de embutidos —los suyos eran muy alabados en la zona—, tenía el rostro perplejo.

—¿Acaso usted cocina, milord?

El resto de los criados, los presentes y los que deambulaban, rieron sonoramente. John, ruborizado, sonrió a medias.

—A mí me gustarían esos pastelillos de damasco —levantó la voz Fedora, y Alisa asentía a su lado.

Laura la apoyó.

—En esta ocasión también tendremos niños y debe haber opciones quizá más sencillas y menos especiadas...

—Flan con caramelo, por ejemplo —sugirió Beckett.

—Todos disfrutan de un buen flan con caramelo —dijo Etelvina.

John no aguantó más y levantó las manos. De pronto la cocina estaba llena

de gente y parecía una emboscada.

—*Okey, okey*... Qué está sucediendo aquí.

La ilustradora le dedicó un gesto de "yo no fui", antes de retroceder sobre sus pasos y adentrarse en el pasillo hacia el vestíbulo. Necesitaba ir urgentemente a otro sitio...

—¡Señorita Villa-Smith, no huya!

—Lo que está sucediendo aquí —habló Beckett—, es que, en esta ocasión, nos gustaría que usted dirigiera el menú.

—... con la estrecha colaboración y asistencia de nuestra experta, la señora Carrasco, por supuesto —se apuró en agregar la señora Fontanarrosa, para no herir sensibilidades.

Ajá. *Era* una emboscada.

—¿Se han vuelto locos?

—Tendrá una audiencia ideal, milord. La señorita Villa-Smith me ha asegurado que nuestros invitados son, en su mayoría, de *mente abierta* —apuntó Beckett.

—Y muy agradecidos de una comida deliciosa y caliente ante otro par de años en altamar —agregó el ama de llaves—. Las condiciones alimentarias de los marinos dejan mucho que desear...

—Sus preparaciones serán un éxito —lo animó Virginia.

—Verá lo bien que se sentirá mañana —sonrió Etelvina.

John se cruzó de brazos. Ya entendía todo. Estaba siendo víctima de una triquiñuela de la peor calaña: esa que no queda más que aceptar, pues se hace desde el cariño y busca la felicidad del otro. Cada rostro ahí le sonreía con expectación. Los criados habían compartido su preocupación por la tristeza del barón y querían animarlo; fue entonces cuando Laura dio con su brillante idea. Al fin y al cabo, el pasatiempo de John ya era de amplio conocimiento en Bluebells, aunque él insistiese en seguir dándole un bajo perfil. En cualquier caso, era importante que no todos estuviesen al tanto para que la emboscada luciese natural —días después la señora Carrasco y el señor Bahamondes todavía se estarían quejando por haber sido excluidos del juego— y se lograse el cometido. Debían empujarlo a un escenario donde era imposible decir que no.

—Valoro vuestro afectuoso interés —comenzó a decir John—, pero no estoy seguro de que esta sea la mejor ocasión...

—¿Qué mejor ocasión que una despedida?

Beckett lo apremió con la mirada y el barón la sostuvo.

Cocinar para dejar ir. Cruel ironía.

—Di que sí, *uncle* John —pidió Alisa, y fue inmediatamente secundada por una decena de voces diciendo "diga que sí, diga que sí"...

Y entonces asintió. Los criados aplaudieron.

—No lo haré sin usted, señora Carrasco —dijo él, cándido, haciendo que la chilena sonriera a regañadientes.

—¡Pero seguirá sin tocar mis cacerolas de porcelana!

Él se quitó la chaqueta y la chaquetilla bordada, dándoselas a Beckett. Se arremangó la camisa. Pidió a Etelvina que trajese ajo, papas, zapallo y harina de

las bodegas... para empezar. Pidió al señor Bahamondes dos kilos de salchichones y a Virginia que despejara el mesón de madera.

—Guarde el champagne, señora Fontanarrosa —le ordenó—. Vaya a la cava y traiga las botellas de Loncomilla y Guaraculén. Hoy se toma vino chileno.

El ama de llaves, entusiasmada, se topó con Penny al salir de la cocina.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó la criada, tímida, desde el umbral. Llevaba una taza vacía en las manos—. La baronesa pregunta por qué escuchó gritos de celebración...

—Porque esta noche cocina el barón Rothschild —dijo el aludido, contento, tomando un cuenco de madera y escogiendo algunas hierbas secas que colgaban en ramilletes sobre el mesón. Orégano, eneldo, tomillo...

No salió de ahí hasta las cuatro de la tarde, y se habría quedado más tiempo si Beckett no le hubiese recordado que, aunque era una tertulia *relajada*, igualmente debía acicalarse para la ocasión. Al caminar hacia su habitación, preguntó si la instrucción a Nicomedes se había cumplido, y le confirmaron que sí: se contrataron tres carruajes adicionales que serían comandados por los lacayos de mayor edad y todos ya habían partido al muelle a buscar a los invitados. A las cinco en punto el tloc, tloc, tloc de los caballos se empezó a escuchar desde el camino de tierra, y John, ya peinado y presentable, bajó las escaleras. Quería estar de pie en el porche para recibir a sus comensales.

Pero un imprevisto lo demoró.

Al cruzar el vestíbulo, escuchó la risa de Alisa y Fedora desde el jardín. Sonrió al pensar en que estarían jugando con sus vestidos limpios bajo el cuidado de Karina y la señora Fontanarrosa, quizá espantadas por la perspectiva de que se ensuciasen minutos antes de que llegaran los hombres del *Beagle*. Iba a seguir su camino, pero una extraña curiosidad lo hizo asomarse por el salón y mirar hacia la terraza.

Sus sobrinas jugaban con Cinnamon.

John corrió a abrazarla y la dulce bullmastiff se dejó. No quería llorar, era el peor momento para hacerlo, pero no pudo evitar que algunas lágrimas se escaparan y rebotaran en su pelaje. Llevaba demasiado tiempo caminando por el mundo con sus piernas *desnudas*...

La bullmastiff lo siguió hasta el porche, igual que las niñas. Habían llegado justo a tiempo. El sol seguía cálido cuando sus invitados recién comenzaban a bajar de los carruajes para acercarse al anfitrión.

Los criados estaban extasiados con el despliegue de marinos con elegantes uniformes, todos de pantaloncillos blancos, corbata de nudo, chaqueta larga azul índigo y botones dorados, si bien se diferenciaban en sus botas y en cuántas condecoraciones llevaban en cada solapa. Fitz-Roy era quizá el más llamativo, luciendo un alamar de oro en cada hombro. La excepción a esto eran, por cierto, los profesionales civiles, entre los que se contaban el doctor Bynoe, el señor Dring, William Kent, Edward Chaffers, Luke Jones y sir George Stebbing, todos de profuso negro y corbata de lazo, además de la señora Stuardo, quien lucía un vestido verde sencillo pero con una vistosa pluma que caía desde su tocado. Ethan y Kyle, por su lado, vestían chaquetillas de lana, corbatín y bombachas.

Apenas bajaron del carruaje, John le presentó a las mellizas, y ellas, sin demora, invitaron a los niños Stokes a molestar a las ranas de la fuente. “No los pierdas de vista”, le pidió a Cinny, al tiempo que la bullmastiff partía tras ellos.

Laura había decidido quedarse junto a Lady Karina. Con la ayuda de los lacayos, movieron el *chaise longue* hacia la entrada del salón para que la baronesa no tuviese que caminar ni un metro con ese vientre enorme. A medida que se acercaban, la ilustradora le presentaba a los invitados y la noble, semirrecostada, pedía disculpas a cada uno por no levantarse. Recibió agradecimientos de los oficiales, alabanzas de la señora Stuardo y un sentido reclamo de Benjamin Bynoe, quien se sorprendió al verla ahí.

—No me regañe, hoy será una excepción —le prometió Karina. También por hoy había tenido ganas de ablandar el luto, sumando a su vestido negro una pelerina con encajes blancos y plateados.

—Admito que la veo bastante bien —señaló Bynoe. Ella no le diría, por cierto, que ya no se sentía tan bien como en la mañana—. ¿Cuándo llega su doctor?

—El 10 de noviembre —dijo la baronesa, ilusionada—. El doctor Blest respondió encantado la proposición de lord John y pasará una temporada con nosotros.

—Me alivia mucho escuchar eso.

—He seguido al pie de la letra su dieta blanda —le aseguró ella—. ¿Cree que esta noche podría comer algo más contundente?

Él dudó.

—¿Ha presentado náuseas?

—Casi imperceptibles —mintió. Hasta ayer hubiese sido verdad, pero hoy ya habían regresado, y ella lo atribuía a los nervios de una casa con tanto movimiento.

Bynoe dudó otra vez.

—No estoy seguro de que deba...

—Es que no todos los días el undécimo barón de la casa Rothschild cocina para su familia e invitados.

Lo dijo con un volumen suficientemente alto como para que John escuchara. Venía cruzando el vestíbulo con el último en entrar, el oficial Burgess.

Los oficiales Stokes y Sulivan voltearon al mismo tiempo, justo después de asir una copa de vino que ofrecía un lacayo. También el señor Dring y Luke Jones, más atrás. El doctor Bynoe abrió los ojos al máximo.

—¿*Cocina*, milord?

John inspiró profundo. Buscó aprobación en la mirada de Laura, quien asintió imperceptiblemente.

—Así es —confirmó, con el corazón a mil—, y al parecer soy bastante bueno.

Dos segundos de silencio habrían bastado para sumirlo en pánico, pero las sonrisas de los hombres frente a él no lo dejaron decaer.

—¡Qué extraordinario! —celebró Sulivan—. ¡Yo no sé ni quebrar un huevo!

—Por eso me niego a naufragar con usted, seríamos dos inútiles en la lucha por la supervivencia —se burló Stokes.

—Lástima que los informes climatológicos no sean comestibles —rio el señor Jones.

—Usted es un experto cazador, oficial Stokes —le recordó Laura, subiendo una ceja.

—Sí, sí, pero ni para regular el carbón bajo una olla estoy capacitado. Ya no tengo dientes para acostumbrarme a comer perdiz cruda.

Los hombres rieron. Únicamente el oficial Burgess no estaba tan seguro de comprender qué tenía de positivo que un noble admitiera realizar un trabajo doméstico. Sin embargo, y al verse en minoría, decidió guardarse su opinión.

—Por favor, pasen y deléitense con lo desplegado en las mesas —les pidió lady Karina, invitándolos a ir al fondo del salón—. Será un gran festín el de hoy.

Cuando se alejaron, John avanzó los pasos que le quedaban hasta quedar cerca de Laura. Ella le sonrió con cariño.

—No fue tan difícil, ¿no?

Él le sonrió de vuelta, y se miraron con una intensidad que la baronesa no esperaba. Sintió su peor náusea hasta el momento y ocultó una arcada tras su abanico. Quizá era porque no había comido mucho durante el día. Quizá era por el miedo a dar una batalla por perdida...

—¿Podría sentarme junto a usted? —le preguntó la señora Stuardo, cautivada—. Nunca antes conocí a una baronesa...

Lady Karina asintió, cortés, y la institutriz corrió a buscar una silla. Laura aprovechó que la baronesa quedaría acompañada; se excusó y así pudo moverse en el salón para compartir con sus compañeros tripulantes.

—Dispuse de una fuente de higos especialmente para usted, oficial Stokes —le mostró John, apuntando a una mesa con frutas, pastelillos y frutos secos.

—Por sus obsesiones los conoceréis —se burló el capitán Fitz-Roy.

Junto a él pasó un lacayo con una bandeja, y John, al percatarse del contenido, lo detuvo.

—Por favor, prueben esto y permítanme sus opiniones —dijo tomando unas pequeñas tortas de hojaldre con un curioso relleno y extendiéndolas a su grupo inmediato.

—¿Qué lleva? —preguntó el contramaestre Sorrell.

—Leche, sal, pimienta y *jaiba* al vapor, un cangrejo que seguro ya conocen.

El señor Kent subió las cejas.

—Suena bien.

—Si *sabe* bien, mejor aún.

—Milord, ha escogido a los mejores comensales de la tierra —le aseguró el señor Dring—. Dudo que haya algo aquí que no vayamos a comer con el mayor gusto.

—No encontrará hombres más agradecidos que un montón de marinos —confesó Sulivan.

—Eso dijo mi ama de llaves —sonrió John.

—Vivimos de pez en salmuera y patatas cocidas...

—O platillos de dudosa procedencia...

—Menos mal el señor Phillips no está aquí o habría repartido algunos golpes

—comentó Laura, divertida.

—O habría puesto cola de rata en nuestra primera cena de vuelta al mar —se rio el oficial Stokes.

—¿Phillips es su cocinero? Pues procederé a defenderlo de una crítica injusta —intervino John, sincero—. No debe ser nada de fácil cocinar y dejar satisfechos a decenas de hombres...

Los presentes hicieron diferentes muecas, ninguno dispuesto a hablar bien del cocinero del *Beagle*. Fue entonces cuando apareció George Stebbing, acercándose al grupo con platillo y tenedor en mano. Estaba terminando de tragar un bocado.

—Esto es excepcionalmente bueno —declaró el cronometrista, apuntando con el tenedor a su guiso de zapallo italiano, cebolla y queso. John le agradeció inclinando su frente.

—¿Alguna vez ha dicho lo mismo por algún platillo del señor Phillips, sir George? —le preguntó el capitán.

—Claro que no, Dios me libre.

Todos rieron, y John los observó algo maravillado. Oiría sus risas muchas veces esa tarde.

—¿Esto realmente lo preparó usted, milord? —le preguntó Kyle, quien había aparecido por su costado junto a las mellizas. Tenía en sus manos un pastelillo de damasco.

—Es cierto —le sonrió John, y las niñas saltaron.

—¿Ves? ¡Te lo dije!

—También hay un bizcocho de maqui, lo vi en alguna bandeja... —comentó el oficial Burgess.

—Esa receta pasó por un exhaustivo proceso de perfección —dijo John, mirando a Laura de reojo. Ella se ruborizó levemente, pero no pasó desapercibido para el capitán, quien subió una ceja tras su copa.

—No sé si merecíamos este banquete, sinceramente —habló el doctor Bynoe, sumándose al grupo.

—En buena hora la señorita Villa-Smith fue contratada en este hogar y habló maravillas al barón de estos cansados científicos —le agradeció Stokes con un movimiento de cabeza.

—No han salido de mi boca más que verdades —les sonrió—. Ha sido un honor viajar por el mundo con ustedes, caballeros.

—Y para nosotros es un honor tenerte, Laura.

Ella volteó rápidamente. Reconocería ese español dificultoso en cualquier lado. Cruzando el umbral del salón, Charles Darwin caminaba lentamente, apoyado en Syms Covington. Junto a ellos estaba el comerciante naviero Richard Henry Corfield.

—Qué alegría que recibieran mi nota —exclamó John, acercándose a ellos.

Darwin venía un poco pálido, pero de buen ánimo. Laura casi se le cuelga del cuello por la emoción, aunque no sabía si abrazarlo o golpearlo por enfermarse.

—Muchas gracias por su invitación, barón Rothschild. No es usual encontrar a todos estos profesionales congregados en una habitación con iluminación

decente, sin un piso movedizo y sin discutir de latitudes, fósiles o triangulaciones...

—Espera al tercer whisky de Burgess, Charles —se rio Chaffers, y varios con él.

Tras presentarse y saludar a lady Karina, Darwin recibió muchas palabras de aprecio y palmadas en la espalda de sus compañeros. No había duda de que era alguien muy respetado en la nómina. Covington les anunció que había traído su violín, mostrándolo en alto, y todos aplaudieron. El asistente del naturalista era un talentoso artista musical que había amenizado muchas noches en el *Beagle*.

—No creí que ya estuviese en pie —le dijo Laura, una vez que Darwin encontró una poltrona donde sentarse y, probablemente, no volver a moverse durante toda la tarde.

—Lo estoy desde ayer —explicó—, pues tenía una cita muy importante a la que podía faltar únicamente si ya me encontraba muerto.

Laura exclamó "¡Ni en broma!", regañándolo, mientras más atrás el señor Dring se persignaba. Como el científico solía embarcarse en excursiones peligrosas o decisiones temerarias, no era inusual que bromease con su muerte inminente. No obstante, esta vez sí estuvo cerca.

—Se habría desmayado en la reunión de ayer, señorita Villa-Smith —le dijo Covington, misterioso. Ella miró a Darwin, quien subió las cejas.

—Conocí a *monsieur* Gay.

—¡Qué privilegio! —exclamó ella tratando de no pensar en que, hace algunos meses, estuvo tan cerca de él y a la vez tan lejos.

—Fue un encuentro muy ilustrativo —concedió el naturalista—. Ni yo hablo francés ni él inglés, así que también fue divertido, pues nos unía el castellano.

—¿Hablaron de colaboración?

—Sí. Le aseguré que le enviaría copia de especies nuevas que encontrásemos, vegetales y animales. Claro que él estará muchos años investigando este país y nosotros apenas estuvimos algunos meses. Si no fuera porque vamos dos años atrasados en la expedición y la corona ya no nos estima tanto como antes, me quedaría en Chile un buen tiempo más. Qué magnífico país en clima, vegetación y comida...

—Y aromas —aportó Sulivan tomando un sorbo de su vino. Los puertos británicos no eran especialmente conocidos por su calidez, salubridad y olor a rosas.

—Apenas anclemos en Plymouth e inspiremos profundo, querremos volver a nado a Valparaíso —bromeó Stokes, aunque no era broma, en realidad.

Laura interrogó varios minutos más al señor Darwin. Que cómo se sentía, si necesitaba algo, si tenía hambre... El doctor Bynoe le tenía prohibido los alimentos sólidos por el momento, así que aceptó con gusto la compota de pera que le ofreció Penny, pues es la misma que llevaba para lady Karina. El naturalista le aseguró que estaba satisfecho con sus excursiones, que había llegado hasta Mendoza tal como lo había planeado y que encontró muchas cosas interesantes.

—Covington no ilustra tan bien como tú, Laura, así que te esperan horas de

relatos detallados...

—Estoy lista y dispuesta —se entusiasmó ella. John, unos pasos tras ella, bajó la mirada con camuflada tristeza.

Siguieron corriendo las bandejas de comida, pero también la bebida —junto al vino, el barón desplegó todo el licor que odiaba, partiendo por el brandy—, y eso generalmente soltaba la lengua de los más reservados. Las anécdotas de tres años de aventuras no se hicieron esperar y John estaba maravillado. Le contaron el día en que Chaffers acarreó por dos horas una enorme roca jurando que era un fósil jurásico, la vez que Phillips tiró cajas de papas al mar para hacer espacio a las cajas de huesos animales de Darwin, o cuando el capitán Fitz-Roy encontró un extraño insecto atrapado en ámbar, el que estudiaron con fascinación por días, hasta que el señor Kent se lo tragó sin querer en un confuso incidente. Era una escena digna de una sátira de Jonathan Swift ver a connotados científicos esperando por las heces de un hombre y luego peleándose por examinarlas...

El mismo señor Darwin también daba mucho material para que sus compañeros de ruta se divirtieran. Por ejemplo, *el episodio de los gauchos*, decía Stokes. La admiración del naturalista por los gauchos argentinos era bien conocida a bordo. En un trabajo de campo por la Patagonia los observó detenidamente y llegó a la conclusión de que eran los jinetes más diestros y experimentados que había visto jamás. La mayoría ni siquiera utilizaba montura y algunos hasta cabalgaban a torso desnudo bajo las peores lluvias. De todas sus habilidades, la que más le llamaba la atención era que podían hacerlo a toda velocidad y enlazar a un animal al mismo tiempo.

—... entonces cometió el error de pedirles que le enseñaran a usar las *boleadoras* —relató el capitán Fitz-Roy, con su tercera copa de vino en la mano.

—No fue un error, fue un experimento —se defendió Charles, pero los otros tripulantes bajaban sus cabezas para aguantar la risa.

—Los gauchos hicieron lo que se les pidió... Otra cosa es que un inglés creyera que esa técnica centenaria se podía aprender en una tarde —comentó Stokes, divertido.

John se preocupó.

—Espero que esta historia no derive en la pérdida de algún ojo o brazo...

—Casi —respondió Laura, tapándose la boca.

El señor Darwin entornó los ojos, pero sonreía.

—Tripulación de exagerados —lanzó—. ¡Salvé ileso!

—Porque la Providencia es grande —opinó Fitz-Roy, haciendo una mueca—. Charles intentó enlazar a un guanaco, pero cuando giraba las boleadoras sobre su cabeza, las soltó cuando no debía y terminaron donde no debían... —. Dilató la pausa expectante, y cerró—: En las patas de su propio caballo.

Todos los hombres soltaron las carcajadas, que ya no podían aguantar.

—Por suerte la yegua estaba muy bien entrenada y no lanzó al señor Darwin por los aires —rio Laura. Y John con ella.

—El mayor de los gauchos dijo que había visto la captura de muchos tipos de animales, pero que jamás había visto a un hombre atraparse a sí mismo —sonrió Stokes, mostrando los dientes—. ¡Que no se diga que Charles Darwin no está por

la innovación!

"¡Hurra!", gritaron los otros, riendo sonoramente. El naturalista terminó uniéndose a la sana burla, entendiendo que era por lejos una de sus mejores anécdotas en esos tres años de travesía, y quizá qué le esperaría en los que quedaban.

—Por la innovación y no por la riqueza —señaló el aludido—. He tenido que explicarlo a dos de cada tres chilenos en campo abierto.

—¿Por qué? —preguntó John.

—Porque en estos lados la búsqueda de minas ha desatado una competencia feroz, y también mucha desconfianza... Cualquiera con cinco chelines puede dejar socavones por doquier.

—Nuestras exploraciones geológicas no han sido bien recibidas en algunos sectores —explicó Chaffers—. Aunque les expliquemos que somos naturalistas, que estudiamos la tierra, usualmente creen que estamos buscando oro. Nos han echado con escobas, amenazado con rifles...

John no había tomado ni un sorbo de su limonada por poner atención.

—¿Y cómo han convencido a los lugareños?

El señor Darwin había encontrado una solución.

—Cuando veo venir los golpes, les pregunto si no sienten curiosidad sobre los terremotos, las mareas o los volcanes, por qué en algunas primaveras llueve y en otras no, por qué solo nieva en la cumbre de los Andes y no en los cerros del puerto...

—La duda los descoloca y nos dejan en paz.

—No a todos, claro —especificó Darwin—. No falta quienes nos enrostran que nuestras preguntas son impías, pues Dios es el creador del mundo y no son necesarias mayores explicaciones sobre lo que nos rodea.

—Las explicaciones siempre son necesarias —aportó Laura, y Charles levantó su vaso de jugo de manzana.

—*Amén*.

Ese fue el momento que Robert Fitz-Roy escogió para el brindis.

Con un tenedor, golpeó suavemente su copa y buscó la atención de todos los presentes. Los murmullos se callaron.

—Quisiera agradecer, profunda y públicamente, la magnífica hospitalidad del barón Rothschild y su familia —comenzó, desviando la mirada no solo hacia John sino también hacia la baronesa, incluso hacia las mellizas, quienes no se habían despegado del mesón de postres—. Hace un buen tiempo que no comíamos tan bien o éramos tan agasajados con distracción literaria. No es usual para una expedición científica conseguir tan buenos aliados, así que, nuevamente, *gracias* —dijo alzando su copa y todos se sumaron. Sin embargo, no había terminado—. Pero nada de esto habría sido posible sin la señorita Villa-Smith.

Los hombres vociferaron algunas frases ininteligibles y golpearon suavemente mesas y paredes. Era como si estuviesen alentando a un colega en un bar. A John le chocó en un comienzo, pero, al ver a Laura reír, relajó su aprensión.

—La señorita Villa-Smith fue acogida en esta familia con mucha generosidad, y ella intercedió para que el *Beagle* tuviese el increíble recibimiento de hoy. Además, si no fuera por los Rothschild, no habría podido continuar el viaje con nosotros. Les agradecemos por ayudarnos a mantener a una de nuestras mejores profesionales a bordo, pues nos consta que nada ni nadie la descarrilará de su camino escogido... —afirmó, ahora sí listo para brindar—. *We seek honour, wonder and joy.* Continuemos el viaje de nuestras vidas. ¡Salud y hurra!

—¡Hurra!

El aire se llenó de los cling, cling, cling de las copas al tocarse. No había más que algarabía entre los tripulantes, tanto, que no notaron cuando John dejó su vaso en una bandeja, cruzó los cortinajes del salón y salió a la terraza.

—¿Puedo deleitarlos con alguna melodía?

Syms Covington levantó su violín y las voces lo alentaron.

—Que por favor no sea otra de sus canciones tristes, señor Covington —se quejó la señora Stuardo.

—No, no... Escogí una pieza especial porque no podía desentonar en la casa de un barón —sonrió—. Espero que me perdone el maestro Bach, pero he adaptado su suite para violoncello n°1 en sol mayor. Dice así.

Entonces se irguió en una esquina y comenzó a tocar.

Laura recibió la última felicitación y por fin pudo buscar a John con la mirada. No lo encontró en ningún lado. Estaba a punto de salir al vestíbulo cuando se cruzó con Beckett.

Con el mentón y discretamente, él apuntó hacia la terraza. Había compasión en su mirada.

Era el momento de despedirse.

Con la atención de la audiencia concentrada en la esquina opuesta, Laura pudo salir a la terraza sin concitar miradas. John estaba sentado en las escaleras de piedra que daban al jardín, observando los últimos rayos de sol que caían sobre los árboles y los pastizales. Cinnamon se acurrucaba a sus pies.

Al sentir que ya no estaba solo, levantó la vista y se encontró con los ojos ávidos de la británica.

No pudo sostenerle la mirada por mucho tiempo.

—¿Fue usted quien trajo a Cinny a casa, verdad?

—Sí.

—¿Cómo lo logró?

Laura se acercó lo más posible, tanto, que él se sintió obligado a levantarse. No podía malgastar esa proximidad.

—Tuvimos una pequeña charla de chicas —admitió, tratando de sonreír sin lograrlo.

—¿Y qué le dijo?

—Que usted iba a necesitarla —murmuró, descorazonada—. Que iba a necesitarla ahora más que nunca.

John bajó la cabeza. Giró sobre sus pies y le dio la espalda, sin saber qué diablos estaba intentando ocultar. No sería la primera vez que lo viese quebrado por la tristeza...

—Sé cuán importante es todo esto para usted —pronunció él, sin voltear. Su voz ahogada derrumbó algo dentro de Laura—, así que no me interpondré en su camino. No le pediré que se quede.

Ella se acercó a John sin estar completamente consciente de sus movimientos. La música del salón se oyó de pronto demasiado lejos, las conversaciones animadas de sus camaradas se difuminaban en la brisa de la noche, lo *socialmente inapropiado* ya no parecía tan inapropiado para ella...

—Es muy clemente al no pedirlo —susurró, tan cerca de su espalda que, sin pensarlo, sin planearlo, apoyó suavemente su frente en ella, y luego el rostro, como queriendo hundirse en su chaqueta—. Me permite huir, aunque sea por un momento, del dolor que significaría responder.

Pudo sentir la electricidad del contacto y el pecho del británico contraerse en suaves espasmos, intentando en vano detener su llanto. Bajó su mentón para apretarlo contra el pañuelo de seda perfectamente anudado sobre el cuello de su camisa, y las lágrimas comenzaron a caer, tan mudas que expresaban un dolor mucho más profundo que si hubiesen estado acompañadas de gemidos. Ni un sonido salía de su boca y Laura hubiese preferido escucharlo maldecir, gritar... Lo que fuera, menos esto.

Entonces se abandonó también ella al llanto silencioso. Estrechó más su cuerpo contra él, respirando el aroma a jabón y algodón cerca de su nuca. Evadiendo el punzante recordatorio del lugar donde se hallaban y qué estaba o no permitido, adelantó sus manos por sobre la chaqueta de John, pasando por su cintura. Mientras dejaba una mano en su vientre, tanteó con la otra en dirección a su pecho. Los latidos de ambos se aceleraron.

Él decidió no voltear. Sepa Dios lo que haría si girara para mirarla a los ojos. Ya no tendría control sobre su propio cuerpo, olvidaría las instrucciones de buena crianza y mandaría todo su mundo al diablo... Pero sabía que no podía hacerlo. No había vuelta atrás. Ya había escogido un camino, y ella, cuyas virtuosas manos exploraban su pecho con angustia, también había escogido el suyo...

John tomó la mano de Laura, que ya había alcanzado la altura de su corazón. Acarició sus dedos y luego, levantándolos en un movimiento sutil, los besó lentamente, uno a uno, cubriéndolos de lágrimas en el intento. Ella se estremeció. Lloraba escondida entre los omóplatos de John, rozando su cuello, con su aliento cerca de su piel. Pensó en dejarlo en paz, en terminar esa tortura, pero no podía soltarlo...

De pronto, sintió en él esa delicada pausa en la que se retiene el aliento para hablar y ella rogó en su interior: “No digas nada, no digas nada...”. Cualquier sílaba adicional empeoraría el sufrimiento de ambos. Laura era una mujer de acciones, prefería hacer que decir...

Entonces empuñó sus manos, arrugando la camisa del noble. Se echó hacia atrás un poco, apenas un poco, lo suficiente para obligarlo a girar su cuerpo, a que no evadiera más sus ojos y sus ganas de tocarla...

El encanto se rompió en mil pedazos como la taza de té que cayó estrepitosamente al suelo en algún lugar del salón. El violín se había detenido. Y

luego el grito, el desgarrador grito.

Cuando corrieron de vuelta, Laura y John se dieron cuenta de que el caos se concentraba en el umbral hacia el vestíbulo. La señora Stuardo seguía gritando y, a su lado, Karina yacía inclinada sobre su vientre con el rostro compungido de dolor. Una mancha oscura crecía en la parte baja de su vestido, así como en el tapiz del *chaise longue*...

—¡Ayúdenme a cargarla! —gritó John, desesperado—. ¡Hay que ir al hospital!

—¡No! —lo detuvo el doctor Bynoe, tomándolo de los hombros. Acto seguido se sacó su chaqueta a tirones y se arremangó la camisa—. Está perdiendo mucha sangre, no podemos arriesgarnos a un parto en el carruaje —le explicó, recordándole una advertencia que le había hecho hace días—. Debemos salvar al bebé primero.

—¡Todos al comedor! —gritó por su lado el capitán Fitz-Roy, moviendo a sus hombres hacia el salón contiguo—. ¡Vamos, qué esperan!

La señora Fontanarrosa apareció en socorro de la institutriz Stuardo y de los niños. Con la ayuda de Etelvina, también los llevaron fuera del salón, aunque las mellizas lloraban que querían quedarse con su madre...

Entre Benjamin, John y el señor Kent recostaron a Karina en el suelo. Se retorcía de dolor. Fue en ese momento cuando Laura notó la taza rota, justo a un lado del sillón...

La tomó. Vio su contenido.

Lo vio de verdad, por primera vez.

En una esquina del salón aún quedaban Beckett, algunos lacayos petrificados... Y Penny. Corrió hasta ella a tropezones.

—¡¿Qué estaba tomando?!

Penny ya temblaba de miedo, pero con el grito de Laura quedó peor. La ilustradora la obligó a mirarla a la cara.

—Concéntrate, Penny... Por favor... Qué estaba tomando la baronesa...

La criada arrugó el mentón.

—Lo de si-siempre... Té... té herb-bal...

—Cuáles hierbas, Penny...

—N-no lo recuerd-do...

—¡Piensa, Penny! ¡Cuáles!

Apretó los párpados, pensando entre sus lágrimas, y después de unos segundos empezó a enumerar.

—Menta, manzanilla, cedrón, perejil...

—¿Perejil? —se sorprendió Laura, y luego se espantó. Tomó la taza y con los dedos sacó los restos de hojas aún húmedas. De una en particular—. ¿Esto?

—*Perejil* —asintió Penny, apuntando a la hoja dentada, cayendo en pánico cuando el rostro de la ilustradora se desfiguró.

Laura retrocedió sobre sus pasos, pasmada, y se arrodilló en el suelo junto al doctor, quien rasgaba el vestido de Karina para tener más espacio de maniobra.

—Cicuta, Ben —lloró ella, hablándole en voz baja y mostrándole la hoja lacia y húmeda en su mano—. Lady Karina ha consumido cicuta por semanas, sin

saberlo...

El doctor del HMS *Beagle* se desfiguró como ella. Cerró los ojos.

—Es una suerte que esté viva —susurró, atónito—. Recemos para que el bebé también lo esté.

Laura se echó hacia un lado para no estorbar. John también se había quitado la chaqueta y se había arrodillado tras Karina para sostener su cuerpo con el suyo.

—Estoy aquí... estoy aquí —le susurró, tomando su mano.

—Mi bebé, John... —lloró ella, desconsolada—. Mi bebé...

El doctor alzó la mirada y la voz.

—Sábanas limpias, agua hervida, tijeras... ¡PRONTO!

Virginia, congelada en el umbral sin atreverse a entrar, escuchó la orden y salió disparada a conseguir lo necesario.

—¿Es su primer alumbramiento, señor Kent? —preguntó con la respiración entrecortada a su asistente, quien había tomado posición a su lado. El joven asintió—. También el mío.

Sin pedir permiso, Benjamin alargó su mano y palpó entre las piernas de Karina. Anunció que sentía la cabeza del bebé, que estaba coronando.

—Es una buena señal —le aseguró a Karina, quien resoplaba con angustia—, pero no podemos seguir esperando... ¡Dónde están esas sábanas!

Laura miró en todas direcciones buscando a las criadas, pero no encontró a nadie. Entonces no lo pensó. Retrocedió a una de las mesas, botó las bandejas de comida al suelo y arrancó el mantel blanco de algodón bordado. Lo pasó a William y él, doblándolo en cuatro partes para mayor comodidad, lo ubicó justo bajo las caderas de la baronesa, donde la sangre ya corría por los surcos de madera.

—*Okey*, esto va a doler —advirtió el doctor, mirando a Karina a los ojos—, pero tiene que pujar. ¡Puje!

Ella gritó de dolor y esfuerzo. Estrujó la mano de John, pero él no se movió. Benjamin gritaba también: "¡Puje! ¡Otra vez!", usando su mano para ayudar al bebé a salir. Entonces apareció Virginia con las sábanas y una tijera. Las dejó en el suelo cerca del doctor y William tomó la tela para crear una cuna en sus brazos.

—Prepárese para recibirlo, señor Kent.

Y se escuchó un llanto.

Benjamin Bynoe levantó desde el cuello a un bebé violáceo, muy pequeño y arrugado. Lo depositó en los brazos de su asistente, tomó la tijera y cortó el cordón. El llanto desgarrador del recién nacido continuaba.

—Buenos pulmones —rio Bynoe, nervioso—. Su hijo tiene muy buenos pulmones...

—¿Es un varón? —preguntó John, expectante.

Ben asintió. Karina, empapada en sudor, comenzó a llorar de emoción. Mientras, Kent limpiaba un poco al bebé para dárselo a su madre. Estaba hinchado y con retazos de pelo húmedo pegados a su diminuto cráneo, que ella apartó y peinó con suavidad.

—¿Cómo lo llamarás?

—Craig Alexander —respondió Karina, besando a su hijo en la frente y estrechándolo contra su pecho, para luego elevarlo y entregarlo a John. El barón lo miró de cerca y, sonriendo, lloró profusamente.

—¡Señora Fontanarrosa! ¡Beckett! Anúncienlo a mis invitados y al mundo... ¡Mi sobrino ha nacido! ¡Mi heredero ha nacido!

Voces entusiastas se escucharon en el salón contiguo, y él mismo habría alentado las celebraciones si no fuese porque en el mismo instante en que él estrechaba al recién nacido, su madre perdía la conciencia.

—¡Karina!

El señor Kent le tomó el rostro y le golpeó las mejillas varias veces. La llamó por su nombre.

No reaccionó.

—Ahora sí es el momento de ir al hospital —rogó el doctor—. ¡Ahora!

Laura, quien seguía de rodillas a algunos metros del parto, abrumada y removida, se levantó de un salto para correr hacia el vestíbulo. Gritó por Nicomedes como nunca lo había hecho.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Fitz-Roy, alterado, saliendo del salón contiguo para encontrar a Laura—. ¿Qué hacemos?

—Caminar de vuelta al muelle —balbuceó la ilustradora— y rezar.

XVIII

1 de noviembre de 1834
Hacienda Bluebells, Valparaíso

Las religiosas que asistían las labores del hospital San José —y que, a fin de cuentas, *administraban*, ya que la presencia de autoridades o médicos era exigua — declararon que un bebé que nacía en la víspera del Día de Todos los Santos estaba de por sí bendecido. Los ochomesinos en general no eran partos de buen término, pero Craig Alexander Rothschild llegó al mundo llorando con fuerza y con los ojos bien abiertos. Se le asignó prontamente una nodriza, pues en los recién nacidos se solía asociar el hambre con la esperanza de vida, y la prognosis era más que positiva: el pequeño Craig se aferró al seno de la robusta mujer —una polaca que hace apenas un mes había parido a su sexto hijo— y decidió que estaba listo para la aventura.

Karina fue otra historia.

El doctor Bynoe subió al carruaje con John y la baronesa, pues había asumido como un desafío personal el no perder a ningún paciente. No la perdería a ella. Con sus propias manos aplicó compresas para contener la hemorragia, mientras John se preocupaba de mantener a su cuñada consciente, hablándole e incluso pellizcándole las mejillas cada cierto tiempo, a sugerencia de Benjamin. Al ingresarla al hospital, el barón fue obligado a detenerse en la reja del perímetro para no ponerlo en peligro. Estaban lidiando con un brote violento de disentería, así que solo se permitía el ingreso de enfermos y personal médico. Las mismas hermanas de la Caridad aconsejaron al doctor que, una vez estabilizada con las suturas y medicamentos adecuados, movilizasen a la baronesa de regreso a la hacienda, donde estaría más segura... Claro que esos *medicamentos adecuados* no existían. La emergencia sanitaria y la falta de dinero tenía al hospital con una seria restricción de insumos, y cuando aquello llegó a oídos del barón, tomó el asunto en sus propias manos. Mientras Karina pasaba la noche en una pieza aislada —que en la precariedad del recinto había sido tanto una suerte como un lujo—, vigilada por turnos entre Bynoe y el señor Kent, John casi compra la botica completa del señor Monsalve... a la fuerza. A la mañana siguiente, Nicomedes relataría al resto de los sirvientes cómo lord John básicamente asaltó la casa del boticario, irrumpiendo en su cena y obligándolo a abrir su tienda para que le proporcionase lo necesario. Había exagerado en el pedido, sí, pero la buena noticia era que la mayoría de esos ungüentos, jarabes,

tabletas, vendas y demases fueron donados inmediatamente a las religiosas para su uso social. Décadas después, a esa ala del hospital le seguirían llamando el *salón Rothschild,* y gracias al incidente con Monsalve —el que por supuesto se supo en todo el puerto y llegó hasta Santiago— se establecería un precedente. Para 1860 y con la muerte de Arturo, Boticas Miramar se comenzaría a administrar con menos codicia y más solidaridad. Mariano, su único hijo y heredero, firmaría un acuerdo preferente para suplir al hospital de todos los insumos necesarios y así evitar futuras tragedias.

Trasladaron a Karina y su hijo de vuelta a la hacienda cerca del mediodía. Bynoe dispensó al señor Kent para que pudiera reportarse al capitán cuanto antes, pero él acompañaría a la baronesa hasta destino. Una vez hecho su último chequeo médico, podría embarcarse en paz. Y así lo hizo, llevándose en la retina la imagen de una rozagante mujer acunando a su bebé perfectamente sano...

John insistió e insistió en pagarle, y Benjamin insistió en no recibir ni un chelín. Sin embargo, le recordó que como él no pudo estar presente para la ronda de libros, se quedó con las ganas de explorar alguna novela, si es que hubiesen quedado ejemplares rezagados por ahí...

Tres minutos después, John figuraba acarreando un túmulo de empastes hasta la cajuela del carruaje que llevaría a Bynoe de vuelta al muelle. Le regaló *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, *Cándido* de Voltaire, *Blanca de Beaulieu* de Alejandro Dumas, *Cuentos nocturnos* de E. T. A. Hoffmann, *La tempestad* de William Shakespeare y una copia ilustrada de *El Quijote de la Mancha.* Y lo último, que no fue tanto un regalo sino un ruego: un abrazo. Era un gesto muy inusual entre caballeros, pero el doctor también entendía que lo inusual —así como lo genuino— afloraba en los momentos límite. Recibió el cálido abrazo con una sonrisa y se desearon mutuamente éxito en sus caminos. Bynoe, hasta muy anciano, seguiría contando como una dulce anécdota "esa vez en que me pidió un abrazo el barón de la casa Rothschild...".

En Bluebells se respiraba literalmente la calma después de la tempestad. Una calma alegre, esperanzada. John permitió que el personal brindara con chacolí antes del almuerzo, y agradeció a Pereyra y Bahamondes por manejar las carretas que sirvieron de traslado para los invitados. Todos regresaron sin problema al *Beagle* y aguardaron las noticias con nerviosismo. Cuando el señor Kent se presentó en cubierta y comunicó las buenas nuevas, la tripulación tuvo su propia celebración con vino de Loncomilla y pasteles frescos, todo rescatado de la tertulia y empaquetado por la señora Fontanarrosa para su disfrute posterior.

Por orden del barón, todas las pertenencias de Karina regresaron a la habitación principal de la casona. Era la más grande; así ella y su sobrino estarían mucho más cómodos. Alisa y Fedora ayudaron a decorarla y Virginia había hecho un trabajo maravilloso cosiendo a mano el dosel de organdí para la cuna de Craig, hecha de nogal y facilitada por William Gibbs desde las bodegas de la *Casa de Londres.* La baronesa se emocionó hasta las lágrimas cuando la vio junto al ventanal y a todo sol. Con naturalidad, y mientras recostaba al niño, comentó a John que ella y Craig debieron desarmar y desechar tantas otras

cunas que no tuvo fuerzas para ilusionarse. Que agradecía que él y las criadas se hubiesen encargado de esto por ella... La tristeza a veces te hace olvidar que hay otros dispuestos a iluminar el camino cuando falla tu propio candil.

Todos, todos en Bluebells estaban felices, salvo Lady Brigitte, quien había llegado a la hacienda muy tarde la noche anterior y ni se inmutó con las noticias que recibió de los lacayos. Apenas balbuceó un "*yes, yes, congratulations*" cuando vio pasar a lady Karina con su hijo esa mañana por el vestíbulo. Estaba más preocupada de las dos criadas que intentaban quitar las manchas de sangre del piso de madera del salón con dos cepillos y un bote de lejía. Ellas mismas necesitaban solucionar el problema lo antes posible, pues el barón había dado la tarde libre a todo el personal para visitar la tumba de lord Craig, tal como les había prometido hace semanas. Algunos se negaron a abandonar su puesto, como Beckett, Virginia y Nicomedes, pues seguían espirituados entre tanto imprevisto. Si sucedía una nueva urgencia, querían estar ahí para actuar. John les agradeció su compromiso, asegurándoles que los llevaría personalmente al cementerio inglés en otra fecha a convenir. Él mismo había dilatado largamente esa visita, y ya era hora...

Cuando bajó las escaleras y vio a Laura en el vestíbulo, supo que *esa* hora también había llegado.

Estaba erguida junto a la puerta principal, vestida con su pelerina de viaje y su sombrero *poke* de paja trenzada. A sus pies se hallaba su bolso y su estuche de trabajo. También un lienzo envuelto en un gran paño de tela. Hablaba con la señora Fontanarrosa, quien le dijo algo que John no alcanzó a escuchar, y luego se perdió en el corredor hacia la cocina. Cuando Laura alzó la vista y notó que el barón se acercaba, ambos se tensaron, sin saber qué hacer con la mirada o las manos o la respiración.

—Felicitaciones —dijo ella, y aunque plenamente sincera, su rostro denotaba también tristeza.

En su mente John respondió un "gracias", pero su boca pronunció:

—¿Te vas?

Laura asintió.

Él creía estar preparado. Tenía que estarlo.

Pero no.

—¿Podría subir y despedirme de la baronesa?

—Por supuesto.

Ella no demoró la acción o tendrían que haber seguido en un intercambio incómodo que no los llevaría a ningún lado. Al pasar junto a él rozó su chaqueta, pero no volteó ni se detuvo, apurando los escalones hasta el segundo piso. Pensó cuán extremadamente difícil era alejarse de un cuerpo que ya te electrificó al tocarlo, que ya creíste que sería tuyo...

Se encontró de inmediato con un excelente distractor: Alisa y Fedora, quienes la recibieron en el pasillo. La mayor de las mellizas escudriñó su vestimenta y concluyó lo evidente.

—¿Se va, señorita Villa-Smith?

—Así es...

—¿Tan pronto? —preguntó su hermana.

—Mi barco zarpa mañana. Debo presentarme ante el capitán o creerá que no quiero ir con ellos...

Fedora ladeó su cabeza, pensativa.

—¿Y quiere irse?

Laura suspiró. Ella se empujaba solita a esos aprietos.

—Quiero seguir ilustrando plantas y flores y animales para que un día pueda tener mi propia exposición, o quizá mi propio libro —fantaseó la británica, sonriéndoles—. Eso me recuerda que...

Buscó en el pliegue de su cintura y extrajo un papel doblado en cuatro partes. Lo extendió con cuidado y se los mostró.

—¿Recuerdan esta linda flor?

—Adelfa —dijeron ambas al unísono.

—Esa que es *letal* —recordó Alisa.

Laura asintió y sonrió.

—Simboliza nuestro primer encuentro. Quiero que la tengan y la guarden como algo muy preciado... Así nunca me olvidarán.

Las niñas la abrazaron. Ella cerró los ojos.

—¿Laura?

Virginia estaba saliendo de la habitación de lady Karina. Llevaba una bandeja con un par de platos vacíos.

La británica alzó la vista.

—¿Está la baronesa en condiciones de recibir visitas?

—Si no le molesta una mujer en bata y que huele a leche materna, puede entrar cuando guste —se escuchó desde el interior.

Sonrió. Pasó lentamente junto a Virginia, quien esperó a que Laura alineara sus dos pies en la alfombra antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

La habitación principal de Bluebells era muy espaciosa y contaba con al menos tres ventanales. En el extremo derecho había un pequeño sofá, cojines y una silla baja, junto a la cual destacaba la blancura de una cuna cubierta de velo. La aristócrata estaba ahí, sentada junto al nido de nogal y con una mano en la baranda. Su pelo lacio estaba apenas recogido y caía por su espalda, y su gruesa bata era de un rosa pálido. Laura creyó que se veía tan sublime en esa naturalidad que sintió, por primera vez, lo que quizá sentía su padre cuando retrataba al óleo: pintar personas, rostros, gestos no buscaba necesariamente consentir la vanidad, sino inmortalizar la belleza.

—¿Puedo? —susurró, buscando autorización para acercarse. La baronesa movió sus manos.

—Claro que sí.

La británica caminó lentamente hasta la cuna. Retiró con suavidad un trozo de velo y se inclinó. Un diminuto bulto de mejillas rosadas y respiración sutil dormía plácidamente. Lo envidió por eso.

—Es perfecto —murmuró Laura, conmovida.

—Lo es —respondió Karina.

Se miraron un momento. La baronesa suspiró.

—Viene a despedirse...

Su acompañante asintió, desviando la mirada.

—Tal como prometí.

Hubo otros dos, tres, cinco segundos de silencio entre ellas, cargados de complicidad... hasta que Laura dobló sus rodillas para sentarse sobre un cojín de terciopelo junto a ella. Estaban tan cerca que podían sentir sus palpitaciones.

Se tomaron de las manos. Aunque tenían los ojos llenos de lágrimas, lograron sonreírse una a la otra con aprecio sincero.

—Lady Karina...

—Quizá nunca llegue a amarlo como él merece —le dijo de pronto, con la voz quebrada—, pero lo respetaré y apoyaré con devoción. Esa es *mi* promesa.

Laura comenzó a llorar.

—Consiga más animales de pastoreo o compañía, no como alimento... Vacas, caballos, gallinas... él ama a las vacas... y más perros, cuando su luto pase y esté listo —murmuró—. No deje que se aísle, porque buscará hacerlo. A menudo cree que debe ocultarse del mundo y eso rompe mi corazón...

Karina asintió. Lloró con ella.

—Juro por mis hijos que no habrá un día en que no apoye sus decisiones... en que no celebre su comida —intentó reír, e hizo eco en Laura— ... y seré su más férreo escudo frente a su horrible madre.

Entonces la ilustradora se ensombreció. Hasta el minuto había logrado evadir a lady Brigitte para evitar una despedida forzosa y protocolar, y esperaba desde el fondo de su alma no tener que volver a ver su rostro nunca más.

—Él no es el único que necesitará protección, baronesa —le aseguró, mirándola intensamente, con la pizca suficiente de angustia y misterio para que Karina se alertara.

—A qué se refiere... —preguntó. Apretó más su mano y no dejó que la británica dudara—. No se irá de esta casa sin decírmelo.

Laura, plenamente consciente de la gravedad de lo que estaba por decir, asumió su responsabilidad en silencio y asintió. Si no podía quedarse a cuidarla, le entregaría la mayor arma en la mejor defensa: conocimiento.

Se secó las lágrimas y movió la cabeza con convicción.

—Escúcheme con atención. Necesitaremos pluma y papel...

* * *

El abrazo de Etelvina, el de Penny —con quien conversó unos segundos a solas— e incluso el de la señora Carrasco fue amoroso y apretado —hasta le preparó una bolsa de tela en la que puso duraznos, nueces y un trozo de queso de cabra—, pero el de la señora Fontanarrosa duró casi un minuto. No quería soltarla. Repitió varias veces cuán agradecida estaba de que Dios hubiese puesto a la ilustradora en su camino en un momento tan difícil y cuánto lamentaba verla marchar. Laura sonrió a los criados reunidos, conmovida, y no pudo evitar pensar en la ironía del contexto. Todos vestían sus ropas oscuras de salida, pues la carreta que los llevaría hasta el cementerio inglés los estaba esperando. Su

despedida lucía como un funeral.

—¿Volverá algún día? —preguntó Etelvina.

—Quién sabe —dijo Laura, encogiéndose de hombros—. Hace unos años jamás habría pensado que algún día viviría en la casa de un aristócrata en Valparaíso de Chile. No alcanzo a imaginar lo que me depara el futuro.

—La extrañaremos...

—Rezaremos por usted y su barco —añadió Virginia.

—Yo rezaré para entender por qué Dios permite estas injusticias —comentó Etelvina, entre la tristeza y la molestia.

Laura curvó una ceja.

—¿Cuál injusticia?

—Hacer que dos personas se conozcan, pero no puedan permanecer unidas. ¿Qué sentido tiene el sufrimiento vano?

—Etelvina... —moduló el ama de llaves en tono de advertencia.

—Solo digo... que es injusto. Espero que la divinidad nunca me ofrezca un té con leche que no pueda tomar, porque me amotinaré.

Mientras la mayoría desviaba la mirada con una sonrisa nerviosa, la señora Fontanarrosa se enserió de golpe, lo que seguía siendo divertido, pues se había ruborizado hasta las cejas.

—No consentiré esa vulgar manera de hablar, por Dios. Guardemos la compostura. Los asuntos del dueño de casa no te competen, Etelvina —la reprendió.

Laura, también con las mejillas ardiendo, prefirió sonreír que eludir. En cualquier morada donde el personal de servicio es extenso, no hay mucho espacio para los secretos. No le haría mal recordarlo.

—Me quedo con la felicidad de saber que el *té con leche* existe —cerró la británica, suave, con la pena en la garganta—. Cuídenlo por mí.

Y nadie más se atrevió a bromear al respecto.

Tras los últimos abrazos, todos fueron saliendo por el patio de servicio, pero Laura no alcanzó a quedarse sola ahí, pues el crujir de la madera le indicó que alguien se acercaba a la cocina. En pocos segundos se asomó Beckett por el umbral.

—Lord Rothschild la está esperando en su despacho, señorita Villa-Smith.

Ella asintió y lo siguió por el corredor. Al cruzar el vestíbulo, tomó el lienzo que había dejado junto a su bolso. Entonces caminó los pasos que la separaban del despacho. La puerta estaba abierta.

—Le deseo mucho éxito —pronunció el viejo *valet*, sonriéndole—. Si llega a publicar algún día, háganoslo saber. Escríbanos. Brindaremos en su nombre.

—Gracias, señor Beckett —dijo, y lo abrazó, sorprendiéndolo. Algo tieso, le dio unas palmaditas en la espalda y luego se retiró tan silencioso como había llegado.

John estaba apoyado en el ventanal, mirando hacia el jardín con las manos juntas tras su espalda y la luz delineando su silueta. Al escucharla entrar giró la cabeza, quizá para cerciorarse de que era ella, y luego volvió a su postura original. No quería darle la espalda, pero tampoco podía mirarla...

Cinny estaba recostada junto a él, pero se levantó tan pronto Laura apareció. Se le acercó moviendo la cola y pidiendo mimos. La ilustradora le acarició las orejas. No se movió del umbral.

—El pago acordado está sobre el escritorio —moduló él, neutro, o al menos intentándolo—. Puede contarlo si lo desea.

Ella tenía la mirada clavada en su espalda, en la certeza de que sus manos ya conocían cada curva. Se convenció de que, aunque odiaba esa distancia, quizá era la única manera. Pero podía acortarla con sus palabras.

—Sabes bien que no necesito hacer eso.

Se deshizo de las formalidades, ya que sus ropas no tendrían la misma oportunidad. Y no avanzó de inmediato. Pasaron uno, dos minutos. No sabía qué diablos estaba esperando, pero algo esperaba. Había algo muy tenso en ese silencio.

Entonces lo quebró.

—Sé que conseguiste las raciones de Calomel para el señor Darwin —le dijo de pronto—, y también sé que no buscas crédito por tu acción. Pero quería que supieras que lo sé y que lo agradezco mucho.

John movió apenas el mentón, quizá en la cortesía de hacerle saber que la estaba escuchando.

—¿Cómo lo supiste?

—Me lo comentó el doctor Bynoe esta mañana —explicó—. Pero no pienses mal de él por su indiscreción... Simplemente no está acostumbrado a la generosidad y quería compartirme su admiración.

Él carraspeó.

—Pues sí, hubiese preferido que no se supiera. No soy ningún santo ni héroe, simplemente alguien con dinero.

Sonaba enfadado. No furioso ni agitado, sino luchando por no evidenciar su frustración. Laura se dio cuenta de que ella no sentía nada de eso. No estaba molesta ni frustrada... Cómo podría estarlo. Jamás se permitió el lujo de creer que este vínculo insólito fuese posible. La frustración existe cuando hay expectativas, y ella prefería convencerse de que nunca las tuvo. Que se iría de Bluebells no con rabia, sino con resignación y tristeza, la más profunda de las tristezas...

Entonces algunas lágrimas cayeron por las mejillas de Laura. Envidió a su contraparte, pues siempre es más fácil disimular un enojo que contener el llanto.

Avanzó lentamente hasta el *bergère,* a unos pasos de John. Él no contaba con que Laura desafiara la distancia impuesta y eso lo estremeció, sin despegar la vista de la ventana.

—Terminé la pintura que me encargó lady Brigitte —le dijo, tomando el lienzo protegido por un paño de algodón y dejándolo sobre el sillón—. Creo que te gustará. Intuyo que a ella, probablemente, no.

El barón hizo un amago de sonrisa, y ella otra vez esperó a que volteara, pero no lo hizo. Contuvo la respiración.

—John...

—Buen viaje.

Y esa era la invitación a retirarse.

Ella cerró los ojos y asintió.

En el camino de salida, estiró el brazo para tomar el abultado sobre blanco que descansaba en la cubierta del escritorio. Por alguna razón le pareció que era dinero sucio, mal habido, aunque no tuviese sentido tal reproche. Llegó hasta el umbral de la puerta abierta, donde Cinnamon volvió a pedirle cariño. Incluso tironeó suave su falda. La bullmastiff sí quería pedirle que se quedara.

Habló desde ahí, ahora ella dándole la espalda a él, pues sería incapaz de pronunciar lo siguiente si se cruzaba con su mirada.

—Sentimos lo mismo, John, y te debo más de lo que imaginas —le confesó con el mentón temblando, palpando en sus recuerdos la brisa del muelle tal como si aún estuviesen ahí—. Perdóname por no poder ser la mujer que necesitas que sea.

Y salió.

Él volteó cuando ella ya no estaba ahí.

Escuchó sus pasos perderse en el pasillo, alcanzar el vestíbulo y, unos segundos después, el abrir y cerrar de la puerta principal. Secándose el rostro con la manga de su camisa, miró por fin a su lado. Se acercó al cuadro, desató el nudo de tela que lo cubría y lo volteó lentamente.

Un niño de pantalones cortos y suspensores descansaba sobre una alfombra de cientos de *bluebells*, con la sombra de los árboles en el rostro. Su mano derecha reposaba en el lomo de un enorme bullmastiff atigrado, recostado a su lado. En la esquina inferior izquierda, en letra pequeña manuscrita con tintes medievales, había una firma: “Laura Villa-Smith”.

John, conmovido, estiró sus dedos para tocar el nombre, mientras Cinny gemía bajito, subiendo al sofá y acurrucándose contra el lienzo al óleo.

XIX

2 de noviembre de 1834
Cementerio Disidente n°1, Valparaíso

El cabildo de Valparaíso, en sesión del 8 de julio de 1825, acordó facultar al procurador de la ciudad para que una parte del cerro Panteón fuese vendida al cónsul británico, a fin de establecer un cementerio protestante. Sería el primero de estas características en Chile, pues a pesar de que el Cementerio General de Santiago se había creado en 1821 como un cementerio laico, en la práctica esta disposición no había sido posible de cumplir, dada la fuerte presión de la curia católica de aislar a los *disidentes* e incluso a los pobres de sus camposantos. Aquello había generado un gran problema sanitario —los cuerpos de los no católicos, indigentes, enfermos sin familiares o privados de libertad, entre muchos otros, terminaban arrojados en las calles, acequias o enterrados a poca profundidad en las laderas de los cerros, generando olores nauseabundos y focos de enfermedades—, pero, para los obispos, proteger la *santidad* del terreno estaba por sobre cualquier interés, estatal o comercial. Sin embargo, y respecto de esas trabas, la ciudad de Valparaíso tenía cierta ventaja: muy por sobre los representantes de la Iglesia católica, en el puerto principal del país el grupo de mayor importancia e incidencia eran los extranjeros residentes, en su mayoría británicos, y, consecuentemente, en su mayoría anglicanos. Negarles un camposanto habría generado un conflicto mercantil y diplomático que el Estado chileno no estaba en condiciones de manejar, por lo que, alejadas de la presión capitalina, las autoridades costeras tomaron sus propias decisiones. El paño de hectáreas adquiridas por el consulado europeo, justo frente al Cementerio Católico, se conocería como el *Cementerio Disidente número 1*, y desde 1826 acogía sepulturas de marinos, comerciantes, inversionistas y aristócratas no solo oriundos de Reino Unido, sino también de una decena de otras nacionalidades y religiones, distinguiendo sus tumbas con importado mármol blanco, llamativas esculturas y epitafios en diferentes idiomas.

La tumba del primer barón Rothschild fallecido fuera de Inglaterra estaba ahí.

Era usual que las madrugadas en el puerto fuesen grises y algo frescas, pero esa mañana en particular se sentía como un pequeño invierno, con brisa helada y chubascos tenues. Virginia se había enfundado en un grueso poncho de lana, Nicomedes había agregado guantes y bufanda a su uniforme, y John había

complementado su primaveral vestimenta con un abrigo negro, pero no cualquiera: antes de salir de la casa, tomó aquel que llevaba meses colgado en la entrada, utilizado por última vez por su querido hermano.

—No es de mi talla, pero obviaremos ese detalle —murmuró John, intentando sonreír, sentado sobre la piedra fría de su tumba.

Virginia había dejado un pequeño ramo de flores y había dicho una breve plegaria en silencio. El cochero se veía un poco más afectado, aplastando su sombrero contra su pecho. Ambos estuvieron de pie ahí unos diez minutos, y luego Beckett les pidió que hiciesen una caminata para darle a John algo de privacidad. El *valet* se quedaría a unos metros de distancia para acompañarlo.

John no había llevado flores, sino una canastilla de nueces.

—Estoy seguro de que te reirás cada vez que aparezca una ardilla o pájaro a robarte alguna...

Apoyó su mano en el espacio húmedo donde las letras talladas formaban el nombre "Craig". Había llorado tanto en los últimos días por diferentes razones que creía que ya no tendría más lágrimas que verter. Pero siempre había más. Siempre.

Sintió algunas agolparse mientras se llevaba una mano al rostro y se acariciaba el mentón y las mejillas recientemente rasuradas. Beckett había hecho un buen trabajo con su propia navaja, jabón y toallas calientes.

—Una promesa es una promesa, hermano.

La noche del 27 de abril de 1824, en el muelle de Southampton y a los pies del galeón *Majestic* que partiría rumbo a Sudamérica, Craig y John acordaron que no se afeitarían hasta que volviesen a encontrarse, aunque eso implicase cultivar una barba recortada pero socialmente impopular. Ambos cumplieron; Karina le confirmó que su esposo se negó a visitar al barbero del puerto a pesar de que había recibido más de una broma o desaire durante esos diez años.

John no conocía mayor lealtad que esa. Quizá no volvería a conocerla nunca.

Se habían reencontrado al fin, si bien de la última manera en que el británico lo hubiese imaginado. Se había culpado constantemente durante meses por la arrogancia de creer que el tiempo no corría para ellos y que de la muerte eran inmunes, cuando nadie logra escapar del reloj o el destino. Susurrando, le pidió perdón por no haber ido antes, pero, para él, firmar la sucesión o visitar su tumba constataban el mismo infortunio: Craig ya no estaba ahí. Craig había muerto. Su hermano estaba muerto.

Pero el ciclo de la vida no se detenía.

—Tienes un hijo —mencionó, conmovido—. Por supuesto que ya lo sabes, seguro estuviste ahí... No ibas a perdértelo por nada del mundo. Casi puedo ver tu rostro henchido de orgullo —sonrió, con los ojos enrojecidos—. Usa mis brazos cuando quieras para sostenerlo.

Cuando eran niños, un paseo habitual con su padre era por los cementerios de las abadías. Él solía contarles historias sobre hombres que regresaban en forma de espíritu a visitar a sus esposas o niños de muerte prematura cuyas almas escapaban de noche de sus tumbas para ir a consolar a sus madres. John creció creyendo que el límite entre la vida y la muerte no era tan tajante como

solían mencionar los clérigos, sino más delgado, sutil, y que las personas que morían nunca se iban del todo realmente.

Este era un buen momento para aferrarse a esa convicción infantil.

—Protegeré al pequeño Craig. Sé que lo sabes. A él, a las niñas, a Karina... Porque ahora tengo un propósito —afirmó, enseriándose—. No es exactamente lo que tenía en mente, pero no te defraudaré. Seré el mejor barón que pueda ser.

Pasó su mano por los surcos que decían *To the sacred memory of...* mientras pensaba que "ser un buen barón" sería bastante fácil para él en comparación a cómo lo fue para su hermano. Craig tenía la edad de Alisa y Fedora cuando tuvo que firmar la sucesión, sin entender qué diablos implicaba o qué consecuencias tendría. La tinta en el certificado de defunción de su padre aún no se había secado, pero con ese documento a la vista y otros que jamás leyó, lady Brigitte forzaba la mano de su primogénito para que dibujara trazos curvos en papeles que definirían su destino, cuando apenas sabía escribir su propio nombre...

John mantuvo esa imagen flotando en su mente un momento. Él estuvo ahí, junto a Craig, con los abogados y su madre en el despacho de su padre recién fallecido. Tenía apenas ocho años, pero recordaba cada gesto, cada palabra dicha, cada lágrima de su hermano al ser obligado a ese crudo trámite sin siquiera darle chance de vivir su duelo...

Volvió a mirar la lápida de Craig y frunció el ceño. Tocó con los dedos cada letra, cada número tallado.

In the sacred memory of
Craig Braulius, 10th baron of house Rothschild
Beloved son, husband and father
1803 - 1834

Le sorprendió lo breve del epitafio, pero, más que nada, la falta de información. Era costumbre utilizar las lápidas para honrar al fallecido dejando un registro detallado de sus acciones en vida, y eso en muchos casos significaba indicar ciudad y país de nacimiento, profesión, incluso causa de muerte. Aquí no había nada de eso.

—¿Beckett? —lo llamó. El *valet* se acercó de inmediato y John lo sintió a sus espaldas. No volteó—. ¿Sabes quién mandató el tallado de la tumba de Craig?

—La baronesa, con certeza —respondió él—. ¿Por qué?

—No se registró la fecha exacta de muerte —apuntó a la piedra—. ¿Sabes dónde está el certificado de defunción?

—No, milord... Aunque no estoy seguro de que exista uno todavía.

El noble giró todo su cuerpo hacia el criado.

—¿Qué quieres decir?

El *valet* hizo un gesto inocente.

—Bueno... Chile es un país católico. Las defunciones se certifican a través de la parroquia de cada circunscripción. Para los fallecidos anglicanos no hay autoridad competente en Valparaíso que pueda certificar, salvo...

—El cónsul —terminó John.

—Es el único ministro de fe.

El undécimo barón Rothschild se levantó estupefacto, a tropezones. La lluvia

ya caía más fuerte. Beckett se asustó, y con sus rostros más cerca, trató de leer su mirada.

—John... Dime qué está sucediendo...

Él comenzó a correr, mirando en todas direcciones.

—¡Nicomedes! ¡Nicomedes! —gritó, alejándose de la tumba hacia la reja de entrada—. Llévame con el coronel Walpole, ¡ahora!

* * *

—¡Madre! ¡MADRE!

John bajó de un salto del carruaje y cruzó la puerta principal con furia. Su abrigo estaba empapado y sus botas dejaron una estela de barro en la carísima alfombra del vestíbulo. Dobló hacia la izquierda por el pasillo y entró al comedor, donde encontró a Karina en su bata rosa terminando de desayunar. Ella se asustó mucho al verlo tan agitado, y aún más cuando él se acercó.

Se acuclilló junto a ella y tomó sus manos.

—El día en que te desmayaste en la oficina del cónsul... Ese día... Creo saber por qué estabas ahí.

Tanto Laura como la señora Fontanarrosa le habían relatado ese episodio, únicamente para contextualizar la contratación de la ilustradora y sin considerar que fuese nada relevante.

Y no lo era. Hasta hoy.

—Buscabas que el cónsul modificara la fecha de defunción de Craig, ¿verdad?

Karina abrió los ojos al máximo, aterrada, entendiendo que ya no había razón para seguir ocultándolo. Entonces bajó la mirada con vergüenza. Empezó a llorar.

—Lo siento... Lo siento mucho —balbuceó—. Sé que no debí hacerlo, pero estaba desesperada... ¡No sabía qué otra cosa hacer!

—Lo entiendo, lo sé...

—Como el cónsul no estaba en Chile, quería que retrasaran la certificación unos meses... solo unos pocos meses...

John cerró los ojos y asintió, comprensivo.

—Ojalá me lo hubieses dicho antes... Ojalá hubieses confiado en mí...

—¿Qué es todo este escándalo?

Lady Brigitte entró al comedor con gesto altivo y John se reincorporó de inmediato. Levantó el brazo para apuntarla.

—¡Me engañaste!

—No te atrevas a dirigirte a mí en esos términos. No lo permito. ¿Qué está ocurriendo?

—El certificado de defunción de Craig —pronunció, agrio—. Sabías que no existía, que por la ausencia del cónsul no había documento legal que acreditara su muerte... y que sin eso yo no podría firmar la sucesión.

—Lo sabía, sí —respondió, tan tranquila que enrabió más a John—. El pobre hombre tenía decenas de documentos por firmar en su escritorio el día que llegó

a Valparaíso... Iba a necesitar a alguien que le indicara cuáles debía priorizar, como el certificado de tu hermano, por ejemplo. El coronel concordó en que los asuntos de la nobleza siempre son más importantes que los de cualquiera y agradeció mi tan pronta visita —relató, como si nada—. No veo cuál fue mi pecado.

—¡Me lo ocultaste! —gruñó—. Sabías que, si me enteraba, le pediría al cónsul que no emitiera el certificado hasta después del nacimiento del bebé de Craig... para que así él fuese su heredero natural.

Karina, petrificada en su asiento, miró a John hacia arriba con asombro. Jamás creyó que él pudiese decidir eso, que estaría tan dispuesto a ceder su lugar en la línea de sucesión...

—Exactamente por eso, así es —volvió a confirmar lady Brigitte, como si fuese lo más natural del mundo—. Quería asegurarme de que el título quedara en mi segundo hijo, un adulto hecho y derecho, y no en un infante que no tendrá autonomía de pensamiento en décadas... y que bien podría haber sido una decepcionante tercera niña, por lo demás —se burló—. Estaba velando por ti, por tus intereses... ¿Eso me hace un ser tan despreciable?

—Tú no te preocupabas por mí... Jamás lo has hecho, jamás te he importado —pronunció John, ahora con más tristeza que enojo—. Hasta te atreviste a urdir algunas pretendientes para que no desposara a Karina, y eso nada tenía que ver con mi bienestar o felicidad... Todo lo hiciste por el dinero.

La baronesa leyó el rostro de John y temió.

—¿Qué estás diciendo?

Él bajó los hombros, cansado.

—Vengo de la oficina del coronel Walpole. Fui a cerciorarme de que el certificado existiera... y sí, ahí estaba, debidamente firmado, entre todos los otros documentos de la sucesión y cada uno en regla... incluidos los que otorgan a mi madre la potestad administrativa de toda la fortuna Rothschild.

Lady Karina se tapó el rostro con ambas manos. Lady Blais-Rothschild hizo una mueca de satisfacción.

—Estoy segura de que no te molesta, ¿no?

—¡Me engañaste!

—*I beg your pardon?* Soy una aristócrata distinguida y respetable. ¿Acaso oculté de ti los papeles? ¿Soborné al cónsul para hacer algo ilícito?

John bajó la cabeza.

—No, pero...

—Pero *nada*...

—¡Sabías que no me importaba el título! ¡Que no leería el papeleo!

—Oh, eso sí, claro que sí —concedió, sonriendo—. Contaba con tu poca ambición y estúpida credulidad, pero eso no es un crimen, ¿o sí?

Era estúpidamente crédulo, sí. John podía concederle eso.

La baronesa lucía muy afectada y él se acercó para contenerla.

—Modificaste los términos sin mi consentimiento... Eso es fraude...

—No lo es si los nuevos términos están a la vista y el barón los acepta con su firma —le recordó ella, con sorna—. Todo está en regla. ¿De verdad creías que

iba a continuar con esa mísera manutención de quinientas libras? Londres se me hace cada vez más pequeño, querido hijo... No podías pretender que me conformaría con tan poco.

—Podríamos haber conversado un aumento, un cambio de...

—Oh, por favor, no juegues al buen samaritano —espetó—. Mejor hazte a la idea: ahora tienes un título, pero sin dinero... El de la baronía, me refiero. Tú tienes el tuyo. Espero que tengas suficiente para mantener a esta rusa oportunista y a tus sobrinos, porque de mí no recibirán ni un penique.

—¡No puede echarnos de aquí! —exclamó Karina, llorando.

—¡Claro que puedo! ¡Y lo haré! Les he dado estos pocos días de calma mientras ordeno mis siguientes pasos, pero no lo dudes, querida. Te echaré a ti y a tu servidumbre de inútiles cualquier madrugada de estas —la amenazó—. ¡Demoleré esta pocilga! Y retiraré la inversión de la locura de Wheelwright. No quiero ningún bien en este país de salvajes.

John movió la cabeza con la más profunda decepción.

—Maldigo el día en que acepté que abordaras el barco a Chile...

Ella sonrió, triunfal.

—Craig era confiado e incauto como su padre. Y tú eres aún peor. Tres hombres sin pantalones ni verdadera ambición. Solo yo tengo lo que se requiere para estar al mando de la casa Rothschild —cerró—. Con el tiempo comprenderás que te hice un favor.

Tomó los costados de su abultado vestido púrpura y giró para salir del comedor... Pero se encontró con Beckett en la puerta.

—Déjame pasar —le ordenó.

—Me temo que no será posible —le dijo él, tranquilo.

Ella se descolocó.

—¿He hablado en un idioma que no entiendas, sirviente? *Do you prefer my words in english?* Exijo que te muevas o verás que...

—¡No me iré!

Karina se había levantado de su silla, con una fuerza inusitada que sorprendió incluso a John. Sus ojos transmitían furia.

—¿Qué dices?

—¡No me iré! —repitió—. Esta es *mi* casa, la casa de mis hijos, la casa de mi esposo... Es *mi* casa y no me iré.

La aludida volteó hacia ella con desdén.

—Déjame ser aún más clara: traeré hasta a la policía si es necesario para cumplir con mi palabra, y créeme, no te conviene esa humillación...

—¡Muy bien! ¡Que vengan! —exclamó la baronesa—. Hará más fácil mi cometido: denunciar un intento de asesinato.

Lady Brigitte perdió de golpe la sonrisa. En el umbral del acceso principal al comedor, varios de los criados comenzaban a agolparse tras Beckett.

—¿Asesinato? —moduló John, estupefacto.

Karina elevó su brazo para apuntar hacia su suegra.

—Intentó matar a mi bebé... Intentó matar al posible heredero...

—Y ahora estás alucinando —se burló la aristócrata—. ¿Qué tipo de drogas

te dieron en el hospital?

—Karina, de qué estás hablando...

—Mis náuseas, mis dolores, mis sangrados —dijo mirando a John con angustia—. No eran casuales...

—Por supuesto que no eran casuales. ¡Eres una mujer débil! ¡Defectuosa! ¿Cuántos hijos has perdido antes? ¿Cuántas decepciones tuvo que cargar tu esposo en estos años? Una mujer de vientre estéril es un castigo de Dios. ¡Debería haberte abandonado mientras pudo!

—¡Cicuta! —gritó Karina, llorando— ... en un inocente té de hierbas. Envenenada por semanas. ¡Semanas!

John tomó a la baronesa por los hombros.

—Lo que afirmas es muy grave... ¿Cómo podrías asegurar que...?

—Yo no pude —señaló, ahora ablandando su gesto—. Laura lo hizo.

Prácticamente todo el *staff* de servicio se había amontonado en la puerta que desde el pasillo daba al comedor. La señora Fontanarrosa, Nicomedes, el señor Pereyra, Virginia... y Penny abrazada a Etelvina. La criada británica lucía muy afectada.

Todos ya sabían lo que su patrona diría a continuación.

—Laura notó algo raro en mi taza la noche de la tertulia —le explicó—. Ella identificó los restos de cicuta e interrogó a Penny... Pero no es su culpa, ella no sabía lo que era. Simplemente siguió las órdenes de alguien más...

La aristócrata rio.

—Una mocosa analfabeta confunde las hierbas en tu té, ¿y planeas culparme a mí?

—Siguió *sus* instrucciones —la apuntó, mirándola con ira—. Usted le dio las hojas venenosas que debía mezclar con el resto de las hierbas. Laura dice que quizá usted las sacó de los fardos que el señor Pereyra aún no había quemado el día en que...

—Querida, valoro tu inconmensurable imaginación, pero si quieres jugar a la palabra de una criada contra la de una noble...

—¡No es solo la palabra de Penny! —exclamó, exasperada por tanta negación —. Tengo el testimonio profesional de una botánica, por escrito y firmado, y también el potencial testimonio del doctor Bynoe. Sé que él estaría dispuesto a testificar si yo lo...

—¿Dos testimonios calumniosos? ¿Eso es todo?

—Lo niegas, entonces —le habló John, aún impactado.

—¡Por supuesto que lo niego! ¿Tendré que seguir perdiendo mi tiempo de esta manera?

—No es todo —dijo Karina, y relajó toda su furia para mirar con tristeza a John—. También está Clove.

El británico recibió aquello como un golpe en el estómago. Bajó la mirada, pensó un momento y creyó entender. Repasó raudo cada incidente, cada persona involucrada, cada movimiento de su amado bullmastiff...

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Él lo sabía... Siempre lo supo.

Karina asintió.

—Trató de protegerme, todo el tiempo...

Sin importarle dónde estaba ni con quién.... El dolor y la culpa de John era abrumadora. Lady Brigitte resopló.

—Una seudocientífica, una criada y un perro. Debe ser una broma. ¿Eso es lo que le dirás a la policía? ¡Puedo imaginar sus risas!

—Clove no se equivocaba nunca... ¡Nunca! —exclamó John, con el corazón en pedazos—. Era el más inteligente y dulce... Y yo fui un estúpido. Estaba ciego. No entendí sus señales...

—¿Crees más en el comportamiento de un perro que en la palabra de tu madre? —bramó, levantando y agitando su mano vendada.

John le dedicó la mirada más dura que jamás había maquinado.

—Un millón de veces más.

Lady Brigitte alzó el mentón, nerviosa.

—Vayan a la policía. Denúncienme. Vean qué tan lejos llegan —los provocó—. La justicia está en el bolsillo de los ricos, e incluso los idealistas perdidos como tú lo saben.

Giró sobre sus pies e intentó salir, pero nuevamente se encontró con Beckett, ahora escoltado por el resto del servicio. Esa salida estaba bloqueada.

John sabía que la evidencia que tenían no era suficiente y que quizá su madre tenía razón, que sería un caso perdido, pero él no había dicho su última palabra...

—Hay más de una justicia en esta vida, madre —pronunció, enseriándose de súbito—, y sé cuál es la que más te duele.

Se secó las mejillas húmedas, enderezó su postura, levantó el mentón y aclaró su garganta para decir:

—¿Ha oído lo suficiente, señor Wheelwright?

Desde la pequeña puerta que conectaba el comedor con la salita del piano, se asomó William Wheelwright a pasos lentos. Karina se sobresaltó mientras los criados respiraban aliviados, habiendo sostenido el nerviosismo de su escondite por tantos minutos. El norteamericano había llegado en el carruaje junto a John, pero fue Nicomedes quien traspasó la instrucción de ocultarlo en la salita, explicando a sus compañeros lo que pronto sucedería.

Wheelwright asintió ante la pregunta, demostrando en su gesto la contrariedad que sentía.

—He oído muy bien, John —respondió sin prisa, aún estupefacto por algunos detalles—. ¿Intento de asesinato?

—Tampoco sabía nada sobre eso, pero intuyo que será útil como parte de la causa...

Lady Brigitte miró al recién llegado con angustia.

—*What are you talking about? Why are you here? What is this!*

—En castellano, madre —la corrigió John, tan agrio como pudo, y el señor Wheelwright dio otro paso hacia ellos.

—Estoy aquí en calidad de ministro de fe —explicó, sombrío— para luego atestiguar frente al cónsul Walpole.

—¿Atestiguar qué? —preguntó Karina, atónita, aunque creía saber la respuesta.

—Que John no conocía los términos de la sucesión y que los documentos fueron alterados a sus espaldas por lady Brigitte, en un intento francamente canallesco de apoderarse de la fortuna Rothschild —resumió, sin esconder su repulsión al hablar.

—¿Con qué autoridad viene usted a inmiscuirse en los asuntos de mi familia? No es más que un oportunista, ¡pelafustán! ¡Exijo que sea arrastrado fuera de esta casa!

—Ya no está en posición de exigir absolutamente nada —declaró Beckett con una fuerza y seguridad que John no había visto antes.

—Este espectáculo no tiene ninguna importancia, ninguna legalidad...

—La tiene —la contradijo William—. La ley acepta la palabra de ministros de fe en impugnación de testamentos, también de sucesiones. El coronel Walpole nos ha asegurado que confiará en mi testimonio para proceder.

—Ya te lo había dicho: el señor Wheelwright conoce las leyes británicas mejor que yo —le recordó John.

—¡Sigue siendo su palabra contra la mía! —apuntó al empresario con su mano temblorosa—. Qué importa que hable mal de mí ante el cónsul... ¡No hay vuelta atrás! Ya todo está firmado y en perfecta regla, cada papel con el sello del rey camino a Inglaterra...

—Es cierto, pero la valija va en el barco más lento del mundo: el del Royal Mail —expuso William, con algo de satisfacción al explicarlo—. Ese vejestorio de hojalata debe detenerse en cada uno de los puertos existentes de Valparaíso a Londres, por eso demora hasta medio año de una esquina a otra. Cualquier otro navío llegaría antes a la isla, sobre todo uno pequeño y especialmente refaccionado para moverse rápido...

—El *Fourth of July* —pronunció John.

—Mi fiel *Fourth of July* —recalcó Wheelwright, tan aliviado como orgulloso—. Tras la venia del cónsul y si zarpa mañana mismo, podría llegar a Inglaterra portando las nuevas instrucciones con un mes de ventaja, quizá dos.

—¿Las nuevas instrucciones? —tanteó Karina, expectante.

John le sonrió tibiamente.

—Hace una hora firmé mi renuncia oficial a la baronía de la casa Rothschild en favor del siguiente en la línea de sucesión, Craig Alexander II. Cualquier documento que yo haya firmado previamente respecto de este tema quedará inmediatamente invalidado.

Lady Brigitte gritó con impotencia, mientras la baronesa se tapaba la boca con ambas manos, llorando de alegría.

—*How dare you...* —bramó la aristócrata, acercándose a su hijo con la mano en alto.

Él la desafió con la mirada.

—Y en esto la ley también es clara: si el barón es menor de edad, su madre se convierte en su tutora y administradora de todos los bienes hasta que cumpla los veintiún años... Fortuna, propiedades, inversiones, todo. Todo... incluida la

mansión de la familia en Londres y cada vestido en tu guardarropa, madre.

Lady Brigitte estaba fuera de sí, mirando en todas direcciones buscando una salida.

—No, no lo permitiré. ¡Apelaré! Se arrepentirán de este atropello, ¡de esta ignominia!

John miró a Karina.

—Ahora el destino de mi madre está en tus manos. Confío en que serás tan razonable y magnánima como ella lo habría sido contigo.

Lady Blais-Rothschild hizo un gesto de terror y pudo ver ante sus ojos el futuro infame que le aguardaba. En un movimiento más ágil del que se esperaría para su edad, se apresuró por el espacio libre que el señor Wheelwright había dejado sin querer tras de sí. A través de la salita del piano cruzaría hasta el salón principal, y de ahí quizá directo hacia la calle de gravilla...

Beckett y Nicomedes hicieron el intento de atraparla, pero John los detuvo. Les dijo que la dejaran huir, pues no llegaría muy lejos, lo cual era cierto. A pie y una hora después, llegó hasta la hacienda Las Tórtolas, de los Lynch Zaldívar de Rivera. Le prestaron asilo por algunos días, pero al enterarse de que había una denuncia criminal en su contra —que finalmente no prosperaría por falta de pruebas, pero manchaba su reputación—, le negaron todo apoyo. Desde entonces buscó refugio entre los aristócratas del puerto, y uno a uno le fueron dando la espalda a medida que la espeluznante historia de un té con cicuta se fue expandiendo entre promenades y tertulias. Erró por meses hasta que terminó de vuelta en Bluebells arrastrándose y pidiendo un perdón que nadie creyó. Entonces lady Karina hizo lo que le pareció justo: financió para ella un pasaje de regreso a Inglaterra, donde ya no tenía casa ni recursos. Tampoco amigos, pues el consulado en Valparaíso se encargó de hacer llegar las advertencias correspondientes a las autoridades en su tierra natal. La renegada mujer pasó sus últimos días en el asilo estatal de ancianos Witherford Watson, en Lockhall, donde solía amenazar al personal con una huelga de hambre si no recibía un trato preferencial respecto del resto de los internos. "¡Mi familia proviene de Su Alteza María Antonieta! ¡Soy lady Brigitte Blais-Rothschild!". Constaría en sus registros que murió de inanición un 8 de junio de 1836.

Karina se acercó a William para abrazarlo. El norteamericano se sorprendió por el gesto, pero lo recibió con gratitud, la misma que ella intentaba profesarle a él. La baronesa se enteraría pronto de que, una vez que John habló con el cónsul y se dieron cuenta del engaño, el diplomático le aseguró que podía impugnar lo firmado si proveía un testigo de fe. John pensó inmediatamente en Wheelwright y fue hasta su casa a buscarlo, ya que Nicomedes conocía la dirección. William aceptó no solo porque la inversión en su proyecto peligraba, sino por todo lo que Craig había construido en esa década en la que tuvo la suerte de ser su amigo. Ayudar a su hermano era un asunto de lealtad.

—Ahora Bluebells es, oficialmente, tuya —dijo John a Karina, ya ambos más calmados, mirándola a los ojos—, tuya y de tus hijos, por el tiempo que estimes y para los fines que estimes.

Ella le sonrió, y con la manga de su vestido, limpió los restos de lágrimas en

el rostro del, ahora, exbarón.

—Gracias, John...

—Y todos ustedes mantienen sus puestos —indicó en voz alta al *staff*, cálido—, al menos hasta que la baronesa lo disponga.

Etelvina estaba feliz y llorosa.

—Muchas gracias, *señor*. Lo extrañaremos mucho...

Él hizo un gesto de confusión. De pronto, abriéndose paso entre los criados, aparecieron las mellizas Rothschild. Cinnamon corrió y se ubicó junto a John.

—Creo que su equipaje ya está listo, milord... es decir, *señor* —habló Beckett, sonriendo.

—Preparamos tu bolso de cuero, *uncle* —sonrió Fedora—. Los baúles ocupan mucho espacio y no sabíamos si en el barco tendrían algo extra disponible...

—Van algunas mudas de ropa, otro abrigo grueso... y muchos calcetines —detalló la señora Fontanarrosa, animada.

—No entiendo nada —balbuceó John—. Beckett, qué diablos hiciste...

—Ya no es el barón Rothschild —le recordó, cómplice— y aún no es mediodía. El *Beagle* sigue en el muelle.

John abrió la boca de sorpresa. No sabía qué hacer o decir.

—Mis princesas están listas para correr como el viento, señor —se entusiasmó Nicomedes.

Entonces Karina se acercó a su cuñado. Suavemente se quitó el anillo Rothschild de rubí y lo dejó en el puño del británico.

—¿Qué haces? No, no...

—Pertenece a otra mujer —afirmó ella, apremiante.

John hizo un gesto de tristeza.

—Ella no lo quiere...

—Pero te quiere a ti.

Él no estaba convencido. Karina le tomó el rostro y lo besó en la mejilla.

—Pero... ¿quién cuidará de ti? ¿De las niñas?

—Yo estaré aquí, señor —intervino Beckett— ... si es que usted acepta prescindir de mis servicios.

John se sentía mareado, como si le hubiesen arrancado la alfombra bajo los pies. Se enserió un momento y volvió a mirar a la baronesa.

—Le prometí a Craig que cuidaría de su familia —le confió—, que ustedes serían mi propósito.

Ella lo miró con gratitud.

—*Yo* cuidaré de mi familia —le aseguró—, y estoy segura de que encontrarás tu propósito. Simplemente, no está aquí.

Aún vacilante pero repentinamente optimista, asió la mano de Karina y la besó. Luego volteó hacia el norteamericano, estrechándole la mano y con la otra tocando su hombro.

—No sé cómo agradecerle, señor Wheelwright...

—William —pidió el aludido, sonriendo—. Y no se preocupe por nada: mañana a primera hora estaré en el despacho del cónsul para finiquitar este infame episodio.

—Gracias, William.

Suspiró de nervios y miró hacia su otro costado. Tomó a Beckett por los hombros y lo abrazó con fuerza, con la absurda intuición de que, quizá, no volvería a verlo.

El *valet* tenía los ojos llorosos. Las mellizas también lo abrazaron.

—¡Corre, *uncle* John!

Tenía la mente nublada. Sin pensar, movió los pies hacia destino incierto. Entonces siguió a Nicomedes hasta el vestíbulo.

Wheelwright se rascó la sien al verlo desaparecer con tanto apremio.

—Entonces, ¿a dónde va? ¿Al *Beagle*? —preguntó, confundido, apenado incluso al no poder unirse a lo que parecía una intempestiva celebración.

—Le explicaré todo en un minuto —lo tranquilizó Karina—. ¿Se quedará a una taza de té? Nicomedes no regresará antes de una hora. Puede comentarme sobre los avances del Pacific Steam Navigation Company, si quiere. O quizá sobre alguna de las últimas modernidades inglesas. ¿Conoce a alguien que haya tomado el ferrocarril entre Liverpool y Manchester? ¿Cree que algo así podría replicarse en Chile?

William rio de satisfacción. Sintió hasta apetito.

—No sabe qué placer es tenerla de contraparte, querida lady Rothschild...

A menos de que ella misma la preparara, la taza de té que ofreció tendría que esperar, pues todo el servicio había salido al porche a despedir a John.

—¡Suerte, señor!

—¡Que sea muy feliz!

—¡Vuelva a visitarnos!

—¡Escríbanos desde cada puerto!

John subió al carruaje. Sentía que era otra persona, que se había vuelto loco. No estaba ni remotamente listo para esto.

Nicomedes echó el bolso en la cajuela y asomó su rostro por la ventanilla.

—Si quiere llevar más libros, señor, este es el momento.

El británico estaba tan aturdido que no respondió, pero la sugerencia hizo eco en el compartimento de pasajeros. Quedó flotando ahí. Caló en sus recuerdos, deseos y huesos... y creyó estar frente a una revelación.

Juntó dos dedos en su boca y chifló.

—¡Cinnamon! *Cinny girl, let's go!*

La bullmastiff corrió y entró al carruaje de un salto. Beckett miró su reloj y gritó que tenían media hora para llegar...

Pero llegar al barco era una cosa. Abordar, otra muy distinta.

XX

2 de noviembre de 1834
HMS Beagle*, muelle de Valparaíso*

Era una mala idea.

Una pésima idea.

Llevaba cinco minutos de pie ahí y ya parecían años. Seguía haciendo frío, pero había dejado de lloviznar y se vislumbraban algunos rayos de sol entre las nubes. Era un buen tiempo para zarpar.

No entendía cómo había dejado que lo convencieran. Él no tenía derecho a estar ahí, presionarla de esta manera... Ese era *su* barco, *su* viaje, *su* carrera. ¿Y si lo rechazaba? ¿Y si lo enviaba de vuelta a la hacienda? ¿Qué le hacía pensar que esto podría tener un final feliz? ¿Qué podría ofrecerle a una mujer que no necesitaba nada de nadie?

Esta había sido una pésima idea.

El HMS *Beagle,* con la *Union Jack* flameando en alto, se había acercado al muelle para subir las últimas cajas de cargamento mediante poleas. Aún tenía sus rampas desplegadas y parecía haber mucho movimiento en cubierta. El oficial Burgess supervisaba el movimiento desde abajo y el teniente Sulivan a los marineros que controlaban las cuerdas. Se hacían señas que John no era capaz de codificar y en cualquier minuto darían la maniobra por terminada. Aún estaba a tiempo de tomar la decisión adulta y sensata de regresar por donde vino y...

—¡Cinnamon!

Shit.

La bullmastiff, quien había estado pacientemente sentada a un lado de su amo y su bolso de viaje, decidió que ya había esperado demasiado, así que, en un momento de descuido, simplemente se echó a correr. Y no hacia cualquier sitio: fue directo hacia la rampa de acceso principal del *Beagle*. Reaccionando tarde y torpemente, John tomó su bolso y corrió tras ella.

Subió la rampa a zancadas —no sin antes hacer un saludo hacia el oficial Burgess, quien de pura confusión ni siquiera se lo devolvió—, pero se quedó justo en el borde de la barandilla. Sabía que no podía poner un pie en un barco de la Armada Real sin el permiso adecuado.

—Diría que yo a usted la conozco, señorita —le habló el capitán Fitz-Roy a Cinny, sonriéndole, mientras ella lo rodeaba moviéndole la cola. Alzó la vista y

vio a John en la frontera entre la rampa y cubierta.

Se acercó con extrañeza.

—*Good sunday, milord* —lo reverenció, y luego hizo un gesto tocándose el mentón—. Casi no lo reconocí.

—Ah, sí —reaccionó John, sonriendo a medias—. Ya era tiempo de un cambio.

—No esperaba verlo hoy. ¿Hay algún asunto pendiente que haya olvidado?

El primer impulso de John fue decirle que ya no era ningún lord, pero supuso que esa parte de la historia podía esperar. Primero tenía que resolver la parte que lo tenía sudando bajo su grueso abrigo.

—¿Estoy a tiempo de abordar, capitán?

Fitz-Roy curvó una ceja.

—Le agradezco la visita de cortesía, pero estamos por zarpar. No creo que...

—Lo que quiero decir —lo interrumpió, nervioso— ... es si tiene espacio para un pasajero más.

Para su mala o buena suerte, en el momento en que dijo esa última frase varios rostros conocidos se habían autoconvocado a cubierta con la intención de husmear. En casi tres años de travesía, los científicos ya habían aprendido que no era usual recibir visitas antes de zarpar, a menos de que fuese alguna autoridad aduanera que les denegara la salida o un pirata tomando rehenes. Esta visita en particular representaba una novedad bastante más positiva.

—Hay nuevas plazas disponibles, sí —respondió el capitán, definitivamente curioso, captando discretamente que tras él ya tenía audiencia—. Algunos de nuestros tripulantes de primera y segunda plana no continuarán. Pero, dígame, ese "pasajero más", ¿sería usted?

—Así es —respondió John, agitado, y luego, pensando tan rápido como pudo, añadió—. El *Beagle* se dirige a Inglaterra, ¿no?

—Es nuestro destino final...

—Bueno, pues voy de regreso a casa y necesito un transporte.

A pocos pasos del capitán, el oficial Stokes y Luke Jones sonrieron, divertidos, mientras sir George hacía un gesto de sorpresa. John entendió que su inteligente excusa en realidad había sido ridícula y que había regalado a esos gentiles caballeros una buena anécdota para reír en lo que restaba del viaje.

—Milord, le aconsejo esperar a un bergantín de pasajeros —sugirió Fitz-Roy, cordial—. Como sabe, somos una expedición científica y nos tomará un año, quizá dos, regresar al puerto de Plymouth.

—Está muy bien. No tengo apuro.

Varios otros se sumaron a ese lado de la cubierta, y entre las caras familiares pudo reconocer al señor Dring, William Kent, Edward Chaffers y Benjamin Bynoe, quienes se habían acercado desde esquinas diferentes del navío y ya no sonreían con curiosidad como el capitán, sino con sospecha.

—Quizá deberíamos llamar a la señorita Villa-Smith para obtener alguna clarificación en este asunto —sugirió el doctor.

El grupo hizo un murmullo cómplice, haciendo que el recientemente rasurado John Rothschild se ruborizara a toda luz, y fue aún peor cuando

escuchó, a lo lejos en alguna de las escotillas, a un marino raso decir: "*Hey, miss Laura! You won't believe who's here...*".

—Capitán, ¿le asignará camarote junto a sir George? —preguntó el misionero Richard Matthews, muy distintivo por llevar una vestimenta más sencilla que la de sus compañeros—. Un noble debe viajar con quien tuviese la distinción más alta de...

—Ya no soy un *lord* —corrigió John de inmediato, sintiéndose muy abrumado por ser el centro de tantas miradas—. Renuncié a la baronía en favor de mi sobrino Craig.

—Ohhh —dijeron los hombres al unísono, generando un cuchicheo de mayor volumen.

—¿Que renunció a qué?

Laura se había abierto paso entre el oficial Stokes y su asistente. Cinnamon fue directo hacia ella, quien combinaba en su gesto el asombro y la emoción.

John le sonrió con los labios pegados, pues estaba seguro de que vomitaría en cualquier momento.

—Lord Roth... Perdón, el *señor* Rothschild estaba pidiendo mi permiso para abordar —le explicó Fitz-Roy.

El aludido carraspeó.

—Con todo respeto, capitán, únicamente le pregunté por la disponibilidad de plazas. No es *su* permiso lo que estoy buscando.

—Uhhh —murmuró la audiencia, cada vez más interesada.

Fitz-Roy volteó hacia sus marinos con un gesto severo.

—¿No tienen nada que terminar de alistar, caballeros?

—En un minuto —prometió el contramaestre Sorrell, sin querer abandonar el escenario. El resto lo secundó y Laura no sabía bajo qué tablón esconderse.

El capitán movió el cuello, incómodo, pero no podía negar que este asunto era quizá lo más interesante que le sucedía a su tripulación desde que Billett y el oficial Burgess habían simulado batirse a duelo por un trozo de tocino.

—Pues bien. En cuanto a la disponibilidad de plazas, y *solo* en cuanto a eso —enfatizó Fitz-Roy, más divertido que molesto—, podría asignarle el espacio disponible en el camarote del señor Jones.

El asistente de hidrografía le hizo un gesto con su sombrero, muy sonriente. John respiró algo aliviado, pues aprobó de inmediato a su potencial compañía. Entonces el capitán continuó.

—... y como va hasta Plymouth, puerto terminal, su importe es de treinta libras. Puede pagarlas al señor Dring.

Shit. Again.

—Dinero. Por supuesto, dinero —balbuceó John, descolocado, bajando la mirada. No llevaba ni un penique encima—. No tengo ese dinero...

—¿Los Rothschild están en bancarrota? —se asustó Syms Covington, sumándose al grupo.

—No, no —aclaró John. No perdería tiempo explicando que salió de Bluebells corriendo, prácticamente con lo puesto, y que su propia pequeña fortuna estaba a miles de kilómetros de ahí—. Me refiero a que... tengo el

dinero, claro que lo tengo, pero no *aquí*. Puedo pagarles con intereses una vez arribemos a Inglaterra.

Fitz-Roy movió la cabeza.

—Me temo que no funciona así —le explicó, incómodo—. El pago de la plaza siempre es por adelantado, condición *sine qua non*. No sería ético hacer distinciones.

Algunos de los oficiales y el resto de la tripulación presente compartió miradas apremiantes. Incluso algunos palparon sus propios bolsillos. Laura creía que en cualquier momento organizarían una insólita colecta por el otrora barón de la casa Rothschild.

John suspiró.

—Lo comprendo plenamente...

—Sin embargo —dijo una voz tras el gentío—, creo entender que requerimos un reemplazo urgente para el señor Phillips.

Charles Darwin avanzó hasta las primeras filas y saludó a John con una leve inclinación. Él nunca pensó que se alegraría tanto de verlo.

—¿Me está ofreciendo trabajo? —se sorprendió.

—¿Qué dice, señor Darwin? —lo interpeló el recién reincorporado oficial John Clements Wickham.

—¿Un noble cocinando para sesenta hombres? Tengo que ver eso —se burló Billett, al tiempo que el oficial Stokes le pegaba un manotazo en la nuca—. ¡Qué! ¿Acaso ha pelado una patata en su vida?

—Pelado, rallado, hervido, horneado —se defendió John, con el rostro iluminado—. Soy un buen cocinero.

—¡Uno colosal! —aportó sir George Stebbing.

—Si logra algo la mitad de bueno que en su tertulia, ya será lo mejor que hemos probado en el *Beagle* —aseguró Sorrell.

John se entusiasmó. Quizá haber ido hasta ahí no había sido una pésima idea después de todo.

—Hasta podría dar garantía de salubridad —apuntó él—, pues Cinnamon ha sido muy bien entrenada para detectar alimentos en descomposición. Es una agente clave en mi compañía importadora.

El murmullo se volcó inmediatamente a su favor, y la bullmastiff estaba encantada con tanta atención, paseándose entre las piernas de los oficiales como si la cubierta ya fuese suya.

—Bueno, el señor Darwin está en lo cierto —habló el capitán—. Necesitamos llenar ese puesto. El jornal es bajo, pero es una plaza asegurada hasta Plymouth. Creí que podríamos esperar y encontrar a alguien adecuado en algún puerto del norte, si bien va en el directo beneficio de toda la tripulación que resolvamos esto hoy... así que, si le interesa, el puesto es suyo.

Laura no podía creer lo que presenciaba. Bruce Billett tampoco, pero por distintas razones.

—Esperen un momento, que no me trago esto del "transporte" a Londres —escupió—. ¿Por qué está aquí realmente?

—Por la señorita Villa-Smith, claro —señaló el teniente Sulivan, con toda

obviedad.

—¿Ah, sí? —se desayunó el oficial Burgess—. Nadie me ha informado sobre esto. ¿Cuáles son sus intenciones, señor?

—Sí, cuáles —secundó Covington, desconfiado—. ¿Acaso usted no está casado?

—No, ese era su hermano —le aclaró el señor Kent.

—Pero tuvo un hijo hace dos días —susurró con espanto el misionero Matthews.

—Ese es su sobrino —le susurró de vuelta el oficial Stokes.

—Entonces él era el barón, ¿pero la baronesa no era su esposa?

—Es que esto de los títulos nobiliarios es algo complicado —aceptó el señor Dring.

—No tengo más que sinceras y serias intenciones, oficial —respondió John, manteniendo la frente en alto a pesar del nerviosismo.

Sir George se impresionó.

—¿Pretende desposar a la muchacha?

Él tomó aire y dijo, sin adornos:

—Eso pretendo, sí.

Buscó entonces los ojos de Laura entre la veintena de hombres que la rodeaban. Ella sintió que le faltaba el aire.

—Pero Laura no quiere casarse —intervino Luke Jones, confundido.

—Todos sabemos eso —apoyó el teniente Sorrell.

—No puede casarse —se apesadumbró el señor Kent —. Es la mejor ilustradora del equipo...

—¿Se ha cansado de trabajar con nosotros, señorita Villa-Smith?

—¿No estaba preparando su portafolio para enviarlo a Cambridge?

John levantó las manos.

—Les aseguro que no está en mis planes interponerme de ninguna manera en...

—Hemos planeado las excursiones en Galápagos por meses —recordó el señor Chaffers, desconcertado—. ¿Ya no quiere ir, señorita Villa-Smith? Si no está ahí para ilustrar a las tortugas gigantes, el señor Darwin querrá subir una al barco y no tenemos espacio para...

—Por supuesto que quiero ir —aclaró Laura, agitada, moviendo sus brazos para tranquilizar a sus compañeros—. Ya he firmado la nómina y estoy lista para zarpar, ¿no es así?

—Pero el señor Rothschild dice que quiere desposarla —lo apuntó el oficial Burgess, sin entender nada—. ¿Ha rechazado ya su propuesta?

—No.

—La ha aceptado, entonces.

—No... aún.

Los aludidos se miraron intensamente, deseando que se abriese una grieta en el huracán. El oficial Stokes creyó entender.

—*This is a love match* —murmuró, sonriendo a medias a la científica—. ¿Eso es lo que es?

—¿Te gusta este hombre, Laura? —se asqueó Billett.

—¿Por amor? —repitió Burgess, ceñudo—. Jamás entenderé estas modernidades juveniles...

—¿Podría, por favor, tener un momento con el señor Rothschild... a solas?

Al momento en que la británica hizo esa petición, todos callaron. Fue el capitán Fitz-Roy quien subió la voz.

—Muy bien caballeros, se acabó la fiesta —anunció golpeando sus manos en el aire. Algunas voces protestaron—. Regresen a sus puestos y chequeen mediciones para partir.

—¡Sí, capitán! —contestó la mayoría, mientras algunos que no querían perderse el final del chisme eran arrastrados por sus compañeros de vuelta a sus labores.

—No estaremos muy lejos —avisó Covington, haciendo un gesto de vigilancia hacia John. Él comprendió en el acto la enorme complicación de cortejar a una mujer con sesenta chaperones, pero no estaba tan nervioso como habría anticipado, sino más bien expectante.

Ella lo tomó del brazo y lo llevó hasta un costado del castillo de popa, donde podían tener algo más de privacidad.

—¿Te has vuelto loco?

—Es una posibilidad cierta, sí.

—*John*...

—*Laura*...

—Hablo en serio. ¿Qué haces aquí?

Si algo había asimilado John Rothschild en sus décadas de lectura compulsiva era la habilidad de contar una buena historia. Brevemente le explicó cómo recordó algo importante visitando la tumba de Craig y así descubrió el engaño de su madre, cómo involucró a Wheelwright, el trato con el cónsul, el cambio de sucesión en favor del pequeño Craig Alexander y, en un tono sombrío, pero igualmente decidido, cómo se enteró del envenenamiento de Karina. Su interlocutora pasó por todas las fases: sorpresa, exasperación, tristeza, alivio.

—Mi dulce Clove —murmuró él, sin poder evitar que se le cerrara la garganta—. Nunca podré perdonármelo.

Ella levantó su mano para tocar, casi imperceptiblemente y con la yema de sus dedos, el sorpresivo rostro afeitado de John.

Esa historia la conocería después.

—Estoy segura de que él ya te perdonó a ti.

Él asintió levemente y Laura retrajo su mano. Repuso su temple para mirarla a los ojos.

—Entonces...

—Entonces...

—El HMS *Beagle* podría convertirse en mi transporte oficial hasta Inglaterra. Es tu decisión.

—Podría —aceptó—, pero dijiste... tú dijiste...

—¿Que quiero casarme contigo?

Ella poco podía disimular su emoción, pero también su reticencia.

—John...

—Lo sé —suspiró él—, pero me resisto a creer que no hay una forma sensata de resolver esto.

De improviso, tomó sus manos entre las suyas y se las llevó al pecho. Laura se estremeció. Su piel estaba tibia para una mañana tan fría.

—Este ya no es un asunto de sentimientos, John...

—Siempre lo es.

—Me refiero a que... el riesgo es muy grande.

—¿Cuál?

Ella evitó su mirada.

—Nunca en mi vida había estado tan cerca de alcanzar un sueño... y temo abandonarlo, a voluntad, embobada por la felicidad de estar a tu lado.

John consideró que esa era una confesión extraordinariamente vulnerable y, al mismo tiempo, valiente. No podía fallarle. Tampoco al resto de su leal tripulación, quienes parecían dispuestos a defender el sueño de Laura como si fuese propio.

—No permitiré que lo abandones —le prometió—. Si dejas de ser una ilustradora botánica, perderías mi valioso interés...

Ella trató de sonreír, pero se obligó a ser realista.

—Casada perderé aún más que eso.

John notó la tristeza tras esa afirmación y odió que no hubiese un buen argumento para contradecirla.

O quizá sí.

—Me enseñaste que todo cambia, que el cambio es la única constante —le recordó—. ¿Los cambios simplemente suceden o podemos provocarlos? ¿Qué diría el señor Darwin?

—Diría que ambas respuestas son correctas —respondió ella, curiosa.

—Entonces impulsemos un gran cambio —propuso, hablando muy en serio— ... como asegurar tu independencia, aun casada. Protegerla legalmente. El matrimonio es un contrato, después de todo.

—¿Es eso posible? —murmuró, atónita, mientras él intentaba contagiarla de optimismo.

—Todo es posible para un apellido noble con un buen abogado. Escribiré algunas cartas, me reuniré con quien sea necesario tan pronto lleguemos a Inglaterra.

Ella lo pensó un momento, pero se mantuvo escéptica.

—¿Quieres decir que podría... legalmente... tener un empleo?

—Si quisieras, sí.

—Y el crédito de mi trabajo, mi salario...

—... seguiría siendo tuyo. Nada de ti me pertenecerá a menos que así lo definas.

Laura suspiró. No dudaba de la honestidad de sus intenciones, pero sí de la real posibilidad de materializarlas.

—Suena tentador, pero sabes que es casi imposible que eso suceda...

—Me aferraré a ese *casi* —insistió—. También era casi imposible que fueses parte de esta expedición y aquí estás.

—¿Me pides que crea en un milagro?

—Eres una científica. Te pido que creas en el cambio.

Laura admitió que tal tenacidad le parecía irresistible, más si sus cuerpos estaban tan cerca.

—Creo en ti —le susurró—, y sé que te desvivirías por honrar tu palabra, pero aun cuando lo lograras... John... será un escándalo. La sociedad, tus socios importadores...

—Tendrán que adaptarse.

—Renegarán de ti, te aislarán —pronunció, muy seria.

—Yo vivo en el autoexilio —le sonrió, como si fuese una elección idílica—. Preferiría tertulias diarias con cada persona de este barco que volver a compartir el vino con remilgados que no saben abotonar sus propias chaquetillas —declaró—. Ya he decidido qué es felicidad para mí, y mi felicidad eres tú.

La estrechó aún más contra sí y la besó en la frente. Ella no se resistió.

—Podemos tardar hasta dos años en regresar a casa y quizá cuántos más en manos de tus abogados. Este bien podría ser el cortejo más largo de la historia —dijo Laura, aún con los ojos cerrados tras el contacto—. ¿Esperarás hasta que ya pueda decir "sí, acepto"?

—Bueno, no tendré a dónde escapar...

—Siempre se puede saltar por la borda —sonrió ella.

—¿Y dejar a decenas de hombres sin su cena?

—Cierto, presencié esa oferta laboral. ¿Aceptarás?

—Veo muchos pan de maqui en tu futuro.

John se separó unos centímetros y miró hacia todos lados. No había nadie observándolos directamente, pero el caos de voces, cuerdas, metales e instrucciones en la cubierta era incesante.

Entonces soltó las manos de Laura para tomarle el rostro.

Ella se asustó.

—¿Qué haces?

—Voy a besarte.

—¿Aquí? ¿Estás loco? —se echó hacia atrás, aunque no lo suficiente como para desarmar la cercanía—. Les caes bien, incluso diría que algunos te tienen afecto, pero si nos descubren el mismo capitán te echará a patadas por la rampa.

—Este es un barco de profesionales, de científicos. ¡Tienen a una mujer en sus filas, por Dios! Ustedes definen sus propias reglas... como permitir que hombres y mujeres se den la mano al almuerzo.

—"Estrechar mi mano" no es en lo que estás pensando...

—No exactamente.

—Pues eso hacemos los científicos.

—¿No te alegra que yo no sea uno?

Y aprovechando que sus labios dibujaban una sonrisa, él los cubrió con los suyos. Ejerció apenas una suave presión, sin ninguna prisa, obviando que fornidos marineros estaban a unos cuantos metros de distancia. Ni cocinar para

los nobles de Valparaíso había sido tan temerario.

Laura jamás había sido besada, así que se dejó llevar. Admitía que se sentía hermoso, pero ninguna botánica que se preciara de tal desaprovecharía la oportunidad de explorar. Su cuerpo le pedía algo más. Al seguir su intuición, liberó una mano para envolver el cuello de John y estrechar su torso contra el suyo con más urgencia, entreabriendo los labios para atrapar su boca en una lucha que poco a poco se volvió más irresistible.

—¡Señorita Villa-Smith! —gritó alguien a su costado.

Ambos saltaron por la sorpresa y se separaron. La dueña del vozarrón no podía ser otra que la señora Stuardo, acercándose a grandes zancadas.

—¡Qué desfachatez! ¡Y a plena luz! ¿Qué se supone que está haciendo con...? ¡Oh! —al acercarse lo suficiente, pudo reconocer al acompañante de la ilustradora, quien le dedicaba un gesto inocente—. ¡Barón Rothschild! No lo reconocí, milord —se inclinó. Mantuvo esa posición unos segundos y luego se levantó, entre ofendida y confundida—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Viajaré en el *Beagle* hasta Inglaterra —le explicó, contento—. ¿No le parece una gran noticia?

—Pero este no es un barco de pasajeros —se preocupó, llevándose una mano al pecho—. Aquí no hay cabinas que hagan justicia a su título.

—Puedo dormir perfectamente bien en una estrecha litera, señora Stuardo —le sonrió.

A ella no le parecía gracioso, menos cuando recordó por cuál razón se indignó en primer lugar.

—Y qué está haciendo con... con... —apuntó, trapicada— ¡con una señorita soltera! ¡Sin escolta!

—No me pida que se lo describa...

—No estoy jugando, milord —se enojó, y eso solo causó más gracia en la pareja—. Ni siquiera una persona como usted puede hacer esto. ¡Es una inmoralidad! —bramó, pero pronto arrugó la frente—. A menos...

—A menos... —repitió John, interesado.

—A menos que usted ya haya expresado la intención de casarse con la muchacha.

Él celebró juntando sus palmas en el aire, anticipando la reacción de Laura.

—¡Qué suerte la mía! Mi intención ha sido expresada... Nada más falta que la novia acepte.

—¡Ay, no de nuevo! —resopló Laura, sonriendo, entornando los ojos y abandonando el calor de la proximidad a John para comenzar a caminar hacia la parte más expuesta de la cubierta, donde todavía había mucho movimiento. Él hizo un amago de seguirla, pero primero volteó hacia la estupefacta institutriz portuguesa.

—¿Quiere decir que tengo su bendición para besar a Laura cuando quiera, señora Stuardo?

—¡John! —le reprochó la joven a la distancia, divertida.

La señora Stuardo no podía emitir sonido por el aturdimiento que le provocó la escena, y esa confusión fue la excusa perfecta para que él, tras una rápida

inclinación de cabeza, se despidiera de la vetusta y corriera tras Laura.

Sir George fue el primero en cortarle el paso.

—¿Entonces? ¿Tendremos boda pronto?

—¡No! —exclamó Laura, unos metros más adelante, donde Charles Darwin, Chaffers, Jones y el oficial Stokes discutían sobre un plano estirado en una mesa.

—Se los dije —se jactó Darwin, estirando su mano hacia sus compañeros. Con irritación, cada uno de ellos metió una mano en el bolsillo y entregó una moneda al naturalista.

Laura se cruzó de brazos.

—¿Apostó algo respecto de mí, señor Darwin?

—Aposté que primero te lanzarías a un pozo de *selaquimorfos* antes de abandonar tu carrera por un matrimonio —afirmó, guardando el dinero, para luego hacer un gesto inocente hacia John—. Espero que no le ofenda, señor Rothschild.

—No me ofende —respondió él, algo divertido.

—Lo veo muy feliz para ser un hombre rechazado —comentó Luke Jones.

John subió las cejas.

—Lo importante es que no habrá propuestas nupciales por el momento.

—Por el momento —repitió Stokes—. ¿Es decir que la aceptación de su propuesta no se ha rechazado, sino aplazado?

Todas las miradas confluyeron en Laura, quien se sonrojó hasta las orejas.

—Algo así.

—Creo que reclamaré mi dinero de regreso, señor Darwin —moduló Chaffers, estirando su brazo.

—¡No he aceptado! Y no aceptaré hasta que ciertas condiciones sean establecidas. El señor Rothschild sabe que no debe insistir.

—En pos de una total honestidad, me veo en la obligación de confesar que hay un anillo de rubíes en mi bolsillo.

Ella saltó.

—¡John!

—¡Qué! Soy un hombre precavido.

—Tiene dos años para insistir y seguir siendo rechazado —habló Chaffers en tono cómico.

—¿Quiere decir que viajará con nosotros? —preguntó Robert Fitz-Roy, acercándose al grupo.

John asintió, motivado.

—Desearía aceptar el puesto que me ofreció, si aún está disponible.

El capitán iba a inclinarse, pero se refrenó a tiempo. Estiró la mano y John la estrechó con gusto.

—Bienvenido a bordo, señor Rothschild.

Escuchó múltiples “bienvenido, bienvenido” desde distintas esquinas de la cubierta, mientras un sonido crudo de poleas indicaba que la rampa estaba siendo removida y que el HMS *Beagle* se desacoplaba por última vez del muelle de Valparaíso.

John tomó su bolso de cuero y se lo puso al hombro, listo para ser guiado

por el señor Kent hasta el que sería su camarote.

—Ha escogido una aventura sin igual, señor Rothschild —cerró Darwin, cálido, antes de enrollar su mapa y subir al castillo de proa.

—Creo que la aventura me ha escogido a mí.

Cinnamon apareció relamiendo un trozo de pescado, justo a tiempo para seguir a Laura, John y William Kent hasta que llegaron a una escotilla al otro extremo del barco.

—Yo lo guiaré desde aquí. Gracias, señor Kent.

El joven asistente de medicina demoró un par de segundos en comprender, pero pronto exclamó un "Oh", se ruborizó levemente y giró sobre sus talones sin despedirse.

Cinny bajó la escaleras antes que Laura. Ella invitó a John con la mirada, por si le interesaba seguirla.

Y claro que la seguiría.

—Quién es el que está loco ahora...

—Siento que la suerte me acompaña —dijo ella, sabiendo que desde cubierta ya nadie podría verlos, pero el eco de sus voces subiría por la escotilla fuerte y claro, junto a risas contenidas y curiosos sonidos que la señora Stuardo no dudaría en calificar, en cualquier circunstancia, como indecorosos—. Quizá es ese rubí en tu bolsillo. Lástima que su destino sea terminar en el fondo del océano Pacífico, cualquier noche de estas...

Epílogo

6 de abril de 1841

Faringdon, Oxfordshire

—"Diario de investigaciones sobre geología e historia natural de los diversos países visitados por el HMS *Beagle*" —leyó el reverendo Thomas O'Mailey, capellán anglicano y teólogo del Pembroke College. Tocó la cubierta de cuero del libro, sin abrirlo—. Dígame cuanto antes si plantea alguna teoría impertinente, pues, si es así, lo pondré en la estantería de ficción.

John, apoyado en el umbral que daba hacia el jardín, le sonrió levantando su vaso de limonada. El reverendo ya sobrepasaba los setenta años y no era particularmente liberal, pero sí era un humano curioso. John lo apreciaba por eso. Solía regocijarse con cada anécdota que los Rothschild compartían sobre su increíble viaje, pero no tanto cuando Laura profundizaba en los hallazgos de su trabajo, los que solían desafiar el creacionismo.

—Tómelo simplemente como una bitácora de nuestra travesía —le explicó ella, amable. Llevaba un delantal blanco con manchas de pintura y buscaba frascos en una enorme caja de madera—. El capitán Fitz-Roy y el señor Darwin hacen descripciones maravillosas de algunos lugares muy memorables.

—Como Galápagos —murmuró John.

—O Tahití...

—Y las islas Mauricio, o El Cabo...

O'Mailey alzó su mano derecha.

—Ya entendí, ya entendí.

Laura y John cruzaron una mirada cómplice.

—Puede ignorar las partes más... controversiales —sugirió la científica, arrugando un ojo—, pero deléitese con el resto. Así podrá comprobar cada pequeña historia que le hemos contado.

—Ni he soñado en dudar de vuestra palabra —aclaró el anglicano, concediendo una sonrisa al fin y al cabo. Levantó el libro a la altura de su rostro —. ¿Hay ilustraciones suyas aquí, señora Rothschild?

—Grabados, sí —sonrió—. No aparecen ahí con mi nombre, lamentablemente, pero son los mismos que se exhibieron en la exposición del *Beagle* en la Royal Academy.

Apuntó con su brazo a la pared norte del salón en el que se encontraban, donde había decenas de cuadros de diferentes tamaños con ilustraciones y grabados botánicos, en grafito, acuarela y cera, todos marcados en la esquina

inferior derecha con un “LVS”. O’Mailey respondió a su sonrisa con otra de cortesía. Que ella firmara con su apellido de soltera le parecía una aberración, pero había prometido hacer ciertas concesiones dado el afecto que sentía por la pareja, especialmente por John, un benefactor como ningún otro.

En septiembre de 1839 y para la presentación del libro que ahora el reverendo tenía en sus manos, se organizó una exposición de ilustraciones, pinturas y grabados en la Royal Academy de Londres. Sin consultar a la institución, durante el brindis Charles Darwin enumeró a todos sus colaboradores cuyos trabajos estaban siendo elogiados esa noche, y entre ellos destacó especialmente el talento de Laura en la interpretación visual botánica. Estaba cumpliendo su promesa. Fue, por cierto, un escándalo —Robert Fitz-Roy debió soportar tres tediosos sumarios diferentes por permitir a una mujer en la nómina profesional de un barco a su cargo—, pero al poco andar se transformó para ella en la mejor publicidad. Meses después consiguió su primer empleo remunerado, y, un 2 de abril de 1840, Laura Villa-Smith se convirtió en la primera mujer en ilustrar la portada del *Journal of Nature* de la Universidad de Cambridge. La imagen exhibía una robusta y detallada ficha técnica de una especie silvestre poco estudiada: *Hyacinthoides non-scripta*.

Ese mismo día, John se arrodilló para pedirle matrimonio.

Y Laura aceptó.

—¿Necesita transporte, reverendo? —le ofreció John—. Puede utilizar nuestro carruaje.

O’Mailey guardó con cuidado el diario de Darwin en su morral de cuero, junto a los otros libros.

—No, no. Aún queda algo de vida en estas piernas. Además, llevo menos ejemplares que la última vez.

—Devuélvalos cuando quiera, no hay apuro. ¿Se anotó en el registro?

—Por supuesto, y vi que ya se llenó la cuartilla de la semana. ¡Qué espléndido!

Pocas cosas hacían más feliz a John que ver esa cuartilla repleta de nombres diferentes en trazos tan disímiles. La mayor parte de sus usuarios venían de Little Coxwell, Coleshill o Fernham, pero hace dos días una mujer había hecho todo el viaje desde Bampton hasta ahí, solo para conseguir una copia de *The Old Curiosity Shop* de Charles Dickens. Era impresionante cuán rápido se había corrido la voz sobre la Biblioteca Rothschild, tanto por su oferta como por su simbolismo. No era habitual que un noble abriese las puertas de su propia mansión a la comunidad, esencialmente campesina, y convirtiese su enorme colección personal en una biblioteca pública, donde cualquiera podía llevar en préstamo los ejemplares que quisiese. Lo único que se pedía a cambio era dejar su nombre y poblado de residencia en el registro. John se encargaba de mantener un catálogo muy actualizado, comprando las últimas novedades en la tienda Hatchard’s de Londres y luego poniéndolas a disposición sin costo en la biblioteca. Durante el invierno pasado, tras la tormenta de nieve, había hecho un recorrido puerta a puerta llevando los libros que necesitaban los niños de la escuela en Radcot Road. Lo bautizaron *Book Santa*, pues aparecía siempre

diciendo *ho, ho, ho*...

—Podría quedarse a cenar —lo tentó Laura.

El anglicano negó.

—Debo preparar mis clases de mañana, pero agradezco su hospitalidad —le respondió con una breve inclinación. Luego alzó la cabeza y, subiendo la voz para que se escuchase hasta el fondo del jardín, exclamó:— ¡Fue un placer conocerlo, barón Rothschild!

Craig Alexander volteó de inmediato y, sonriendo, despidió al reverendo O'Mailey con su mano libre. Con la otra estaba tironeando una pelota de trapo con Saffron y Pepper, mientras su hermana Paprika intentaba entrometerse y Anise les ladraba para que se la lanzaran.

John rio y caminó hasta ellos, sacando un trozo de carne seca de su bolsillo.

—¿Quién quiere?

En segundos ya había caído al césped y tenía a los cuatro bullmastiff sobre él, lamiéndole las manos y las canillas para obtener el preciado alimento. O'Mailey se inquietó, asustado por el tamaño de los perros, pero Laura lo tranquilizó con otra anécdota que quizá no conocía: la mascota de John, Cinnamon, estaba preñada cuando abordó el *Beagle*, pero no lo supieron sino hasta dos meses después. Los cuatro cachorros nacieron bellos y saludables en plena cubierta, y se transformaron en la compañía y deleite de toda la tripulación. Incluso hasta hoy el capitán Fitz-Roy pregunta por ellos en sus cartas.

—¡Hasta luego, reverendo! —lo despidió Karina, quien descansaba apoyada en un árbol, mientras acariciaba a una anciana Cinny que ya apenas podía moverse. Igualmente y de vez en cuando, daba un par de ladridos a sus hijos para que se comportaran, aunque no le hacían demasiado caso.

—Madre, tienes que ver mi flor de luna —pidió Fedora, aparentemente muy satisfecha con lo que veía en su lienzo. Alisa, frente a un caballete a su lado, tenía un pincel entre los dedos y los párpados apretados.

—No puedo recordar la forma exacta de la hoja —se quejó ella.

—Forma de corazón —susurró Laura, divertida, mientras se acercaba con los materiales que faltaban.

—¿No podían practicar la ilustración diferida con una imagen más fácil? —preguntó John, sacudiéndose los pantalones—. ¿Alguna flor de nuestro jardín, por ejemplo?

—¿Y qué tiene eso de desafiante? —comentó Alisa.

Su madre rio, más orgullosa que burlesca, y el pequeño Craig se detuvo a pensar.

—¿Qué significa *desafiante*?

—Es algo difícil que supone un reto, como una competencia que tienes que ganar —le explicó John.

—Nuestro viaje de vacaciones hasta acá fue desafiante —ejemplificó Karina, recordando en cada hueso de su cuerpo los meses de vaivén en altamar.

—El baile de mañana será desafiante —suspiró Fedora, abandonándose a un pánico repentino.

En efecto, a la noche siguiente se celebraba en Londres el baile de apertura de temporada. Las mellizas Rothschild ya estaban en edad de ser presentadas en sociedad e irían escoltadas por su madre. La última vez que Karina había entrado en un salón así, era una muchacha rusa a la que los invitados habían prejuiciado y despreciado. Mañana entraría como la baronesa de la casa Rothschild, una de las mujeres más ricas con residencia en Sudamérica, fruto de una fortuna impecablemente gestionada en una cartera diversificada de inversiones. A ese año la Pacific Steam Navigation Company ya se había establecido legalmente, siendo ella una de las principales socias, y se estaban construyendo dos barcos a vapor de setecientas toneladas. El señor Wheelwright había conseguido cada hito propuesto, incluso el más emocional: la fundación de la Escuela Primaria La Matriz.

Para ello había sido fundamental tanto el lobby político como un importante detalle: la carta póstuma de ciudadanía que el Estado chileno le otorgó a Craig a fines de 1835. Al reconocérsele como chileno, su inversión educativa obtuvo prioridad en la gobernación, y, menos de un año después, la maestra Díaz Núñez estaba agitando la cuerda de su primera campana. El propio Craig Alexander asistía como alumno regular, tal como su padre lo hubiese querido y pese al alboroto social que significaba un niño noble compartiendo pupitre con un campesino. Para qué decir lo que sucedía cada lunes en la tarde, pues la escuela abría sus puertas a adultos que querían aprender a leer (donde Etelvina y la señora Carrasco fueron alumnas estrellas). Aquello le valió a Karina un ostracismo palmario de la aristocracia porteña, pero también ganó nuevas amistades y la admiración de nuevos ojos, especialmente por su inclinación a apostar por áreas vanguardistas, desde locomotoras hasta la producción de artefactos fantásticos como uno francés llamado *daguerrotipo*, y por renovar el letrero de su propia casa, quitando el de "Bluebells" para tallar "Campanillas Azules" en un bloque de madera...

Laura abrazó a Fedora por la espalda.

—Todo saldrá perfecto. Tendrán mucho que contarme después en el desayuno.

—Deberías ir con nosotras...

—No, no —rio la ilustradora—. Eso es para jovencitas.

Caminó unos metros hasta donde estaba John. Karina se había levantado a ver los dibujos de sus hijas.

—Amaría verte en uno de esos vestidos —le susurró él a Laura, tomándola suavemente de la cintura.

—No creo recordar nada sobre "vestidos pomposos" y "corsés asfixiantes" en nuestro pequeño acuerdo ...

—Me vas a obligar a renegociarlo —sonrió, limpiando una mancha de pintura en su mejilla.

Era un documento de míseras dos páginas que le había tomado años conseguir, tras dificultosos peregrinajes por estudios de abogados y tribunales. Pero había valido la pena: hoy su esposa tenía el derecho a acreditar sus obras y era la única dueña de sus ingresos. Ambos esperaban que aquello se

transformara en un luminoso precedente para muchas otras mujeres...

—Entonces, si no irás al baile, ¡bailaremos aquí!

Alisa tironeó a Laura del brazo mientras Fedora tarareaba un vals. Se tomaron de las manos y comenzaron a dar vueltas, ronda a la que Karina se unió de inmediato. Craig y los bullmastiff corrían y saltaban alrededor de ellas, y la luz del sol comenzaba a ponerse sobre el centenar de campanillas azules que bajo los árboles adornaban el jardín...

El polvo de libros es infiel por naturaleza, solía decirle Beckett, instándolo a no refugiarse demasiado en la fantasía. El viejo *valet* estaría orgulloso, pues John no leería esta escena en ninguna novela. Vio bailar a Laura y su felicidad se sintió completa. Estaba viviendo su propia historia.

Agradecimientos

Esta es mi tercera novela de ficción histórica y confieso que los meses de investigación de base es mi parte favorita. Soy el cliché del ratón de biblioteca. Como siempre, mis fuentes fueron múltiples, pero quiero destacar las webs Tropicos.org (enciclopedia botánica) y Memoria Chilena, y los libros *Chile en los ojos de Darwin* (2009) de Claudia Urzúa, *Charles Darwin: Voyaging* (1995) de Janet Browne, *El arte de cocinar de Juan Ignacio Molina* (1976) de Walter Hanisch —porque sí, el abate no solo escribía tratados científicos sino también recetas de cocina—, *Valparaíso y los ingleses en tres siglos* (1884) de Benjamín Vicuña Mackenna, *Valparaíso en 1827* de Roberto Hernández (1927), y el mismo diario de Darwin, que hoy conocemos con el título *Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, el cual es una joya de referencia directa sobre la época y nos permite conocer no solo su pensamiento revolucionario, sino también sus particularidades como ser humano, que lo bajan del Olimpo para que los mortales lo abracemos. Descubrí a un científico curioso, temerario, gracioso y gozador, y, a través de él, a toda una tripulación de visionarios que cambiaron la historia del mundo. Disfruté este viaje a concho, tanto como si hubiese pisado la cubierta del *Beagle,* y aprovechando el entusiasmo cometí la osadía de incluir en su nómina a una mujer protagonista de una historia de amor tan improbable como excitante. Se dice que el pasado no puede reescribirse, pero sí desde la ficción, y ese es mi superpoder. Nunca más sin nosotras.

Encuéntranos en...

Otros títulos de la colección

Francisca Solar

LA VÍA DAMNA

minotauro

Francisca Solar

Los últimos días de Clayton & Co.

Planeta